

Yo conocí a Kardec

Yo conocí a Kardec

JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ COMPANYY

Título: Yo cococí a Kardec

Primera edición: noviembre 2017

© José Manuel Fernández Company

© Ilustración portada Mari Carmen Salomé Albiol

Impresión: Byprint S.L.

Diseño editorial La Batidora Coop. V.

Tel. +34 686 179 057 · Valencia

www.batidoraediciones.es · info@batidoraediciones.es

Depósito legal: V-3253-2017

Distribución gratuita

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional.

A la memoria de Hippolyte Léon Denizard Rivail

(1804-1869)

PREFACIO

Queridos amigos: os presento una nueva novela espírita. Gracias al valioso testimonio de uno de mis pacientes en mi consulta de psicología, Jaime de Vinuesa (cuyo nombre se ha cambiado para preservar su anonimato), conseguimos viajar hacia atrás, camino de un ayer apasionante. Me expreso en plural porque yo también me embebí de la narración de mi cliente como si fuera un testigo presencial de los hechos que jornada a jornada me iba describiendo. Traté de buscar en su atribulada mente la resolución a un drama del presente. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando esta circunstancia propició el emocionante encuentro con una serie de personajes que vivieron en la época del codificador del Espiritismo, Hippolyte Léon Denizard Rivail (1804-1869) o más conocido como Allan Kardec y a quien llegaron a conocer.

A los que gustan de este tipo de historias, les resultará difícil olvidar los nombres de Philippe Bruné (protagonista principal del relato), Alice Leclerc (médium y mentora del anterior), Laurent (guía espiritual de Alice) o de la joven Josephine Badou. Ellos son los actores destacados de una obra que nos hará recordar el ambiente de una época trascendental para el nacimiento y la divulgación de la doctrina espírita.

En la línea investigadora seguida en los últimos años por autores tan conocidos como Stevenson, Tucker, Newton, Weiss, Cabouli o Bowman, entre otros, este relato nos muestra abiertamente la realidad de la reencarnación y cómo en muchos casos, el acceso a este banco de datos, a esa memoria escondida en algún recóndito lugar de nuestro ser, viene provocado por el enfrentamiento a algún suceso actual que por razones desconocidas «dispara» la apertura de ese mecanismo de «recuerdo de siglos anteriores».

Soy consciente de que este tipo de trabajos puede causar inquietud o tal vez desaprobación entre algunos compañeros espiritistas. Sabemos que en *El libro de los Espíritus*, Libro Segundo, Capítulo VII, cuando se habla de los motivos del olvido de nuestro pasado, se nos exponen con claridad las razones por las que el hombre en su período actual, aún no puede evocar su pasado inmemorial, es decir, el que corresponde a otras vidas.

En este sentido, quiero explicar algo importante: cuando Jaime acudió a mi consulta en demanda de ayuda, yo no pretendía en ningún momento penetrar en el misterio de sus anteriores existencias. Como profesional, utilicé una de tantas técnicas comunes a la ciencia psicológica, encontrando ante mi sorpresa, algo diferente a lo que rastreaba. Estoy en condiciones de afirmar que hallé un tesoro pero en un sitio diferente al que pensaba, en un lugar del que ni siquiera sospechaba que pudiera aportarme tanta información.

Fuera por lo que fuese, siempre parto de un principio que respeto al máximo: nada ocurre por casualidad o si se quiere expresar de otra forma, todo pasa por algún motivo. Fue así como accedí a un manantial sublime de conocimientos, a una colección de notas y de vivencias dignas de manifestarse a la luz pública, pues sería mucho peor mantener esta experiencia oculta que revelarla a todo aquel que se interese por la misma. Por ello, tras obtener el consentimiento de mi cliente para la difusión de sus recuerdos, todo quedó listo. Y es que ¿no habéis tenido nunca la extraña sensación de estar participando en algún tipo de tarea muy especial? Pues ese es el sentimiento que todavía conservo de lo acontecido.

Os puedo asegurar que conforme iban transcurriendo las sesiones terapéuticas con Jaime, tanto él como yo fuimos tomando conciencia de que nos enfrentábamos a una experiencia, no ya cuando menos curiosa, sino crucial por su significado. Muchos os preguntaréis por el sentido

profundo que pueda tener este tipo de hechos recogidos en la crónica de *Yo conocí a Kardec*. En mi opinión, hace más de siglo y medio, cuando se publicó *El libro de los Espíritus* en 1857, la humanidad se hallaba en unas condiciones de retraso con respecto a las fechas actuales, en pleno siglo XXI, tanto en el campo intelectual como en el moral. Esto, como es lógico, no debe asombrar a nadie.

En el artículo 395 de la primera obra de la codificación espírita se expone lo que sigue:

¿Podemos tener algunas revelaciones acerca de nuestras existencias anteriores?

—No siempre. Sin embargo, muchos saben lo que han sido y lo que hicieron. Si se les permitiera decirlo abiertamente, harían extraordinarias revelaciones acerca de su pasado.

Asimismo, en la pregunta 397, se nos indica que conforme el cuerpo humano se vaya depurando de la materialidad, más fácil nos resultará el recuerdo del pasado.

A los efectos, sabemos que en la actualidad nos hallamos en un período de transición desde el punto de vista espiritual, durante el cual la Tierra pasará de ser un planeta de pruebas y expiaciones a ser un mundo de regeneración, un espacio en el que por fin, la balanza entre el bien y el mal se irá equilibrando. Ninguno de nosotros conoce el momento exacto, entre otras cosas porque la evolución es progresiva y no opera a saltos. Sin embargo, la tendencia resulta irrefrenable, tal y como se establece en las leyes naturales que nos gobiernan. Nuestro crecimiento como almas se muestra inevitable, a Dios gracias.

Autores como los citados anteriormente han estudiado en profundidad los fenómenos correspondientes a la reencarnación. La narración que hoy os presento se mueve pues en la misma línea. Es probable que se trate de otra señal, de otro indicio de que nos vamos aproximando cada vez más a ese cambio de ciclo que nos espera tras el paso terrible de un egoísmo y un orgullo que han dejado su huella desoladora sobre la raza humana y que aún pervive en el corazón de los hombres. Como concedores de la doctrina espírita, hemos de mantenernos positivos y esperanzados, pues un futuro renovado nos aguarda, un porvenir donde las palabras

que inspiraron esa revolución que tanto cambió a la humanidad hace más de doscientos años se cumplirán: libertad, igualdad y fraternidad.

Como se recoge en *El libro de los Espíritus*, conforme nos vayamos purificando y por tanto, mejorando tanto en lo moral como en lo intelectual, cada vez nos resultará más accesible ese recuerdo del ayer. Al regenerarnos como espíritus, el pasado cada vez nos pesará menos salvo para aprender de los errores y extraer las lecciones necesarias para nuestro adelantamiento, constituyéndonos en sabios administradores de nuestra memoria. Ahora, ya solo nos resta adentrarnos en la historia de Jaime y comprobar cuán unidos se hallan los actos de nuestro ayer con los de nuestro presente. Estáis invitados.

1

SEÑALES EN EL TELÉFONO

Era una auténtica mañana primaveral. De temperatura acogedora, en torno a los veinte grados, en ese día se alternaban los frecuentes chaparrones con el brillo de un sol que llegaba a picar en la piel en cuanto las nubes se retiraban mecidas por el viento. Al ser sábado, permanecía en casa, relajado, ocupándome de algunas tareas que aun siendo sencillas tan solo podía acometer durante el fin de semana. Resultaba la ocasión ideal para arreglar las plantas que tenía alrededor de casa, esos seres vivos que al contemplarlos te proporcionan tanta paz y te acercan a la calidez de la Naturaleza en las mismas puertas de tu hogar. Hojas y más hojas muertas se acumulaban por el suelo del porche, señalando con su amarillez la despedida del invierno y la irrupción de la nueva estación, esa en la que brota la nueva vida, expresada en la amplísima gama de colores de unas flores que desde sus macetas saludaban al cielo como dando gracias al que las creó.

Di un resoplido, me sentía algo cansado. La tarea de embellecer los diversos tiestos y su contenido se me había hecho fatigosa. Al fin había terminado con aquello que tenía pendiente de realizar desde hacía unas

cuantas jornadas y por supuesto, conociéndome, disfrutaba de la agradable satisfacción por el deber cumplido.

De pronto, mientras repasaba mentalmente todo el trabajo efectuado y una ligera sonrisa acudía a mis labios, sonó el teléfono. Me llevé un susto, pues por la melodía del tono que escuché supe al instante que no era el de casa sino el de mi consulta psicológica a la que atendía de lunes a viernes.

—¡Qué extraño! —me dije—. Supongo que el que está llamando no debe saber que solo me ocupo del despacho en días laborables.

Aunque mi gabinete profesional se hallaba en una calle céntrica de la ciudad, las llamadas se derivaban a mi domicilio por si había que recoger alguna cita importante o más urgente.

—Ah, no —afirmé con resolución—, es fin de semana y los horarios están para respetarlos.

Dejé sonar el aparato hasta que cesó el timbre y me dispuse a sentarme con tranquilidad para descansar y tomar alguna bebida que calmara mi sed. A los pocos segundos, el son habitual en el reloj del salón me avisaba de que eran justo las doce del mediodía.

Transcurrieron unos minutos. Cuando me encontraba medio adormecido, el teléfono volvió a activarse como reclamando mi completa atención. Esta vez me comporté de manera diferente. Me puse de pie como si fuera un resorte y tuve una extraña sensación. Me pareció curioso, pues era como si pudiera visualizar en mi mente la figura de la persona que estaba efectuando esa llamada al otro lado de la línea. Vi dentro de mí el rostro de un joven, de buen aspecto, sereno en su voz pero afligido en lo más hondo. Resultó algo peculiar porque hacía tiempo que no tenía una corazonada tan fuerte, como una mirada intuitiva que te hace de pronto pensar en que todas las almas de este mundo se hallan de algún modo conectadas, actuando como un eco universal donde un golpe propinado en un extremo resuena también en el otro lado, escuchándolo estés donde estés.

Removido en mi alma por esa voz de la conciencia que te anticipa lo que va a suceder, contravine mi sana costumbre de no atender asuntos del trabajo durante las horas de descanso y pulsé la tecla verde del aparato, lo que dejaba la vía franca a mi interlocutor para expresarse.

—¡Ah, por fin, doctor! —se escuchó al otro lado—. ¿Es usted, verdad? Perdóneme, pero había perdido toda esperanza. Como era sábado pensé

que no respondería a mi llamada pero mire por dónde se ha producido una coincidencia extraordinaria porque necesito de su atención.

—Entiendo —respondí con calma—. ¿Cómo es su nombre?

—Verá, me llamo Jaime de Vinuesa, soy inspector de trabajo y me han hablado de usted porque es capaz de asumir casos algo «especiales».

—De acuerdo. Antes que nada, me gustaría preguntarle por su edad.

—Espero que no se sorprenda pero soy joven. Tengo 28 años.

—Caramba, qué curioso, al descolgar el receptor había tenido la impresión de que la persona con la que iba a hablar tendría más o menos su edad. Desde luego que mi intuición no iba desencaminada. No obstante, he de aclararle algo. No poseo el doctorado. Soy psicólogo, a secas.

—Bueno, doctor, si no le importa yo me sentiría más cómodo tratándole de esa forma. Cómo le diría, para mí será una manera de reconocer su labor terapéutica.

—Pues lo dejo a su libre elección. Tráteme del modo que quiera, lo importante es que se sienta cómodo conmigo. Aunque ya se lo imaginará, lo ideal es lograr una buena sintonía con el cliente.

—Sí, creo que tiene toda la razón. He de decirle que debo excusarme por haber irrumpido en un día como este en su rutina y también por haberle dado a entender que usted se encargaba de casos «especiales». Se trata de un juicio de valor apresurado emitido sin fundamentos. Quizá se deba a la información que me han dado sobre su forma de abordar a los pacientes, pero en todo caso me refiero a aspectos positivos.

—Ah, no se preocupe, estoy acostumbrado. No será usted el primero ni el último en comentarme ese matiz. Supongo que alguno de ellos le habrá dicho algo al respecto.

—En efecto, señor. En esto de la atención al público, el boca a boca constituye una herramienta fundamental que puede contribuir a llenar o vaciar su consulta, acorde siempre al trato recibido, por supuesto.

—Ja, ja... es cierto, buena observación la suya, caballero. Con respecto a eso que me cuenta, la verdad es que por ahora no me puedo quejar.

—Cómo no, doctor, se trata de una excelente señal, un dato que ampara su trayectoria.

—Mire, Jaime, lo que ocurre es muy sencillo. Hace mucho tiempo que abrí mi mente a asuntos que trascendían lo puramente mundano. En otras palabras, admito la posibilidad de que ciertos fenómenos de la psique, alteraciones o trastornos o como quiera denominarlos, puedan tener

explicaciones más allá de las convencionales. No sé si me he explicado con la suficiente claridad.

—Por supuesto que sí. Esa es la razón por la que a través de un amigo que posee muchos contactos en la ciudad di con su paradero. Su recomendación me bastó para que yo llegara a la conclusión de que usted sería el profesional más indicado para asesorarme sobre un problema muy concreto y delicado que sufro desde hace un tiempo.

—Me alegro mucho de haber respondido a su llamada —expresé con satisfacción—, aunque esto no resulte lo más frecuente porque es fin de semana. En fin, ya tendremos ocasión de hablar del tema. Dígame solo una cosa, Jaime, ¿existe alguna patología claramente identificable?

—Eso quería comentarle. La verdad es que todo está bajo control o eso al menos creo yo. No hay algo que pudiera identificar como «enfermizo» pero sí se han producido últimamente algunos hechos cuando menos extraños que necesito detallarle.

—Bien, comprendo. Pues señor Vinuesa, tengo la impresión de que su caso puede resultar más que interesante. Pienso que lo más conveniente es citarle para última hora de la tarde por si acaso nos alargamos al ser la primera entrevista. Así no haremos esperar a otro paciente y nos sentiremos más relajados, sin tener que controlar el minutero del reloj.

—Pues mucho mejor. Me parece una buena idea. Lo cierto es que preciso de tiempo para relatarle mis «aventuras» porque hay cosas que ni yo mismo sabría explicarlas. En fin, ya hablaremos; me siento ansioso porque llegue el día de la consulta.

—Correcto, Jaime, tome nota de la cita que le voy a dar.

Colgué el teléfono. Me fijé en el espejo grande que había junto al pasillo de mi casa y vi la curiosidad reflejada en mi rostro. Aquella comunicación imprevista de un sábado cualquiera suponía para mí un flamante reto al que enfrentarme, un desafío por descubrir. Comencé a realizar otras tareas, pero mi voz más profunda me impedía que olvidara el interés que este caso había despertado en lo más recóndito de mi ser. Me reí en silencio por las explicaciones aportadas por mi nuevo cliente para justificar su contacto con mi consulta. Hacía tiempo que no me alegraba tanto por seguir el aviso de mi conciencia y haber alterado así mi hábito de no «trabajar» durante el fin de semana.

2

COMIENZA EL DRAMA

Aquel jueves por la tarde llegó el momento supremo de afrontar un enigma que me llamaba poderosamente la atención. Me resultaba un fenómeno cuando menos singular pero el joven Vinuesa ya me caía simpático incluso antes de conocerle, quizá porque sospechaba que aquel asunto me proporcionaría una enseñanza sublime.

Cuando le recibí, tuve una fuerte impresión. Era como si la fotografía que me había hecho de él durante nuestro diálogo por teléfono se confirmara en su totalidad.

—Caramba —me dije—, intuyo que la sorprendente afinidad que hallo con este hombre en mis adentros augura emociones intensas.

Se trataba de un individuo de alta estatura, de porte elegante aunque no solo por su forma de vestir, de modales refinados y con un lenguaje distinguido en sus expresiones. Digamos que no tenía enfrente a alguien normal sino a una persona que cuando abría la boca, utilizaba términos cultos y frases como extraídas de una novela, más propias de un estilo literario que de una comunicación verbal habitual. Era realmente como si estuviera delante de un «gentleman». Le atribuí la suficiente inteligencia y capacidad de adaptación como para cambiar de registro según las

circunstancias y los oyentes, mas siempre tuve la sensación de que tomé tal confianza en mi consulta durante el proceso terapéutico que hablaba realmente como le salía del alma.

No descubriré nada nuevo a estas alturas si afirmo que creo en la inmortalidad del espíritu, en la existencia de un más allá y en el fenómeno de la reencarnación. Jamás he escondido mis creencias porque he procurado estudiarlas y el paso de los años me ha hecho convencerme de su veracidad. El caso que empezaba a tratar aquella tarde primaveral entraba de lleno en todo ese tipo de asuntos y cuando terminé con el tratamiento, solo puedo decir que todas mis ideas acerca de los mismos quedaron reforzadas.

—Mire, doctor, a pesar del carácter triste de lo que le voy a revelar, no puedo considerar que mi vida haya sido un fracaso. Soy joven aún y en mi trayectoria se han alternado las luces con las sombras. Es verdad que nadie me ha regalado nada, que he luchado por conseguir mis éxitos, pero mentiría si no reconociera que me han dado «facilidades» para completar mis estudios y para desarrollarme como persona. Le seré sincero: he de admitir que mi trayecto vital resultó luminoso pero presenta un lunar tan oscuro que tengo dudas sobre si empaña o anula por completo todo el camino recorrido hasta la fecha.

—¿Y qué lunar tan negro es ese que tanto le preocupa?

—Pues mire, le seré franco y directo. Mi esposa falleció hace ahora seis meses.

—Vaya, lo lamento. Debió ser un golpe terrible. Y... ¿llevabais mucho tiempo casados?

—Unos dos años. Tras aprobar exitosamente mi oposición como funcionario al cuerpo de inspectores de trabajo, realizamos planes para nuestra boda y esta se celebró. En medio de esa felicidad, de ese sueño compartido en el que te deleitas cuando convives con el ser al que más quieres, al que amas con locura, un hecho crucial alteró su destino y por ende, el mío también.

—¿Qué ocurrió exactamente, Jaime?

—Fue una desgracia tremenda. Aquel día, mi dulce Clara y yo habíamos quedado para asistir a un concierto de música clásica. Este se iba a celebrar a primeras horas de la noche. Como era fin de semana, ella había ido a visitar a sus padres a unos cien kilómetros de aquí. En el camino de vuelta, cuando mi mujer regresaba a casa con toda la ilusión por el acto

que íbamos a presenciar, ocurrió la tragedia. Fue inevitable, ella no pudo hacer nada, no tuvo ninguna responsabilidad en lo que sucedió. En la carretera, un insensato realizó una maniobra absolutamente imprudente, un adelantamiento indebido. No le juzgo, la verdad, no soy persona de condenar a nadie pero lo cierto es que el choque frontal que protagonizó contra el vehículo de mi esposa resultó mortal de necesidad. Ambos fallecieron de inmediato, tal fue el brutal impacto que se produjo. Cuando me lo comunicaron, el drama se instaló en mi interior. No me lo podía creer. Las primeras horas consistieron en una negación sistemática por mi parte de los hechos desarrollados. No aceptaba la realidad, sencillamente. Luego, cuando la verdad penetró por las paredes de mi entendimiento, me derrumbé. Ya no había concierto al que asistir ni del que disfrutar sino un funeral cuya protagonista era mi amada Clara, una mujer con toda la vida por delante para alcanzar su felicidad y compartirla conmigo.

—¿Tiene hijos, Jaime?

—No, pero teníamos ese proyecto, el de formar una familia. Aunque no llevábamos mucho tiempo casados, tampoco queríamos dejar esta cuestión para mucho más tarde.

—Pues la verdad es que ese accidente y sus consecuencias constituyen un suceso traumático. ¿Cómo se siente al respecto?

—Confieso que mal, aunque no me observo en un estado de excesivo deterioro. No sé cómo explicarme, pero hay algo dentro de mí que me ha ayudado a resignarme. Tal vez se trate de una cierta dosis de fatalismo. Había algo en mi interior que me anunciaba que mi vida no podía ser de color de rosa y que tarde o temprano se produciría un hecho que torcería una trayectoria tan recta. Ya se sabe que en la mayoría de las ocasiones, uno no puede aspirar a caminar siempre derecho sino que la senda del hombre se compone de múltiples curvas ante las que hay que armarse de paciencia.

—Me llama la atención esa perspectiva de los acontecimientos que ha comentado, en concreto me refiero a esa premonición que tenía sobre que debía ocurrir algo muy negativo. ¿De dónde ha sacado esa clase de pensamientos?

—Pues creo que desde que tengo uso de razón, doctor. Con esto no pretendo decir que intuyera la muerte de Clara. Me hubiera sido imposible conciliar el sueño cada noche con ese tipo de perspectiva tan horrible. Lo que intento manifestar es que tras los últimos éxitos en mi existencia

como completar mi carrera de derecho, lograr mi plaza como inspector de trabajo y contraer nupcias con mi amada, las cosas no podían continuar tan bien. Yo no le llamaría pesimismo sino una percepción ajustada de la realidad. Hasta ese instante tan desagradable, prácticamente todo en mi senda había resultado fructífero. Una buena educación, una grata familia que siempre me apoyaba y que me impulsó decisivamente en mis estudios y desde luego, la bendición que para mí implicaba el hecho de haberme encontrado con mi futura esposa. ¿Ve? Es como si lo que el destino me regaló en su día me lo hubiera arrebatado con el tiempo. Tal vez usted no comparta mi particular interpretación de lo sucedido pero ¿de qué me serviría continuar llorando mi desgracia? Sumirme en la desesperación y en los lamentos tan solo me conduciría a un estado depresivo que en muchos casos ya sabemos cómo finaliza: con la destrucción de uno mismo.

—¿Cómo conoció a Clara?

—Más que un conocimiento, aquello fue un flechazo. Unos meses antes de obtener mi trabajo, me crucé con ella. Siempre tuve la sensación de que ese hecho fue como un encuentro programado y eso que no nos habíamos visto antes. Lo que me unía a mi novia era como una especie de lazo inmortal porque nada más verla, me di cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro. Clara tenía un rostro angelical, de piel tan blanca, tan suave, tan dulce en sus gestos y tan frágil en su ser...

—¿Frágil? ¿Qué quiere decir exactamente con esa expresión?

—Me refiero más bien a su mirada, es decir, la ventana de su alma. Ella era de aspecto normal, de salud satisfactoria, pero existía en su interior algo que la sujetaba a la vida con nudos muy débiles. Le juro que no le digo esto por el resultado del desdichado accidente. Esta opinión la mantuve desde el momento en que la conocí. Ya sé que esto puede dar lugar a confusión, pero resulta comprensible cuando uno se dedica a hablar de matices que transitan por el plano intuitivo que mora dentro de nosotros. Por eso, durante el noviazgo o ya casados, cada vez que me despedía de ella me entraba miedo, temor por no volver a verla. En fin, por desgracia, mis augurios se cumplieron y ahora, además de haberla perdido permanezco solo y con pocas ganas de rehacer mi vida con otra mujer. Le pregunto entonces, doctor: ¿cree que he superado ese duelo del que se habla en los libros y que se produce tras un hecho traumático?

—Ah, el famoso duelo tras un drama. Bueno, amigo, le diré que ese proceso descrito en muchos manuales de psicología no es universal y por

tanto, no se da en todas las personas. Además, si el trastorno se desencadena, la intensidad de los síntomas varía de un sujeto a otro tanto como la noche se diferencia del día. Esto quiere decir que hay que estudiar cada caso en particular. Hay individuos que en unos meses han conseguido rehacer sus vidas mientras que otros, por diversas razones, arrastran el peso de la tragedia durante años y años.

—Oiga, doctor, ¿podríamos tutearnos?

—Ah, por supuesto, eso aumentará la confianza y facilitará un acercamiento en nuestra comunicación.

—Me alegro. Entonces, con sinceridad, ¿piensas que yo ya he salido de esa supuesta fase de duelo?

—Veamos. Tú, por tu edad, posees a tu favor un aspecto importante, es decir, resulta muy probable que tengas numerosas oportunidades de encontrarte con nuevas personas, tal vez alguien de quien te puedas enamorar y con quien llevar una vida de pareja. Hablo del futuro, como es obvio, ahora quizá es prematuro y puede que tampoco el «corazón» te lo pida en la coyuntura actual. En estas circunstancias y para lograr un buen equilibrio, es esencial contar con una buena red de apoyo social.

—Sí, por eso no me quejo. Mi familia me sostiene emocionalmente y con la de Clara mantengo unas excelentes relaciones. En el trabajo me va fenomenal. Noto cómo los compañeros me aprecian. Ahora están todavía muy cariñosos conmigo, lo cual es lógico desde que se enteraron del accidente. No quise alargar la baja médica que me firmaron tras el siniestro. Creo que volver a mis funciones laborales al poco de aquello me benefició, a fin de no darle tantas vueltas a lo ocurrido.

—Muy bien, si te encontrabas con fuerzas y con ganas de normalizar tu ritmo habitual, creo que obraste con sensatez. La falta de ocupación puede volver a la mente muy peligrosa y más tras lo que te pasó. Dime ¿estás tomando algún tipo de medicación?

—No, en la actualidad no tomo nada. Una vez acontecido el drama, me recomendaron que acudiera a un psiquiatra por el tema de la ansiedad y para dormir mejor. Me recetó unos ansiolíticos y algún hipnótico para descansar por las noches. Sin embargo, te confieso que no quería engañarme a mí mismo. Por las mañanas, me encontraba cansado, como obnubilado por los efectos de los fármacos. La verdad es que no me sentía tan frágil como para tener que continuar medicándome. Por este motivo, dejé al poco el tratamiento. Desde que tomé esa decisión no he vuelto a

utilizar ninguna pastilla para aliviar mi carga, simplemente porque llegué a la conclusión de que mi trabajo con respecto al recuerdo de Clara debía ser de otro tipo y no el de tomar píldoras que lo único que conseguían era tenerme atontado a lo largo del día.

—Muy interesante tu perspectiva. Me alegro por ti. Entonces ¿duermes bien?

—Sí, yo creo que sí. Además, he desarrollado un método infalible y de lo más natural.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Soy persona disciplinada. No fumo. Tampoco tomo café o bebidas excitantes, al menos unas horas antes de irme a la cama. No abuso del alcohol y si lo consumo, es en ocasiones esporádicas y por cuestiones sociales, ya me entiendes. Procuro cenar con frugalidad y cumplo con todo ese ritual que viene en los libros acerca de facilitar las condiciones para un mejor sueño.

—Caramba, te veo muy informado.

—Sí, me interesé por el proceso y me documenté al respecto. A mí, particularmente, lo que me viene mejor es leer un rato en la cama. Me tumbo, enciendo la lámpara de la mesita de noche y abro el libro que siga en ese momento. Adoro el silencio a esa hora. Me da tanta paz... Créeme, es mano de santo, es difícil que supere el cuarto de hora en esa postura. Los párpados se me cierran y me pesan como ladrillos. Como voy perdiendo la conciencia, no tengo más remedio que apagar la luz y... ese es mi truco. En verdad, conciliar el sueño es relativamente fácil si repites el ritual con todos sus pasos. Pienso que cumplir con estas pequeñas reglas me ha librado de los somníferos. Gracias a Dios no puedo quejarme.

—Pues sí, está muy bien lo que haces. Para reforzar los hábitos saludables, nada mejor que una inquebrantable voluntad y aplicar una disciplina serena pero insistente. Te felicito, Jaime, tú mismo te has proporcionado el mejor remedio para descansar con normalidad.

—Bueno, doctor, he venido a esta consulta por un asunto del que no tengo la menor idea sobre si está relacionado o no con la pérdida de mi esposa, pero que se repite desde hace aproximadamente un mes. Ahora mismo, se ha convertido en mi mayor preocupación. Ya te dije que te preguntaría por una materia que quizá no resulte muy frecuente entre la mayoría de tus pacientes.

—Pues tú dirás muchacho —expresé con mis ojos abiertos de par en par.

—Verás, se trata de un tema relacionado con el mundo de los sueños. Como puedes comprobar, me he permitido la ocasión de anotarlos en este cuaderno, como si constituyera una especie de diario personal. Lo curioso de esto es que aun con pequeñas variaciones, siempre se trata de la misma cuestión que se ambienta en un entorno similar. El primero lo tuve hace unos treinta días y desde aquella jornada, el mismo se ha repetido en cuatro ocasiones más. Ha mantenido una curiosa estadística de presentación: una vez por semana. Pero lo más llamativo es que en la última fase, el fenómeno ha ido a más. Por las sensaciones que experimento, tengo la intuición de que alguien está tratando de decirme algo importante. ¿Será mi conciencia? ¿Será que la separación traumática de mi Clara está influyendo en esas alteraciones del sueño? Mira, esto puede llamarte la atención o incluso causarte risa pero tengo el presentimiento de que ella está relacionada directamente con lo que me está ocurriendo.

—Veamos, Jaime, jamás se me pasaría por la cabeza reírme de esto que me estás contando. Piensa que los sueños constituyen una magnífica fuente de información complementaria sobre la persona, sobre su interior y a veces, nos revelan datos ocultos que moran en nosotros y que de otra forma, jamás traspasarían la barrera hasta la conciencia. Ese es precisamente el motivo de que afloren cuando nos hallamos en estado de inconsciencia. Me interesa saber si esos sueños repetitivos se producen en mitad de la noche o cuando se acerca la hora de despertarse.

—Pues parecerá increíble pero son matemáticos, es decir, se producen en la última parte de la madrugada. Lo sé porque resultan tan vívidos que logro despertarme con el claro recuerdo de lo que está sucediendo y porque cuando miro el reloj son aproximadamente las siete de la mañana, lo cual coincide con la hora en la que me levanto para ir a trabajar.

—Bien, al menos parece que esa experiencia onírica respeta tu descanso. Imagina que te despertarás de golpe con ese mismo fenómeno pero a las dos o a las tres. Te quedarías como sobresaltado, como si fuera una especie de pesadilla angustiosa que te atenaza. Te aseguro que luego te costaría volver a dormirte.

—Pues sí, digamos que se trata de un sueño potente y perseverante aunque «educado».

—Me tienes intrigadísimo, Jaime. Cuando quieras, puedes desvelarme el contenido de esas imágenes.

—Antes de empezar a relatarte mi experiencia, existe un dato importante que no deseo ignorar. ¿Te acuerdas del sábado, cuando estuvimos hablando por teléfono?

—Claro, cómo no. No me olvido de ese instante porque estaba descansando tras haber terminado con la faena de arreglar las plantas que hay en mi casa.

—Pues esa misma tarde, justo después de comer, me quedé como amodorrado en el sofá de la salita. Encendí la televisión para distraerme pero de pronto me sentí extraño y muy cansado, como si estuviera flotando junto a mi cuerpo. Por la mañana había salido para hacer ejercicio. Fui a correr algo más de una hora, después anduve por el campo y tras darme una buena paliza trotando llegué a mi domicilio y me duché. Tras almorzar, me quedé como transpuesto al sentarme a descansar. Desconozco el tiempo que pasó, quizá fueran unos veinte o treinta minutos pero recuerdo bien cómo esa imagen con la que suele empezar el sueño se me apareció de nuevo. Me asusté de aquello, sobre todo porque no era la hora a la que estaba acostumbrado que sucediera, es decir, por la noche. Instintivamente, levanté mi mano derecha y me pellizqué en la mejilla para después darme como una palmada en la cara para recuperarme de la impresión. Me sentí aturdido y puse todo mi empeño en levantarme del sofá. De alguna forma, parecía que si seguía allí tumbado volvería a viajar a aquel enigmático escenario.

—Curioso, la verdad —afirmé mientras llevaba la mano derecha a mi barbilla—, da la impresión de que ahí existe una información valiosa que de reiterativa que resulta parece tener una importancia esencial. Muy bien, soy todo oídos, cuando quieras, empieza con tu historia.

—No te sorprendas, doctor, pero no hay mucho que contar de este sueño. Es más la sensación que rodea a este fenómeno onírico que el contenido del mismo. Me veo caminando con prisa y a veces incluso corriendo por una ciudad de grandes avenidas. Siempre es de día, la jornada es soleada y sé que estoy buscando a alguien. Esta es una percepción inequívoca. Noto que procuro por todos los medios localizar una información, aunque no sé con exactitud de qué se trata. Esto lo deduzco porque no hago más que mover mi cabeza de un lado a otro, me fijo con detalle en la fachada de las casas que puedo observar a la izquierda y a la derecha

de la calle. Investigo por si doy con la que me interesa. Percibo cómo mi corazón palpita y cómo mi respiración es agitada. Por las razones que sean, me hallo ante un momento crucial en mi vida. Sin duda, ese hallazgo puede resultar fundamental para resolver un enigma que me acucia por dentro. ¡Dios mío, qué angustia! Necesito a toda costa encontrar no sé qué pero soy consciente de que cuando lo halle, me relajaré y la paz inundará mi convulso interior. Ya no hay más, doctor. Ignoro lo que dura la escena en el sueño pero eso sí, es muy intenso por las emociones que despierta y por la preocupación que se manifiesta en él. Es más, ahora me siento más nervioso que hace unos minutos y eso que solo me he dedicado a contarlo. Por favor, dime, ¿qué es realmente lo que busco? ¿Qué misterio encierra esa escena, esas imágenes tan vívidas que se me aparecen de forma tan reiterada durante el último mes? Y para colmo, ahora resulta que el pasado sábado por la tarde, después de llamarte por teléfono, se volvieron a reproducir en mi cabeza...

—Desde luego sí que parece sugestivo. La verdad es que tanta insistencia, el mismo contenido, esas avenidas en la ciudad, tu actitud inquieta de búsqueda... todo ello en sí constituye un fenómeno relevante. Te voy a preguntar sobre un aspecto concreto: ¿siempre experimentas por dentro las mismas sensaciones cuando te ves envuelto en esa historia?

—En efecto, es determinante. Ese sentimiento de desazón, de desasosiego, esa tensión creada por la necesidad de hallar respuestas para un misterio que me consume desde las cavidades de mi alma...

—Tú lo has dicho, el mundo de los sueños parece insondable pero considero que si se analizan bien son capaces de proporcionarnos una información que yo catalogaría como fundamental sobre nuestro destino. En verdad, si te das cuenta, todo está dentro de ti y en muchas ocasiones, el fenómeno onírico es el único que permite que despiertes a una realidad desconocida. Dicho de otra manera, se trata de la única vía por la que pueden aflorar a nuestra conciencia datos o recuerdos que se hallan sepultados y que por las razones que sean no son accesibles al entendimiento en condiciones normales.

—Doctor, guardo una congoja dentro de mí que me hace pensar hasta la extenuación en este asunto. De veras ¿crees que esto que me está pasando puede hallarse relacionado directa o indirectamente con la desaparición de Clara?

—Buena pregunta, Jaime, pero todavía es demasiado pronto para contestar con garantías a lo que has comentado. Lo iremos viendo, sin duda. Creo que por hoy es suficiente, al ser nuestra primera sesión.

—Muy bien, me alegro de haber acudido a esta consulta. Ahora estoy convencido que lo que me contaron de ti era cierto; me refiero a la cuestión de ser un profesional abierto a otras «posibilidades». Imagínese el mismo problema pero describiéndoselo a otro cualquiera. Es muy posible que me hubieran tomado por un demente al que se le ha ido la cabeza abrumado por la prematura pérdida de su ser más querido. Seguro que considerarían que lo que me ocurre es una especie de desborde emocional o algo así como un delirio temporal por no haber encajado el terrible golpe que supuso la desaparición de mi mujer en plena juventud. ¿Comprendes por qué me siento ahora más cómodo, más tranquilo? He oído que el cerebro se inventa en ocasiones historias raras, extrañas o simplemente fantásticas, como un modo de escapar a una realidad que no acabas de aceptar.

—Caramba, ya veo que has estudiado algunas cosas de psicología. Te veo algo versado sobre el tema.

—¿Qué quieres que te diga? Siempre me interesaron las ciencias humanas pero mis padres eran personas prácticas y como yo me inclinaba por las letras, me aconsejaron con toda su buena intención que me decidiera por la carrera de derecho. Eso fue lo que hice y después de todo no me ha ido nada mal. Gracias a mis estudios puedo conservar mi actual puesto de trabajo, pero eso no obsta para que todo lo referido a los pensamientos me siga llamando poderosamente la atención.

—Pues no sabes cómo me alegro. Así pondrás incluso un mayor interés en tu proceso terapéutico. Creo que vamos a aprender mutuamente. Me considero un sujeto muy racional, metódico en mi labor y esto incluye analizar la realidad, considerar los hechos que cuenta la gente que viene aquí desde múltiples perspectivas. Mira, Jaime, la mente continúa siendo uno de los más grandes misterios de la vida. Por mucho que se haya avanzado, estamos todavía en pañales y resta aún un infinito camino de investigación por delante. Así que ¿por qué ceñirse a los convencionalismos que a veces nos encorsetan más que ayudarnos a la hora de explicar los hechos que acontecen en el mundo? Además, hay que considerar lo más importante si hablamos desde el punto de vista de la curación. Lo esencial ocurrirá cuando logremos que tú te encuentres mejor, que tu existencia

se constituya en una línea de equilibrio que te permita seguir avanzando a un buen ritmo. Te digo esto porque de una cosa sí que estoy convencido. Estamos aquí para progresar y este mundo en el que vivimos no es más que un gran laboratorio, un lugar de pruebas que se asemeja a una escuela donde cursas una serie de estudios y eres sometido a evaluación. Digamos que esta labor que comienza hoy y en este despacho, no deja de ser otra experiencia a través de la cual, estoy seguro de que ambos obtendremos un bello aprendizaje.

—Estoy plenamente de acuerdo con tus argumentos. Bien, antes de marcharme, me gustaría que me adelantaras, si es posible, qué piensas hacer con mi caso.

—Uf, la respuesta a tu pregunta tendrá que esperar un poco. Tengo que reflexionar sobre el mejor método para profundizar en tu mente y luego ya veré. Esas imágenes pueden decirnos muchas cosas o transmitirnos un montón de sensaciones. Por eso hay que tomárselo con calma. De lo que no cabe duda es que cuando un fenómeno se repite, en este caso tratándose de ti inmerso en un escenario muy concreto, es que algún mensaje importante se nos está dando. Nuestra labor «detectivesca» es juntar todos los datos posibles, reunir las piezas del rompecabezas y por supuesto, darles un sentido, una interpretación. Ten por seguro que voy a hacer lo que esté en mi mano para desvelar lo que significa ese episodio onírico que debe hallarse relacionado con la historia de tu vida...

—Ah, por lo que me he informado ¿acaso me vas a hipnotizar? Te adelanto que no te resultará fácil porque soy persona de estar alerta, de no bajar mis defensas ni de abandonarme a la voluntad de cualquiera... por muy psicólogo que sea...

—Ja, ja, tranquilo, Jaime. No creo que la cosa resulte tan grave. No obstante, te diré que no soy experto en hipnosis. Estaba pensando más bien en la próxima sesión... en conducirte a un profundo estado de relajación que posiblemente nos permita indagar con mayor detalle en el interior de tu mente. Te va a resultar emocionante, porque esto se asemeja a la apertura de un cofre del que sabes que contiene innumerables datos sobre ti. ¡Y tenemos la llave que permite abrirlo! ¿Te notas preparado? Como ya puedes imaginar, es fundamental contar con tu voluntad para colaborar en esta delicada tarea. Si no la tienes, nada de lo que intentemos nos servirá. Daremos palos de ciego, perderemos el tiempo y ambos nos frustraremos, yo como terapeuta y tú como cliente. Te lo expresaré de

otro modo: has de poseer un impulso fuerte, intenso, por cooperar, por llamar a esa puerta que hemos de atravesar y tras la cual, pueden esconderse secretos que ni sospechas y que tal vez te resulten desagradables. No sé si me he explicado con la suficiente claridad, Jaime. ¿Te hallas pues, dispuesto a bucear en tus profundidades más recónditas, te encuentres con lo que te encuentres?

—Sí, cuenta conmigo. Una vez que empiezo algo, no paro hasta terminar, salvo que el sentido común me indique que me detenga. Nadie más que yo posee mayor interés por avanzar, por descubrir qué es lo que me está pasando... Si esto que vamos a emprender puede servir para configurar de nuevo mi situación vital... pues adelante, daré por bien empleado este precioso tiempo. No deseo engañarme, la presencia de Clara se encuentra ahí todavía, es como si su sombra no me hubiera dejado aún pese a los seis meses ya transcurridos, su recuerdo impregna mi memoria y llena mis oídos de susurros cariñosos y de dulces palabras compasivas... pero lo que tenga que ser, será. ¡Vamos!

—Bien, me encantan tu entusiasmo y tu motivación. De todas formas, ahora mismo todo se desenvuelve en el terreno de la hipótesis. Parafraseando al amigo Newton, hemos atrapado una gota de agua pero nos queda por analizar el resto del océano. Estate tranquilo hasta nuestra próxima reunión y no adelantemos acontecimientos. Venga, fijemos fecha y hora de la próxima cita. Se nos han pasado los minutos volando...

Lo que sigue ahora es una transcripción fiel de lo que sucedió en las siguientes sesiones terapéuticas. He omitido mis múltiples preguntas para hacer el relato más ligero y ameno, más fácil de leer. Lo que vais a poder examinar es toda la información transmitida por el bueno de Jaime. Fueron semanas y semanas de trabajo felizmente compartido. Como en otras ocasiones y a fin de respetar el secreto profesional, se cambió el nombre del protagonista principal de este relato. Dentro de las numerosas técnicas que permite la ciencia de la psicología para adentrarnos en nuestra psique más profunda, utilicé una modalidad de relajación progresiva en la que el sujeto va introduciéndose cada vez más dentro de sí mismo, al tiempo que su pensamiento va descendiendo por una escalera imaginaria. A medida que la persona baja por los escalones va como aislándose de cualquier estímulo externo; al poco, es como si no estuviera allí porque ha penetrado en sus capas más internas, las que le dan acceso a su esencia. Al final de la escalera existe una puerta. Si el paciente logra cruzar esa

puerta y adentrarse en el nuevo paisaje que le espera, podremos estar seguros de que el individuo habrá viajado a aquel sitio que nos interesaba desde un punto de vista terapéutico.

La meta de Jaime se hallaba muy bien definida. Él debía zambullirse en el escenario de ese sueño tan vívido que experimentaba desde hacía más de un mes y yo estaba allí para anotar su testimonio y ser testigo de su tremenda experiencia. Ya habría luego tiempo para interpretaciones y para extraer las conclusiones más oportunas acerca de lo observado. Y así fue como ocurrió.

Llegó el momento de sumergirnos en las aguas que envolvían la crónica de Jaime. Bienvenidos a los secretos de su alma. Así comienza su narración... Estáis invitados...

3

VIAJE A PARÍS

Me llamo Philippe Bruné y busco la verdad sobre mi pasado. Necesito respuestas porque mi cabeza va a estallar de tantas preguntas. De veras, no hay más espacio en mi mente para contener tantos interrogantes. ¡Quiero saber por qué, por qué, por qué...! Siempre he vivido en la «Ville lumière» o «Ciudad de la Luz» o sencillamente París, el centro del mundo en cuanto a la intelectualidad, la cultura o el aprendizaje. No puedo precisar qué día es hoy ni en qué fecha me encuentro. Solo recuerdo que gobierna la nación Napoleón III, del que se han escrito tantas loas como improperios. Curiosa división social que no se pone de acuerdo sobre la bondad o maldad del personaje que rige nuestro destino como ciudadanos de la patria o como habitantes de un enclave que se constituye en el centro del orbe conocido. Pero sí hay algo en la actualidad sobre lo que la inmensa mayoría está de acuerdo: si el emperador no hubiera llevado el apellido Bonaparte sobre sus hombros, jamás habría llegado a alcanzar el gobierno de Francia.

Pero ¿qué me pasa? Eso es política y a mí esta cuestión no me importa ahora. Tengo otras preocupaciones mucho más trascendentales en mi cabeza. Me siento aturdido, el golpe ha sido muy duro, difícil de asimilar,

casi imposible de digerir, solo pido comprensión y un poco de ayuda... Dios mío, cuán débil es la condición humana. Tú bien lo sabes...

—¡Ah, sí, por fin lo encontré! ¡Gracias, Señor, era cierta la información que me proporcionaron! En efecto, se trata del número 117.

Mi corazón estaba acelerado, como si hubiera estado huyendo de un animal peligroso, pero en este caso no se debía a la presencia de una amenaza sino a una emoción ilusionante que me consumía por dentro. Por fortuna, había llegado a aquella casa preciosa que parecía extraída de un cuento de hadas, con un acceso que mostraba un seto recortado que le proporcionaba un manto de verdor. Cientos de flores adornaban la entrada con una fantasía de colores, muchas colocadas en grandes macetones y otras, plantadas directamente sobre el suelo. El lugar no podía ser más hermoso y la atmósfera que rodeaba el ambiente resultaba de lo más acogedora. De pronto, sentí unas ganas inmensas de vivir en ese sitio, en aquel pequeño edén que se revelaba ante mis asombrados ojos. Había allí un hombre de unos cincuenta años trabajando en el jardín, recogiendo hojas del suelo, segando el césped y podando algunas ramas de los árboles. Cuando me crucé con su mirada, observé en sus ojos evidentes señales de desconfianza.

—¡Eh, señor, disculpe! —grité, intentando llamar su atención—. Solo quiero hacerle una pregunta. ¿Es este el domicilio de madame Leclerc?

—Sí, aquí es. ¿Qué es lo que quiere?

—Pues verá, solo deseo hablar con ella.

—Ya. Y... ¿puede saberse quién es usted? No le conozco de nada. ¿Acaso ha venido con anterioridad? ¿Tenía cita con ella?

—No, lo siento, es la primera vez que transito por esta zona. Tampoco había acordado nada con ella. Pero, se lo ruego ¿sería tan amable de avisarla?

—Hmmm... No creo que sea lo más apropiado colarse en el domicilio de alguien así como así, sin aviso previo.

Justo en ese momento, cuando más incómodo me notaba por las continuas preguntas a las que me estaba sometiendo aquel robusto hombre-tón y que me hacían sentir como un invasor de una propiedad privada, se escuchó el ruido de una puerta que se abría. Sin saber por qué, suspiré de alivio, seguramente porque vi cómo la atención de ese señor se desviaba de mi figura hacia la nueva persona que había surgido en aquel escenario.

—Marcel, he oído voces. ¿Con quién estás hablando?

—Ah, perdone, señora, pero las molestias producidas las ha causado este joven impertinente. Ha irrumpido aquí con vehemencia e insiste con cierto exceso en verla. Sin embargo, dice no conocerla. Me temo que el caballero, traicionado por su edad, es muy atrevido en sus formas.

—¡Dispéñeme, por favor! —exclamé entonces aunque con ello me arriesgara a mostrarme aún más osado—. ¿Es usted madame Leclerc? ¿De veras?

—Pues sí, soy yo, pero tranquilícese, joven. Le veo muy alterado y eso no es bueno para la salud.

Esa mujer debía rondar los sesenta años. Una serena belleza acompañaba a su delicado rostro, el cual contenía las arrugas del paso de las primaveras, pero también la madurez y la medida propias de una existencia marcada por múltiples experiencias.

—¡Dios mío! —me dije con palabras casi silenciosas.

¡Cuánta belleza encerrada en su rostro! Esa tez lechosa, tan blanca como la nieve, casi transparente, sus innumerables pecas marrones que le daban a su expresión hasta un tono divertido y sobre todo, esos profundos ojos azules como el cielo de los Alpes en verano, que contrastaban tanto con la finura de su piel y por los que uno podía introducirse hasta los secretos más profundos de su ser más íntimo. No exageraba ni un ápice. Así me sentí yo en cuanto los rayos que despedían sus pupilas se encontraron con los míos. Debieron ser unos segundos, pero el efecto de esa confluencia de miradas resultó demoledor para mi estabilidad corporal. Agarrado como estaba a los barrotes de la verja de su casa, mis manos sudorosas se deslizaron hacia abajo por entre los hierros y a continuación, me derrumbé sollozando. La tempestad de emociones que anidaba en mi interior no aguantó más y estalló como una tormenta en medio de un océano embravecido.

—Pero, joven ¿qué tipo de aflicción le domina por dentro que le noto tan turbado? —exclamó madame Leclerc—. Le aseguro que hacía tiempo que no contemplaba a alguien con tanta pena escondida. Y a su edad... Dios mío ¿qué tragedia le acecha? Marcel, por favor, ábrale la cancela al caballero y que pase. En fin, qué cosas... Al menos dígame cómo se llama, tenga la bondad...

—Lo siento, madame. Lamento haber alterado su sosiego, la paz de su morada. Esto es ridículo, un hombre como yo permaneciendo aquí lloriqueando como un vulgar crío y a las puertas de su hogar. Debe per-

donarme pero tengo una tristeza enorme que me atenaza y que no me deja ni respirar. Es preciso que me desahogue con prontitud, por eso la estaba buscando. Disculpe mi insolencia, pero creo que es usted la persona adecuada a tal fin. Mi nombre es Philippe Bruné, profesor de la escuela «La Cité».

—¿Le apetece tomar algo, Philippe?

—Me apetece tomar lo que sea, madame, pero por encima de todo, lo que quiero compartir con usted es la tremenda condena que porto en mi alma.

—Bueno, pues tranquilo porque lo ha conseguido. Bienvenido al hogar de Alice Leclerc, viuda del coronel Leclerc. Ande, pase y acomódese.

Tras superar el férreo control que Marcel, el jardinero, ejercía con su vista sobre mi silueta, accedí a una gran estancia. Aquel salón donde me instalé nerviosamente, parecía un museo. Contenía muebles llenos de libros y sobre las cuatro paredes, cuadros de batallas y escenarios militares, sin duda atribuibles a la profesión de su antiguo marido.

—¡Marie! ¿Puedes prepararnos un poco de café y algo para picotear? —comentó Alice mientras se dirigía a una adolescente que parecía trabajar allí en el servicio del hogar.

—Oui, madame, tout de suite.

—Creo que el señor debe estar derrengado después de la larga caminata que ha debido hacer —afirmó con una sonrisa en los labios madame Leclerc—. Lo dice su rostro, no me invento nada ¿verdad, joven?

—Sí, desde luego, es usted una mujer observadora aunque con esta tensión, dudo de que me entre algo sólido en el cuerpo. He debido perder peso en las últimas fechas y es que tengo como un nudo aquí en la garganta y otro en la boca del estómago que me provocan a menudo náuseas.

—Pues calma, Philippe —aseguró la dueña de la casa—. Si no te importa y dada tu juventud, te tutearé.

—Faltaría más, por supuesto.

—Muy bien, pues siéntate en este mullido sillón y relájate. Respira un poco y cuando te notes más dispuesto, me cuentas lo que te ocurre. ¿Sabes una cosa? Antes de mudarme aquí, yo residía en «La Cité». Esas calles tan estrechas, con ese olor al pasado tan característico y sobre todo, Notre-Dame. Te confieso que vivir tan cerca de la catedral era como vivir cerca del cielo. Esa plaza tan abarrotada de historia te hace retroceder en el pensamiento hasta la Edad Media, como si al contemplar las piedras

que la sostienen regresaras unos cuantos siglos en el tiempo. ¡Dios mío, qué recuerdos de mi niñez jugando por entre aquellos callejones! Pero, mira por dónde y volviendo a una época más cercana, un día vinieron a mi casa unos soldados al mando de un oficial. Imagina el susto que me llevé. En efecto, el capitán me comunicó la luctuosa noticia de que mi marido había fallecido repentinamente durante sus horas de trabajo. Estaba en una reunión con otros jefes militares en su despacho, a las afueras de París, y de pronto, dicen que se llevó su mano al pecho y que se desplomó. Su corazón debió fallarle.

—Ah, madame, cuánto lo lamento. Desconocía esa circunstancia.

—Ya, para mí fue una pérdida irreparable. Antoine y yo estábamos tan unidos... prácticamente desde que éramos adolescentes. ¿Sabías que él sirvió a la nación en la campaña de Rusia?

—¿De veras?

—Sí, en aquel entonces era muy joven y fue junto al Emperador a luchar por la patria en aquellas extensas llanuras donde la mayoría de nuestros soldados perecieron entre la nieve, las enfermedades y las emboscadas de los rusos. Como teniente, fue de los pocos oficiales que consiguieron regresar vivos a Francia. Señor... ¡cuántos cayeron en aquella inhóspita tierra! Si supieras la angustia que pasé en aquellos terribles meses, con esa tremenda ansiedad que te causa la falta de noticias. Tuve la sensación de que no volvería a verle. Qué alegría me supuso su vuelta, tanta, que decidimos vincular nuestros destinos al comparecer ante el altar al poco de su llegada. ¡Más de cuarenta años de vida compartida con mi admirado Antoine! No creas que todo el mundo puede permanecer junto durante tanto tiempo. Ah, una cosa más; semanas antes de su inesperado fallecimiento, se rumoreaba en el Estado Mayor que iba a ser promovido al generalato. Bueno, solo fueron eso, rumores. ¡Qué ilusión le habría hecho a mi buen esposo alcanzar ese ascenso! Pero ya ves, joven, que el destino a veces recorre un camino diferente al de nuestras aspiraciones. Tranquilo, muchacho, ya acabo. Por si no lo has advertido, te estoy dando conversación para que recuperes el aliento. Ahora tendrás ocasión de relatarme tu historia. No hace falta ser una adivina para intuir que una gran tragedia embarga tu ánimo. Pues termino con lo más próximo. Aunque viuda, mis tres hijos son ya adultos, felizmente casados y además soy abuela de varios nietos. ¿No es genial? Tengo pues una amplia familia en la que invertir mi precioso tiempo.

—¿Y vienen a visitarla aquí, madame? Lo digo por la lejanía con el centro —comenté mientras aspiraba el aroma de una reconfortante taza de café.

—Sí, claro, tal vez con una menor frecuencia de lo que una anciana como yo quisiera. Mas no me quejo, ellos tienen organizadas sus costumbres y lo que menos pretendería, como madre, sería alterarles sus rutinas. No me considero tan egoísta como para exigir que estén excesivamente pendientes de mí. Por ahora gozo de buena salud y me valgo por mí misma, lo cual constituye una gran ventaja para mi posición. El día de mañana, ya se verá.

—La verdad, madame, no sé nada de su pasado pero tengo la impresión de que se conserva usted a la perfección.

—Es cierto. Salvo la muerte de mi esposo, la vida me ha tratado bien. Nunca he padecido problemas serios de salud y mantengo grandes amistades que impiden que mi soledad sea muy patente. Como te decía, tras desaparecer Antoine, invertí el dinero que había ahorrado con mi marido en comprar esta casita a la que le he procurado dar mi toque personal. ¿Te gusta?

—Me encanta; ha logrado usted crear una atmósfera ideal que seguro que recrea su propio carácter. Algo alejada del centro, la verdad; he debido andar bastante hasta llegar aquí pero esta zona merece la pena, sin duda.

—Ah, ese loco de Haussmann. Está cambiando completamente París. Ya no hay quien reconozca la ciudad. Ha demolido buena parte del centro histórico, pero creo que ese hombre es un visionario. El Emperador le ha concedido crédito y le ha dejado las manos sueltas para derribar y luego construir donde quiera. No sé cuándo acabará con toda esta locura urbanística pero ese tipo posee un genio escondido. Si finaliza con su proyecto, dentro de unos años París será diferente y se habrá modernizado, aunque a algunos no les haga demasiada gracia perder las esencias de la vieja ciudad. Por eso me vine aquí a vivir, porque se trata de una zona de expansión, pero te confieso que también hubo otro motivo importante: liberarme de muchos recuerdos de antaño. Son ya casi cinco años los que llevo habitando aquí, desde mi viudez, y no me arrepiento. Si te soy sincera, aquí noto más luz que en el centro y hasta parece que los pájaros cantan con más fuerza. Esta luminosidad me eleva el ánimo así como mejora el estado de mi alma y a mi edad, créeme Philippe, eso es algo

esencial. Bueno, joven, no te quejarás, soy muy sociable pero reconozco que para haberte visto por primera vez, te he proporcionado un montón de información sobre mí. Ahora te toca hablar a ti. Estos minutos de charla han sido una pequeña antesala para que te relajaras y te sintieras en confianza. Son ya años los que tengo a mis espaldas y una es lo suficientemente vieja como para darse cuenta de que has venido a mi hogar con las mejores intenciones. Con tan solo contemplarte desde la puerta de mi casa, supe que no representabas ninguna amenaza para mí, es más, creo que me hallo en condiciones de ayudarte con el problema que vas a exponerme. Después de todo, para eso estamos aquí, en esta existencia terrenal, para prestarnos apoyo. ¿No te parece, amigo?

—Puede ser, madame. Pero si estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros es porque la vida te golpea de una forma tan dura que de no ser por el apoyo de los demás, muchos terminarían suicidándose tirándose al Sena atados con grilletes o más sencillo aún, seccionando sus venas con cualquier objeto cortante.

—Ah, mi joven inexperto. Créeme, ese recurso no te conduciría a buen puerto. Dilapidar tus oportunidades de progreso no resultaría una inversión ni grata ni rentable. Por cierto ¿qué edad tienes?

—No hace mucho cumplí los veinticuatro. Y llevo ya más de dos años trabajando como profesor en «La Cité». Me encanta mi profesión. Estoy convencido de que el magisterio es lo mío y sé que los chicos me quieren. Intento enseñarles todo lo que llevo dentro, con buenas palabras en primer lugar y luego, a través del ejemplo diario. Eso lo valoran mucho.

—Genial, me alegro enormemente por el éxito en tu labor, pero me temo, Philippe, que ese no es el motivo por el que te has desplazado hasta aquí.

—En efecto, así es. Perdóneme, pero si me lo permite, voy a contarle algo muy íntimo. En este sentido y dada la cordialidad que usted me ofrece, me gustaría llamarle por su nombre. ¿Sería eso posible?

—Desde luego, querido. Si te dejé traspasar el umbral de mi casa, es porque deposité en ti mi confianza desde el instante inicial. En ese aspecto y sin pretender caer en la arrogancia, no suelo equivocarme. Tienes mi permiso.

—No sabe cómo se lo agradezco, Alice. Yo no me quejo por las posibilidades que me ha ofrecido la vida. No es mi estilo. Mis padres pertenecen a la burguesía, no son ricos, pero sí lo suficientemente desahogados en

su economía como para permitirme la ocasión de estudiar. Me considero una persona agradecida y por ese motivo quise estar a la altura de las circunstancias. Cuando surgió la coyuntura y sin dudarlo, me incliné por el camino de la educación. Estoy convencido de que el trabajo desempeñado por un maestro es de los más dignos e importantes dentro de la sociedad. Observar cómo van germinando esas semillas que has plantado en la cabeza de los niños no tiene parangón con otro tipo de tareas. ¿Se imagina, madame? ¡Formar a las nuevas generaciones que habrán de sostener a esta nación en los próximos decenios! ¡Ser el responsable, junto a las familias de los críos, del futuro de Francia! Una actividad tan esencial no puede ser depositada en las manos de cualquiera sino en sujetos experimentados, preparados para el desafío de cultivar la mente de aquellos que en su día llegarán a la adultez. Hablo de profesores que derrochen una auténtica vocación por cada uno de los poros de su piel, que adoren en definitiva la tarea que el destino les ha encomendado... Sin embargo, Alice, como comentabas antes, este no es el asunto que me ha traído a este lugar tan especial. La fortuna me apuñaló por la espalda no hace mucho. Y lo peor de todo es que esa herida continúa sangrando, no se cierra y al supurar, lo único que consigue es sumirme en la desdicha. Con solo alzar mi cabeza, contemplo sobre mis hombros los más oscuros nubarrones que tan solo presagian el estallido de una tempestad fatídica.

—¡Caramba, qué lenguaje más sentido para la edad que tienes! Por cierto ¿cómo se llamaba ella?

—¿Cómo dice, madame?

—Sí, te pregunto por su nombre, necesito oírlo de tus labios, de ti, que eras el ser que más la quería sobre la tierra.

4

TRAGEDIA DE JUVENTUD

Aunque traté de contenerme por hallarme en casa ajena, no pude aguantar más la conmoción que me trastornaba. Sabía que pronunciar su nombre me rasgaría el alma como una daga afilada raja la seda, que el más simple recuerdo de su lindo rostro haría brotar lágrimas provenientes de las cavidades de mi maltratado corazón, ese órgano roto en mil pedazos a causa de los sinsabores de mi pasado más reciente. A pesar de mi turbación, era consciente de que mi sufrimiento me invadía precisamente por no estar dispuesto a aceptar que mi proyecto de existencia se había quebrado, que mis ilusiones de un porvenir ilusionante se habían evaporado... Ya no había marcha atrás. ¡Qué amarga juventud!

El maldito viento de la fatalidad había soplado sobre mis espaldas, o mejor dicho, había rugido y me había lanzado contra las rocas hasta destriparme como un vulgar muñeco. Todo el edificio de amor que el mejor arquitecto hubiera ideado se había visto hecho añicos. La frase tan simbólica que escuché ante el altar «hasta que la muerte os separe» cobraba en mis adentros un siniestro significado. De forma entrecortada, con dificultades hasta para verbalizar unas sencillas sílabas, al final y tras unos segundos de balbuceo, pude decirlo:

—Se llamaba *Giulette*, madame. Dios mío, mi dulce enamorada, con tan solo veinte años de edad. Ahora debe descansar en los jardines del *Elíseo* pero... ¿qué me importa eso a mí si no puedo verla ni sentirla? ¿Cómo es posible seguir amando a alguien de quien me sentía tan enamorado si no cuento con la posibilidad de volverla a abrazar o de susurrarle en sus oídos palabras del más tierno amor? Ayúdame, *Alice*, porque la más terrible de las penas se ha apoderado de mí e invade mis adentros como un ejército extranjero que solo causa desolación por donde pasa. Me arrastro como alguien deshecho. Socórreme, por favor, o la locura se instalará en mi pensamiento hasta ser capaz de cometer cualquier barbaridad... Aunque, qué más da, para lo que me resta de vida, de permanencia en soledad, sin hallar sentido a nada, doblegándome a ser una triste alma en pena, viviendo pero sin vivir, vagando por las calles como un mendigo de emociones perdidas, intentando recuperar aquello que no puede retornar, al ser amado que en un acto de crueldad me ha sido arrebatado. *Alice* ¿cómo abrir los ojos por la mañana si a tu lado solo notas el vacío en tu cama? ¿Con qué ocupar mi pensamiento si me falta la criatura que lo llenaba? La flor que creía que me acompañaría hasta la tumba se ha marchitado por sorpresa, cuando se hallaba en el apogeo de sus colores más radiantes, en plena primavera. ¿Habrá golpe más traicionero que encajar en mi camino? Ni en el sueño más oscuro, ni en la pesadilla más infausta de recordar, ni aunque hubiera mi espíritu descendido hasta el mismísimo infierno de *Dante*, hubiera imaginado semejante tragedia... ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué no me llevaste a mí antes que a ella? ¿Qué justicia permite tronchar a la rosa cuando se dispone a regalar su más bella fragancia a cuantos la rodean?

—Los sentimientos que verbalizas y que de alguna forma me transmites con tus gestos y con tu voz son impresionantes, *Philippe* —añadió la señora *Leclerc* mientras lágrimas de emoción acudían a sus pupilas—. Debías estar absolutamente enamorado de tu querida *Giulette*...

—Así es, madame. Tanto que a menudo me planteo si vale la pena vivir más con esta congoja que me invade el pecho y me paraliza, que no me deja siquiera respirar. ¡*Alice*, por favor! A veces noto que no hay suficiente aire en todo París para mis pulmones. Es como si me ahogara...

Aquella mujer canosa, con su pelo blanco recogido elegantemente hacia atrás, cerró con lentitud sus ojos y tomó con delicadeza mi mano derecha, aquella que había sido regada con los sollozos vertidos durante

mi sufrido discurso ante una persona a la que apenas conocía. Me parecía asombroso, pero era la única criatura de carne y hueso que había logrado consolarme en las últimas semanas con tan solo mirarme y escucharme. La sencilla caricia de sus dedos sobre mi piel me había insuflado el suficiente ánimo como para no salir huyendo de allí tras confesar mis penas. Ahora que me había desahogado, sentía una cierta vergüenza por haber desnudado mi alma ante aquella señora a la que había visto por primera vez en toda mi vida. Sin embargo, preferí prestar atención a la dulce melodía interpretada por su tacto y por fin, pude inhalar un gran trago de aire sin quedarme a mitad de inspiración. Pasaron unos segundos de un placentero silencio que no era tal sino la serenidad misma vestida sin sonidos. Empecé a experimentar una cierta sensación de tranquilidad y al poco, dejé de sollozar como un niño pequeño al que le arrancan de los brazos de su madre.

—¿Qué tiempo hace del suceso, Philippe?

—Ayer se cumplió justamente un mes desde la desgracia. Han sido treinta días que no se los deseo ni al peor de mis enemigos, sin ganas de comer ni de vestirme para realizar mis ocupaciones habituales. Ni siquiera deseaba levantarme de la cama. Quería que desapareciera el mundo para que me condujera hacia la nada, donde al menos, ya no sentiría la tristeza ni el horror por la pérdida. ¿Qué razón tendría ahora para seguir caminando por este valle de amargura?

—Y ¿qué fue exactamente lo que sucedió, amigo?

—Nunca supe la causa. Nosotros llevábamos poco más de un año felizmente casados. Una tarde, al regresar de la escuela la encontré enferma sobre el lecho. Deliraba palabras sin sentido y su fiebre era altísima. Tal vez fuera algo que comió en mal estado, o el contagio de una enfermedad o qué se yo, quizá una maldición de esas que se abate sobre los amantes dichosos, como si alguien no deseara contemplar tanta hermosura de sentimientos entre dos seres que eran una sola carne. Alarmado por la urgencia del padecimiento, avisé al instante a un médico, pero este no acertó a dar con el origen del trastorno. Y Giulette continuó empeorando por horas, empapada de sudor y a veces, víctima de unas convulsiones que me arrancaban la piel de mi corazón al observarla tan joven pero tan desmejorada. No me separé de ella en ningún momento. Impotente y agobiado por la falta de respuestas, busqué a un doctor de renombre. Este

le recetó un preparado medicinal a base de hierbas que allí mismo arregló para que lo tomara de forma inmediata.

—¿Acaso tampoco resultó efectivo ese tratamiento?

—Antes de marcharse, aquel caballero exhibió una mirada huidiza que me alertó e hizo crecer mi pesimismo. No me aseguró nada concreto sobre el restablecimiento de mi amada y tampoco me dio garantías de curación, salvo que su propio cuerpo pudiera derrotar al mal que albergaba. Con cara circunspecta y antes de estrechar mi mano, el galeno me confirmó que o mi esposa vencía la batalla de las fiebres o las fiebres la conducirían al otro mundo. Al quinto día de iniciarse los síntomas, me retiré a descansar porque mi vista turbada ya no alcanzaba más a mantenerme despierto. Mi familia había acudido a cuidar de Giulette y a auxiliarme con el resto de tareas en la casa. Me tumbé en la otra habitación. Perdí la conciencia y no sé qué tiempo debió transcurrir pero de pronto, sentí la mano de mi madre tocar mi hombro justo en mitad de un profundo sueño que se había apoderado de mí. Ay, Alice, imagina la situación, ella con sus ojos inundados por las lágrimas; con voz entrecortada, tan solo pudo decirme que mi querida Giulette había dejado de respirar, que el fatal desenlace de aquella celestial criatura que tan feliz había hecho a su hijo, se había producido mientras que yo dormía exhausto de fuerzas. Nosotros, que precisamente teníamos la idea de darle un nieto en los próximos meses para que lo disfrutara porque amaba tanto a los niños... Y todo ese maravilloso proyecto se vino abajo con estrépito, como un castillo de naipes al que los vientos del destino le soplan desde la base derribándole. Me volví como loco, no era yo, el dolor me atravesaba como una espada ropera, no sabía qué hacer y sobre todo, me negaba a admitir la realidad de lo sucedido, sin querer comprender que ella se había ido para siempre. Confieso que fue muy duro para mí tomar conciencia de que mi andadura habría de seguir pero ahora sin la adorable presencia de mi esposa. Tras el entierro, mi madre me llamó a solas y me comunicó algo que me partió el alma. Unos minutos antes de expirar, Giulette balbuceó unas palabras que guardaban un profundo sentido...

—¿Y qué fue lo que dijo exactamente?

—Ella pronunció en la cama lo siguiente:

—«Philippe, Philippe ¿dónde estás? Lo siento tanto, dejarte tan pronto, perdóname mi amor por marcharme de tu lado, perdón, lo siento...».

—Fue lo último inteligible que acertó a mascullar antes de despedirse de este triste mundo. Quizá estaba desvariando o tal vez enunció esas palabras para que mi progenitora me las hiciera llegar tras su muerte... Ella no tenía padres, era huérfana desde muy pequeña y había vivido siempre con su hermano mayor. Por eso fue mi madre la que escuchó su última voluntad, su postrer mensaje que me hizo torturarme hasta casi enloquecer, hasta pensar seriamente en el suicidio para estar en el mismo sitio que mi amada. Pero me pregunté: «¿Y si luego no me permitieran verla o abrazarla? Dios mío, sería absurdo, qué negra intuición la mía». Alice, doy testimonio de que más de un día, antes de caer la noche, he pensado en rajarme las venas y así, al perder la conciencia lentamente, imaginar a mi Juliette dándome la bienvenida a la otra dimensión.

—Pero mi joven amigo... eso sería horrible... una vida acabada y otra derrochada inútilmente...

—Reconozco, madame, que también he pensado en la idea de ahorcarme. Me han dicho que no se produce un tránsito tan violento como en otro tipo de muertes, es decir, que te vas yendo lentamente y en paz de esta tierra hasta posarte en no sé qué lugar ni en qué circunstancias. En cualquier caso, se comenta que la asfixia es mucho menos traumática que el fallecimiento por abrasión o por un disparo de arma de fuego. Quizá mi amada se me aparezca para recogerme conforme mi rostro se vaya poniendo azul por la falta de aire, mientras que yo me sumo en un dulce sueño. Si todavía no he hecho nada de lo expuesto es porque... ¡tengo tantas dudas! ¿Y si mi sacrificio resultara en vano? Mi actuación constituiría un absoluto fracaso sin posibilidad de marcha atrás. No sé qué hacer, ayúdame, te lo ruego, estoy tan desesperado...

—Veamos un momento Philippe —expresó la señora mientras me agarraba con fuerza mis dos manos al tiempo que clavaba sus ojos en los míos—. Has venido aquí por un motivo muy importante y es muy posible que ahora mismo ni siquiera seas consciente de ello. ¿Tú confías en mí? Seguro, ¿verdad? De no ser así, no habrías realizado tantos esfuerzos por localizarme y llegar hasta mi hogar. Porque de lo contrario, estoy dispuesta incluso a indicarte que tomes la puerta de salida y te vayas de regreso a «La Cité». ¿Crees que lo que te diga será para tu bien?

—Completamente, Alice, no albergo dudas. Es cierto que hoy ha sido nuestro primer encuentro pero, pero... el que me hayas facilitado la en-

trada a tu casa para mí constituye un gesto único y me ha sonado a música celestial...

—Muy bien, gracias por tu respuesta, me alegro por ambos. Lo primero que has de hacer es arrancar de tu cabeza para siempre cualquier deseo de quitarte la vida. Continuar con esa actitud no solo no arreglaría nada sino que además empeoraría las cosas así como tu situación hasta límites insospechados. ¿Me comprendes? Mírame a los ojos y dime que sí, un sí rotundo que me suene a creíble.

—Sí, madame Leclerc, he comprendido. Mis pensamientos son solo el producto de mi angustia. En cuanto salga de este pozo sin fondo por el que he caído, esos nubarrones tan negros se alejarán de mi mente.

—Claro, pero no los atraigas con tu persistente tortura interior. Ya sé que es duro, pero cuanto antes abandones tu posición de víctima pasiva que ha sido golpeada por los avatares del destino y te pongas en una postura más activa, antes verás la luz y la solución a tu actual coyuntura. Me fiaré de tu promesa así como tú debes fiarte de mí. Ahora te hallas muy perturbado por lo sucedido. Es preciso que te dejes aconsejar por personas que saben más que tú de estos asuntos, entre otras cosas porque eres joven y posees menos experiencia que una mujer ya mayor como yo.

—Alice, si me he tomado la libertad de acudir aquí para molestarte con mi triste historia es porque me habían hablado auténticas maravillas de ti antes. Mira, tengo un amigo que se divierte mucho en esas reuniones de las que tanto se habla en París, ya sabes, esa cuestión de las mesas voladoras que incluso te pueden responder a preguntas sobre el más allá o sobre el más acá, según los casos. Yo soy católico bautizado y he recibido mis sacramentos. Creo en la Iglesia, en lo escrito en los Evangelios y en la vida después de la muerte pero... no soy un buen practicante, lo reconozco. Todas esas cosas son nociones que me transmitieron cuando era un crío, cuando todo lo que te enseñan te queda grabado dentro porque la mente es blanda, mas uno va creciendo y madurando y... va dejando de lado mucho de lo aprendido en la infancia. Por otra parte, esas reuniones a las que acude mi amigo me suenan a broma cruel, a chismes de pasatiempo para gente aburrida, es más, pueden constituir una ocasión para que algunos participantes puedan sentirse humillados por la escasa seriedad de lo que allí se debata.

—Tienes toda la razón, hijo. Las modas son pasajeras y ese fenómeno, tal y como lo describes, tiene fecha de caducidad y por tanto, acabará. Tal vez solo se trate de una señal, nada más.

—Como te decía, ese compañero que me incitaba a menudo a agregarme a sus asambleas de mesas parlantes, me habló de una mujer llamada Alice. Resulta curioso, pero cuando se refería a ti, el gesto de su rostro se ponía serio y me acababa por comentar que tú eras de las pocas personas que merecía la pena oír en todo París, lo cual es mucho decir. En ese mundillo frívolo tan propenso a las chanzas, tú eras alguien singular, de una gran sensatez en tus planteamientos y con una capacidad de estudio enorme.

—Hmmm... creo que ya sé de quién se trata. Caramba, esta ciudad está tan poblada y a veces parece una pequeña aldea campestre... pero no me interesan esos enredos, de veras. Prosigue, por favor...

—Lo cierto es que para no caer en el ridículo viniendo a tu casa, me informé por otra gente de ti y me quedé extrañado por la unanimidad en el sentimiento de respeto que te profesaban. Al final de mis pesquisas, tuve claro, Alice, que eras una de las médiums más reputadas de todo París y que después de lo que llevaba sufriendo tras la desaparición de Giulette, debía buscarte a toda costa. Por eso estoy aquí. No es difícil de explicar y espero que me comprendas. Yo no estaba exento de dudas, créeme, no sabía si acertaría al venir a tu hogar, pero te aseguro que después de haberme desahogado contigo, las vacilaciones han quedado atrás y no sabes la alegría que me invade por la decisión que tomé. La angustia que obraba en mi interior me ayudó en este caso a buscarte y de alguna forma, me empujó a tus brazos. Tan solo llevo aquí sentado en este sillón un rato, pero siento la confianza que nada más que se produce entre las personas que conectan en cuanto cruzan sus miradas. De no ser así, no te habría desvelado mis problemas más íntimos. Entre nosotros, te confieso que hay muchos miembros de mi familia a los que no les he contado nada de lo que hoy te he revelado, de lo que corría por mi mente hasta desesperarme.

—Bueno, tranquilo, joven. A veces, las urgencias del momento nos llevan a compartir muchos aspectos íntimos para que estos no nos desgarran por dentro. Eso provoca también que los lazos de amistad se estrechen antes de lo habitual porque existe una necesidad imperiosa de comunicación, de sentirse comprendido por los demás.

—Entiendo eso, Alice, pero contigo ha resultado diferente.

—De acuerdo, Philippe. Mira, te seré franca. Hace ya muchos años que descubrí en mí esa capacidad para ver y hablar con los espíritus. No creas que fue sencillo, sobre todo al principio, por mi bisoñez. Menos mal que me considero una persona prudente, pero te advierto que no es fácil vivir con algo que sabes que llevas en lo más hondo y que solo puedes compartir con otra gente que piensa o siente lo mismo que tú. Puedes llegar a sentirte tan sola, tan incomprendida, que buscas con intensidad a personas afines.

—¿Y qué opinaba el coronel Leclerc al respecto?

—Bueno, él nunca se opuso a este fenómeno, aunque al principio lo consideraba algo fantasioso, sin base sólida sobre la que asentarse. Por fortuna, poco a poco y conforme me observaba, fue tomando conciencia de que lo que su cónyuge notaba no era producto de la imaginación salida de la cabeza de una lunática. No estoy del todo segura, Philippe, pero creo que antes de su muerte ya estaba casi convencido de la realidad de todo lo que yo le contaba sobre los espíritus, su mundo y la interacción constante que aquellos mantienen con nosotros.

—Una pregunta más, Alice. En estos años que han pasado desde su desaparición, ¿has logrado contactar con él en alguna ocasión?

—Directamente, como estoy hablando ahora contigo, no. Mas sé que se encuentra bien y que cuando llegó su partida, fue asistido por buenos espíritus. Ya te habrás dado cuenta de que ni siquiera una médium como yo puede comunicarse con quien le apetece, incluso aunque haya sido su marido en la vida orgánica.

—Pues sí, ya veo. Entonces ¿cómo sabes que él se halla en buen estado?

—Muy sencillo; por otros espíritus que actúan a modo de intermediarios. Se trata de viejos amigos con los que he mantenido contacto en numerosas oportunidades y como comprenderás, tengo absoluta confianza en ellos pues son muchos años los que llevan acompañándome y estoy convencida de que nunca me gastarían una broma o me mentirían. Te aseguro que son almas de fiar.

—Entiendo. Perdóname, parecía por un momento que te estaba poniendo a prueba pero nada más lejos de mi intención. Alice, tengo una pregunta que te podría resultar cuando menos comprometedora.

—Calma, joven amigo. A veces, son más comprometedoras las respuestas que se dan que las preguntas que se efectúan. Adelante pues con la cuestión.

—¿Tú crees que con tus poderes y a través de esos amigos invisibles con los que cuentas sería posible que yo pudiera conversar con Giulette?

—¡Ay, qué cosas dices, amigo! Siento desilusionarte, pero eso que comentas no funciona del modo en el que te imaginas. Probablemente te hayan informado de forma errónea, no por maldad sino más bien por desconocimiento acerca de las leyes que rigen las relaciones entre los habitantes del otro lado y los del más acá, que somos nosotros. Te aclararé algún que otro concepto. La potestad para relacionarse con el más allá no debe contemplarse como una especie de «poder» sino como una capacidad, como cualquier otra, que según el uso que le des te puede elevar o conducirte a la destrucción. Con respecto a tu pregunta concreta acerca de tu amada, he de decirte lo siguiente: el mundo incorpóreo está poblado por una infinidad increíble de criaturas que no podrías ni enumerar en una serie ilimitada de libros. La posibilidad de llamar a Giulette no puedes equipararla a una amplia reunión de amigos donde puedes pronunciar el nombre de alguien porque sabes que va a acudir a tu llamada para identificarse. No existe seguridad sobre que ella te vaya a escuchar y mucho menos que te vaya a responder como si se tratara de una conversación normal entre personas físicas que se conocen.

5

LAURENT, EL ESPÍRITU

Permanecí como absorto pensando en el carácter de la respuesta que me había proporcionado aquella noble dama. No conseguía reaccionar. Era como si me hubiera quedado anonadado. Mis pupilas se quedaron fijas mirando un retrato que colgaba de la pared justo enfrente de mi vista. Sin duda, debía tratarse de la imagen del coronel fallecido. El semblante melancólico de aquella pintura más la imposibilidad reconocida por Alice de comunicarme con mi querida Giulette, provocaron que las lágrimas afloraran de nuevo a mis mejillas. La crudeza que para mí representaba el haber escuchado ese mensaje, atrajo sobre mí otra vez la sensación de tragedia y de soledad, la triste incertidumbre sobre lo que sería de mi vida futura sin la compañía de mi ser más anhelado. Tras unos segundos de expresión inmóvil en los que los negros presagios golpearon mi frente como un látigo descarga su fuerza sobre la espalda de un convicto, parecí recuperar la conciencia sobre el lugar donde estaba y me derrumbé. Sin saber qué hacer, agaché mi cabeza y la deposité entre mis piernas, situando mis manos sobre mi nuca en un gesto que evidenciaba mi aislamiento del mundo y la impotencia que sentía. Como un niño alejado de su hogar

y de los suyos, me olvidé de mis veinticuatro años, de mi condición de visitante en casa ajena y me puse a llorar desconsoladamente.

—Aguarda un momento, shhh... calla, Philippe. Tal vez exista una remota esperanza. ¡Ánimo, muchacho, eleva tu figura!

—¿Cómo dice, madame? No entiendo lo que pretendes...

—Comprendo. Laurent me ha comentado que conviene esperar, que hay que ser cautos y no hacerse excesivas ilusiones pero que quizás en el futuro...

—¿Eh? ¿Cómo? Alice... ¡por favor! ¿Has perdido el juicio o es que te gusta hablar sola? Acláramelo, te lo ruego.

—Ah, sí, discúlpame, mi buen amigo. Es que estaba atenta a lo que él me decía. Creo que ha llegado la ocasión de presentarte al bueno de Laurent. Que sí, en efecto, este es el chico que se ha colado en casa casi sin llamar, sin avisar siquiera antes sobre sus intenciones... pero si te soy sincera, me cae muy bien. ¿Tú qué crees?

—Ay, Dios mío —afirmé asombrado—. Esta cuestión de los médiums me está superando por completo. Alice, ¿puedes hablar conmigo y con otra persona a la vez? Y por cierto, ¿puede saberse quién es ese Laurent al que acabas de mencionar?

—Sí, desde luego hijo. Aunque lleve ya años en esto, todavía no domino por completo la técnica de hablar con varios seres a la vez. En verdad, no soy yo la única a la que le sucede. Se trata de un fenómeno más frecuente de lo que piensas. Mira, Laurent es un espíritu viejísimo y sabio que me acompaña desde mi juventud. Considéralo como un auténtico maestro en sus cometidos, alguien experto que pertenece al mundo espiritual y que decidió por propia voluntad «descender» a la corteza terrestre para permanecer conmigo, ayudarme a través de su asesoramiento y constituirse en mi guía. ¿Qué te parece? ¡Eh, chico, reacciona, que te has quedado de piedra!

—Uf, no sé, supongo que deberé acostumbrarme a esto de hablar con personajes invisibles a los que no puedo ver, tocar, ni escuchar. ¡Hola, Laurent! No tengo ni idea sobre lo que decir. En fin, siento haber invadido el espacio que le corresponde y el de su señora, madame Leclerc, pero me sentía tan desesperado. Discúlpame por la osadía.

—Ja, ja, ja... Le ha resultado muy divertido tu comentario. Cree que ha sido muy apropiado a las circunstancias. Mas no te agobies, Philippe. Has de saber que el espacio es infinito y... sí, me dice que no existe la

propiedad privada en su mundo, tal y como la entendemos aquí. También te expresa que yo no soy su señora, faltaría más, sino su alumna y que puedes tutearle sin ningún problema. Ah, una última cosa, que es comprensible; no hace falta que te dirijas a mí para hablar con él porque puede escucharte perfectamente. Es todo oídos.

—Caramba, qué raro me siento con la posibilidad de poder comunicarme con alguien al que no observo, pero lo intentaré, desde luego. Y ¿por qué Laurent te acompaña desde hace tanto tiempo, Alice?

—Bueno, se trata de una historia muy larga que me llevaría horas detallar, pero lo básico está en que existen ocasiones en las que los espíritus precisan de alguien con un envoltorio corporal para manifestarse. Esa es una de las funciones primordiales de un médium. ¿No crees? Somos intermediarios entre las dos dimensiones. ¿Lo captas ahora?

—Sí, claro, me hago cargo. Tú serías como una especie de traductora entre personas que no hablan el mismo idioma.

—Ajá, muy bien, has estado ocurrente. Si por distinto idioma consideras la necesidad de que alguien se exprese a la gente «normal» por él, entonces te hallas en lo cierto. ¿Sabes una cosa? Hace ya más de cien años de su último paso por la Tierra. No pienses que vivió muy lejos de aquí. Era profesor de metafísica justo en la universidad de París. Después de su fallecimiento, se dedicó a otro tipo de labores aunque muy relacionadas con el área de la enseñanza. Tienes que valorar que los espíritus, por el hecho de abandonar su traje físico, no por ello pierden todo lo aprendido o el caudal de conocimientos que han acumulado a lo largo de su periplo material.

—La verdad es que resulta muy interesante todo eso que me estás explicando. Y entonces, Alice, ¿cómo has logrado acceder a todos esos datos sobre la «biografía» de Laurent?

—Pues es muy fácil, joven. Reflexiona un poco sobre el tema. Llevamos algo así como unos cincuenta años haciéndonos mutua compañía. ¿Crees que en todo ese largo período no hemos tenido ocasión de hablar sobre nosotros, de nuestra historia, de nuestro cometido?

—Sí, sí, es obvio, además de lógico. Es mucho el espacio en el que habéis estado colaborando juntos. Supongo que aunque se trate de una relación que no deja de sorprenderme por su naturaleza, no tendréis secretos el uno para con el otro.

—Así es, amigo. Son infinidad de conversaciones mantenidas, mucho intercambio de información, de apuntes y por supuesto, experiencias compartidas. Por decirlo de alguna manera, es como llevar toda una existencia vinculados. Para los espíritus como él, nosotros somos como personajes desnudos a los que no podemos ocultar nuestras intenciones y eso es algo muy importante a la hora de relacionarnos.

—Me ha gustado esa expresión... ¡desnudos!

—Desde luego, ya que como te habrás imaginado, no me estaba refiriendo a las ropas que cubren tu cuerpo sino digamos que al vestido más esencial que conduce al sujeto.

—Lo siento, pero me parece que he perdido un poco el hilo de la charla...

—Esa desnudez es la del alma, mi amigo. Gracias a ella pensamos, cavilamos y tomamos decisiones. Ah, y también actuamos. Pues bien, los espíritus, al igual que Laurent, pueden leer tus pensamientos. ¿Qué te parece? Por eso te he dicho antes que para ellos, nosotros nos mostramos sin ropajes o expresándolo en un lenguaje más contundente: nos ven tal y como somos, sin engaños ni falsas apariencias. No caben disimulos ante su vista que todo lo penetra. En otros casos, tapas una herida en tu piel con alguna prenda y ya está. Pero yo te pregunto ¿cómo ocultar tus defectos, cómo esconder tus faltas, cómo enmascarar tus verdaderos sentimientos? Esto significa que las características que adornan tu alma, es decir, quién eres y lo que eres, son absolutamente visibles para sus ojos espirituales. De ahí que nos conozcan tan bien y que sepan de nuestros puntos flacos pero asimismo de nuestras virtudes. No sé si te he aclarado este esencial asunto...

—Claro que sí, Alice. En este sentido, debo suponer que él debe ser perfectamente consciente del mal momento por el que estoy atravesando desde hace un mes.

—Desde luego que sí. Es un experto en el conocimiento y el análisis de la mente humana, no lo olvides. Después de todo, durante toda una vida fue metafísico. Digo yo que eso le habrá permitido profundizar en sus estudios sobre la psique de las personas. Ja, ja, Philippe, llevas un buen rato poniendo cara de extrañeza, pero no deberías sorprenderte tanto. Dime una cosa. ¿Por qué crees que te he abierto con tanta facilidad las puertas de mi hogar? ¿Crees que es casual que te halles sentado en uno de los sillones más confortables de mi casa? Te aseguro que nadie adoptaría una

actitud como la mía en su sano juicio, salvo que confiara en la persona que tiene enfrente. Tampoco suelo relatar las cosas que a ti te he contado a cualquier desconocido con el que me cruzo por la calle. Soy una mujer prudente y ya tengo unos años como para caer en ese tipo de impericias, más propia de jóvenes que de gente con un dilatado historial a sus espaldas. Tengo que confesarte que hace ya unos días que el bueno de Laurent me advirtió de tu llegada, de la posibilidad de que un joven muchacho con serios problemas pudiera acercarse hasta mi domicilio. ¿Impresionado?

—Caramba, a eso se le denomina «jugar» con ventaja...

—No, si sabes cómo soy y si conoces mi comportamiento y a lo que me dedico. Claro que tu voluntad es soberana, nadie lo pone en duda. Viniste porque quisiste, ni más ni menos. Ese fue tu deseo definitivo. Dios le otorgó el libre albedrío a todas sus criaturas para que eligieran lo que hacer, para que dispusieran de la oportunidad de acertar o equivocarse por ellos mismos. Como se suele decir, tu destino se halla en tus manos. ¿No te parece justo, mi buen Philippe?

—Pero, un momento Alice, si tú sabías que yo iba a venir a tu hogar... entonces, yo no pude elegir. Todo estaba ya previsto de antemano, no sé si me explico...

—Pues claro que elegiste, Philippe. Mira, Laurent inspiró a tu amigo para que te hablara de mí, para que despertara en ti el interés por poner fin a tu desesperación a través del conocimiento de una médium. Por tanto, era una de las posibilidades con las que contabas para aligerar tu enorme carga de culpabilidad, de esa tremenda tristeza que arrastrabas y que tanto te está afectando desde hace un mes. Y sin embargo, estoy segura de que dudaste, de que estuviste reflexionando acerca de si acudir aquí o no... Por tanto... fuiste soberano para optar por una u otra determinación.

—Pero, perdóname, hay algo que no entiendo. Mi amigo no me habló nada acerca de que Laurent le hubiera dicho algo sobre ese asunto y que me conste, tampoco se le apareció o algo por el estilo, porque como es obvio, habría venido corriendo a decírmelo

—Desde luego, ¿crees que los espíritus solo se comunican con los médiums? Esta es la forma más evidente, por supuesto, pero no la única ni mucho menos. Ellos hablan constantemente con todo tipo de personas, ya que se trata de un proceso de continua interacción. Has de saber mi

buen Philippe, que la vía más importante a través de la cual contactan con los seres de carne y hueso es a través del pensamiento.

—¿El pensamiento? —expresé sorprendido.

—Sí, eso es. ¿Acaso nunca has notado en tu cabeza como una inspiración, una inclinación muy poderosa para hacer algo concreto o un fuerte empuje para tomar algún tipo de medida?

—Claro, pero se trata de mi voluntad.

—Ya, lo hemos hablado antes, pero conviene matizar tu respuesta. Eres libre para escoger, pero también lo son los espíritus en cuanto a influirte de una u otra manera. Acorde a su carácter y a lo que ellos son, tratarán de motivarte en un sentido u otro. Si el que te acompaña en una coyuntura cualquiera es bueno, noble, no albergues dudas: tenderá a impulsarte para que te comportes de una forma positiva, constructiva, edificante, es decir, todo aquello que pueda suponer un crecimiento para ti. En cambio, si el espíritu que se sitúa a tu lado tiene un perfil negativo, oscuro, atormentado o sencillamente burlesco, buscará tu equivocación, que adoptes una decisión sobre un asunto que suponga para ti un fracaso, un estancamiento, en definitiva, un mal y por tanto, una oportunidad perdida de progresar como criatura que eres expuesta a la evolución.

—¡Caramba, qué sorpresas se lleva uno! Desconocía que el «poder» de esas entidades fuera tan descomunal. De verdad, ¿tanto peso pueden tener sus «consejos» sobre nuestros actos?

—Más del que te imaginas y mucho más del que normalmente se piensa. Una cosa es que parezcan invisibles y otra bien distinta que no nos influyan. De ahí que utilicen su influjo psicológico para empujarte hacia una u otra dirección. Veamos, ¿tú puedes ver o tocar tus pensamientos?

—Claro que no, pero sí está demostrado que según las ideas que tenga sobre un asunto así serán las decisiones que adopte sobre el mismo.

—Muy bien dicho, Philippe. Así actúan todos los seres que pueblan esta dimensión, es decir, son llevados por el tipo de pensamientos que poseen. Esto se debe a que las criaturas humanas no son sino espíritus, aunque temporalmente alojados en un envoltorio de carne y huesos. Y los espíritus, aunque carezcan de estructura física, piensan y sienten. Cuando este traje cedido en préstamo, cual máquina orgánica que es, deja de funcionar, el alma que mora junto a él se libera y pasa de nuevo a vivir en el espacio inmaterial que le es propio.

—Dios mío, para ser nuestra primera conversación, esta temática me resulta un tanto compleja...

—En efecto, has de disculparme, eso mismo me estaba comentando Laurent ahora. Eso quiere decir que debemos ir más despacio, paso a paso, sin prisas pero sin pausa.

—Sin problemas, Alice, este tema me parece apasionante. Otra pregunta entonces... ¿pudo percibir mi amigo en aquella ocasión que el espíritu de Laurent estaba tratando de convencerle para que yo me dirigiera a tu casa? Lo expresaré de otra forma. ¿Era consciente mi compañero de que alguien externo a él le invadía su mente para tratar de influenciarle?

—Buena pregunta, joven caballero. Procuraré contestarte con lógica. La verdad es que no existe forma de saberlo.

—¡Oh, qué decepción! Ya me gustaría diferenciar mis propias ideas de aquellas que me sugieren los habitantes del otro lado... Sabría pues a qué atenerme...

—En absoluto, amigo. Te diré más: si lo supieras, muy probablemente te acomodarías, te dejarías llevar por las voces de los espíritus, te volverías dependiente a su influjo, alcanzarías un momento en el que no tomarías ni la decisión más simple sin consultarles antes. ¿Qué quiere decir esto? Muy sencillo. No crecerías como alma, no avanzarías. El ser humano precisa resolver cuestiones continuamente, no puede permanecer anquilosado y que otros hagan el trabajo por él. Además... ¡qué aburrida sería la vida sin llegáramos a ese extremo de inacción o de pasividad! ¿Lo entiendes, Philippe? Es esencial que comprendas esto para evitar futuros disgustos, para que conozcas con todas sus consecuencias que para seguir avanzando tienes que asumir el riesgo de actuar por ti mismo, incluso de equivocarte y no porque nadie te imponga su criterio a la fuerza. Dios es sabio y previó que en ese procedimiento de interacción recíproca entre las dos dimensiones de la realidad, las personas de este planeta no tendrían la posibilidad de distinguir el eco de su conciencia del sonido de los habitantes del más allá. Él desea que seamos libres para construir nuestro presente y edificar nuestro futuro, aunque permita que otras criaturas como los espíritus puedan aconsejarnos acorde a su propio criterio.

—No resulta fácil asimilar todo eso que me dices. Solo soy un profesor de niños, poco experto en esas cuestiones de las que me hablas con pasión, pero comienzo a vislumbrar por dentro cómo es el funcionamiento

de la existencia humana y cuál es su sentido último. Es algo que siento de forma intuitiva... y que me sosiega el ánimo.

—Me alegro por ti, amigo. Y ahora, presta atención. Te costará trabajo admitir lo que te voy a comentar, pero creo que es necesario que te lo diga.

—¿El qué, Alice? Me tienes intrigadísimo y nervioso al mismo tiempo...

—Mira, Philippe, tienes que tener una cosa clara aunque te pueda resultar dolorosa. Has llegado a mi casa y me has conocido tanto a mí como a Laurent merced al luctuoso suceso que te ha acaecido. Cuidado, esto no significa que Giulette haya cambiado de morada para que tú acabaras visitándome, sino que es una de las consecuencias de ese tremendo lance por el que has atravesado. A su vez, esto te ha permitido descubrir un potencial que llevabas dentro pero que por diversas razones, no acababa de aflorar.

—Alice, no termino por entender eso último que has dicho...

—En efecto, la muerte de Giulette te ha conducido a zambullirte en las aguas de tus adentros. Su despedida temporal ha contribuido decisivamente a que te intereses por una dimensión como la espiritual, una faceta que tenías olvidada pero que hechos como el ocurrido te encargan de recordar. Es más que probable que si acudes a mi hogar con frecuencia y te dispones al estudio de ese otro plano, termines por alcanzar un nuevo conocimiento sobre la vida y su porqué, incluida la tuya, por supuesto.

—Me has dejado desconcertado. No sé ni qué pensar. Lo único que llena mi cabeza en estos momentos tan dramáticos es la pérdida de mi esposa. Ignoro lo que será de mí en el futuro. En la actualidad, confieso que lo que más me tranquilizaría sería saber algo de ella, lo que fuera. Por eso vine aquí, Alice, aunque desde luego respeto lo que me comentaste antes sobre la imposibilidad de acceder a esa comunicación por ahora.

—Bien, vayamos poco a poco, joven. Por hoy creo que ha sido suficiente. Reflexiona sobre lo que hemos trabajado juntos esta tarde. Hemos conectado bien, Philippe; nuestra charla ha sido del todo atractiva y ha tocado tu fibra más sensible. Yo me encuentro muy cómoda contigo. ¿Qué más se puede pedir en un primer encuentro? Por ejemplo ¿acaso imaginabas cuando traspasaste el umbral de mi hogar que congeniaríamos tan bien y que nuestra inicial conversación se alargaría durante horas?

—No, ni mucho menos, madame. A decir verdad, ha sido una de las sorpresas más gratas en mi corta vida, incluyendo la experiencia de contactar con Laurent, por supuesto.

—¡Ah, sí, hablando de él! Antes de despedirnos, el bueno de mi maestro me ha sugerido que haga algo provechoso por ti. En fin, tendré que regalarte algo que seguramente será de tu agrado. De hecho, considera que este obsequio que te voy a hacer constituye uno de los mejores antídotos que existen para el veneno de tu tristeza.

—Pero, Alice ¿me vas a proporcionar algún compuesto de plantas, de esos que dicen que contribuyen a elevar el humor y a disipar la melancolía?

—No, no, por Dios, no tengo vocación de curandera, mi buen amigo. Es algo mucho más sublime que unas simples matas machacadas y mezcladas. Se trata de un libro.

—¿Eh? ¿Un libro? Uf, no tengo ahora ganas ni de leer los cuadernos de mis alumnos. Mi mente no podría concentrarse; mi obsesión por Giulet me impide liberarme de mis penas.

—Verás, es que no se trata de un libro cualquiera. Tal vez te lleses una pequeña sorpresa. Con el respeto debido al resto de obras y de autores, este es el libro por excelencia, aquel que con el tiempo habrá de cambiar el rumbo de este salvaje planeta.

—Caramba, esto se pone de un misterioso que me intriga. ¿No me estarás hablando de la Biblia, verdad?

—¡Ah, no, en absoluto! Me estoy refiriendo a algo más reciente.

Aquella señora de profundos ojos azules se levantó del sillón, me sonrió con la ternura que una madre emplearía con su hijo y a continuación, se dirigió hacia un armario donde existía una multitud de libros, difíciles de abarcar de un solo vistazo. Cogió con delicadeza uno de ellos y volvió sus pasos hacia mí para entregármelo.

—¿Cómo? ¿«Le Livre des Esprits»? —balbuceé—. ¿Qué es esto? ¿Un tratado sobre los habitantes del cielo y el infierno?

—Antes de emitir juicios apresurados, quizá sea mejor que lo abras y lo hojees un poco. Valora este regalo como una dádiva del plano espiritual. Recuerda que ha sido el mismo Laurent el que me ha pedido que te lo entregara.

—Ajá, Alice, pues si eres tan amable, muéstrale mi agradecimiento a tu experto consejero del más allá.

—Ja, ja... Laurent no se ha podido aguantar la risa cuando ha escuchado tus palabras. La verdad es que él se mueve con soltura en las dos dimensiones, no solo en la inmaterial.

—¿Eh? Un momento, estoy echándole un vistazo y esto es una colección de preguntas con sus respuestas, más de mil...

—Así es, Philippe. Ya te dije antes que podías sorprenderte. Eso es precisamente lo que tú andabas buscando. ¿No? ¿Acaso no tenías una infinidad de consultas que hacer sobre tu amada, sobre su situación, un sinfín de porqués a los que pretendías que yo te respondiera? Pues bien, te aseguro que en este libro hallarás la solución a tus interrogantes.

—¿Estás tratando de decirme que leyendo esta obra conseguiré obtener datos sobre el paradero y el estado de mi Juliette?

—Estoy convencida de que así será, aunque esto dependerá de la actitud con la que leas el texto. Como comprenderás, se habla del más allá, es decir, de la dimensión en la que ahora se encuentra ella pero también de la vida de aquí, de la que tú y yo vivimos, de su sentido y del destino que a todos nos afecta. A ver, caballero, ¿te parece ahora una temática interesante?

—Por supuesto que sí, Alice. Es ideal para mi actual coyuntura. Ojalá que resulte tan clarificador como expones. Retiro lo que te dije antes, es más, estoy deseando leerlo con premura.

—¡¡¡Ehhh!!! Me parece fantástica tu actitud pero debo advertirte de que las prisas, precisamente con esta obra, no son recomendables. Es mejor que vayas asimilándola paso a paso. La información contenida en esas páginas es densa, compleja, no apta para una lectura superficial. No quiero que te indigestes de golpe con tantas palabras, conceptos, nociones... Antes de pasar a un nuevo capítulo, asegúrate de haber comprendido el anterior. Haz bien tu trabajo porque pienso examinarte el próximo día que te acerques por aquí. Para tan importante ocasión, contarás con la presencia de un miembro cualificado del tribunal evaluador: ya sabes, se trata del gran metafísico Laurent, el cual será el mejor profesor que podrías encontrar sobre la materia contenida en ese volumen. Venga, hombre, no pongas esa cara de susto, estaba bromeando para animarte un poco. No obstante, sí que es cierto que me gustaría que aprovecharas esta oportunidad que el destino te brinda para ponerte a estudiar con seriedad la valiosa información reflejada en «Le Livre des Esprits».

—¡Ay, Dios mío! ¿Eso quiere decir que volveremos a encontrarnos, querida Alice, que podré retornar a este remanso de paz que constituye esta bendita casa?

—Por supuesto, mi buen Philippe. Ja, ja, ja... Has de saber que la entrega de «Le Livre des Esprits» no era más que un ardid ideado por Laurent y la que te habla para asegurarnos de tu regreso. ¿Qué te habías creído? ¿Pensabas que te íbamos a dejar escapar tan fácilmente? Perdona, ya en serio, era una broma para que te fueras de aquí con el ánimo más crecido. Te digo desde ya que ese ejemplar que te llevas bajo el brazo te deslumbrará por sus contenidos. Estate preparado para una revolución en el seno de tus pensamientos. No todos tienen la fortuna de poseer ese libro entre sus manos. Aprovecha pues la ocasión.

—Lo haré, sin duda. Caramba, si Giulette estuviera ahora mismo aquí, junto a nosotros, si pudiera contemplarme... Seguro que se sentiría orgullosa de mí y del lugar al que he llegado gracias a ella. De no haber sido por su partida, jamás se me hubiera ocurrido dar este paso, ese que me ha permitido acudir a este hogar y acceder a una dimensión que pensaba que no conocería hasta el instante de mi propia muerte. Ya no sé si dar gracias a Dios, a Laurent, a ti, o a los tres a la vez.

—Mejor a Dios, mi buen amigo, es de pura lógica. Él lo organiza todo.

—Pues sí, en fin, me voy, que dentro de nada anochecerá. Me siento tan impresionado que estirar las piernas en la caminata de vuelta que me espera me va a venir muy bien. Así iré meditando durante el paseo. Han sido tantos los temas que hemos tocado en nuestra conversación...

—Alabado seas, hijo. Si te parece bien, regresa aquí por la tarde dentro de una semana. ¿Te viene bien ese horario?

—¡Por supuesto, madame! —respondí alzando la voz mientras abría la verja de hierro exterior junto al jardín—. Gracias otra vez... Despideme de Laurent...

—Ve en paz con mis bendiciones...

6

UN LIBRO MUY ESPECIAL

Y transcurrieron los siete días previstos hasta nuestra nueva cita. Pasado ese período y con la puntualidad de un reloj, me hallaba otra vez junto al acceso a la casa de Alice. La escena del principio volvió a repetirse. Otra vez el jardinero cincuentón recorrió mi silueta con su vista de arriba a abajo con cara de pocos amigos. Pero ¿qué le habría hecho yo a ese hombre para que me lanzara esas miradas tan desafiantes? ¡Si jamás me había cruzado una palabra con él durante mi vida! Cualquiera diría que se sentía como celoso de que yo volviera a visitar a aquella señora médium que tanto había cambiado mi perspectiva vital tras nuestra primera charla. Tras el éxito de esa entrevista y el alivio que supuso para mi particular coyuntura, llena de tristeza y de dolor, no era cuestión de renunciar a ver a esa señora por la antipatía mostrada por aquel hombretón que respondía al nombre de Marcel.

Al penetrar en la estancia principal, una vez superada la ansiedad inicial por el recuerdo de la vivencia pasada, me noté más sereno, más relajado en mi interior, como si aquel lugar constituyera un bálsamo para mi congoja. ¿Qué habría en aquel salón que con solo permanecer allí y

recorrer con mis ojos sus muebles, sus paredes, sus libros, sus alfombras, ya me sentía otro? Nos acomodamos en los confortables sillones de la última vez e iniciamos otra maravillosa conversación...

—No sabes lo contenta que estoy de volver a verte, Philippe.

—Más me alegro yo, Alice. Me advierto emocionado porque estos días que he pasado han sido muy diferentes a los del mes anterior que viví tras la despedida de mi Giulette. Verás, no es que haya viajado del infierno al cielo, pero he de reconocer que me he visto como fortalecido. Te diré algo. El libro que me regalaste ha sido el mayor consuelo a mis incertidumbres pues me ha permitido percibir la realidad de un modo diferente.

—Ajá, me congratulo por ello. Y dime ¿cómo es eso?

—Pues la verdad es que la lectura de todas esas preguntas y sus correspondientes respuestas me ha hecho concebir una nueva ilusión por mi existencia. Puede parecer exagerado pero en realidad no lo es. Lo afirmo porque la reflexión sobre esos contenidos no ha alterado mi realidad cotidiana sino la visión que yo poseía de esa realidad, algo que parece similar pero que es completamente diferente. Soy consciente de que mi amada no va a volver conmigo, que no podré estrecharla entre mis brazos, ni besarla y que tampoco podré sentir su dulce mirada recorriendo mi rostro. De alguna forma, ese libro me ha devuelto la esperanza, la ilusión de que ella, aunque yo no pueda contemplarla, al menos continúe viviendo en la otra dimensión.

—Bellas palabras, sinceras y muy sentidas. Fíjate, aunque solo hubiera sido por ese motivo que has expuesto, ya hubiera merecido la pena haber leído esa obra.

—Sí, estoy convencido de ello. A todo esto ¿se halla por aquí cerca el amigo Laurent?

—Ah, sí. Él no me abandona nunca, es nuestro pacto secreto. Es algo parecido a la labor que tú llevas a cabo con tus niños. Les enseñas, les aconsejas, les estimulas al aprendizaje... pues eso mismo y como buen profesor que es, hace él conmigo.

—Disculpa por mi pregunta pero es que se me acaba de ocurrir cuando has mencionado ese tema que me resulta tan cercano. Has comparado su trabajo con el mío, pero yo permanezco con los críos una serie de horas al día, mas no siempre. ¡Dios mío, de otro modo resultaría agotador! Entonces ¿no se cansa Laurent de estar siempre a tu lado?

—¡Ah, qué ocurrente eres a veces! Hasta él se ha sonreído al escucharte. Mi buen Philippe, tienes que aprender una cosa. Has de variar tu concepción de las cosas, la perspectiva desde la que miras al otro plano. No puedes juzgar a los espíritus como si ellos tuvieran un envoltorio carnal como nos sucede a nosotros, habitantes de un tosco mundo en el que el uso obligado de un organismo nos impone una serie de limitaciones muy importantes.

—Tienes razón, se trata de mi inexperiencia. En cualquier caso, lo que acabas de decir, confirmaría la noción de que esta vida física es secundaria y que la auténtica, por tanto, es la espiritual.

—Hmmm, ya veo que aprendes rápido, Philippe. Por supuesto que tienes mucha razón en lo que expresas, pero cuidado, has de ser prudente. Te comento esto porque conozco a algunas personas que con esa excusa no hacen más que murmurar de su vida actual, quejarse de sus condiciones, definir este plano como un amplio valle de lágrimas en el que solo caben los lamentos y las reacciones de impotencia... En otras palabras, es cierto que la criatura humana está destinada a la eternidad y por ende, a la existencia espiritual, pero eso no nos puede empujar a minusvalorar la experiencia en el medio terrenal, como si esta resultara más o menos una dimensión inútil en la que debemos dejar pasar el tiempo hasta liberarnos gracias a la muerte. Sensatez pues a la hora de las interpretaciones, porque existen sujetos que manipulan los mensajes del más allá para acomodarlos a su particular coyuntura, lo que les excusa de trabajar con sus circunstancias actuales o eso al menos creen ellos...

—Sí, eso no constituiría ningún fenómeno nuevo en el devenir de la raza humana... Por ejemplo, recuerdo ahora la enseñanza sublime aportada por santos y hombres de bien a lo largo de la historia y que luego fue transformada por sus seguidores con fines egoístas. De los principios originales tan solo aplicaron restos adulterados.

—Muy bien apuntado, joven. Bajo mi criterio, no es tan difícil de entender. Estamos encarnados aquí en la Tierra con un fin muy claro: el progreso. A las criaturas como nosotras que nos movemos en el terreno de la imperfección, nos hacen falta las lecciones aportadas por la misma existencia física para seguir avanzando. Con respecto a lo que antes comentabas de Laurent, no es que él se halle encadenado a mí o tenga la imperiosa necesidad de acompañarme a todas partes. Además, mi maestro

aprovecha mis horas de descanso para viajar y cumplir con otros asuntos a los que debe atender.

—¿Eh? ¿Viajar? —pregunté con total asombro—. ¿Hacia dónde?

—Los espíritus se desplazan por su ambiente que le es propio, como es natural, al igual que nosotros andamos por las calles o caminamos por nuestros campos. Tú puedes ver, hablar o escuchar a decenas o cientos de personas en tu quehacer diario. Algo semejante sucede en su mundo. Existen multitud de espíritus de toda condición que interactúan entre ellos, que se comunican, que intercambian conocimientos, en definitiva, que tratan de los temas que les resultan comunes. Una vez realizada esta pequeña aclaración, Philippe, me interesa saber cuál es tu principal conclusión una vez acabada la lectura del libro que te regalé.

—Si tuviera que resumir, lo más hermoso de todo es saber que somos criaturas inmortales dotadas de libre albedrío, que la muerte es una ilusión y que la vida prosigue aunque el cuerpo se pudra. Pensándolo bien, esto ya lo sabía por mi educación católica pero hay que reconocer que la explicación ofrecida en esa obra resulta como distinta, muy preocupada por expresar de una forma racional todo lo que expone, intentando acercarse al lector desde la lógica y no imponiéndose como una mera revelación descendida de las alturas. Ah, sí, se me olvidaba. Para mí, hay algo en esos capítulos verdaderamente revolucionario. Se trata de la realidad de la reencarnación y de la necesidad de completarla cuantas veces haga falta hasta alcanzar la condición de espíritu puro. Al parecer, el ser humano no puede acercarse a la excelencia salvo haber completado un largo proceso de pruebas que incluyen tanto el desarrollo de su inteligencia como el esplendor en su condición moral, requisitos que precisan de una amplia serie de episodios en el mundo de la carne.

—Muy bien. ¿Y cuál es tu opinión respecto a este último tema?

—Había oído hablar de ese tipo de creencia porque hay muchos autores orientales que la han abordado y la han expuesto en sus obras, pero siendo sincero, la consideraba como una concepción irracional muy propia o asociada a los cultos extranjeros y por tanto, alejada de la realidad europea, de nuestra forma occidental de pensamiento... Sin embargo... insisto, la manera en que se afronta ese fenómeno me parece de lo más convincente. Alice, pero... ¿de verdad existe la reencarnación? ¿Por qué entonces no puedo recordar nada de lo que fui?

—Ah, mi buen amigo, interesante reflexión la tuya, aunque intentaré responderte con argumentos. Mira, si supieras detalles de tu pasado te llevarías un inmenso disgusto, hasta tal punto, que te arrodillarías y le suplicarías a Dios que te hiciera desaparecer de la mente cualquier atisbo de recuerdo de un ingrato ayer.

—Caramba ¿tan malo he debido ser en otros tiempos? Además, ¿es que acaso tú sabes algo de mis anteriores existencias?

—En absoluto. No sé nada y tampoco me estaría permitido saberlo, ni siquiera de las mías. No hay que descartar que en circunstancias excepcionales, Dios permita acceder a algún tipo de datos sobre las mismas, pero siempre porque esa información pueda servir para ayudar al individuo en su progreso y no por mera curiosidad. Créeme que es lo mejor, Philippe. Este planeta que habitamos se halla dominado por luchas que nos desangran, por la mediocridad moral de sus pobladores, por seres donde aún predominan los defectos sobre las virtudes. ¿No te das cuenta de que el egoísmo y el orgullo campan a sus anchas por donde mires? Por desgracia, el mal continúa siendo el elemento preponderante en nuestra sociedad actual. Comprueba cómo las desigualdades sociales, el asedio de las enfermedades, el hambre y la desnutrición de tantos niños, las guerras entre países, los abusos intolerables y asfixiantes en multitud de trabajos... hacen sufrir a la inmensa mayoría de las personas. Pues te diré algo que espero que no te sorprenda. Todos esos factores que te he citado y que podrías contemplar con tan solo abrir tus ojos al salir de casa, todo eso no sería más que algo liviano en comparación a lo que hemos vivido en otros siglos. En resumen, mi querido profesor Bruné, tanto en lo intelectual como en el aspecto moral, cualquier tiempo pasado no fue mejor.

—Sí, eso que has expuesto me parece razonable aunque ello no me reste ni un ápice de interés por conocer quién fui. Lo decía simplemente por ubicarme mejor en el espacio en el que habito, como una forma de obtener una aclaración sobre las terribles dudas que se abaten sobre mi presente. No te importunaré más sobre este asunto, Alice, pero me gustaría tanto comprender el porqué de mi soledad, las razones por las que he perdido de un modo tan trágico a mi Giulette, el motivo de esta desdicha tan tremenda que me devasta por dentro a mis veinticuatro años... ¡Dios mío, ahora me siento fatal! De pronto he recordado la enfermedad de mi esposa, sus últimas jornadas de agonía, sus fiebres delirantes... hasta las paletadas de tierra arrojadas sobre su ataúd. Me resulta todo tan absurdo

y tan triste a la vez... Pero ¿qué sentido puede haber en privar de la vida a una mujer en plena juventud? Si ella no había realizado ningún mal a nadie... Madame, entiéndalo, la bondad y la ternura se desprendían de sus actos, de sus pensamientos, hasta de los poros de su piel... ¿Por qué? ¿Acaso necesitaba yo pasar por esa aterradora experiencia? ¿Quizá era justo que el destino me infligiera este sufrimiento tan horrible? Y si el que te habla tenía que atravesar por ese desierto de angustias ¿no habría sido más ecuánime que hubiera padecido yo esa dolencia en vez de ella?

—¡Eh, Philippe! ¡Tranquilo, muchacho! No llores ni te vengas abajo ahora, que estoy aquí para ayudarte. No te voy a abandonar solo a tus penas. Mira, tienes que asimilar poco a poco los excelsos conocimientos contenidos en «Le Livre des Esprits». Solo así comprenderás que el dolor presente es semilla de dicha futura. Venga, hombre, te aseguro que Giuliette no está perdida, ni ha desaparecido. Ella se encuentra tan viva como tú o como yo, aunque ahora se desenvuelva en un escenario distinto. Sus huesos no representan nada, ni su carne, tan solo se trataba de un disfraz, de un traje que le había sido concedido en préstamo, de un vestido necesario con el que deambular por este plano físico en el que todos estamos sometidos a duras pruebas. Pero esa es la realidad de este largo peregrinaje en el que se constituye la existencia. Tenemos lo justo y necesario, lo adecuado al actual nivel de nuestro desarrollo como almas en progreso.

—¿De veras que así lo crees, mi buena amiga? Lo digo porque esta crueldad de la que he sido objeto, es decir, perder a la mujer que más amas en el mundo al poco de convivir con ella en completa felicidad, me empuja a una rebeldía contra Aquel que todo lo dispone. Yo tampoco creo en el azar y por eso me planteo todas las noches cómo siendo el Creador la personificación de la bondad, puede haber consentido en que este hecho tan desgarrador se haya producido. Lo triste es que por desgracia, esta clase de hecatombe no solo me ha sucedido a mí sino a buena parte de la gente que observo a diario, desde niños hasta mayores, desde ricos hasta pobres, desde el más culto hombre hasta el más analfabeto. Basta con enumerar la trágica lista de sucesos acaecidos en cualquier jornada anterior en la Cité o en todo París, en el resto de Francia, en todo el orbe...

—Mi buen Philippe, calma, no puedes dejarte llevar por el impulso como si fueras un objeto que es arrastrado por la corriente de un río. Tienes una cabeza para pensar y portas un alma que es tu auténtica conductora. Cuando profundices en el estudio del Espiritismo, en todo ese

conjunto de preguntas y respuestas que hay en ese libro que te di, entenderás el porqué de aspectos tan conflictivos de la vida como el hecho de que haya criaturas que mueran en su más tierna infancia o incluso el tuyo, quedarte viudo en plena juventud...

—Lo siento, Alice, debes disculparme, de nuevo las emociones me han podido más que la razón. No es bueno perder el control en casa ajena. Caramba, con la buena actitud que traía cuando entré en tu hogar... Al desfilarse ante mi pensamiento todas esas imágenes terribles de hace cinco semanas, es como si una sombra negra de pesimismo me hubiera envuelto. Ya ves, hasta me he enfadado con los designios divinos, algo inusual en mí y de lo cual me arrepiento.

—Claro, te comprendo a la perfección. Revivir todo ese conjunto de recuerdos tan llenos de dolor afectaría incluso al corazón más endurecido. Incluso a pesar de haber transcurrido años y con una edad mucho más madura, yo también me pongo nostálgica al pensar en mi fallecido Antoine... Resulta inevitable porque todos nos hallamos ligados a una serie de experiencias acumuladas en nuestra memoria y en estrecho vínculo a nuestra parte más sensible. Ya sé que guardas un montón de dolor y por eso está bien compartirlo con alguien con quien te encuentres cómodo, como resulta nuestro caso. Eso al menos te permitirá desahogarte e irte liberando paso a paso de tu gran aflicción. Hijo, nunca me opondré a que manifiestes tu pesar, si bien es mi deber insistir en que mires desde otra perspectiva todo lo ocurrido...

—¿Desde otra perspectiva? ¿Cuál? ¿Acaso una más positiva? ¿Estás convencida que podré interpretar en el futuro la desaparición de Gilette desde otro punto de vista?

—Mira, te veo muy nervioso. Antes de continuar con nuestra interesante conversación, hagamos una cosa. Dejemos que Laurent trabaje sobre ti durante unos minutos. Él sabrá cómo atemperar tu reacción para que te sientas algo mejor.

—¿Cómo? Me temo que no te comprendo bien...

—Relájate, echa tu cuerpo hacia atrás y acomódate bien en el sillón. Respira con placidez y notarás pronto los efectos de su actuación... Él sabe lo que hace...

Seguí fielmente las indicaciones de mi anfitriona. Al poco, percibí un agradable calor sobre mi coronilla que se fue extendiendo hacia abajo por todo mi cuerpo, incluso hasta alcanzar mis pies. Nunca antes había expe-

rimentado tan grata sensación. Pero con ser ese efecto saludable, lo mejor fue que la presencia y el manejo de ese ser invisible a mis ojos y llamado Laurent, me proporcionó una serenidad inmensa y despejó los negros nubarrones que se cernían sobre mi pensamiento, alejando de mi cabeza esos recuerdos tan dañinos que me dominaban. No, no es que me olvidara de mi querido amor, sino que como me advirtió madame Leclerc, contemplé aquellos hechos desde una mayor distancia, desde una óptica más sosegada. De pronto, en vez de sentirme más débil me advertí como un ser más maduro, como alguien con un grado de fortaleza al que le sería permitido contemplar una desgracia como la sucedida desde una mirada distinta y mucho más equilibrada.

La dulce voz de Alice me despertó de mi maravilloso estado de ensueño. Me contemplaba mucho más animado, apaciguado tras escapar de mi particular temporal de emociones. Ahora, era el momento ideal para continuar con la charla...

—¿Cómo te sientes ahora, Philippe?

—Uf, qué increíble sensación de alivio. Debo confirmar que tu amigo es como una especie de encantador. ¿Me habrá sometido al efecto de la sugestión al estilo del doctor Mesmer?

—Te hablaré de lo que sé. ¿Has oído hablar alguna vez de los fluidos?

—Sí, en «Le Livre des Esprits» se cita esa cuestión varias veces.

—Bien. El universo entero es un fluido o mejor dicho, todo es un fluido aunque en distintos grados de manifestación. Después de todo, el fluido no deja de ser materia aunque en un estado etéreo o más sutil de aquella que normalmente observamos en la realidad. Laurent trabaja precisamente con esos fluidos. Cada uno tenemos también los propios. Digamos que los suyos se encuentran con los tuyos y ¡voilà!, ahí surge el «milagro». Dado el estado evolutivo de Laurent y su sapiencia, mi maestro tiene capacidad para manipularlos. Ya has podido apreciar las consecuencias beneficiosas casi al instante. Por un lado, te has relajado, tu cuerpo se ha distendido y eso te ha calmado. Por otra parte, ha actuado también sobre tu visión de las cosas, o sea, ha cambiado los pensamientos que poseías sobre el tema en el que meditabas, en este caso, la despedida de Juliette de esta dimensión. Ah, pero existe un «truco» importante en todo este asunto sobre el que debo advertirte. Los efectos plácidos de la labor realizada por este sabio metafísico son temporales. Eso significa que desaparecerán en un plazo más o menos corto. Te lo diré de otra forma: si

te empeñas en volver a tus juicios negativos, no tengas ninguna duda, la preocupación, el malestar, el pesimismo... volverán a ti como las moscas regresan a la miel.

—Alice, lo que tratas de decirme es que mientras que no cambie mis pensamientos, mi estado de ánimo seguirá igual de pesimista como hasta ahora...

—Pues sí, has dado en el blanco. Era justo eso lo que pretendía comunicarte, amigo. Es obvio que tus pensamientos se constituyen en el pincel que da el color a tus emociones. ¿Quieres crear un lienzo tenebroso donde predominen los matices de grises y negros? O quizás... prefieras retratar un paisaje refulgente donde los azules del cielo y el verde de los campos le proporcionen a tu obra una tonalidad alegre y esperanzadora... Es tu decisión, joven profesor. Recuerda que el pensamiento es la fuerza más poderosa del Universo. ¡Eh, es la que utilizan los espíritus para actuar! Fíjate en algo importante. Ellos carecen de cuerpo, de una estructura orgánica y sin embargo, trabajan en su plano e interactúan con nosotros a través de esa energía invisible que resulta ser el pensamiento. ¿Lo captas?

—Sí, madame, lo entiendo. Aunque me cueste trabajo aceptarlo, reconozco que es así. Debo admitir que tienes razón porque echando la vista atrás, cuando más he sufrido es cuando no podía sacarme de mi cabeza esas imágenes que se me aparecían una y otra vez y que me fustigaban con el látigo de la consternación.

—Muy bien, Philippe, por tus palabras deduzco que has descifrado el fondo de mi mensaje y adonde quiero llegar. Hace unos instantes, el bueno de Laurent ha manipulado esos fluidos de los que antes te hablaba y ha logrado alterar tu visión de los acontecimientos. ¿Ves? Tú mismo lo has notado en tu mente. A continuación, tu cuerpo, como si fuera un resorte automático, ha respondido a ese cambio positivo y se ha relajado, tranquilizado, haciendo que te sintieras mejor en todos los aspectos. Recuerda una cosa: siempre conservarás tu capacidad para hacer frente a los sinsabores de la vida. Esta te reta, bajo la mirada benévola del Creador, pero al tiempo, te proporciona una serie de facultades para que afrontes tus desafíos, crezcas en la lucha y salgas victorioso. ¿No es hermoso? ¿No se trata, después de todo, de una señal inequívoca de la inteligencia que subyace tras la obra divina para con el hombre? Philippe, existen acontecimientos a lo largo de tu existencia que no puedes evitar mas tienes la posibilidad de modificar tu perspectiva sobre los mismos.

—Caramba, Alice. Eso que has expuesto con tanta convicción ha sido sencillamente brillante. ¡Qué discurso más radiante! Me has dejado sin habla. Lo que has dicho ¿te lo ha «soplado» tu maestro Laurent en el oído o es de tu propia cosecha?

—¡Eh, joven! Muestra un poco más de respeto por una señora de mi edad. ¿Piensas acaso que los médiums no podemos discurrir por nuestra cuenta? He dedicado muchos años de mi trayectoria por este mundo al estudio de la metafísica, probablemente empujada por la buena influencia de mi tutor, pero ese esfuerzo, esas horas de entrega son mías, me pertenecen porque así lo elegí yo. He pasado mucho tiempo en mi antigua casa de la Cité y luego aquí, formándome en todo tipo de conocimientos, educándome en las más importantes tradiciones filosóficas que haya conocido este planeta, de Oriente y Occidente. Créeme si te digo que todo ese caudal de sabiduría que adquieres con el esfuerzo de tu voluntad y la disciplina de tus impulsos, engrandece tu alma, pues al final, al saber más, puedes escoger con mejor criterio aquello que conviene a tu evolución. Labras tu inteligencia para medrar en tu ética, en tu comportamiento del día a día para con los demás. Ese es nuestro destino, aunque existan infinitas formas de andar por el camino de la superación. Es cierto que Laurent me ha ayudado mucho, pero si yo no me hubiera puesto a cultivar mi conciencia, nada habría conseguido. Los espíritus pueden sugerirte multitud de actos positivos, pero no pueden sustituir tu determinación porque eso sería ir en contra de las leyes naturales que rigen el Universo. Como sembrador, posees las mejores semillas en tus manos pero solo tú eliges el momento más adecuado y el mejor terreno para esparcirlas.

—Perdón, Alice. He utilizado la ironía con la persona menos indicada, alguien como tú que desde que crucé el umbral de tu casa tan solo me ha ofrecido palabras de consuelo y toda la ayuda que ni el mejor de los amigos me hubiera regalado. Te ruego mis disculpas.

—No hay nada que disculpar. Comprendo cómo te sientes. Yo enviudé a una edad a la que una se siente más preparada para hacer frente a ese tipo de acontecimientos, aunque eso no implique que sea fácil de asumir. Es obvio que en tus circunstancias, es mucho más complicado de aceptar lo que te ha sucedido. Gracias a Dios, el Espiritismo me ayudó enormemente a asimilar hechos como la muerte de mi marido. No quiero desilusionarte, pero una cosa es leer un libro como el que tienes entre manos y otra bien distinta poner en práctica sus enseñanzas. Te aseguro

que puede constituir un trabajo incluso de varias vidas, aunque no dudes de que te conducirá a lo más alto.

—¿A la perfección?

—En efecto, amigo, a la perfección en humildad y en caridad.

—Hmmm... eso ha sonado muy cristiano.

—Desde luego. Te comentaré algo al respecto aunque solo se trate de una apreciación personal. En «Le Livre des Esprits» se reconoce a Jesús la categoría de espíritu más perfecto que haya pisado la Tierra. Se le pone de modelo máximo de hombre al que todos nosotros debemos imitar. Pues bien, siempre he tenido la impresión de que lo recogido en esa obra era de alguna forma una recuperación del antiguo cristianismo, el de los inicios, el más cercano a las palabras expresadas por el Maestro de Galilea a sus seguidores. Él, con su mensaje y sobre todo con su ejemplo, supuso un antes y un después para la evolución de los habitantes de este mundo, la exposición del camino ideal para acercarse al Padre, pero desde luego, ofreciéndonos completa libertad para seguir o no sus enseñanzas.

—¿Te refieres entonces al cristianismo de la primera época, es decir, al de los tiempos de las persecuciones?

—Desde luego. Bajo mi punto de vista, la comunidad de cristianos que pudo formar lo que se denominó la Iglesia primitiva no tiene nada que ver con la institución en la que luego se convirtió tras organizarse como religión oficial en el Imperio Romano y llegar así hasta el día de hoy a través de los siglos.

—Comparto lo que expresas, Alice, ya que el poder o la cercanía al mismo vuelve como locos a los hombres, probablemente porque exalta lo que de vanidoso hay en ellos, incluidos por supuesto los seguidores de una religión o creencia filosófica, sea del tipo que sea. El mal pues, no reside tanto en el anuncio que se lanza como en el uso egoísta que muchos de sus miembros realizan de esos mensajes. Es un fenómeno histórico que por desgracia se ha repetido en todos los ámbitos y me temo que no desaparecerá mientras que la mentalidad humana, al servicio de un potente ego, no varíe. Yo soy de la opinión de que la excelsa doctrina contenida en los Evangelios no se ha practicado con el mismo espíritu con el que se escribió en su origen. Para mí, no cabe duda de que una vez reconocida nuestra imperfección, la proximidad a esas estructuras de autoridad, lo único que hace es poner de manifiesto las graves deficiencias que todos poseemos. Cuando careces de responsabilidad, en muchos ca-

sos puedes pasar desapercibido en el anonimato, pero cuando ostentas un alto cometido o debes hacerte cargo de una tarea comprometedora, ahí es justo cuando todos los fantasmas que llevamos por dentro aparecen. Me ha venido a la memoria el discurso de un amigo mío que cuando se refería a nuestra escuela, siempre decía que el verdadero carácter de un director y sus competencias se observarían al desnudo cuando asumiera la tarea de administrar el colegio y no antes.

—Has discurrido con sabiduría, joven.

—Por cierto, madame Leclerc, hemos hablado de lo tratado en «Le Livre des Esprits» pero todavía nada de su autor y creo que eso es una cuestión más que interesante. ¿Le conoces? ¿Has tenido al menos la ocasión de verle alguna vez aunque no hayas logrado hablar con él? ¿Quién es en verdad este señor que ha sido capaz de redactar una obra tan magistral? Está claro que necesito leer este texto de nuevo y con más profundidad hasta interiorizar sus sabias enseñanzas. Insisto en agradecerte tu regalo porque la verdad es que su estudio me ha impresionado.

—Bien, has tocado un tema muy especial, porque lo primero que he de comunicarte es que esa obra no fue compuesta por Allan Kardec y lo segundo es que ese no es su verdadero nombre.

—Caramba, Alice, me dejas sorprendido. ¿Qué misterio es este? ¿Acaso utiliza un seudónimo a conveniencia? Por otra parte, si el libro no ha sido elaborado por él... ¿quién demonios está detrás de toda la sabiduría expuesta en ese conjunto de preguntas y respuestas?

—Calma, calma, mi impetuoso amigo. Todo se irá desvelando. Mira, con respecto al autor que firma en la portada, sucedió algo muy curioso. Él se llama en verdad Denizard Rivail, nació en Lyon y está claro que desde joven quiso dedicar su vocación a la enseñanza y a la pedagogía.

—¡Ah, qué bien! Entonces, como yo. Mira por dónde, ya tengo algo en común con él...

—Sí, es cierto. Monsieur Rivail viajó de niño a Yverdon, en Suiza, enviado por sus padres con el objeto de perfeccionar su instrucción. ¿Sabrías decirme con quién se educó en esos años?

—Pues no, la verdad es que no tengo ni la más remota idea, aunque ahora que lo comentas, el nombre de esa localidad me suena bastante...

—Nada menos que con el maestro Pestalozzi.

—¡Eh, eh, un momento! ¿Me estás hablando del famoso profesor Johann Heinrich Pestalozzi?

—En efecto, el mismo, Philippe. Denizard no pudo tener mejor ejemplo en sus comienzos que el de ese pedagogo de reconocido prestigio.

—Por supuesto. Qué mejor enseñanza podría recibirse de un personaje que en su época revolucionó con sus métodos todo el proceso formativo y de aprendizaje. Su marcada línea roussoniana estableció un antes y un después para tantos niños... Vaya, qué casualidad. Esa influencia tan positiva le facilitaría mucho las cosas a Monsieur Kardec, más tarde... Debió constituir una gran suerte para él ir destinado a ese afamado centro...

—¡Ay, Philippe! No me hables de la palabra «suerte». La utilizo en mi vida diaria porque al ser tan conocida no tengo más remedio, pero debe ser de los pocos términos del vocabulario que borraría del mismo. Y sin embargo, es tan popular... Con lo que has estudiado hasta la fecha sobre el Espiritismo, ¿crees de verdad que la educación recibida por Denizard Rivail bajo los métodos de Pestalozzi no estaba más que prevista desde las alturas?

—Escucha una cosa, Alice. ¿Por qué has mirado hacia arriba cuando has comentado esto último?

—Está muy claro, amigo. No me refería a los estamentos oficiales del poder que controlan este plano terrenal en el que vivimos, sino a unas influencias mucho más decisivas que son las que habitan en la dimensión espiritual. Por eso, instintivamente, he dirigido mis ojos a lo alto. ¿Recuerdas la de veces que se cita la ley de causas y efectos en «Le Livre des Esprits»? Pues esa disposición es lo más contrario que pueda existir frente a los vaivenes del azar. Dicho en otras palabras y si lo entiendes mejor de esta otra manera: existen las causalidades y no las casualidades.

—Eso lo tengo claro, ya que no hay efecto sin causa —expresé con convicción mientras que golpeaba con cierto impulso el brazo de mi sillón.

—Muy bien, pues debido al cumplimiento de esa ley vamos engarzando los diferentes aspectos de nuestra vida hasta darle un sentido a la misma. De este modo, me hallo en disposición de afirmar que la misión de Monsieur Rivail ya se encontraba perfilada desde la órbita espiritual.

—Pero, Alice, eso que acabas de decir ¿no contraviene entonces la realidad del libre albedrío presente en todo ser humano? Veamos, si ya vienes al mundo con un proyecto prefijado o un tipo determinado de misión asignada... ¿dónde queda la capacidad del sujeto para elegir?

—Bien, Philippe, se trata de una cuestión compleja pero que atiende a los criterios de la más pura racionalidad. La libertad del hombre no debe

entenderse en términos absolutos. Siempre se conserva el libre albedrío, pero este ha de ubicarse dentro de un escenario vital en el cual nos desenvolvemos. Ten en cuenta que este cuadro no es más que el resultado de todas las decisiones que hemos tomado durante un largo pasado.

—¿Te refieres entonces a todo el conjunto de encarnaciones por las que ha transcurrido un ser humano desde su ayer más remoto?

—En efecto, eso es. Aunque seas libre, quieras o no, vienes a tu vida actual condicionado por tus elecciones anteriores. Naces en una ciudad y no en otra, dentro de un entorno familiar y con unos padres y hermanos determinados, en una coyuntura política, económica o cultural precisa, tu estado de salud se puede ir complicando desde tus primeras semanas de andadura o quizá goces de una fortaleza orgánica excepcional... Todos ellos son factores que van a matizar muchísimo el desempeño de tu existencia presente y aun considerando tu capacidad para inclinarte por unas u otras opciones, lo cierto es que respiras por primera vez en un decorado muy concreto y no en otro, justamente el que te mereces, el más propicio para acometer las diferentes pruebas que habrás de afrontar para seguir creciendo. Ese es tu destino, el mío y el de cualquier criatura con la que te cruces por la calle al pasear.

—¡Qué complejidad...!

—Para nosotros puede resultar muy complejo por nuestras limitaciones intelectuales y morales, a las que habría que añadir las restricciones propias por hallarnos embutidos en un envoltorio orgánico, pero no para esos seres espirituales que velan por nosotros y que saben de nuestro carácter, de nuestro nivel de evolución y de los retos por los que estamos marcados.

—Pero, Alice, el hombre va alterando su destino conforme a sus propios actos...

—Por supuesto, faltaría más. Esa es la verdadera clave y ahí reside tu auténtica libertad. El escenario al que nacemos es dinámico, es decir, va renovándose sobre la marcha, altera su aspecto conforme a tus planes y tus elecciones. Se trata de un proceso constante e interactivo con la puesta en acción que realizan todos aquellos seres que nos rodean y que por razones muy concretas han venido a coincidir con nosotros en esta existencia. Así, contactando los unos con los otros, elaboramos nuestro presente y edificamos nuestro futuro. Es una gran obra arquitectónica

diseñada y ejecutada tanto desde el aprendizaje que llevas a cabo como desde el adelanto moral que vas consolidando poco a poco con tu devenir.

—Hermosa reflexión...

—Solo hay algo que no varía por más secuencias que vivamos...

—Intuyo que te refieres al objetivo que se persigue con esa «obra» que a todos nos toca representar...

—Muy sagaz, joven, así es. Como te decía, lo que no se altera es la perspectiva a la que debemos mirar. El genuino fin se halla en el progreso, en el desafío que supone nuestro avance como personas. Somos pues espíritus que maduramos constantemente para acercarnos a ese ideal que tanto anunció Jesús durante su misión en este plano. El guion de tu destino lo escribes tú mismo. Parte de él ya ha sido elaborado con tus actuaciones en el ayer pero al que debes prestar más atención es al que estás confeccionando ahora mismo con tu proceder diario, con tus comportamientos en el presente. Estos, a su vez, habrán de constituir la base sobre la que se asentará ese porvenir que tanto preocupa a la gente. Un futuro que ahora ya sabes que no es casual ni azaroso sino que tan solo se levanta sobre la mezcla solidificada de lo que estás haciendo aquí y ahora. Por resumirte la cuestión, querido Philippe, tu vida y la de todos se cimientan sobre dos pilares esenciales: tus obras ponen en marcha de forma inexorable la ley de causas y efectos o como afirmaba el genio de Newton, a cada acción le sigue una reacción equivalente y en segundo lugar, todo ese conjunto de actuaciones posee una intención teleológica, o sea, un objetivo final y que no es otro que el del progreso. ¿Ves? Tan sencillo y tan complejo a la vez, pero si te concentras y piensas con detenimiento en ello, dicho proceso tiene toda su razón de ser.

—Alice, perdona por interrumpir tu bella exposición pero... ¿estás tratando de explicarme que la muerte de Giulette se encontraba de un algún modo prevista? Si eso fuera cierto... por más que yo lo hubiera intentado... nada podría haber hecho para que sobreviviera a su enfermedad...

—Insisto, mi joven profesor. No puedes entender el concepto de libertad como algo absoluto. Debes verlo en toda su extensión, no puedes reducirlo al minúsculo trozo que constituye una única existencia humana, sino que debes analizarlo y aplicarlo a todo el proceso evolutivo de perfeccionamiento para el que están destinadas todas las criaturas. Mira, piensa en un aspecto: la libertad es hija de la ley de causas y efectos. Puedes elegir, desde luego, pero al hacerlo, tú mismo le estás dando forma

al próximo escenario en el que vas a desenvolverte y en el que gracias a Dios, vas a continuar con la posibilidad de escoger y así sucesivamente. Lo que vives hoy se halla ligado de manera estrecha a las consecuencias derivadas de tus actos. No le des más vueltas.

—Hay que tener las ideas muy claras y la mente muy despejada para aceptar todo eso que comentas... Tal vez y por mi delicada situación, a mí me cueste un poco más de trabajo...

—Te entiendo, hijo, pero míralo también desde la óptica de que todo lo que te ha ocurrido, sin restarle ni un ápice de dificultad, puede transformarse en una ocasión especial para que afrontes lo que te resta de camino con otra visión... aunque el golpe que te han propinado te haya dejado casi sin sentido. Te diré algo desde lo más hondo de mi corazón, porque a pesar del poco tiempo que ha pasado desde que entraste por esa puerta, te he tomado aprecio: tu querida Juliette cumplió con su misión en esta tierra al irse tan joven. Por razones que ahora mismo ignoro, ella cumplió con su deber. Su destino te ha afectado a ti, cómo no, pero medita acerca de que todo lo que sucede a tu alrededor obedece a unos buenos motivos, aunque en la actualidad, el árbol de la tristeza y de la soledad, te impida vislumbrar el bosque de la Verdad. Nada de lo que observes en torno a ti responde al capricho del albur. Tu libertad y las pruebas a las que eres sometido viajan juntas de la mano para incitarte a seguir con tu recorrido. No ganarás nada sentado en el recodo del camino cavilando una y otra vez sobre lo que pudo ser y no fue. Con cariño pero con firmeza, te incito a que te levantes y a que prosigas con tu aprendizaje. Philippe, no albergo dudas sobre que ese es el principal motivo por el que has acudido a mi casa.

—Muy bien, hago un esfuerzo por entender ese mensaje tan razonable que expones pero por más vueltas que le doy, lo siento, Alice, no consigo entrever ningún efecto positivo que se desprenda de la muerte de mi esposa. Por más que venga un sabio con todos sus conocimientos, ese hecho desgarrador a mí me ha ocasionado un daño irreparable. De acuerdo en que luego prosigue la vida espiritual para todos, pero lo que más me perturba es saber que no podré verla ni abrazarla más y que la circunstancia que se ha producido me ha impedido consolidar un vínculo de afecto con alguien a quien sencillamente adoraba... Lo siento madame, puede dar la impresión de que tan solo me dejo guiar por mis impulsos más egoístas pero lo único cierto en toda esta triste historia es que mi feliz

matrimonio se ha deshecho y que nunca más volveré a compartir con ella una comida, el lecho o un simple beso.

—Philippe, te lo repito: yo te comprendo y ponerme en tu lugar es terrible. No deseo restar ni una pulgada de tu dolor ni minimizar el sufrimiento por el que estarás atravesando. Todo este asunto se halla aún muy reciente en tu memoria. Heridas tan considerables como la tuya tardan tiempo en cicatrizar pero eres muy joven y no estás condenado a la soledad. Nuevas oportunidades de amor se abrirán ante tus sorprendidos ojos en un mañana que no se demorará mucho en llegar.

—Pero Alice, es que no me entiendes... yo no deseo amar a otras mujeres ni otras posibilidades. Yo solo quiero que mi Giulette retorne a mi lado y que ya nada ni nadie nos vuelva a separar. Y sin embargo, ningún poder sobre esta Tierra me la va a devolver.

—Mi buen amigo, solo puedo ofrecerte mi brazo encima de tu hombro, mis palabras de consuelo y la paciencia como herramienta de esperanza. Cuanto más duro es el golpe que encajas más importante resulta la lección a extraer, pero bien cierto es que más tiempo necesitas para recuperarte y rehacer tus expectativas. Profesor Bruné, este impacto te ha noqueado y ha logrado tirarte al suelo pero cuanto antes te levantes, será mejor para ti. Para ello, aún habrás de esperar, porque la vida posee unos ritmos que le son propios y al igual que no amanece antes por mucho que te empeñes tampoco vas a asumir lo sucedido por mucha prisa que quieras darte, ni tú ni los que te rodean. Todo en la existencia humana late a un compás y cada evento, al ser diferente, requiere de un diferente número de pulsaciones para conseguir aceptarlo. No pretendo caer en un falso optimismo y mucho menos contigo, pero te aseguro que alcanzarás el día en que cuando recuerdes esta conversación, la considerarás como una ocasión única de aprendizaje que te fue ofrecida.

—Ufff... así lo espero. Agradezco las ganas que pones en ayudarme, mi admirada Alice. En estos últimos días, he pasado de la más absoluta oscuridad a entreabrir la ventana y asomarme un poco para buscar algún resquicio de luz...

—Bueno, ya es algo, porque hace una semana, aunque quizá lo hayas olvidado, te contemplaba en un estado mucho peor que hoy, sin que eso signifique que la alegría haya invadido ahora cada rincón de tu mente. Lo importante es ir saliendo poco a poco de la más negra de tus pesadillas. A cada hora que transcurra y si no insistes en estar peor que ayer, las rendi-

jas de la claridad se irán ensanchando tímidamente. ¿No lo notas? Aunque escasa, ya ha habido una pequeña evolución. Mas esto es solo el principio. Tranquilo, que yo no voy a desaparecer de tu vida y por supuesto, siempre podrás acudir a esta casa en busca de consejo o de alivio a tus males...

—Otra vez gracias, amiga. Supongo que será mejor cambiar de tema. Estábamos hablando del autor de ese maravilloso libro sobre los espíritus.

—Es cierto, lo curioso es que al principio, Denizard se mostraba muy escéptico ante ese fenómeno extraño de las mesas voladoras y parlantes y por ende, ante la posibilidad de comunicarse con los supuestos habitantes del otro plano.

—¿Sí? ¿Y qué sucedió entonces?

—Pues un día fue invitado por un amigo a asistir a una de esas reuniones y comenzó a investigar, a reunir multitud de datos, a estudiar con detenimiento la cuestión y mira por dónde, una jornada y ante su sorpresa, recibió un mensaje de la otra dimensión que resultaría esencial en la futura evolución de este pedagogo de Lyon. De este modo, se le comunicó que su verdadero nombre era el de Allan Kardec, un antiguo sacerdote druida que él mismo había sido en otra encarnación hacía muchos siglos en la Galia. Al tiempo, se le indicó que debía reunir toda la información precisa para escribir esa magna obra que tienes entre tus manos y que tanto te ha impresionado. Esta sería dictada a través de la intermediación de varios médiums que efectuarían la importante labor de recibir esos mensajes provenientes del plano espiritual. Por eso te comenté antes que el bueno de Monsieur Rivail se dedicó a recopilar todo ese conjunto de enseñanzas que los sabios espíritus le iban proporcionado ante las preguntas tan trascendentales que se les planteaba.

—Entonces, podría afirmarse que Kardec fue utilizado como un instrumento de la voluntad superior de los moradores del otro mundo. Por tanto, ese libro sería como una especie de revelación obtenida desde lo alto, nunca mejor dicho.

—Hmmm... vale, si lo quieres denominar de ese modo, adelante. Sea como fuere, de lo que no cabe duda es de lo siguiente: se trata de un conocimiento profundo que desde su publicación aquí en París, no es que le haya sido regalado a un hombre, ni a un pueblo, ni a una nación, sino a la humanidad entera. Ten por seguro que esto tendrá en el futuro una gran repercusión aunque ahora mismo no podría precisar nada en concreto sobre sus consecuencias. Como estampa intuitiva y en lo personal, tengo

la sensación de que han llegado los tiempos en los que el hombre va a ser capaz de destapar aspectos que hasta ahora permanecían ocultos o que las distintas religiones, pese a su gran influencia, no habían logrado desvelar del todo ni desentrañar en su profundo significado. Cada vez tengo más claro en mi interior que se ha alcanzado la hora de descorrer la tupida cortina que hasta este instante impedía que penetrara la luz en el corazón de las criaturas.

—Pero, Alice, todo eso que dices suena como a alborotador, como si el orden reinante pudiera subvertirse. No sé si has pensado en ello pero ¿acaso se acerca otra revolución en este país?

—No, en absoluto. Las verdaderas revoluciones son las que operan en los corazones de los seres y no tanto en el orden político o económico. Todo ello te lo digo sin restarle importancia a lo acontecido en la reciente y convulsa crónica de Francia, de otros lugares de la vieja Europa y de América.

—Espera un momento... ¿Por qué no podría acontecer otra revuelta que cambiara para siempre la mentalidad humana y la de los territorios de este vasto planeta? Me estoy refiriendo no a una rebelión con sangre derramada por las calles y miles de víctimas caídas en la lucha, sino a aquella que se produjera en la conciencia de cada individuo y que le permitiera afrontar su vida desde otra perspectiva completamente nueva.

—No, Philippe, no será de esa forma que comentas...

—¿No? ¿Por qué no?

—Trataré de explicártelo. No toda la gente va a leer ese libro. Incluso muchos de los que lo lean tampoco van a estar de acuerdo con lo que en él se expone y por último, el fenómeno de la evolución no opera a saltos. Esto sucede también si nos referimos al ser humano. En él, todo es progresivo, su recorrido ha de ir poco a poco, paso a paso. No se llega a la madurez sin haber completado antes las etapas de la infancia y la adolescencia. El orden natural de las cosas no puede subvertirse. Con ello estoy aludiendo al hecho de que no puedes alcanzar la cima de una escalera si previamente no has subido los primeros peldaños. ¿Acaso has visto alguna vez que se alterara el orden de las estaciones en la Naturaleza?

—No, claro que no.

—Nosotros, criaturas dotadas de razón y de sentimientos, somos el eslabón privilegiado de toda esa estructura, pero no por ello podemos sustraernos a las leyes dispuestas por el Creador y que gobiernan el Uni-

verso. Por eso te digo que todo lo escrito en esa obra permanecerá en el legado inmortal de los hombres, pero con sinceridad, Philippe, no creo que los habitantes de este mundo vayan a asimilar de pronto todo lo transmitido por los espíritus superiores en esa cadena de preguntas y respuestas que compone «Le Livre des Esprits» y que te acercan al más allá y al sentido de la vida.

—Sí, mirado desde ese punto de vista, tienes mucha razón. Es curioso, pero cuando hablabas del sentido progresivo de la evolución, me puse a pensar en nuestra gran Revolución. Estudiando ese acontecimiento tan sustancial para nuestra historia más reciente, lo ocurrido hace ahora unos setenta años se fue incubando durante todas esas décadas de Enciclopedismo que le precedieron, donde de alguna forma, se fue allanado el camino y la mente de muchos compatriotas para enfrentarse a los hechos tan brutales que se produjeron a finales del siglo XVIII.

—Muy bien, joven, creo que has puesto un ejemplo muy adecuado para mi anterior explicación.

—Por cierto, reflexionando sobre este asunto, Alice... ¿sabes si habrá una segunda parte de esta obra? —interrogué mientras agitaba con mi mano derecha el ejemplar que había estado analizando toda la semana anterior.

—Que yo sepa, no. Pero por los datos que poseo parece que todo ese conjunto doctrinario que comprende el Espiritismo se irá desarrollando en trabajos posteriores.

—Veamos, eso quiere decir que Monsieur Rivail publicará más libros sobre esta materia en el futuro.

—Desde luego, estoy convencida de que así será. Además de ampliar lo apuntado en «Le Livre des Esprits», lo próximo que se edite seguro que servirá para consolidar entre el público lo trazado hasta este punto. No te puedo especificar ninguna fecha en concreto, pero por las informaciones que han llegado a mis oídos no creo que pase mucho tiempo hasta que salga a la calle un nuevo volumen. Me han comentado que en este caso, lo que se va a difundir tendrá mucha relación con el proceso de comunicación con esos seres que la gente considera como «muertos» pero que están más vivos que nunca, es decir, nuestros amigos los espíritus, como ya has podido comprobar por el bueno de Laurent.

—¡Uy! Es verdad, me había olvidado por completo de él. Te mando un saludo muy afectuoso, si es que me escuchas...

—Claro que te oye... ¿Crees que un metafísico como él se iba a perder esta conversación tan interesante? Se halla muy cerca de ti y corresponde a tu saludo con una sonrisa cómplice.

—Entonces, madame ¿conoces personalmente a este escritor, elegido desde las alturas para dar a conocer el discurso de los habitantes del mundo invisible?

—En efecto, le conozco, aunque no pertenezco a su círculo íntimo de amistades. Le he visto en algunas ocasiones y he tenido el honor de cruzarme palabras con él al mantener alguna charla o al asistir a alguna reunión informal junto a otros compañeros interesados en estos asuntos. Es fácil imaginar el carácter de las cuestiones de las que hablamos en esos encuentros.

—Sí, entiendo, no creo que perdierais vuestro precioso tiempo discutiendo acerca del sexo de los espíritus.

—Muy ocurrente, Philippe. Has sido irónico en tu tono pero acertado en el fondo de tu comentario.

—Y dime, Alice, por curiosidad... ¿Cómo describirías a Monsieur Kardec? ¿Qué tipo de personalidad posee ese señor destinado a tan alta tarea?

—Mira, te seré clara. No he tomado con él tanta confianza como para alcanzar conclusiones evidentes acerca de su carácter. No tengo elementos de juicio suficientes, como comprenderás. Al principio, antes de verle por primera vez, pensaba que se trataría de un ser luminoso, de esos tipos en los que observas un potente liderazgo capaz de arrastrar con su oratoria a masas enfervorizadas de seguidores. A solas, me decía a mí misma que si ese pedagogo de Lyon estaba destinado a una misión tan elevada, es porque debía tratarse de una persona de auténtico genio, de un conductor de multitudes que con sus palabras atravesaría sus corazones expectantes. Cuando por fin tuve la ocasión de saludarle, de estudiarle desde una corta distancia, de escucharle como tú estás haciendo conmigo ahora, te confesaré algo importante: sufrí cierta decepción. Entiéndeme bien, esa decepción no me la produjo su intervención ni los rasgos de su temperamento, sino el perfil grandilocuente que yo, en mi propia imaginación, había elaborado acerca de su figura más recóndita. Solo a mí me cabía esa responsabilidad al haber emitido un veredicto previo de su silueta, tal vez exagerando aspectos que había oído a otros o probablemente arrastrada por la grandeza de lo contenido en «Le Livre des Esprits». Mi querido amigo, qué gran verdad es que la imaginación es libre y que en muchos

casos, su funcionamiento interfiere o distorsiona la auténtica versión de cómo son en realidad las personas. Sin embargo, poco después comprendí que todo se ajustaba a lo que los espíritus pretendían realmente de Denizard..

—Pero un momento, Alice. ¿Por qué no te avisó Laurent acerca de la personalidad de Monsieur Rivail? Se supone que los espíritus pueden ver más allá de las vestimentas de la carne y adentrarse en los terrenos que a la gente de cuerpo físico como nosotros nos están vetados..

—Eh, joven, cuidado con lo que dices. Los espíritus que se mueven a nuestro alrededor no están hechos para actuar conforme a nuestros intereses particulares. Además, Laurent no puede sustituir la fuerza de mi imaginación ni la configuración de mis deseos. Ellos respetan nuestro libre albedrío y por supuesto, si poseen un nivel adecuado de desarrollo como mi buen maestro de metafísica, les encanta que descubramos las cosas por nosotros mismos y no porque nos las digan.

—Entonces, la imagen que tenías de Monsieur Rivail cambió en cuanto empezaste a tratarle algo más..

—Bien, como te decía antes, al principio, no encajaba en mi mente el concepto que yo me había formado de Denizard con lo que estaba observando directamente de su comportamiento. Reflexionando sobre el asunto, me di cuenta de que los designios de lo alto no son azarosos sino que se hallan muy bien estudiados para que las piezas del rompecabezas encajen perfectamente. Conforme le miraba y le oía, mi intuición se aclaró y llegué a una conclusión clarificadora: los habitantes del otro plano habían elegido a la persona ideal, al portavoz más adecuado para hacer real sus intenciones. Su habilidad no debía consistir en un fuerte liderazgo ni en arrastrar masas mediante el impulso de las emociones. Y es que en verdad, para ejecutar bien su delicada tarea, no necesita esas características. Su misión es reunir una serie de conocimientos trascendentes como esos que has podido leer en «Le Livre des Esprits» y proporcionárselos a los que estén interesados en acceder a esta nueva filosofía que nos aportan los habitantes de la otra dimensión. Ya ves que esto no tiene mucha relación con actuar como un político que se entregue a los discursos incendiarios ante el pueblo.

—Entiendo, Alice, creo que ya sé por dónde vas... tu razonamiento resulta impecable.

—Mira, Philippe, Monsieur Kardec se distingue sobre todo por su tremenda disciplina, por su enorme capacidad de trabajo, por un elevado sentido del deber que ha interiorizado y que le sirve para conducir la colosal labor que está llevando a cabo y que en verdad, no ha hecho más que empezar. Hay veces en que Dios se vale de hombres con cualidades increíbles que les sirven para movilizar a los pueblos y transformar determinados aspectos en una época concreta. No tienes más que contemplar la historia de las civilizaciones para fijarte en la función que cumplieron esos individuos a veces tan necesarios. Sin embargo, existen coyunturas no menos importantes en las que se precisa del trabajo metódico, rutinario, organizado, absorbente y de muchísima perseverancia. ¿Qué más da la forma en que se realice ese trabajo si finalmente contribuye al objetivo más valioso que es el del progreso?

—Es cierto, madame. Si solo se destacaran las grandes conquistas, las victorias en el campo de batalla o los grandes hechos políticos, la humanidad hubiera permanecido coja en otros aspectos...

—Desde luego, profesor Bruné. No existe un modelo único de aprendizaje ni tampoco un único método que te permita avanzar. Insisto, lo importante es progresar y no tanto la herramienta que se use para ello. En nuestra Revolución, lo más llamativo fue seguramente el vuelco político que se produjo a raíz de la caída del Antiguo Régimen, la anarquía que imperó durante la fase del Terror o incluso el número brutal de vidas que perecieron en las calles o que se cobró la guillotina, pero si queremos ser realmente serios en el análisis, los principios de «libertad, igualdad y fraternidad» fueron los que estuvieron latentes bajo unos hechos tan graves que han abierto las puertas de la liberación a muchas otras naciones. Sería absurdo enjuiciar las consecuencias de aquellos hechos tan tremendos solo bajo la óptica de que se derrocó a la monarquía o porque las masas fueron las protagonistas del movimiento. Yo, desde mi modesto punto de vista, me planteo más bien hasta qué nivel hemos avanzado en esos ideales de pretender ser más libres, iguales y solidarios...

—Ah, Alice, como maestro de niños, ya te digo que al público en general le llama más la atención la ejecución del Borbón o el acceso a los círculos de poder de sujetos provenientes del pueblo y que antes jamás lo hubieran logrado que el desarrollo de esos tres valores que tan bien has reflejado. Me gusta tu análisis, te lo digo con el corazón en la mano... y creo que en eso último que has expuesto es donde menos hemos adelan-

tado, sin contar cómo no, el efecto de freno que años después, muchos dirigentes han deseado establecer al impulso revolucionario.

—Por supuesto, como se expone en esa obra, el orgullo y el egoísmo continúan siendo las dos grandes epidemias de este mundo y ya te anticipo que muchos de los ideales por los que ha luchado esta nación entran en conflicto directo con el ego y con la vanidad de los hombres. Por otra parte, cada etapa histórica requiere de un adecuado tipo de liderazgo. Hablando más en concreto del Espiritismo, te diré que con el tiempo, asumí que Allan Kardec era justamente el ser que se necesitaba para completar esa obra de aglutinar una serie de conocimientos provenientes del más allá y darlos a conocer al gran público. Él es el más indicado, sin ningún género de dudas, para revelar a la gente ni más ni menos que el destino de las criaturas y lo que ocurre tras la muerte del cuerpo. ¿Casi nada, verdad?

—Es cierto, madame. Hemos de comer y beber, buscar un hogar donde cobijarnos, obtener un empleo para cubrir nuestros menesteres y hasta crear una familia para asegurar la reproducción de la especie o educar a las nuevas generaciones en óptimos valores... Pero ¿qué hay del aspecto espiritual? ¿Qué hay de las aspiraciones incesantes de saber, de responder a los interrogantes más angustiosos del ser humano, de conocer su misión en este plano y cuál es su destino final? Siempre me acuerdo del mensaje de Jesús cuando afirmó que «no solo de pan vive el hombre».

—Muy oportuna tu cita, sí señor, se ajusta muy bien a la coherencia de tu discurso. Está claro que el individuo no viene a este mundo solo para satisfacer sus instintos más básicos sino que precisa de algo más que cubra sus exigencias más trascendentales. Y ahí, curiosamente, entra en juego la voluntad de los que organizan el otro plano y para ello, nos envían una serie de comunicaciones, un conjunto de más de mil preguntas con sus respuestas que contestan ni más ni menos que a esa necesidad de hallar soluciones para los interrogantes más profundos de la conciencia humana... Philippe, mi buen amigo, no sabes la dicha que nos corresponde por habitar en esta época. Tenlo en cuenta porque muchos quisieron vivir este período y no pudieron, al no haber acumulado los méritos suficientes. Para el que quiera de todo corazón estudiar con profundidad lo contenido en «Le Livre des Esprits» y sobre todo, ponerlo en práctica en el día a día con el prójimo, no existirá un mañana igual.

—Caramba, Alice, todavía no conozco a ese señor y sin embargo, por todo lo que me has contado de él, ya me cae bien.

—Así es. Monsieur Rivail es el elegido y cuenta con el apoyo espiritual necesario para llevar a cabo su trabajo de difundir el Espiritismo, toda una recapitulación de enseñanzas que tarde o temprano cambiarán la visión sobre la vida de los habitantes de este planeta.

—Es curioso, madame, pero estaba pensando una cosa cuando menos curiosa. Me pregunto si no habría resultado más fácil que el propio Kardec hubiera sido un magnífico médium, como tú, sin ir más lejos. ¿Te imaginas la situación? De este modo, la elaboración de «Le Livre des Esprits» hubiera corrido de su propio puño y letra, atendiendo directamente a las voces y a los dictados de los espíritus superiores.

—Interesante reflexión, Philippe. Hubo un momento en que yo también me hice esa consideración porque aparentemente, tenía toda la lógica del mundo... Pero, volvamos al mismo planteamiento de antes... Verás, amigo, cuando tratas con Denizard te das cuenta de que te hallas ante un hombre absolutamente normal, eso sí, muy racional, respetuoso con los códigos del método científico, coherente con sus ideas, congruente con la serie de postulados que él piensa que debe seguir una doctrina filosófica como es el Espiritismo. Recalco mucho la cuestión de su «normalidad» porque es muy frecuente en estos ámbitos caer en la tentación de atribuir a este tipo de personas un carácter cuasi místico o una personalidad arrolladora que en este caso, no se corresponden para nada con la realidad. A Dios gracias, nuestro hombre es de lo más común, pero te aseguro que posee las características más apropiadas para desenvolver su misión con total responsabilidad y éxito.

—Ya veo que lo tienes claro...

—Sí. Evaluando la cuestión por la que me preguntabas, he alcanzado una conclusión: haber utilizado para este cometido a un sujeto mucho más apasionado, más emotivo o simplemente a un médium, habría supuesto un error. Quizá esté jugando con ventaja al contestarte, pues «Le Livre des Esprits» es ya una realidad que está en la calle y una obra que ha sido leída por miles de seguidores. No obstante, eso no alteraría mi percepción. Se trata de mi intuición más profunda y así lo manifiesto a todo aquel que me consulte por este asunto.

—Me quedo con tus deducciones, Alice. De veras, creo que son ponderadas.

—Es que no existe un prototipo de médium perfecto en este plano sobre el que vivimos, capaz de escuchar y traducir con absoluta fiabilidad

los mensajes provenientes de la otra dimensión. Los habrá de mayor o menor nivel, pero sabiendo que partimos de la imperfección, queda claro que siempre vamos a contar con algún tipo de limitación, lo que no obsta para que las comunicaciones puedan resultar inteligibles y de confianza. Hay algo importante en todo este proyecto que ignoras. Kardec era plenamente consciente de esta polémica y para asegurar la máxima fiabilidad de los mensajes recogidos en esa obra y respetar también los principios del método científico, se aseguró de que los anuncios del más allá provinieran de varias fuentes, con el objeto de garantizar la confiabilidad de lo expuesto en «Le Livre des Esprits». A mí, personalmente, ese estilo de encarar el procedimiento me fascina, porque me parece la forma más convincente de abordar una temática tan esencial que afecta a las facetas más recónditas del ser humano y de la existencia.

—Cierto, madame, no es lo mismo que una información proceda de una sola cabeza o de un único pensamiento a que provenga de múltiples testimonios extraídos de numerosas fuentes...

—Tú lo has dicho, Philippe, se trata del medio más idóneo para facilitar el consenso y sobre todo, la veracidad de esas respuestas que has podido leer con asombro. Es que no estamos hablando de cuestiones baladíes sino de algo que con el tiempo puede transformar el corazón de los hombres y el latido de este planeta sobre el que caminamos. ¿Ves? ¿Te das cuenta ahora de por qué el carácter de Monsieur Rivail es el más apropiado para desarrollar esta labor tan fundamental y necesaria? Definitivamente, ha llegado el tiempo de los emisarios de la razón...

—Desde luego, Alice. Analizando estas cosas con moderación, con la lógica como intermediaria, se llegan a entender mejor que desde la fuerza de las emociones... Y es que estas son a veces tan irresistibles por su empuje pero también tan perturbadoras... ¡Qué me lo digan a mí que he sufrido la desaparición de Giulette! Ese hecho ha desatado en mi interior la tempestad del ímpetu más negativo a la vez que ha triturado cualquier atisbo de evaluación más serena, más razonable...

—Las emociones, joven Bruné, como tantos otros aspectos de la personalidad humana no son buenas o malas en sí, aunque cada circunstancia tenga siempre su momento... Hay instantes para las pasiones y otros en los que deben imperar la cordura y el sentido de la lógica.

—Desde luego. Volviendo de nuevo a la cuestión de la escritura de este libro, creo que si Monsieur Kardec hubiera sido el autor en exclusiva de

la obra, es posible que más de uno le hubiera recriminado una excesiva subjetividad a su argumentación, errores de apreciación o quizá una interpretación distorsionada de las voces de los espíritus, en fin, ya sabes, la típica tendencia humana a buscar la polémica y los enfrentamientos en tantos y tantos asuntos... No sé, madame, hay tal cantidad de factores que pueden interferir en una visión objetiva y ecuánime de las cosas...

—Cierto. Has hablado desde el más puro sentido común, que por cierto, es una de las peculiaridades que presenta el Espiritismo, tan acordes a esa racionalidad que le distingue entre tantas otras doctrinas filosóficas. Pasó la época de creer por creer. A partir de ahora, las convicciones vendrán dadas por la fuerza del discernimiento y no por el poder de los dogmas, como se nos ha pretendido imponer en numerosas fases de la historia. Ha sonado el clarín que anuncia el dominio de la reflexión frente a la ofuscación de la irracionalidad. Todos aquellos nuevos profetas que pretendan persuadirnos con argumentos que no puedan enfrentar a la mirada atenta de la razón, estarán destinados al fracaso y a pasar de largo. Esta, mi joven profesor, es la diferencia básica que habrá de distinguirnos frente a otros planteamientos.

—Caramba, tus palabras me arrastran como un torrente desbordado. Me parece increíble tu capacidad para combinar en equilibrio el ardor de tu mensaje con la mesura que la misma razón le otorga a todo lo que hablas. En fin, un potente discurso para nuevos tiempos, admirada Alice...

—Ahora ya no es cuestión de creer o no en la existencia de los espíritus, en la reencarnación o en la vida de ultratumba porque un iluminado o un conductor de masas lo diga, sino porque los mismos habitantes del otro plano confirman que siguen viviendo, pensando y sintiendo a pesar de la destrucción de su antiguo envoltorio físico. Y yo añado, Philippe, que creo en lo contenido en «Le Livre des Esprits» porque sus argumentos me han sido mostrados a través de la razón y no por las tesis de una fe basada en un dogma ciego. Este siglo por el que transcurrimos dejará su huella en el paso del hombre por muchos aspectos, pero quizá uno de los más esenciales será el que corresponda a la gran revolución científica que se está operando, tan solo comparable a la invención de la imprenta o al descubrimiento del Nuevo Mundo. El pensamiento humano irá en la misma línea porque no puede substraerse a esa tendencia general hacia el progreso que todo lo abarca. Por tanto, sucede lo mismo en el ámbito de

hallarle un sentido a la existencia y en esa tremenda cuestión que desde tiempos inmemoriales preocupa al hombre: lo que acontece tras el óbito.

—Muy cierto, madame. Hemos logrado avances en todos los campos del saber, pero es justo reconocer que en lo relacionado con el más allá, todavía seguimos dependiendo de lo recogido en la Biblia o de lo transmitido por las grandes tradiciones religiosas.

—Así es. Hasta la publicación de esta obra revelada por los espíritus, existía una especie de denso velo que todo lo cubría, imposible de apartar, de modo que impedía el acceso a lo que ocurría tras la muerte física. Ahora, llegó el momento de adentrarse en esa dimensión que se ha mantenido oculta y que desde estos instantes, permanecerá diáfana para todo aquel que desee contemplarla y que nos dice que estamos aquí de paso, constituyéndose el plano espiritual en nuestra auténtica morada.

—Sí, Alice, ese es uno de los conceptos que mejor se ha grabado en mi cabeza, es decir, la idea de que venimos a esta dimensión en innumerables ocasiones asociándose el alma de forma temporal a un organismo y enfrentándose a todo un conjunto de situaciones que no dejan de ser sino pruebas a las que concurre para acelerar su camino evolutivo. Y en esas diversas fases se viste con cuerpo de mujer o de hombre, como rico o como pobre, como ilustrado o como analfabeto, pero siempre con el objeto final de seguir con la senda de su crecimiento.

—Desde luego, joven. Y no olvides que las criaturas, en función de su libre albedrío y de las decisiones que van tomando pueden enlentecer o acelerar ese recorrido vital. Son ellos mismos los que acorde a la ley de causas y efectos, plantan las semillas de un futuro gris y sombrío o de otro luminoso y pleno de ilusiones.

—La verdad es que cuando uno se pone a reflexionar con detenimiento en este tipo de cuestiones, es cuando se logra penetrar en el íntimo carácter que yace en el fondo de este libro. Creo que se trata del colofón espléndido a tantos siglos de búsqueda del espíritu humano. En mi opinión, hay una diferencia sustancial en todo esto que permanece aquí escrito, en el mensaje transmitido por la combinación de tantas sabias palabras...

—Dime, te escucho...

—Lo expuesto en esas páginas no se refiere a la meditación realizada por la mente de un hombre y trasladada a un papel sino que se trata del testimonio directo y clarificador proporcionado por múltiples autores del

otro lado. ¡Quién mejor que ellos para hablar de su propio mundo, aquel al que tarde o temprano todos iremos a parar! Para mi consuelo, Giulette al menos ha pasado por ese trance y habita ya junto a los escritores invisibles en una patria que espero le resulte menos gravosa que esta que le tocó vivir en tan breve suspiro.

—¡Tú lo has dicho, amigo!

—Alice, perdona mi reiteración, pero esta última cábala que me ha venido a la cabeza me ha hecho discurrir de nuevo sobre mi destino. En fin, me preguntaba por la serie de factores que nos llevaron a Giulette y a mí a conocernos y a despedirnos de esa forma tan triste y prematura.

—Querido amigo, con el estudio del Espiritismo se te abrirán los ojos del conocimiento y sabrás de cosas que ahora mismo ignoras. ¡Quién sabe si un día no muy lejano contarás con la oportunidad de descifrar el porqué de vuestra coincidencia como pareja y el porqué de una separación no atribuible a vuestra voluntad! Aunque te resulte doloroso, no albergues la menor duda. Lo ocurrido debió obedecer a motivos muy precisos porque nada, absolutamente nada en la vida de los hombres, sucede por azar. Ella abandonó joven su envoltura carnal y tú permaneces en ella. En ambos casos, ha de existir una explicación racional, un dato al que ahora mismo no tenemos acceso. Ten en cuenta que tras la muerte y una vez superado el correspondiente proceso de turbación, a la persona le son revelados muchos aspectos de su pasado, a fin de que comprenda el sentido de lo que ha hecho en su más reciente existencia. Por eso te digo que existe un plazo límite para entender ciertas cosas, aunque hay coyunturas en las que no hay que alcanzar ese extremo. Tu alma posee un sinfín de limitaciones, como la mía y la de otros, por la sencilla razón de que el organismo no es su casa natural sino una residencia temporal que precisa para hacer frente a sus pruebas. Es el precio que hemos de pagar por nuestras imperfecciones, por nuestro deficiente nivel de desarrollo moral e intelectual, porque a pesar de lo que algunos digan, somos aún seres que hemos recorrido muy poco camino. A Dios gracias, los espíritus evolucionados han salido de sus moradas y se han acercado hasta aquí para visitarnos y agasajarnos con la concesión de unos conocimientos que nos habrán de llevar hasta las entrañas de nuestra conciencia.

—Es un consuelo escucharte, Alice, intuir que todo tiene su motivo y su momento. Tendré que armarme de paciencia, no veo otra opción. Creo que con el tiempo lo asimilaré.

—Sí, Philippe, todo posee su ciclo y sus pasos. Si arrancas la fruta antes de tiempo, te arriesgas a que esté verde y a no poder degustar su verdadera esencia. Déjala madurar y comprobarás entonces que se halla en su momento óptimo de consumo. Esas son las reglas. No están confeccionadas por una mano humana caprichosa sino por el Creador de todo lo visible y lo invisible, del cual tan solo pueden emanar disposiciones lógicas y plenas de inteligencia.

—Lo tendré en cuenta, aunque a veces me vea traicionado por las emociones, por esa parte instintiva que todos llevamos dentro y que en ocasiones te eleva a las alturas y en otras, en cambio, te sume en la más oscura desesperación.

—Te diré lo que vamos a hacer, joven. Esto sí te garantizo que me lo acaba de sugerir Laurent, para que lo sepas. Si lo tienes a bien, es decir, si por tu libre voluntad deseas continuar adelante, mi buen metafísico te invita de todo corazón a que sigas profundizando en el estudio de «Le Livre des Esprits». No basta con una sola lectura como comprenderás, sino que deberás realizar un repaso meticuloso y una meditación concienzuda de lo expuesto en todo ese conjunto de preguntas con sus respuestas. Ah, sí, mi maestro me comenta que si pretendes perseverar en tu esfuerzo de aprendizaje, sería deseable que vinieras a alguna de nuestras reuniones.

—Desde luego, madame, cómo no. Ya te expliqué antes que cuando completé por primera vez la lectura de ese libro quedé como impactado. A ello contribuyó, cómo no, la coyuntura personal por la que estaba pasando, la de un joven viudo que había perdido a su amada casi sin darse cuenta. Pero un momento... ¿has mencionado la palabra «reuniones»? Si yo soy un completo neófito, Alice... además, no soy médium como tú. Eso me da a entender que si asistiera a uno de esos encuentros me hallaría como desubicado, como perdido en medio de personas que dominan esa materia.

—¡Eh, tranquilo, amigo! No vayas tan deprisa con tus conclusiones. Nadie nace sabiendo, bueno, algunos sí por la preparación que han efectuado en otras vidas, ja, ja, ja... pero en tu caso no habría ningún tipo de obstáculo. Empezarías como testigo silencioso de lo que hagamos y con el tiempo, irías participando cada vez más y contribuyendo con tus propias aportaciones. Tanto porque la idea ha salido de Laurent como por lo que yo pienso, creo que constituiría una buena idea para ti a fin de facilitar tu progreso. Con voluntad y en un plazo no muy largo, podrías convertirte

en un alma abnegada y estudiosa de esta nueva doctrina llamada a cambiar la faz de este mundo. Venga, no me mires con esa cara de asustado. ¿Qué me respondes? ¿Conforme, mi buen Philippe?

—Uf, madame, me siento tan impresionado en estos momentos... pero a la vez, tan ilusionado, que no me dejas otra opción que responderte con un sí rotundo a tu propuesta. Cuenta conmigo para esa absorbente tarea.

—Por cierto, para tu tranquilidad, no se precisa ser un médium para asistir y participar de nuestras reuniones. Lo más importante es la actitud con la que acudas, el noble deseo de aprender y por encima de todo, la intención de mejora personal que muestres. Has de saber cuanto antes que el Espiritismo no solo está enfocado hacia el cultivo de unos sabios textos o al aprendizaje de los mecanismos que subyacen tras la vida humana sino que por encima de todo, campea la idea de la reforma moral más íntima, aquella que pregonó Jesús durante su andadura terrenal, la de cumplir las leyes divinas y la de amar al prójimo como a ti mismo. Esta doctrina no espera quedarse en bibliotecas ni asentarse como un conocimiento más en la mente de los individuos, sino que aspira a cambiarlos desde la raíz a través de la modificación de sus corazones, aquella que habrá de llevarles a transformar el mundo porque primero habrán renovado sus conciencias a través del ejercicio de la caridad. Te resumo pues los dos factores en los que deberás centrar tus esfuerzos siempre que estés dispuesto a ello: el estudio sistemático de «Le Livre des Esprits» y por otro lado, la puesta en práctica de sus postulados. Estoy convencida de tu anhelo por integrarte en nuestro grupo cuanto antes y por traducir todo ese aprendizaje a un proceso de metamorfosis interna, que te eleve como persona más volcada hacia el bien de tus semejantes. ¿Qué me dices, joven Bruné?

—Te contesto con lo mismo de antes. Aparte de estar en lo cierto, madame Leclerc, pretendo estudiar y mejorar mi existencia. Creo que has llegado a mi vida en el momento óptimo y doy gracias a las alturas por haberme conducido a tu acogedor hogar en esta fase tan intempestiva de mi destino. Acepto de buen grado tu ofrecimiento. Estoy ansioso por presenciar la primera actividad de vuestro grupo.

—Muy bien, cuento con tu conformidad. Me alegro enormemente de tu decisión. Ahora, llegó el instante de despedirnos. Ya te comunicaré la fecha exacta de nuestro próximo encuentro. Para tu información, te comento que nosotros contamos para nuestras actividades con un piso en «La Cité», curiosamente no muy lejos de donde vives. Allí nos reunimos.

Tendrás ocasión de conocer al resto de miembros que formamos el grupo. Es hora de que empieces con tu trabajo personal. Muchas sorpresas te están reservadas, mi buen amigo. Te deseo lo mejor con la intención de que acrecientes tus conocimientos y por ende, avances con pasos seguros por el sendero de tu evolución.

—Gracias, Alice, no hallo palabras para mostrarte mi más profundo agradecimiento. Despideme de Laurent también, pues de él partió la idea de acercarme a lo que debe ser un conjunto de personas maravillosas implicadas en el bien al prójimo y en su propio desarrollo.

—Desde luego, ese es nuestro principal fin. Mi preceptor te saluda con el mejor de los deseos. Au revoir, mon ami.

—Au revoir, madame. Merci de tout coeur.

7

SESIÓN ESPIRITISTA

Mis profundas conversaciones con la viuda del coronel Leclerc, esa mujer que por los designios del destino me fue asignada como espléndida profesora en el momento más amargo de mi existencia, prosiguieron con regularidad. Nunca podía haber imaginado la receptividad y el cariño con el que esa bella dama me acogió desde el principio. Al cabo de las semanas, habiendo yo avanzado en el estudio de las enseñanzas recogidas en «Le Livre des Esprits», Alice me comunicó que ya me veía preparado para asistir a mi primera reunión grupal. ¡Qué emoción contenida cuando salí de mi domicilio para desplazarme caminando a ese lugar no tan lejano de mi casa y en el que se iba a celebrar ese encuentro entre personas que amaban el Espiritismo!

Tan solo restaban minutos para conocer a los integrantes del grupo. Cuando subí por las viejas escaleras de madera que crujían a cada uno de mis pasos, sentí cómo el pulso de mi corazón se aceleraba. Incluso llegué a sudar. Me notaba bastante nervioso. Sería media tarde y por las ropas que vestía así como por el temprano crepúsculo que se aproximaba sobre el horizonte que formaba el contorno de los tejados, deduje que el otoño debería encontrarse ya avanzado en su estación. ¡Ah, el viejo París,

escenario de la viva historia de un país y testigo silencioso de la mayor revolución que contemplaran los tiempos!

Mi máximo nivel de tensión lo alcancé cuando golpeé con mis nudillos la puerta de aquella vivienda a la que me habían dicho que llamara. Transcurrieron unos segundos de gran expectación. El momento cumbre se presentaba y por dentro percibía una extraña sensación: era como si me fueran a «bautizar» por segunda vez, pero en este caso, sumergiéndome en las prístinas aguas de la Verdad.

Cuando escuché el giro de la llave, fue ver el rostro alegre e iluminado de Alice para que mi ansiedad acumulada se disipara. Me miró con una ternura increíble, con una sonrisa acogedora en la expresión de sus labios y a continuación, tras pronunciar un emotivo «bienvenido», me invitó a traspasar el umbral de aquel mágico piso y me estrechó entre sus brazos como una buena madre haría con su hijo más querido. Merced a su apoyo, me di cuenta de que procuraba por todos los medios facilitar cuanto antes mi acogida entre aquellas personas a las que iba a contemplar por primera vez en mi vida.

—Adelante, mi buen Philippe, tranquilo. Aquí la timidez sobra, pues entre criaturas de buenas intenciones, ella se desvanece. Siéntete como en tu propia casa y en el mejor de los ambientes, es decir, entre amigos de verdad. Por favor, acompáñame al salón y así te presentaré a los otros invitados. Hoy es un día importante para ti pero también para nosotros.

La gruesa moqueta de color granate que cubría el suelo amortiguaba el ruido de mis pisadas y tras andar unos metros de forma recta por un pasillo iluminado tenuemente, me encontré con una habitación rectangular. Lo primero en lo que me fijé fue en la existencia al fondo de un robusto mueble biblioteca poblado de libros. Frente a él, había una mesa de madera maciza de color caoba oscuro y que debía llevar en aquel lugar años y años, cuando no decenios. Estaba ubicada en el centro geométrico de la amplia estancia y alrededor de ella había seis sillas colocadas estratégicamente, una y otra en la cabecera y las otras cuatro, a razón de dos por cada lado más largo del rectángulo que constituía la mesa. Dos candelabros, cada uno con siete velas, alumbraban de forma equilibrada aquel lugar de modo que todos pudiésemos vernos con nitidez pero al mismo tiempo, proporcionándole al espacio un aspecto de recogimiento, apropiado a la atmósfera que debía presidir tan importante reunión. Estaban situados a ambos extremos de la habitación, cada uno sobre un pequeño mueble con

funciones de repisa sobre el que descansaban. Varios jarrones y pequeñas estatuillas de mármol que probablemente representaban a los dioses griegos más antiguos, adornaban el resto de la sala. El complemento perfecto lo componía un gran espejo que ubicado en el centro de la pared contraria a la única ventana que existía, permitía reflejar esa serena luz que entre tonos amarillos y anaranjados hacían de aquel salón un sitio de lo más cálido y acogedor. Aquella descripción minuciosa de los objetos inanimados que se formó en mi mente, como deseando memorizar con todo lujo de detalles la fotografía de aquel imborrable decorado, paralizó por unos instantes lo más esencial que debía tener en la cabeza y que no era otra cosa que la atención que debería haber prestado a las personas presentes que me observaban con atención.

—Bien, queridos amigos —dijo Alice—, os presento a nuestro nuevo compañero, Philippe Bruné, con el que estoy segura de que estableceremos fuertes lazos de amistad. Es maestro en la escuela «La Cité» y el mundo de la educación y la entrega por sus alumnos son sus ideales, además del Espiritismo, claro.

Todos se echaron de pronto a reír ante el improvisado e ingenioso comentario de madame Leclerc, que perseguía a través del humor y con su habitual agudeza que el grupo se relajara ante la llegada de un extraño miembro y al tiempo, que yo me sintiera más arropado entre aquella gente desconocida. Los allí presentes permanecieron callados, probablemente aguardando unas breves palabras por mi parte...

—Encantado de conocerles y es un gran placer para mí estar hoy aquí —expresé con titubeos en mi voz—, mientras agachaba ligeramente mi cabeza en señal de respeto.

—Muy bien, joven —agregó mi mentora—. Te presento a Monsieur Guenon. Pierre es profesor de literatura francesa en la Sorbonne y al igual que tú, desde que conoció el Espiritismo, se convirtió en un estudioso del mismo.

—Enchanté, Monsieur —acerté a decir mientras apretaba su mano derecha.

—Y este es Monsieur Badou, inspector de Policía en la prefectura de París. René también es espiritista. Ya verás que entre los componentes de las fuerzas de la ley encontrarás seguidores de nuestra doctrina filosófica. En su caso, la condición de médium de su esposa tuvo mucho que ver con ese interés por el mundo de los espíritus.

—Enchanté, Monsieur —expresé con cierto asombro—, pues no dejaba de sorprenderme que un servidor del orden estuviera allí mismo, en aquel piso de «La Cité».

—Y por supuesto, ella es su mujer, Constance, una grandísima «sensitiva» de potentes facultades que desde el principio se dignó a colaborar con nosotros.

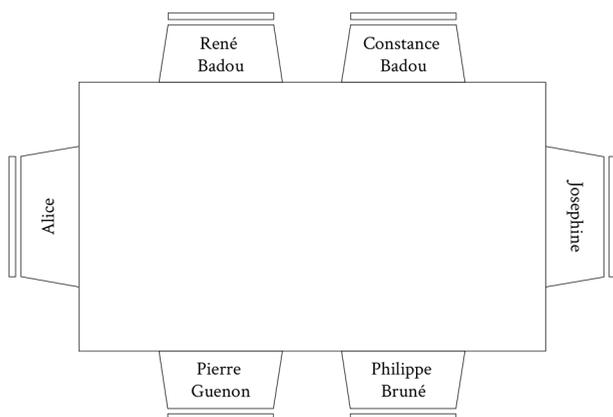
—Enchanté, madame —respondí mientras levantaba su mano en gesto respetuoso.

—Por último, amigo Bruné, te voy a presentar a nuestro miembro más reciente y que se ha incorporado al grupo no hace mucho. Es la persona más joven de todas, acaba de cumplir los dieciocho años y es una portentosa médium que nos va a ayudar muchísimo en el futuro. Estoy convencida de ello. Por cierto y para tu información, es la sobrina de René y de Constance. Ella es madeimoselle Josephine Badou.

—Enchanté, madeimoselle. Es un placer para mí conocerla.

Justo en aquel momento, cuando yo levantaba ligeramente su mano a modo de presentación, ella esbozó una leve sonrisa que se acompasó con su tez blanquecina y con unos ojos celestes que se asemejaban a los inconfundibles amaneceres del verano. Su inesperado ademán me pareció tan simpático y afectuoso que también me sonreí y entonces, de pronto, Josephine bajó la mirada, se puso colorada como un tomate en su esplendor y se aprestó a retirar sus dedos de los míos.

Sin más preámbulos, Alice me indicó dónde debía sentarme. Una vez todos acomodados, la distribución de los asistentes fue la que sigue: en la cabecera, presidía la reunión madame Leclerc, a su izquierda, se ubicó el inspector René Badou, a la izquierda de este, su esposa Constance. En el otro extremo de la mesa se sentó Josephine, sobrina de los anteriores y situada justo enfrente de Alice, luego yo y por último, a la derecha de mi mentora, se dispuso el profesor Pierre Guenon de la universidad de la Sorbonne. Así quedó constituida aquella sugestiva asamblea de personas, la que marcaría un antes y un después en mi existencia.



En aquel momento supremo, Alice procedió a recorrer con sus ojos el rostro de los presentes, como buscando la aquiescencia de todos los miembros antes de comenzar. Yo ya había sido advertido por ella en los días previos de lo que implicaba básicamente una reunión espiritista, pero no podía disimular que los latidos de mi corazón traspasaban mis vestimentas hasta perderse en un sordo eco. Y es que era mi primera vez; incluso habiendo estudiado la materia, aquello me impresionaba. A mí me dirigió una sonrisa que agradecí sobremanera por mi condición de novato en aquellos asuntos. Viera lo que viera y escuchara lo que escuchara, la buena de mi preceptora me había aconsejado que me dejara llevar por mi intuición y que en todo caso, permaneciera en calma y muy atento, a fin de no perder el discurso de lo que allí sucediera. Con mi pensamiento bullendo como el agua que empieza a hervir, Alice tomó la palabra:

—Como siempre y al principio, nos cogemos de las manos y nos concentramos para orar desde el corazón hacia nuestro Creador, Aquel que nos dio la vida y sin el cual, todo esto carecería de sentido. Te pedimos, Padre, que nos ayudes en el duro camino de evolución que aún nos resta por recorrer, que acumulemos los suficientes méritos para recibir tus bendiciones y que esta tarde, con tu consentimiento, podamos auxiliar desde la humildad a los espíritus que se puedan manifestar en esta reunión. Muchas gracias. Asimismo, pedimos a los nobles espíritus que haya en esta casa que nos protejan y nos den la inspiración necesaria para aprender en nuestro trayecto de progreso hacia el conocimiento y el amor

a nuestros semejantes. Ahora, Laurent, nuestro mentor y guía, autorizará la entrada del primer espíritu que desee participar en esta digna asamblea.

Debió transcurrir un breve lapso de algo menos de un minuto que a mí se me hizo eterno. De repente, observé a madame Badou, la cual se situaba justamente enfrente de mí, como si su torso se estuviera revolviendo. A los pocos segundos cesó en ese movimiento y empezó a balancear su cuerpo sobre la silla, de izquierda a derecha y viceversa, como si imitara el movimiento de alguien que camina dando tumbos. Estaba claro que la presencia de aquella entidad cuya entrada había permitido Laurent, aunque yo no pudiera notarla, era un hecho, encontrándose allí junto a la médium Constance, a poco más de un metro de mi silueta. La tenue luz de las velas y la atmósfera que empezó a respirarse me recordaba al olor de las viejas tabernas de La Cité, donde la peste a vino mezclada con el aliento humano, se hacía en muchos casos casi insoportable.

La esposa de René empezó a tomar aire de una forma muy extraña, como si le costara un enorme trabajo inspirar y espirar. Me pareció un fenómeno cuando menos agobiante porque por momentos, me daba la sensación de que aquella mujer se iba a ahogar de un instante a otro. Cuando más tensionado me hallaba, escuché cómo las primeras palabras salían de boca de la médium, por lo que todo mi interés se puso en concentrarme en el significado de aquellas expresiones.

—Aaagghhh... Aaagghhh... —manifestó con tremendas dificultades y jadeante aquella enigmática presencia—. ¡Me ahogo, me ahogo! ¡Apia-daos de mí, por caridad!

—¿Quién sois? Por favor, decidnos vuestro nombre —preguntó Alice.

—Ah, maldita vieja cotilla... ¿Qué importa ahora eso?

—Creo que es bueno llamar a las personas por su nombre, eso siempre favorece la comunicación —agregó mi mentora.

—No pienso decirte mi nombre, anciana chismosa. Ja, ja, ja... ni yo mismo lo recuerdo. Ha pasado tanto tiempo desde que lo oí por última vez que lo olvidé. ¿A quién le puede extrañar semejante fenómeno? La vida me maltrató tanto que hasta me robaron lo más sagrado que tenía desde que nací en este miserable mundo... ¡Mi identidad! ¡Eh, vieja! Solo puedo decirte mi apodo... por si te interesa... Ahora que me acuerdo yo era conocido por el «Cojo»...

—¿El «Cojo»? —intervino Pierre—. ¿Acaso arrastrabais algún problema en las piernas?

—¿Problema? ¿Qué sabrás tú lo que es un problema? Si hubieras pasado por lo que yo sufrí, entonces usarías otro término para referirte a mi desgracia.

—De acuerdo —asintió Pierre—. Entonces ¿podemos saber qué fue lo que os sucedió?

—La culpa se la atribuyo a ese asesino, al «Picas». Él fue el responsable de mi tragedia, de mi marca terrible en el cuerpo. ¡Desgraciado! Todavía ando buscándole para ajustar cuentas con él, pero, maldita sea, no le encuentro por ninguna parte. El muy cobarde debió huir cuando alguien le comentaría que yo iba tras él para vengarme.

—Y... dinos, «Cojo»... ¿Quién es ese «Picas»? ¿De quién se trata —interrogó René.

—¿Qué quién es el «Picas»? Ja, ja, ja... pero... ¿se puede saber en qué mundo vivís? ¡Qué ignorantes sois! ¡Oh, maldita suerte la mía, venir a dar con gente tan refinada! Espero no lastimar vuestros delicados oídos con mi parloteo. ¡Cómo se nota que no os movéis por los bajos fondos, como yo! Lo leo en vuestra cara, sois de esos que aparentáis buenos modales delante de los demás pero que en el fondo conserváis un corazón turbio, más o menos como el mío o como el de los de mi calaña, ja, ja, ja... ¡Hipócritas! ¿Acaso creíais que podíais engañar al «Cojo»? Tengo bastante experiencia de la vida y un pasado de lo más dilatado como para empezar ahora mismo a hablar y no parar en horas, aunque dudo de que tuvierais la suficiente paciencia para escucharme... con vuestras maneras aburguesadas. ¿Qué queréis que os diga? Agggghhh, ya me habría gustado veros a vosotros enfrentándoos contra el «Picas» y jugando a las cartas. ¡Por Dios, os estoy hablando del mejor jugador de todo París, tenedlo en cuenta! No había taberna, tugurio en el que retarle, salvo que pretendierais quedar en la indignancia o peor aún, deseais perder vuestra vida al no tener con qué pagar la deuda acumulada. ¿Eh? ¿Qué os pasa? Os advierto que puedo interpretar hasta el más mínimo de vuestros gestos... no me gustan nada vuestras muecas. Ah, ya sé...creéis que os estoy exagerando, que soy un fanfarrón que va por ahí alardeando con bravuconadas... Me dais asco, todos los de vuestra naturaleza sois igual de desconfiados. ¡Pues peor para vosotros, panda de ignorantes! Me da igual, me he tomado la molestia de venir hasta aquí para comentaros mi desdichada historia, no para aguantar vuestras insolencias. ¡Condenados incrédulos! Como os decía, las manos del «Picas» eran infinitamente más rápidas que la vista

de sus oponentes. Su astucia no conocía límites y jamás se enfrentaba dos veces al mismo adversario. ¡Qué gran estafador! ¡Ah, por cierto, para que lo sepáis, yo era su socio! Nos ganábamos la vida juntos. Hasta el mismo diablo precisa de colaboradores, ja, ja, ja... Entre trago y trago, echábamos algunas partidas a los naipes y con el dinero recaudado nos íbamos con rameras y seguíamos bebiendo para mantener la diversión. Veréis, la vida es muy corta ¿no? Pues eso, había que disfrutar a cada momento... ¡Eh, tú, niñata, la que estás a mi izquierda...! No me mires así, con esa cara de asombro... Estúpida, si te hubiera cogido a una edad más joven... ibas a saber de las habilidades del «Cojo» en el lecho... ja, ja, ja...

—¿Y qué os sucedió en las piernas, «Cojo»? —intervino Alice distra-
yendo el discurso morboso de aquel espíritu mientras sacaba a Josephine del aprieto.

—¡Callaaa, tú... vieja pecosa, no me interrumpas o la tomaré contigo! Mira que yo no le hago ascos a nadie y menos a una de tu condición, tan bien conservada... ¿Para qué quieres saber tanto de mí? Me imagino que lo tuyo es el chismorreó continuo... porque no entiendo tanta curiosidad con un desconocido. ¡Idiota! Iba a explicarlo y ahora me has hecho pensar de nuevo en aquel maldito día... Una noche, después de una buena borrachera en una de nuestras tascas preferidas, el «Picas» y yo salimos a pasear para que nos diera un poco el aire. Teníamos tanto vino encima que nos fue imposible ponernos de acuerdo acerca de la parte que a mí me correspondía por haberle organizado allí una nueva partida. Con su actitud chulesca me estaba ofendiendo, aunque fuera mi socio. Aquello que parecía una discusión entre verduleras degeneró en un intercambio de insultos. Pillándome por sorpresa, el muy canalla me lanzó un puñetazo a la cara. Como no me iba a quedar quieto, porque yo tenía también mi genio, le devolví su «caricia» con todas mis fuerzas y le derribé. Tal fue el impacto del tortazo que le propiné por sus continuas provocaciones, que de pronto, vi que no se levantaba, permaneciendo inmóvil sobre el pavimento, por lo que consideré que había perdido el conocimiento o que incluso se había golpeado la cabeza contra los adoquines y quizá le hubiera matado. Me acerqué a él para cerciorarme y en el peor de los casos, salir de allí huyendo a toda prisa, no fuera a ser que me «cazaran» con las manos en la masa y me acusaran de asesinato. No me apetecía morir ahorcado en plaza pública con la gente riéndose de mí por mi delito. Me agaché sobre su silueta y cuando menos me lo esperaba, sacó de su

cinturón una navaja que llevaba bien oculta y me la clavó a la altura de la rodilla hasta atravesármela por completo.

—Entonces, se estaba haciendo el muerto para vengarse de vos... — afirmó con seguridad el inspector René.

—Esa fue mi perdición. En efecto, el muy miserable deseaba ajustar cuentas conmigo llevándose la parte del león, por supuesto. ¿Qué mejor para ello que quitarme de circulación? Conociéndole, con lo avisado que era, el muy truhan seguro que tenía organizado aquel incidente. Resultaba innegable que pretendía liquidarme atravesándome la barriga o un pulmón, pero tal vez, debido a la dureza de mi trompada y a que se encontraba medio aturrido tan solo pudo herirme en la pierna.

—¿Pudisteis huir finalmente logrando salvar vuestra vida? —preguntó Pierre.

—Con un dolor insoportable, mi rodilla empezó a manar sangre. Estaba tan enfurecido que el «Picas», en vez de rematarme allí mismo, me contempló tan enojado que esperando un contraataque por mi parte, decidió salir corriendo del escenario de la pelea. Cometió el peor error de su historia, porque a pesar de mi lamentable estado, me juré que le buscaría hasta atravesarle el corazón con un estilete. El muy bandido se fue de allí con todo el dinero, pues la mitad me correspondía por derecho. Dos faltas pendían pues sobre su conciencia: el robo contra su socio y el intento de homicidio sobre mi persona. Permanecí tumbado unos minutos en el suelo evaluando la situación, meditando sobre qué hacer, pero la maldita herida me impedía cavilar con claridad. Finalmente, opté por lo más fácil. Con gran voluntad, sacando fuerzas de flaqueza, me arrastré hacia la esquina más próxima de aquel callejón oscuro. Estaba como loco por pedir ayuda pero a aquella hora y en esa zona, nadie circulaba por aquella área siniestra del viejo París.

Repentinamente, la voz de aquella torturada alma dejó de escucharse. Transcurrió más de un minuto de un angustioso silencio. Pude comprobar a la perfección cómo la cabeza de Constance se hallaba gacha, con su barbilla pegada al pecho. Cuando pensé que el contacto con aquel desgraciado espíritu se había perdido, de pronto su voz volvió a retumbar en la estancia:

—Hmmm... Me siento cansado, dadme un respiro para concluir mi relato... el «Cojo» está viejo y necesita respirar. Contar mis miserias, revivir aquel lamentable episodio, me ha producido un agotamiento en mis

reservas... ¡Aguardad, gente acomodada! No os vayáis aún... Dadme una tregua y recuperaré el habla... Si acaso pudierais ofrecerme un vaso de vino...

—Desde luego, caballero —afirmó Alice—. Seremos comprensivos con vuestro retardo.

—Gracias, anciana, sois pedante en vuestras expresiones pero al menos, paciente en actitud... A pesar de vuestras arrugas, conserváis el signo de la distinción en vuestras facciones. Por eso, ejercéis aquí el mando y los demás os obedecen como vulgares corderitos. Mis respetos, madame, ja, ja, ja... Nunca antes vi a gente tan servil ante esta especie de condesa o lo que sea... aunque me temo que por mucho que se cuide, terminará en un agujero como todos vosotros. ¡Ay, que me muero de la risa, sois todos ridículos, un auténtico esperpento...!

—Un instante, «Cojo» —manifestó René—. Para haberos movido tanto tiempo entre tascas, rameras y callejuelas oscuras, habláis de una forma extraña y que no os corresponde, haciendo uso de expresiones demasiado «elegantes» para vuestra procedencia... Por favor ¿podéis dar respuesta a tan curioso enigma?

—Caramba con la curiosidad del caballero. Como todos los policías, sois repulsivo, Monsieur. Disculpad mi atrevimiento y hasta mi lenguaje, pero sentí en mis posaderas tantas veces las patadas de vuestros compañeros y en mis oídos sus humillaciones que como comprenderéis, no guardo un grato recuerdo de la presencia en la calle de las «fuerzas del orden».

—En todo colectivo, existen personas de todo tipo —argumentó René—, pero no podéis generalizar ni pensar que todos seamos iguales, Monsieur.

—Ya, pues entonces qué mala suerte la mía, caramba, pues siempre fui tratado a puntapiés por vuestros colegas de uniforme. Por cierto, vuelvo al sentido de vuestra pregunta. Ahora, para saciar vuestro figoneo, me obligáis a alterar el ritmo temporal de los acontecimientos. Lo haré por respeto a los otros miembros de esta mesa pero no porque tengáis potestad para mandar sobre mí. Habéis de saber, inspector, que tras este grave incidente con el «Picas» que os he narrado, el que os habla pudo leer una innumerable cantidad de libros mientras ejercía la mendicidad. Ja, ja, ja... Disponía de todo el tiempo del mundo para cultivar mi ingenio. No os sorprendáis. Cosas más raras he visto yo en mi miserable existencia.

¿Qué? ¿Saciado vuestro cotilleo? Sí, sí, mis desconfiados preguntones. Todo tiene su merecida explicación. ¿Acaso pretendéis ejercer sobre mí un interrogatorio con tortura incluida? No lo permitiré. Hablaré porque me apetezca y no por vuestra imposición. Por tanto, os exijo que no volváis a interrumpirme. Ni esto es un juicio ni vosotros sois los fiscales que me acusáis de un delito.

—Está bien, «Cojo» —añadió Alice con mucha calma—. Disculpád nuestro tono, pero debéis comprender que la intención de las preguntas no es otra que la de conocer todos los detalles de vuestro camino y el motivo de por qué estáis aquí.

—Ya. No nos distraigamos en discusiones absurdas. Proseguiré con mis tristes aventuras. Por momentos, aunque sintiéndome débil y mareado por la pérdida de sangre, conseguí incorporarme. Caminé unos metros a saltos con la pierna sana para acercarme a la esquina donde existía una mayor iluminación. Pero no recuerdo más porque debí perder el conocimiento y derrumbarme sobre el suelo.

—Entonces ¿lograsteis contemplar la silueta o el rostro de alguien antes de caer en la inconsciencia? —expuso Pierre.

—He dicho que no, Monsieur. Cuando desperté, quise gritar de horror pero era tanta la sensación de pavor y la furia que me embargaban, que aunque lo intenté, ningún sonido salió de mi garganta. Tuve que abrir y cerrar mis ojos varias veces para cerciorarme de si aquella escena de horror que estaba observando era cierta o si pertenecía a la dimensión de la más negra de mis pesadillas. Por desgracia, no se trataba de un mal sueño sino de la más cruda realidad. Aunque no podía creerlo todavía, había perdido mi pierna derecha de rodilla hacia abajo. Jamás supe quién me la cortó. Sin embargo, he de decir que la operación no fue realizada por un matasanos sino por alguien con conocimientos de medicina, tal vez un doctor o un aspirante a ese cargo, pues la herida había quedado bien sellada y el vendaje era perfecto. Me habían abandonado a las puertas de una casa, no muy lejos del lugar de la pelea y guardaba la sensación de ser un animal tratado con compasión, pero nada más. Incluso me habían dejado una muleta de madera para apoyarme. En una bolsa de cuero de gran tamaño que colgaba de mi cuello, hallé comida suficiente para unas jornadas, como si alguien hubiera proyectado que al menos pudiera sobrevivir al principio sin tener que pedir nada a nadie o simplemente, evitar el verme obligado a robar.

—Increíble —manifestó Alice—. ¡Qué relato más intrigante!

—Todo lo sucedido continuó siendo un misterio imposible de descifrar para una cabeza como la mía, tan afectada por los acontecimientos vividos. Carecía de datos y tampoco me apetecía mucho tener que pensar. No quiero ni hablaros de los dolores insoportables que me asaltaban, y no me refiero solo a los corporales, ni tampoco guardo en la memoria la de días que tuve que soportar aquel padecimiento hasta que superé el suplicio y la aflicción por ser un cojo de verdad para el resto de mis días. Pasaron unas pocas fechas. Una mañana, tres hombres me abordaron y me despertaron en el portal de una casa donde había dormido unas cuantas horas sobre el suelo, aislándome de la humedad con una tupida manta que ahora que recuerdo la tenía echada sobre el cuerpo el mismo día en que volví a la conciencia en la calle tras haber sido operado por una mano anónima.

—¿Podéis asegurar si conocíais a esas personas que os buscaban? —interpeló el inspector René.

—No, ni les conocía ni jamás me había cruzado con ellos ni una sola mirada; aquello me suponía un completo enigma. Sin darme explicaciones y valiéndose de mi confusión, me condujeron a un albergue para mendigos en el que disponía de una cama estrecha e incómoda y de una comida diaria. Al menos, poseía un techo bajo el que cobijarme para resguardarme de la intemperie y en unos segundos, cavilé sobre mi «suerte»: no moriría por inanición. Un alma caritativa de esas que sufragan los hogares de beneficencia en París debió sentir pena de mí, del «Cojo», y al cabo de una semana el encargado de aquella casa me informó que alguien cuyo nombre no podía revelar había mandado hacer una pata de madera realizada a mi medida, lo que me permitiría caminar con menos dificultad y valerme mejor por mí mismo. Supongo que ya os habéis dado cuenta de la razón de mi apelativo. Sin ni siquiera haber cumplido los treinta, por una absurda y traicionera discusión, por culpa de un desgraciado que había ganado un montón de francos gracias a mí, ahora me veía condenado a arrastrarme el resto de mi existencia. Si no quería permanecer allí, en aquel hospedaje, con otra gente de igual o peor catadura que yo, ya conocía mi destino: vagar por las sucias calles de La Cité, vivir de la compasión ajena y dormir en cualquier mísero lugar expuesto a caer enfermo y que las ratas hambrientas me devorasen, las chinches me comieran con sus picaduras o a que algún desaprensivo me arrojara al Sena. Bien, ya

sabéis de mi triste historia mucho más que otros. Además de sobrevivir, he decidido ocupar el resto de mis días en una tarea a la que no renunciaré mientras tenga hálito: vengarme de aquel que me ocasionó la ruina, matar a quien está en el origen de mis calamidades y de mis odios. ¿Qué otra respuesta merecería ese asesino, ese tramposo, ese estafador? Él me sumió en la oscuridad y os juro, ahora que estáis aquí reunidos, que no cejaré en mi empeño por hacer justicia. Siempre se ha dicho que «ojo por ojo y diente por diente» y yo no me voy a salir de ese guion. Si el «Picas» hubiera podido, me habría rematado sin remordimientos en aquella calle oscura. No pudo, pero os aseguro que esa era su intención. Es de derecho que yo intente lavar semejante afrenta. Esa es mi última palabra.

—Monsieur ¿seríais tan amable de explicarnos las circunstancias en la que aprendisteis a leer? —preguntó Pierre—. De veras que considero ese fenómeno como muy importante en vuestra biografía.

—Ah, se me olvidaba citar ese detalle —continuó el «Cojo»—, porque incluso un trayecto de mendicidad como el mío puede deparar alguna sorpresa agradable, quizá la más útil dentro de aquella penuria a la que me vi expuesto. Hace mucho de eso pero hubo una época en la que conocí a un hombre cuando menos leal e íntegro. Se llamaba Martin, alguien más joven que yo y era mendigo por vocación, quiero decir que habiendo podido ganarse el sustento de otra forma, prefería caminar errante y atribulado por las calles. En su época había sido estudiante de literatura, era capaz de recitar de memoria páginas de obras inmortales y componía sus propias poesías. ¡Por Dios, qué personaje más ilustrado! El pobre había estado muy enamorado de una madeimoselle hacía un tiempo y esta, aunque al principio se encontraba con él y le correspondía, finalmente le rechazó y optó por desposarse con un caballero de mayor alcurnia. ¿Entendéis ahora mi desprecio por los de vuestra condición, gente acomodada y sin escrúpulos que no duda en infligir daño al semejante con tal de atender únicamente a sus intereses?

—Monsieur «Cojo» —intervino Alice—. Lamentamos vuestras desgracias y las situaciones por las que tuvisteis que atravesar, pero insistís mucho en atribuirnos una serie de características maliciosas que no son propias ni de nosotros ni de nuestra condición. Habéis de saber que la bondad o la maldad de alguien no reside ni en su origen ni en el oro de sus arcas, ni siquiera en su nivel de adiestramiento, sino en el color de su corazón, que es en última instancia el que dicta el verdadero valor

de cada cual. Y en eso, os aseguro que cada uno de los que moramos en este planeta somos diferentes porque todos somos espíritus que llevamos auestas crónicas que resultan peculiares. Aun así, por respeto a vos y como invitado nuestro, sois libre de pensar como queráis, lo que no significa que estéis acertado en vuestras apreciaciones.

—Maldita vieja chiflada ¿cómo osáis contrariarme con vuestros prejuicios? ¿Habrased visto semejante dislate, el de una perturbada de piel tan blanca que parece un fantasma? ¿Creéis que por ir tan bien vestida vuestros argumentos van a tener más solidez que los míos? ¡Pero qué equivocada estáis, madame! Y vosotros... ¿hasta cuándo vais a obedecer a esta pecosa arrugada que lo único a lo que aspira es a dominaros? Ja, ja, ja... os engañará a vosotros pero a mí no porque soy capaz de leer sus pensamientos. Sabed que se trata de una anciana aburrida y decrepita, cuya aspiración es reírse de todos vosotros a través de sus manejos e intrigas. En fin, haced lo que os convenga, idiotas, pero que conste que os lo advertí... Condesa, o lo que seáis, no tenéis ni idea de lo que a mi amigo Martin le tocó sufrir por culpa de una desdichada que seguramente hubiera tenido un aspecto semejante al vuestro en su vejez. ¿Veis como no erraba? Habláis sin fundamento, porque yo os contaré lo que le sucedió a esa pobre alma que tanto me ayudó al enseñarme a leer.

—Os seguiremos escuchando con atención, a pesar de nuestras desavenencias... —matizó Alice, sin perder la compostura.

—¡Claro, no os queda más remedio! Yo soy el que marca el ritmo de este debate. Para eso estoy aquí. Entended que mi buen amigo, a pesar de los disimulos de aquella arpía, finalmente logró enterarse de los nuevos planes de aquella joven traicionera. Cuando tomó conciencia de su desdicha, no solo abandonó sus estudios, sino que perdió sus ganas de vivir. Un día, carcomido por los recuerdos de su antiguo amor, contempló a los nuevos novios besándose junto a la casa de ella, en una escena que le trajo a su cabeza los recuerdos más íntimos de una relación afectiva que pudo ser y no fue. Abatido ante tal golpe, se volvió completamente fuera de sí y poseído por las fuerzas más oscuras determinó poner fin a sus días, ya que la existencia había perdido todo su sentido para él. Se desplazó corriendo a las afueras de París llevando consigo una cuerda gruesa que utilizaría para despedirse de un mundo tan cruel que le había apuñalado por la espalda con una de las peores decepciones que puedan darse: el desamor. Todo se ejecutó a la perfección y el término de sus

sufrimientos terrenales era cuestión de segundos, pero queda claro que existen fuerzas superiores que pueden alterar el destino de los humanos. Agonizante, con su cara azul y su lengua fuera, un viento extraño arreció por momentos balanceando en el vacío la silueta de Martin. Bastó aquel movimiento para que la rama de la que pendía cediera ante el peso y se quebrara cayendo su cuerpo a tierra. Cuando llegó la noche, mi amigo se despertó y creyó haber viajado a los infiernos, mas al poco de haber recuperado la conciencia se dio cuenta de que seguía en este plano. Conmocionado por lo sucedido, quiso interpretar aquel singular hecho como una señal del destino, como un aviso sobre que su partida de tan infeliz escenario aún no le correspondía. Sin embargo, su fortuna no despejó su tremendo pesar y su sufrimiento atroz. Ya que no había llegado su hora, tomó la decisión de llevar una vida de penurias y sacrificios, moviéndose desde aquel instante entre las callejuelas de la ciudad, vestido con harapos y no deseando ganarse la vida con un trabajo intelectual sino solicitando la caridad ajena, aquella que no había podido lograr de aquella damisela que con sus enredos le había condenado a la miseria y al abandono de sí mismo.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó el profesor Pierre.

—Fue en el albergue. A los pocos meses de mi misteriosa amputación, yo era persona muy indisciplinada y muchas veces no acudía allí ni a comer ni a dormir. Sin embargo, un día que no había conseguido recaudación y acuciado por el hambre, opté por visitar ese comedor social. Me llamó mucho la atención que un indigente que se sentó junto a mi lado se dispusiera a leer unos papeles escritos de su puño y letra. La curiosidad se apoderó de mí y le pregunté que de dónde había salido. Rápidamente trabamos amistad, nos contamos nuestro trágico aunque diferente pasado, pero movidos ambos por la desgracia común decidimos juntarnos como camaradas de «trabajo» e intereses. Su historia de desafecto y la forma poética en la que la narró me conmovió de tal modo que zarandeó mi alma. Aquel hombre joven, atado por propia voluntad a la ruina, se convirtió en mi nuevo socio, pero no de fechorías sino de mera supervivencia, así que le ofrecí mi mano y mi experiencia como persona mayor que él. Martin, aparte de su compañía, me habló de sus intereses y aunque resulte difícil de creer, con su bondad y sus conocimientos, él logró despertar en mí el interés por algo que jamás hubiera imaginado en mis sueños: la atracción por las letras, por sus bellos poemas de amor y

por la lectura de unas novelas que hablaban de la historia del ser humano y de su triste paso por este planeta. Con mucha paciencia de su parte y con mi gran motivación, aumentada por su favorable actitud, se armó de valor y poco a poco me enseñó todo el abecedario, a leer e incluso a escribir algo, aunque esto último con más dificultad. Gracias a su generosidad en tiempo, extrajo de mí algo oculto, cual resultó mi interés por conocer las crónicas que otras personas habían dejado sobre sus vidas y aventuras en miles y miles de páginas. Confieso, a pesar de vuestra incredulidad, que hubo días en los que sacrifiqué un mendrugo de pan por saciar el hambre de mi entendimiento. Por lo demás, el bueno de Martin siempre se las apañaba para regalarme alguna que otra novela comprada en un mercadillo de libros viejos. Poco me importaba que fueran usados o que estuvieran apolillados, porque cuando me tragaba las frases, los diálogos y las descripciones de esas obras, lloraba de emoción y al mismo tiempo me insuflaba fuerzas para seguir de pie. Supongo que tras lo expuesto, habré saciado vuestra sed de indagación.

—Interesante relato, sin duda —aclaró mi mentora—, mas quisiera volver al presente y preguntaros por el motivo de vuestra comparecencia aquí, ante esta asamblea de seis personas que os ha escuchado con suma atención.

—En verdad —contestó el «Cojo»—, pensándolo bien, no sé ni por qué estoy aquí. Os juro que me han obligado a venir, pero yo no quería. Lo que deseo es seguir buscando a ese canalla del «Picas», a ese desgraciado del que he prometido vengarme...

—Por favor —interpeló René—, ¿podéis decirnos qué recuerdos conserváis de los últimos momentos de vuestra vida?

—¿Eh? ¿De veras queréis conocer cómo acabó su triste deambular un desvalido como yo? Es la primera vez que hablo con vosotros pero ya os adelanto que no os agradará escuchar mi trágico relato.

—Tranquilo, «Cojo» —expresó Pierre—, estamos aquí reunidos para oír aquello que deseáis contarnos, por muy lamentable que resulte. Nuestra intención es que os desahoguéis sacando todos esos recuerdos que lleváis dentro.

—Ya veo. Pues entonces, permaneced atentos porque os diré lo que pasó. Fue un invierno durísimo. Cuando no nevaba, el viento gélido arreciaba. Hasta las uñas de mis dedos se me congelaban. Me despertaba en mitad de la noche para frotármelas y luego caía rendido por agota-

miento. Seguro que la dificultad hubiera sido más llevadera en una de esas repugnantes casas de caridad, donde se hacinaban como animales montones de menesterosos a la espera de un mísero bocado o juntándose los unos contra los otros para darse calor. Pero conforme pasaron los años, me hice más rebelde y más independiente; por eso, me juré a mí mismo no retornar a esos sitios tan humillantes, por lo quise buscarme mi sustento sin necesidad de que me lo regalaran como a un miserable impedido. Quizá era eso en lo que me había convertido, pero mi orgullo me impedía reconocerlo de una manera directa y sincera.

—¿Reconocéis por tanto que vuestra vanidad pudo acelerar vuestro fin? —indagó Alice.

—¡Qué más da ahora eso! Mi orgullo no tenía relación con mi condición de mendigo sino que lo hubiera desarrollado aun siendo persona de cómoda posición social. No es un rasgo que dependa de factores externos, simplemente lo tienes o no. Como os decía, no sé exactamente el motivo, pero una mañana me desperté con un dolor terrible en el pecho y con una tos que no me dejaba ni a sol ni a sombra. Mi estado de salud fue empeorando a marchas forzadas, tanto que cada vez me costaba más trabajo respirar. Me notaba más y más fatigado, ya que intentar dormir me resultaba una tortura pues me ahogaba a cada rato. Una madrugada de frío intenso, sufrí un severo ataque de tos. Me horroricé al contemplar en la penumbra cómo algo sólido brotaba de mi boca. Eran como trozos rojos de sangre seca, como si los mismísimos pulmones se hubieran roto en mil pedazos y los estuviera expulsando poco a poco a través de mi garganta. En uno de esos accesos de persistente tos, recuerdo que ya no pude coger más aire. Noté que eran mis últimos segundos de existencia en un escenario de desolación. Era tal mi angustia al percatarme de la gravedad de lo que estaba ocurriendo, que en un intento desesperado por respirar, lancé con todo mi impulso la cabeza hacia atrás, golpeándome con violencia el cráneo contra la pared en la que me apoyaba en una maloliente y oscura calle. Ya no sentía mi cuerpo, ni siquiera la temperatura glacial que tanto me había estado agobiando. Solo recuerdo que perdí el conocimiento. Cuando me desperté, vi a tres hombres junto a mi silueta tumbada boca abajo en el suelo y rodeado de un gran charco de sangre que se había congelado. Dos de ellos me cogieron con poca delicadeza y me arrojaron sin contemplaciones dentro de un pequeño carro. Luego me taparon con una manta para ocultar mi cuerpo. Era yo, sin duda, con mi pata de palo

característica que me distinguía de otros pedigüeños de la zona, aquella con la que había caminado durante años desde la desgraciada pelea con el «Picas». No entendía nada de las escenas que se desarrollaban ante mi vista y que a mi parecer se sucedían a una velocidad vertiginosa. A duras penas pude montarme en ese carro, junto a otro hombre que azuzaba al caballo que tiraba del mismo. Minutos después, salimos de aquella callejuela inmunda con destino desconocido.

—Debió ser terrible para vos —comentó Pierre—. ¿Y podemos saber a qué lugar os condujeron?

—Tardaron un rato en salir de la ciudad. Al poco de abandonar París, aquellos tres extraños a los que no conocía se detuvieron y antes de descender se pusieron en la cara unos pañuelos para tapar sus rostros. Cuando me di cuenta, comprobé que había un gran boquete ante mis sorprendidos ojos. Me asomé con cuidado y lo que vi heló mis pensamientos. Centenares de cadáveres se apilaban unos encima de otros, muchos de ellos congelados, otros roídos por las ratas y los últimos, sencillamente en huesos, en el fondo de lo que constituía una gran fosa común donde lanzaban los despojos de los desheredados, de los seres más desamparados de la gran ciudad, de aquellos que por no tener, no tenían ni dónde caerse muertos. Allí había multitud de restos humanos, siendo los más desagradables aquellos que habían sido casi destruidos por la incesante labor de los roedores y gusanos, los cuales, por fin, habían encontrado el lugar ideal para darse un festín. Pude observar cómo me agarraron con cara de asco y cómo me arrojaron a aquel gigantesco agujero como si fuera un vulgar saco lleno de excrementos del que hay que deshacerse pronto. Al poco, uno de esos desagradables hombres regresó con una pala que estaba llena de un polvo blanco que parecía cal y me espolvoreó por encima como si pretendiera que mi recuerdo de pertenecer al mundo de los vivos se evaporara cuanto antes. Al comprobar cómo esa sustancia afectaba a mi cuerpo inerte, reaccioné con una tremenda sensación de dolor, pero también experimenté un buen presentimiento: la repugnante tos y los vómitos de sangre que se habían convertido en mis acompañantes durante los últimos tiempos habían desaparecido por completo. Me notaba muy débil, pero consideré una gran suerte haber superado aquella crisis de síntomas que tanto daño me provocó. Ese es el recuerdo más reciente que tengo de mi antiguo cuerpo.

—¿Ha transcurrido mucho tiempo desde esa fecha? —preguntó René.

—Hmmm... desde aquella infausta jornada, he perdido la cuenta de los días. Todos son iguales para mí. Pero ¿qué me importa a mí analizar aspectos del calendario? Ya os lo he dicho hasta la saciedad: lo único que me interesa ahora es localizar a ese maldito del «Picas» para poder molerlo a palos y contemplar gustoso su cara de agonía mientras que su hálito se extinga. Ah, lo olvidaba, me proporcionará un placer inmenso revivir también con él la misma escena que me sucedió a mí, en fin, ya sabéis, lo del carro, lo del agujero, lo de la cal... espero que ese gran momento no tarde mucho en llegar.

—Un aspecto que me parece importante, «Cojo» —manifestó Alice—. ¿Os gustaría recobrar la pierna perdida y dejar de sosteneros en esas muletas con las que lleváis arrastrándoos años?

—Pues claro que sí. ¡Vaya pregunta! —expresó con gran emoción en su tono aquel espíritu—. ¿A quién no le gustaría recobrar un miembro perdido, una parte de su cuerpo con la que antes se podía valer? Mirad las llagas que me consumen los sobacos. Han sido tantas las jornadas apoyándome en estas maderas que tengo la piel de mis axilas como ennegrecida, cual si fueran callos de los pies por su continuo rozamiento. Pero ahora que lo decís, vieja pecos, dejadlo. Tengo ya una edad como para no creer en milagros y esa propuesta tan aparatosa solo podría concebirla la mente de un niño inocente. Mirad, condesa, seré pobre y desgraciado, pero no tan imbécil como para dejarme llevar por los engaños.

—Por supuesto, amigo, os comprendo —puntualizó mi mentora—. Sin embargo, lo que vos ignoráis es que yo cuento con muy buenas amistades en París y que mi marido se relacionaba con los mejores médicos de esta ciudad. Mirad, permitidme un comentario: soy amante de las obras de caridad. Esta anciana que aquí contempláis podría recomendaros para una operación en la que os garantizo que saldríais ganando en salud, que quedaríais como un hombre nuevo, curado de la pierna y cómo no, de esos dolores de pecho tan terribles que os asolaron en los últimos instantes de vuestro deambular por la tierra. Ah, por cierto, no debéis preocuparos por el coste. Como cualquier acción benéfica, no os supondrá ningún gasto. Todo eso correría de mi cuenta. Considerad, caballero, que invierto una parte de mi fortuna en actos compasivos hacia las personas más desafortunadas.

—Entiendo, madame, aunque supongo que tan noble conducta la entenderéis para acallar la voz de vuestra conciencia, que seguro que os es-

tará exigiendo el pago de otras deudas que con un mal proceder, sin duda habréis contraído en otra época y con otras personas. Todos esos sujetos acomodados que se dedican a las donaciones y a ayudar al prójimo, en el fondo lo hacen porque esconden en su interior una gran culpa por otros actos monstruosos cometidos en su pasado. Ja, ja, ja... Son ricos pero no tontos, condesa. No desean ir directos y de cabeza al infierno cuando llegue la hora de rendir cuentas... ¿O no? ¿Por qué motivo si no, iban a regalar su dinero pudiendo conservarlo o darlo en herencia a sus hijos o allegados? Ya os he dicho antes que por mi trayectoria, la hipocresía es tal vez uno de los aspectos que más me repugna del ser humano ¡Vaya piedad! Dar de lo que a uno le sobra para quedar bien ante los demás y mantener una reputación social como persona desprendida y caritativa con los más pobres. ¡Ese tipo de individuos me produce auténticas náuseas!

—Bueno, «Cojo» —añadió Alice—, supongamos que sea como decís. Y yo os pregunto. ¿Cuál es el problema con respecto a este asunto? Lo único que debéis tener en cuenta ahora es vuestra curación. ¿Qué os importa que sea por una causa o por otra? ¿Qué más da de dónde provenga la ayuda si lo esencial es recuperar vuestra salud?

—En eso os doy la razón, madame. Ahora me habéis parecido más sincera. He de reconocer que lo de antes lo dije por ese maldito orgullo que me ha consumido desde que me abandonaron a las puertas de un orfanato a los pocos días de nacer. No se enfaden conmigo los aquí presentes. No confundamos los términos: durante mi camino, pude ser un completo desgraciado pero nunca un desagradecido. Cuando la vida te golpea una y otra vez, cuando te hiere de nuevo en cuanto intentas levantarte del lodazal, lo normal es que uno aprenda a desconfiar hasta de su propia sombra. Mirad, madame, no estoy acostumbrado a que me hagan favores. Lo único a lo que me han invitado en mi itinerario por estas calles es a beber en alguna oscura taberna y a que arrojaran en mi cuenco de madera alguna que otra moneda cuando los transeúntes observaban la calamidad de mi situación.

—Soy consciente de vuestras circunstancias, amigo «Cojo» —agregó Alice—. La tragedia se cebó en vos, pero dado vuestro estado actual, creo que llegó la hora de intervenir, de que ese pasado de humillaciones y necesidades se transforme ahora en una coyuntura en la que se os devuelva algo de lo que a menudo os faltó. Solo os pido que con humildad aceptéis la ayuda que se os ofrece.

—Buenas palabras, condesa. Como no tuve padres, o mejor dicho, como jamás pude conocerles, las monjas encargadas del orfanato me bautizaron con el nombre de Alphonse. Solo fui el «Cojo» tras mi deplorable pelea con el «Picas». No quise manifestar mi verdadero nombre ante esta asamblea porque me sentía enrabietado con todo y con todos. Pero ahora, después de completar este largo desahogo, me siento mucho mejor. Quizá necesitaba a alguien en el que descargar o con quien compartir mis abundantes penas. En ese sentido, me noto más receptivo tras haberos confesado a todos mis andanzas por este triste mundo.

—Muy bien, Alphonse —prosiguió madame Leclerc—. Ahora, prestad atención. Como os dije antes, mantengo un amistoso contacto con los más prestigiosos galenos de París. En este sentido, os anticipo que el doctor Giraud os está esperando. En cuanto os vayáis con él, os ingresará en su clínica particular para interveniros de la pierna y vuestra salud quedará totalmente restablecida. Tenéis mi palabra. A Dios gracias, la medicina ha avanzado muchísimo mientras que vos dedicabais todo vuestro tiempo a la búsqueda de una venganza. Ahora, daos la vuelta y mirad a vuestra espalda.

—¿Eh? ¿Quién es aquel caballero de bata blanca tras la puerta? No le conozco.

—Se trata del médico del que os hablé antes. Es amigo personal de mi familia y por tanto, podéis depositar en él la máxima confianza. Si pretendéis curaros de verdad, tendréis que iros con él y cumplir con las instrucciones que os encomiende.

—Hmmm... Me está indicando con su mano derecha que me acerque a su posición y que le acompañe. ¿Qué se supone que debo hacer, madame?

—Pues está claro —agregó en tono enérgico René—. Yo no me lo pensaría mucho. Es vuestra oportunidad, vuestro turno, Monsieur Alphonse. Todos los aquí presentes esperamos que vuestro camino vaya a mejor y para eso debéis empezar por recuperar la salud.

—Me siento inseguro pero escucho una voz dentro de mí que me empuja a seguir las señales de aquel doctor. Está bien, la amabilidad en el gesto de ese hombre me ha convencido. ¡Qué difícil resulta hoy en día cruzarse con gente afable y educada! Aunque me cueste trabajo reconocerlo, he de deciros que poseo una intensa curiosidad por conversar con Monsieur Giraud y hablarle sobre mi dolencia. Dios, debo confesaros que después de toda esta larga charla, me noto reconfortado. Tengo la sen-

sación de que haber acudido a esta casa me ha resultado útil. Entonces, no me demoraré por más tiempo. Me voy. Aunque por desgracia no me halle acostumbrado a actuar de este modo, les doy las gracias a los aquí convocados. ¡Au revoir!

—¡Au revoir! ¡Bonne chance! Nos despedimos de vos como amigos —concluyó aquel intenso diálogo la buena de Alice.

A los pocos segundos, pude percibir cómo los molestos jadeos que acompañaban la presencia de aquel pobre hombre se hacían cada vez más ligeros hasta desaparecer de entre las paredes de aquella habitación. La médium Constance, situada justo enfrente de mí, había reproducido a la perfección no solo los pensamientos de aquel mendigo zarandeado por sus decisiones y por la fuerza del destino, sino que también había calcado con fidelidad los estertores de la muerte que aquella criatura debió sentir los días previos a su salida del plano terrenal.

Me quedé impresionado. Aunque durante la sesión hubiera tenido algo que decir o hubiera sido requerido por aquella torturada alma para comentar algo, no creo que ninguna palabra hubiera salido de mi boca. Reconozco que me costaba creer en lo que había visto pero las evidencias resultaban tan claras que no tenía ninguna duda acerca de la veracidad de lo experimentado a un metro de mi cabeza. Hasta el rictus de madame Badou había ido transformándose conforme el espíritu del «Cojo» se manifestaba a través de ella. Hubo momentos en los que pude sentir que aquella presencia me envolvía con sus expresiones duras, brutales, consiguiendo que me trasladara como un fiel testigo a los tiempos y a las circunstancias tan dramáticas por las que atravesó.

Aquella tarde pude comprobar por mis propios ojos cómo trabajaba un grupo espiritista, la función de sus miembros y cómo se desenvolvía, en este caso, una médium. También entendí el fin de aquella reunión: asistir a aquellas almas perturbadas, las cuales, perdidas entre el amargor de sus recuerdos, vagaban por la otra dimensión enfrascadas entre terribles imágenes evocadoras y marcadas terriblemente por sus obsesiones. Nunca admiré tanto a una persona como Alice. Su maestría en la guía de aquel espíritu tan desgraciado y tan rebelde a la vez, que le había provocado constantemente para hacerle perder los nervios, había podido finalmente con sus bravatas y con su arrogancia. Ella tenía tantos conocimientos y tanta destreza en el manejo y reconducción de aquellas situaciones que me dejó al principio desconcertado y luego, maravillado.

Y cómo no, me acordé muchísimo de Monsieur Rival, sin cuya obra sobre ese mundo tan peculiar como resultaba el más allá, no podría haber comprendido nada de lo sucedido ni hallar su justa explicación.

Transcurrieron unos minutos de calma, como si todos nos estuviéramos recuperando de las fuertes sensaciones vividas, donde tras el relato de los sinsabores narrados por Alphonse precisáramos de un mínimo tiempo para descansar, en especial Constance, sin cuyo concurso no podríamos haber conocido la historia de ese desdichado hombre. Ella parecía agotada, como si realmente llevara aún por dentro la experiencia recorrida por aquel mendigo de tan fuerte carácter. Tras sorber unos tragos de una jarra de agua que había allí, se mostró más calmada y pudo recobrar la normalidad.

No pude determinar el período que transcurrió. Yo permanecía en silencio, meditando sobre lo ocurrido en aquella sala y en torno a la mesa, donde seis personas comprometidas con aquella doctrina filosófica surgida de «Le Livre des Esprits» se sentaban. Cuando todavía no me había repuesto totalmente de la dureza del testimonio aportado por el «Cojo», la sorpresa me empujó a girar mi rostro hacia mi derecha. Una voz como apagada y fina, que sin duda debía pertenecer a una chica adolescente, se dejó escuchar. Ni siquiera pude entender sus primeras palabras. ¡Era Josephine! Sin haberlo notado, ella estaba con sus ojos cerrados y se llevaba compulsivamente su mano izquierda a la espalda como palpándose de forma reiterada una parte a lo largo de su columna buscando no se sabía qué.

—Por favor, seáis quien seáis, queremos oír vuestro testimonio —expresó con firmeza madame Leclerc.

—¿Eh? ¿Cómo decís? Y además ¿por qué estoy aquí? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Por qué me han traído a esta casa tan hermosa? Nunca había contemplado unos muebles tan bellos y... ¡esos candelabros de plata son preciosos! ¡Qué buena luz dan y qué bien vendrían para alumbrar por la noche durante una reunión con mis amigos o para hacer cualquier otra cosa! Este sitio es muy acogedor. Ay, pero no puedo quedarme por mucho tiempo aunque ya me gustaría explorar el resto del hogar. Estoy cansada, pero debo volver a las calles, a las barricadas, nos estamos jugando mucho, luchamos por nuestra supervivencia, por la de nuestros hijos y por la de las próximas generaciones. Y vosotros ¿cómo podéis mantene-

ros tan tranquilos mientras que la población muere ahí fuera dando su sangre por sus ideales?

—¿Luchar? ¿Sangre? —preguntó con asombro René—. ¿Podéis indicarnos a qué escenario os referís, *madeimoselle*?

—Entiendo, disculpad, nobles personas, a mí no me interesa la política pero lo que sí tengo claro es que debo ayudar a los compañeros. No entiendo muy bien sus ideas pero me han dicho que colabore con ellos y que su libertad será mi libertad... Veréis, soy joven, solo tengo dieciséis años y además, debo apoyar a Jacques, mi novio. Es tan bueno conmigo... él pretende seguir estudiando para luego acudir a la universidad pero ahora le es imposible porque también se halla en las barricadas. Se ha visto obligado a dejar durante un período el mundo de los libros y ahora, como él muy bien afirma, ha llegado el momento de poner en práctica los ideales de la Revolución.

—¿Revolución? —comentó Pierre—. ¿Sabéis por casualidad en qué año os encontráis?

—Pues claro que sí. Me asombra vuestra ignorancia. Perdón, esto lo digo con el mayor de los respetos que se debe a gente tan distinguida como ustedes. Estamos en el glorioso año de 1848 y todos luchamos por mejorar o al menos eso es lo que manifiestan los participantes. Mis colegas dicen que la historia tendrá un antes y un después una vez que finalicen estos graves hechos por los que pasamos. Yo... veréis, es que he vivido ya muchas necesidades desde pequeña. Por ejemplo, quería aprender a leer desde niña pero no podía ni tampoco disponía de tiempo. ¡Siempre me han atraído los libros! ¡Quisiera saber tantas cosas... para no ser una analfabeta como la mayoría de mis amistades! Pero, qué casualidad, mirad por dónde mis sueños se cumplieron. ¿Queréis saber el motivo? Es muy fácil. Fue conocer a Jacques y mi vida cambió. Por nuestro amor, yo me sentí más segura. Me prometió que si seguía con él, yo aprendería a leer. Y es que es tan bueno, tan romántico... que al final no faltó a su compromiso y me enseñó. Siempre le estaré eternamente agradecida.

—Por favor, *madeimoselle* —dijo Alice—, todavía no conocemos vuestro nombre. ¿Podrías indicárnoslo?

—Sí, desde luego, estaré encantada. Soy Anne, la rubia. Veréis, desde que nací siempre tuve el pelo muy amarillo y brillante. Ese es el motivo de que me pusieran este apodo que no me molesta en absoluto, porque es tan cierto como que vamos a ganar esta batalla contra los poderosos.

—Anne, por favor —comentó el inspector René—, ¿cuál es vuestro papel en todo este escenario de luchas?

—Pues básicamente, ayudar, me han encargado que provea de agua y alimentos a todos los hombres que se hayan movilizados por las calles cercanas. Lo hago asimismo con sumo gusto porque Jacques se encuentra muy implicado en esta contienda. Yo le soy muy fiel porque él se merece lo mejor de mí pero también por solidaridad con sus buenos compañeros. Muchos de estos han muerto bajo las balas de los soldados. ¿Sabéis? Ellos se merecen un respeto pues se juegan algo muy importante. ¡Qué menos que asistirles en estos momentos tan duros con mi apoyo! Han dado su vida por la Revolución y pienso que los que aún se hallan vivos deben homenajear a los caídos a través de su sacrificio y de continuar con los combates. ¿Eh? Un momento... ¿Habéis oído? Es el sonido de una explosión tremenda, ha sido cerca de aquí... esos malditos represores han pasado ya a utilizar la artillería. Dios mío, las cosas se están complicando... ¿cómo responder a un arma tan devastadora solo con piedras y fusiles? Hemos arrancado miles de adoquines de las calles para construir murallas defensivas pero ese ruido infernal me ha hecho temblar de miedo... Ya me lo avisó mi novio: si no podían con nosotros a tiros, no dudarían en emplear la fuerza de los cañonazos, aquí mismo, en el centro de París... Tendré que marcharme para auxiliar a los heridos y distribuir más comida entre los revolucionarios... ¡Dios mío, dame fuerzas, solo soy una chiquilla!

—Un instante, Anne, os lo ruego —añadió madame Leclerc—. ¿Sois consciente de que lo que nos estáis contando con tanta vehemencia ocurrió aquí hace algo más de diez años?

—¿Cómo decís, noble dama? Perdonad mi atrevimiento, pero creo que os halláis confundida. Yo acabo de venir de la calle y os puedo asegurar que los encontronazos entre los revolucionarios y la policía, esta última ayudada por el ejército, continúan. Además, es difícil y peligroso caminar por esta zona. Si soy franca, os aconsejo que mientras podáis, no salgáis de este piso, que no os expongáis a la amenaza que se cierne sobre la ciudad y cuyo color tiene el tinte rojo de la tragedia. Ya os imaginareis que esto último lo he dicho por la cantidad elevada e insufrible de sangre inocente que hay derramada por el pavimento. Podrían heriros a cualquiera de vosotros. Os confesaré algo: hay tanto olor a pólvora y a podredumbre, a carne abrasada, que solo se puede respirar un poco de aire limpio junto al Sena. Por el resto de los barrios solo aspiraréis el

hedor de múltiples cadáveres, caídos ante la maldad aplastante del enemigo, ese que desafía al corazón de los buenos hombres con sus ganas de imponer sus privilegios ancestrales. ¡Aaagghhh! Hasta yo misma huelo mal, debéis disculparme por este sudor pero me hallo tan enfrascada en mis tareas que no recuerdo la fecha en la que pude lavarme por última vez... todo sea por la defensa de nuestros ideales.

—Anne —comentó René—, me gustaría que me respondierais a una pregunta esencial.

—Sí, con mucho gusto, Monsieur. Aunque seáis policía, no me importará contestaros. Mirad, sé que existen muchos miembros de las fuerzas del orden que en el fondo están con nosotros y con nuestra noble causa, pero que deben obedecer órdenes superiores si no quieren ellos mismos ser pasados por las armas. Incluso algunos se han atrevido a enrolarse en nuestras filas porque reconocían la justicia de nuestros argumentos, pero la cuestión ha resultado de tal gravedad que sabemos que se ha dado la orden de fusilar de inmediato a los desertores, sin juicio previo y sin capacidad de defensa. Eso es terrible pero al mismo tiempo, demuestra que la situación se halla desbordada y que los que mandan nos temen. De no ser así, no actuarían con semejante saña y crueldad con sus propios ciudadanos. Nos han llegado rumores de que en el ejército podría estar ocurriendo algo similar entre la tropa. ¿Os dais cuenta de la magnitud de la catástrofe? ¿Cuántos hermanos más tendrán que morir en defensa de la Revolución para que los de arriba recapaciten y se atengan a negociar? Pero perdone, os he distraído con mis cálculos. Adelante con vuestra pregunta, caballero.

—Gracias, madeimoselle. Tan solo pretendía interrogaros acerca de vuestra nerviosa actitud. En concreto... ¿por qué os tocáis de manera continuada la espalda con vuestra mano? ¿Se debe a alguna razón en particular?

—Ah, sí. No os inquietéis, os lo explicaré. Creo que se trata de la ansiedad por lo vivido. Es que me duele mucho, aquí justamente, junto a la columna. Veréis, Monsieur, el otro día estaba repartiendo munición entre los compañeros. Algunos hombres habían logrado sustraer varios fusiles de un edificio oficial muy cercano con el fin de alargar los combates por el barrio y resistir los embates de las fuerzas represoras. En esos momentos, recuerdo que estaba anocheciendo. Varios soldados nos disparaban desde la plaza para despejar el área donde nos encontrábamos atrincherados.

Hubo un compañero que me hizo unas señas, como queriéndome indicar algo, pero entre el fragor de la lucha no entendía lo que quería decirme. De pronto, se lanzó sobre mí y consiguió empujarme hacia el suelo para que estuviera a cubierto. Ese joven se enfadó mucho conmigo y me zarandeó por los hombros mientras que me hablaba a gritos para comentarme que no podía permanecer tanto tiempo de pie junto a las barricadas porque me exponía a ser un blanco fácil para los soldados. Justo cuando se abalanzaba sobre mi silueta, escuché el sonido de un potente disparo y noté como un pinchazo por mi espalda. Fue una sensación extrañísima, era como si algo me hubiera agujereado la carne y luego me hubiera traspasado el cuerpo. Estoy segura de que debieron herirme, aunque no de gravedad. Si no, no estaría hablando con ustedes ¿verdad? Me mareé. Jacques, que estaba bastante cerca y que había presenciado la escena, acudió raudo junto a mí y me agarró. Con la ayuda de uno de sus amigos me llevó a un lugar seguro, dentro de una casa próxima donde estaría a salvo del fuego cruzado. Él no se separaba de mí ni por un segundo. Había gente a mi alrededor que lloraba, supongo que por la violencia de los combates. Muchos admiraban mi valor por lo joven que era y eso me elevaba el ánimo y las ganas para aguantar mis sufrimientos. Se emocionaban conmigo por mis deseos de retornar pronto a las barricadas y proseguir así con mi labor de apoyo a los compañeros. Ya de noche cerrada, milagrosamente me recuperé, me sentí mejor y me levanté del camastro donde me habían tendido para que reposara. Al poco, con nuevo arrojo, me sumé otra vez a la calle. No podía ni debía descansar pues mi compromiso se mantenía firme. ¡Disculpadme! Ahora que he comprobado que los aquí reunidos sois personas de noble carácter y que os habéis interesado sinceramente por mis sentimientos, yo también tengo una pregunta para los presentes, si me lo permitís, claro.

—Adelante, madeimoselle —intervino el profesor Pierre—. Intentaremos ayudaros en lo que podamos aclararos, dulce Anne.

—Oh, merci Monsieur. Mi cuestión es la siguiente: estoy muy preocupada porque llevo unos días buscando a Jacques por todas partes y no le encuentro. He preguntado a muchos de sus antiguos compañeros, a amigos que le conocían y sin embargo, nadie me da respuesta. Sufro mucho por ello porque conforme transcurren las jornadas me siento cada vez más desorientada y no alcanzo a entender cómo es posible que no haya tenido noticias de él. Dios mío, con lo que nos queríamos... ¿Habrás

caído mi pobre novio en los combates y todo el mundo me lo oculta para que yo no me angustie? La ansiedad me corroe por dentro y sea lo que sea, quiero saber la verdad, aunque la noticia de su muerte me rompa el corazón en mil pedazos.

—Joven Anne —expuso René—. Prestad atención porque os diré algo sumamente importante. No podéis verle ni hablar con él porque todos estos sucesos y circunstancias que nos habéis relatado ocurrieron hace mucho tiempo. ¿No sois consciente de que os halláis atrapada en la intensidad de vuestros recuerdos, chiquilla? Debéis centraros en el presente.

—Monsieur, disculpadme, pero no entiendo muy bien lo que decís... ¡Oh, ahora que me fijo, qué hermoso libro hay sobre la mesa! Amo leer, ya os lo dije antes. Me encanta empaparme de bellas historias, de cuentos, leyendas, de las luchas mantenidas por los personajes novelescos... ¿Me dais permiso para hojearlo?

—Por supuesto que sí, querida amiga —confirmó Alice.

Mis ojos se salieron de sus órbitas cuando vi cómo el libro se abría solo y muchas de sus páginas se movían con lentitud, como si alguien invisible estuviera estudiando su contenido. El espíritu de esa chica que hablaba a través de Josephine estaba realmente examinando aquel ejemplar tal y como ella misma lo había solicitado, aunque evidentemente yo no veía ninguna mano ni a nadie que realizara tal operación.

—¿Es quizá un tratado de metafísica? —comentó de nuevo Anne—. Debe ser interesante su argumento, qué emocionante... Veamos... pero un momento, aquí hay algo que no encaja, debe tratarse de un grave error de impresión. Aquí dice... «publicado en París en 1857»...

—Mirad, madeimoselle Anne —contestó mi mentora—, se trata de una de las primeras ediciones de «Le Livre des Esprits», aunque con posterioridad hubo de lanzarse más ediciones dada la gran demanda existente entre los lectores.

—Pero, pero... insisto... yo he leído muchas obras pero ¿desde cuándo se editan libros con fechas del futuro? Si estamos en 1848... No tiene lógica. ¿Es que las editoriales han variado su forma de vender? No lo entiendo. ¡Ay, nobles personas! Mirad qué curioso, he encontrado en esta página una pregunta marcada con el número 163. Es sublime, parece un ejemplar escrito para la formación de los jóvenes pues se halla estructurado con preguntas y sus correspondientes respuestas. Veamos, dice así: «¿El alma, al abandonar el cuerpo, tiene inmediatamente conciencia

de sí misma? Y la respuesta es como sigue: conciencia inmediata no es la palabra, pues por algún tiempo está turbada». Caramba, he dado con un capítulo que habla sobre los muertos y la cuestión del más allá. Tiene gracia, pero yo sí que me siento turbada al recorrer las calles estrechas del viejo París, donde solía citarme con Jacques y no ser capaz de encontrarle. Me resulta todo tan confuso. Por favor, os ruego que me ayudéis. Quizás entre todos me resulte más fácil dar con su paradero.

—Querida joven —prosiguió Alice—. ¿Estaríais dispuesta a creernos si os dijéramos que esa bala perdida cuyo sonido escuchasteis al ser disparada acabó con vuestra vida hace más de diez años? ¿Estaríais dispuesta a admitir que en verdad no os levantasteis de ese camastro donde agonizabais como consecuencia de la herida que atravesó vuestra espalda? ¿Estaríais dispuesta a aceptar que lleváis presa de una pesadilla que os consume desde hace mucho tiempo como si fuera real? Dulce Anne, todo posee una explicación en la existencia. Vuestra loable obsesión por seguir ayudando a vuestros compañeros de insurrección ha acabado por ataros a un escenario que ha sido sobrepasado por el correr de las estaciones. Por favor, os lo ruego. Realizad a solas un ejercicio de sinceridad que os permita encarar mejor vuestra situación actual, vuestro presente. Contad con nuestra asistencia para lo que preciséis en dicho análisis.

—Noble dama. Con todos mis respetos, pienso que no entendéis la gravedad de la coyuntura. He de continuar apoyando a estos luchadores porque desean romper con abusos de siglos y siglos de indignidad y oprobio, porque suspiran por trabajar menos horas al día y descansar más pero solo para recuperar fuerzas, porque aspiran a no ser meros esclavos de sus patronos, esos que les pagan sus sacrificios con un sueldo de auténtica miseria, porque anhelan entregar a sus hijos algo más que una patata podrida o un mendrugo negro de pan más duro que las piedras, porque cuando regresan a sus hogares aguardan para lavar sus manos «adornadas» de callos endurecidos y así compartir la mesa con su familia con dignidad y no poseen ni siquiera agua con la que asearse... Podría seguir y seguir hablando horas y más horas... No penséis que me invento nada sino que lo he comprobado con mis tristes ojos cada vez que me cruzaba con una de sus perdidas miradas, detrás de las que se escondía la esperanza por un mañana mejor... Recapitulando, distinguidos señores, eso sí que es lo realmente importante, la movilización, la lucha por obtener la consecución de unos ideales... Noble asamblea ¿dónde se ocultaron

nuestros sagrados principios, los de la libertad, la igualdad y la fraternidad, aquellos por los que derramamos tanta sangre, esos por los que el mundo contuvo su aliento al mirar a Francia? ¿Los escondieron bajo las alfombras o simplemente los lanzaron al Sena para que se ahogaran entre la palabrería de los poderosos? Perdonad mi vehemencia, lo digo porque así lo siento, aunque debo reconocer la confusión que me produce la desaparición de mi Jacques. Sin él, sin su presencia protectora, esta batalla no será la misma para mí...

—En fin, Anne —aclaró madame Leclerc—, parece claro que nuestros argumentos no son lo suficientemente convincentes para vuestra razón. Esto no es un fenómeno nuevo para nosotros. Estamos acostumbrados a este tipo de «resistencias» y lo comprendemos. Sin embargo, todavía existe una esperanza para vos, mi buena muchacha. Si no os importa, mirad hacia vuestra espalda porque una señora de afectuoso semblante lleva unos minutos reclamando vuestra atención, aunque no os habéis percatado de su llamada por la encendida pasión que ponéis en vuestros discursos.

—¿Queréis decir que me dé la vuelta? ¿Cómo es eso? Pero... pero... ¡No es posible! ¡Madre! ¿Qué hacéis aquí en medio de una coyuntura tan grave? Esto es una auténtica locura... ¿No veis que corréis un serio peligro? Pero un momento, esto no puede ser... si vos fallecisteis contando yo solo once años... Lamenté tanto perderos... ¡Erais mi guía y mi sustento! Os lo suplico, permitidme abrazaros como vuestra niña que soy...

Tras unos segundos de parálisis, lágrimas de emoción se dejaron ver por el rostro de Josephine así como una serie de suspiros intensos e irregulares que añadían dramatismo a aquella tremenda escena de la que estaba siendo testigo. Realmente, estaba observando algo muy especial. Se trataba del reencuentro, un lustro después, de una madre con su hija. Aquella había venido a rescatar a esta de la zona confusa de sombras en la que se había instalado la joven Anne, tras haber perdido su vida física en los hechos violentos que acontecieron durante la gran revolución de 1848 en París, muy cerca de la casa donde en esos momentos nos hallábamos reunidas seis personas espiritistas.

—¡Dios mío! —me dije con emoción—, esa pobre criatura que vivía su adolescencia como si fuera una completa adulta y que estaba dispuesta a entregar todo por defender unos ideales, llevaba más de un decenio buscando a su novio y ligada a unos graves sucesos históricos en los que

había muerto al ser alcanzada por una de tantas balas perdidas que se dispararon en aquella cruel batalla por la libertad.

No podía dejar de contemplar ensimismado el bellissimo rostro blanquecino de Josephine, situada a mi derecha y que reflejaba a las claras la profunda emoción por la que estaba atravesando el alma de Anne.

—Gracias, gracias —acertó a decir la joven con palabras entrecortadas—. No sé quiénes sois ni os conozco, pero si habéis colaborado para que yo me haya encontrado con mi mamá, tan solo os deseo que vayáis con Dios. Si supierais el trauma tan horrible que supuso para mí el haberla perdido a tan poca edad... cuando más requería de sus sabios consejos. Y ahora, cuando menos lo esperaba, ella acude aquí, a esta bella casa y me descubre en mitad de una situación tan caótica para mí... Me siento como una huérfana a la que le hubieran brindado una segunda oportunidad de recuperar al ser que la llevó en su seno. Noto una increíble fuerza en mis adentros que me empuja a partir con ella. He escuchado una voz que me ha susurrado que su amor me liberaría de tantas confusiones y aclararía mi presente. Adiós a todos. Mis bendiciones para los componentes de esta noble asamblea. ¡Mamá, aguarda... dame tu mano, yo te sigo!

Aquella voz fina y agradecida de la chica se fue apagando como la llama de una vela consumida hasta desaparecer. Nos quedamos a solas con el silencio. Por fin, Josephine dejó de palpase compulsivamente su espalda como si fuera aquella joven que no cesaba en su empeño por localizar el lugar junto a su columna por el que le había penetrado aquel disparo mortal de necesidad. Incluso a mí se me había erizado el pelo a lo largo del testimonio aportado por Anne. Y eso que yo, en aquella época de su vibrante relato, era solo un adolescente que contó con la inmensa suerte de poder refugiarse del tumulto ocasionado en la casa de campo de mis tíos, por lo que mis recuerdos de aquellos trágicos hechos en los que tanta sangre se derramó eran lejanos. Baste con decir que tomé conciencia de la dimensión de lo sucedido cuando regresé con mis padres a París y pude observar con mis propios ojos los tremendos destrozos ocasionados en la ciudad como consecuencia de la revuelta.

Curiosamente, mi memoria había sido refrescada por la apasionada crónica expuesta por la voz de la «rubia». Siendo yo un chaval un poco más joven que ella, me alegré enormemente por no haber participado en unos incidentes tan violentos. ¡Quién sabe! Probablemente, la sabia decisión de mis padres de sacarme de la ciudad durante aquellas fechas

pudo salvarme la vida para comprobar, años después, cómo otras criaturas como Anne, permanecieron entre las barricadas incluso mucho tiempo después de haber finalizado aquel episodio grabado en la historia de nuestra nación. Contemplando lo sucedido desde la perspectiva que te aporta el paso de los años, me preguntaba en aquel piso de «La Cité» si realmente tanta lucha, tanto sufrimiento, habían merecido la pena. Bien era cierto que el rey Luis Felipe se había marchado para evitar un mayor baño de sangre pero no parecía que Francia ni la vida de sus habitantes hubieran mejorado mucho con el mandato del actual emperador Napoleón III.

De nuevo, bajo la tenue luz de las velas, me olvidé de tamañas reflexiones y regresé a la realidad de la habitación. Después de lo acontecido, ignoraba qué otro espíritu pretendería hacernos partícipe de su accidentado pasado en aquella reunión formada por Alice, René, Constance, Pierre, Josephine y yo. Por mi cabeza desfilaron como un suave eco las palabras de Jesús cuando explicaba que «no eran los sanos los que precisaban de médico sino los enfermos». Cavilando sobre el sentimiento que me inspiraba aquella conocida expresión del Maestro, mi sorpresa resultó mayúscula cuando a mi izquierda y sin esperarlo, noté una voz de marcado acento masculino proveniente en este caso de la garganta de Alice. Me impresionaba comprobar cómo el dulce rostro de mi mentora era capaz de servir de intérprete a aquel sonido tan grave y resonante. Jamás hubiera podido imaginar aquel fenómeno que centraba mi atención, pero lo cierto es que estaba desarrollándose allí mismo, delante de mis narices. Con voz ronca y denotando seguridad, aquella extraña presencia se presentó:

—No temáis. Soy Cédric, uno de los numerosos espíritus que por voluntad de lo Alto se dedica a recoger a todas estas almas que presas de la turbación, todavía persisten en moverse por el plano material cuando resulta que la extinción de su organismo les ha hecho cruzar el Rubicón de sus vidas. Ahora pertenecen a la verdadera patria del hombre, aquella a la que vosotros y como gracia del Creador, algún día volveréis. Os felicito por vuestro meritorio trabajo. No sabéis el alcance tan estimable de vuestra labor. No decaigáis en vuestro empeño. Perseverad en el esfuerzo porque estáis abonando la linda planta que un día donará las flores más preciosas a los ojos de todos aquellos a quienes ayudáis. Sabed que hemos enviado entre vosotros y porque así estaba previsto, a un hombre esen-

cial y que no es otro que el profesor Rivail, o Kardec como también es conocido. Él va a seguir trabajando duro para completar una doctrina que habrá de ser luz entre los pueblos, fuego que aminore y disipe el frío de la ignorancia, guía segura para los perdidos entre las tinieblas de la confusión. Llegarán los tiempos en los que el escepticismo se irá derritiendo como la cera ante la potente llama de las velas del conocimiento. En unos años, el mundo conocerá a través del instrumento de la razón, el porqué de las manifestaciones de los espíritus y el para qué de sus testimonios. Hemos venido a alumbrar, no a confundir, hemos acudido a vosotros porque resultaba preciso salir de la cueva tenebrosa que tanto sufrimiento infligía al hombre. Hemos venido a todos y especialmente a los que nos escucháis, para haceros entender por el mecanismo de la lógica cuál es el verdadero objeto de la vida humana y qué ocurre tras la desaparición de ese cuerpo que os acompaña y que para algunos de vosotros, es más una carga que una ayuda. Pero no dudéis, sabed que vuestro destino definitivo es estar aquí junto a nosotros, aunque para ello tengáis una larga carrera de esfuerzos por delante. Permanecéis por un número de años en una situación de exilio, pero para aquel que aprovecha las oportunidades que su destino le brinda, el regreso a la morada espiritual constituye un momento esplendoroso, brillante, emotivo. «¡Misión cumplida!», exclamamos nosotros cuando un alma de esa guisa retorna al hogar, es decir, a la casa de los espíritus. Seguid pues con vuestros pasos, poco a poco, pues resulta más efectivo caminar con decisión y regularidad cada día que pretender agotar vuestras fuerzas al final del trayecto, cuando ya no existe motivación ni ganas porque las energías iniciales se han disipado y se ha consumido el ciclo para recuperar el tiempo perdido. Sabed que el Creador en su infinita inteligencia, dispuso de un momento para cada cosa. No podéis sustraeros a sus leyes porque vuestra evolución quedaría estancada. Así pues, estudiad, formaos, reflexionad... Después, al igual que un aprendiz de carpintero, habréis de empezar a tallar vuestros propios muebles, a fin de que los que os rodean, se sientan satisfechos con el trabajo realizado. Aprended y luego de haber asimilado la enseñanza, construid buenas mesas para que vuestros hermanos puedan comer a gusto, haced buenas sillas para que los comensales se sientan cómodos y tallad con vuestras manos buenas camas, para que el hombre pueda descansar su cuerpo al tiempo que su espíritu vuela liberado entre las sombras de una noche que le desata de sus lazos con la carne. Sed buenos

alumnos para que un día seáis gratos maestros de los discípulos que habrán de continuar vuestros pasos. Y tú, Philippe, joven profesor, te doy la bienvenida y la de todos los hermanos que como Laurent, me acompañan en esta misión que con sumo placer he aceptado desarrollar. Ten fe en el futuro, prepárate, sumérgete en nuestra vida, porque así también sabrás más de ti mismo. Persevera en el esfuerzo, pues cada anochecer en el que te acuestes sentirás más cerca nuestra presencia. Cuentas con nuestro apoyo pero es preciso que así lo desees desde tu corazón. Acepta el reto que tú mismo te trazaste desde antes de nacer y apresura tu evolución. Nada más, mis buenos amigos. Que Dios os bendiga y que prosigáis el buen camino que habéis iniciado. ¡Hasta pronto!

Me quedé sobrecogido, cuando a los pocos segundos de finalizar aquel vibrante discurso que nada tenía que ver con las dos manifestaciones anteriores, una luz entre blanca y dorada se desprendió de la cabeza de madame Leclerc y a una velocidad prodigiosa atravesó el techo de la estancia hasta desaparecer. Era como si aquel espíritu que nos había iluminado con su alegato, hubiera querido mostrar el brillo de su condición a los allí presentes. Yo había visto lo sucedido pero no sabía si los demás también, aspecto que luego me fue confirmado por el resto de componentes del grupo, testigos silenciosos y maravillados de aquellas firmes palabras de ánimo.

Me encontraba exhausto, ya no sabía si mi cuerpo se hallaba pegado a la silla o si por el contrario, flotaba en el espacio contenido en aquella habitación. Paralizado, impactado aún por la impresión que me supuso el hecho de que aquel espíritu elevado se hubiera dirigido a mí directamente como si me conociera, no me atreví a mover ni un solo músculo de mi cara. Al poco, volví a escuchar la dulce voz de mi admirada Alice, aunque en esta ocasión, ya se trataba de su timbre original.

—Bien, me comenta Laurent que por esta noche ya hemos acabado con la reunión. Demos como de costumbre las gracias a nuestro mentor, por abrir la puerta de acceso a dos almas atribuladas que pudieron desahogarse tras referirnos su testimonio y por supuesto a Cédric, que con su revelador mensaje ha captado nuestra atención y ha penetrado con su luz en nuestras conciencias. Gracias Dios nuestro, por habernos permitido esta tarde aprender un poco más sobre la vida espiritual y por habernos permitido ayudar desde nuestra humildad a los dos hermanos que nos acompañaron hoy.

Entre sonrisas y apretones de manos que nos dimos entre los asistentes, finalizó aquella trascendental asamblea que supuso mi «bautismo» en el contacto directo con la manifestación de los espíritus. Conservaba multitud de preguntas en mi cabeza y deseaba aclarar muchas de las cosas que había observado y oído en aquellas horas durante la sesión. De pronto, recordé que al día siguiente era viernes y que por tanto, me correspondía la reunión semanal de estudio y debate que realizaba con mi mentora. Reconozco que aquella misma noche me costó un trabajo enorme conciliar el sueño y que di en la cama más de mil vueltas. No era para menos tras las recientes experiencias a las que me había sometido en aquel piso de «La Cité». Sin embargo, había algo para mí sorprendente que me reconfortaba y que al mismo tiempo, me ilusionaba. Se trataba de la singular aparición de Josephine, aquella tímida joven que pese a no conocerla de nada, me había sonreído durante nuestra breve presentación para luego bajar su leve mirada. ¡Dios mío! ¿Por qué me había emocionado tanto ante su juvenil figura?

8

NUEVAS ENSEÑANZAS

Felizmente, como ya se había hecho habitual, mi adorable anfitriona y yo volvimos a ocupar ese rincón mágico de su gran salón, presidido por el gran retrato de la figura de su esposo, el coronel Leclerc. Fue así como retornamos a lo que más nos gustaba, a ese turno de preguntas y respuestas que tan corto se me antojaba dado el gran interés de las cuestiones que surgían. Cuanto más se alargaba la conversación, más interés se despertaba en mis adentros por saber más y más acerca de esos temas. Aquello, junto a mi labor en la educación y formación de los niños, se había convertido en la pasión de mi vida, máxime cuando por fin había asistido por primera vez a una reunión espiritista, la cual jamás olvidaría. Tras absorber un poco el aroma del delicioso té que Marie nos había preparado, comencé a exponer mis interrogantes...

—Veamos, Alice. ¿Por qué madame Badou jadeaba cuando Alphonse hablaba a través de ella?

—Mira, Philippe, es muy habitual en muchos espíritus que se encuentran turbados el adoptar determinados modos o formas que les permitan mantener su individualidad y al mismo tiempo, ser reconocidos por aquellos que les rodean. En este caso, recuerda que ese hombre sufría aún

el trauma por su terrible muerte entre vómitos de sangre y una incapacidad horrible para respirar. Piensa por ejemplo en tu infancia. Debió existir alguna ocasión en la que padecieras algún tipo de incidente, una herida profunda, una caída, un golpe que te llevaste, cualquier cosa que aún hoy, pese a ser ya un adulto, seguro que tienes fresca en tu memoria. Pues fijate cuánto más si se trata del hecho que te llevó a la tumba. De alguna manera, ese espíritu que se separó de su «traje corporal» quedó como «fijado» a un aspecto dramático cual fue la causa de su disfunción orgánica. Puede haber otros lances, como es lógico. Pero en cualquier caso suelen ligarse a coyunturas que por diversas razones han impactado en su mente y al morir, inundan con fuerza el contenido de sus recuerdos.

—Sí, creo que te entiendo.

—Mi joven profesor, ten en cuenta que uno de los principales motivos por los que las almas se hallan turbadas es por esa razón. Muchas de ellas vagan, se mueven de forma atribulada sin demasiado orden y esto se basa en que buena parte de las mismas ni siquiera tienen conciencia de haber «muerto», es decir, de no pertenecer ya a la dimensión física en la que creen estar. Por eso, ni siquiera se plantean la posibilidad de haber mudado de plano. Con el tiempo tendrán que aprender a desenvolverse en su nueva ubicación, aunque no sin dificultades. Considera que todo este accidentado recorrido por el que transitan muchos espíritus tras su óbito no es más que una señal de su insuficiente desarrollo. Esto afecta a individuos de toda clase y condición, con independencia de que hayan sido en vida hombres o mujeres, ricos o pobres, analfabetos o eruditos. Te aseguro que cuanto más evolucionada se halla el alma de la persona más fácil le resulta su tránsito y adaptación a la nueva realidad que contempla, es decir, al mundo espiritual. En otras palabras, más pronto recupera su capacidad para reconocer el sitio donde se halla y su habilidad para manejarse en el mismo.

—Y ¿cómo es posible que la médium, en este caso Constance, pudiera reproducir con exactitud incluso los gemidos del «Cojo»?

—Sí, se trata de una cuestión interesante. Mira, contrariamente a lo que muchos piensan, el espíritu en cuestión, a la hora de manifestarse, no se introduce dentro del médium. Te digo esto por propia experiencia. Se trata más bien de un acercamiento. Basta con ese movimiento para que el receptor pueda sentir a la perfección lo que el espíritu le está transmitiendo, desde palabras o frases hasta emociones.

—Disculpa, Alice, pero no acabo de entender.

—Recuerda lo escrito en «Le Livre des Esprits», cuando se habla de la composición de los cuerpos. Tanto nosotros, que no dejamos de ser criaturas que habitamos temporalmente un organismo como los propios espíritus, poseemos una estructura intermedia denominada «periespíritu». Este componente de naturaleza semimaterial juega un papel fundamental en la manifestación de los espíritus y es el que puede percibir el médium de turno. Como te decía, el espíritu que surge en la sesión se aproxima al médium y es en ese momento cuando la cercanía del uno con el otro permite el trasvase de información, o sea, que el médium pueda reflejar de una forma muy real, los pensamientos y las sensaciones que en ese instante posee el alma del difunto que se ha presentado. Ese acercamiento, como pudiste comprobar en la tarde de ayer, condujo a nuestra amiga Constance a reflejar los sonidos que habitualmente reproduciría el «Cojo» en su triste deambular por la Tierra. Ya ves, un fenómeno tan sencillo y tan complejo a la vez...

—Hmmm... atrayente, sin duda. ¿Y de veras que Constance podía sentir dentro de sí todo ese cúmulo brutal de emociones que se desprendían del testimonio de un hombre tan desafortunado?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Todo va a depender del mayor o menor grado de receptividad del médium en cuestión. No obstante, ese fenómeno dura lo que se mantiene el contacto. Una vez que el espíritu se aleja, ese intercambio de «datos» cesa. Considera también que el médium no es un ser absolutamente pasivo que no pueda hacer nada o que quede a merced de esa entidad que se arrima. El receptor conserva su voluntad y en cualquier momento y si lo desea, puede «cortar» con la comunicación. De no ser así, cualquiera podría resultar presa fácil de muchos habitantes del otro plano que se hallan deseosos por «compartir» sus angustias. Ya te anticipo que eso no sería ni bueno ni recomendable. En cualquier caso, estamos hablando de un proceso de interacción en el que el carácter de ambas partes y la intencionalidad de ambos van a marcar la evolución de ese contacto. Al igual que existen buenos y malos espíritus, también hay buenos y malos médiums, cada uno con su personalidad propia y con intereses muy singulares.

—Alice ¿cómo es posible que ese hombre guardara tanto rencor en sus adentros, que estuviera tan obsesionado con sus ganas de venganza contra el otro truhan que había sido su socio?

—Mi buen Philippe, no olvides un aspecto esencial. La muerte de la persona no interrumpe ni acaba con el carácter del protagonista. ¿Sabes por qué? Porque la identidad del sujeto no se convierte en polvo como los restos del cuerpo, sino que reside y por tanto, viaja con el espíritu, ya que este es el que determina la forma de ser, los rasgos, en definitiva, el carácter que le distingue, que le individualiza. Por eso, lo de menos es la forma en la que hayas abandonado el mapa físico. Lo que importa de verdad es que el espíritu conserva su antigua manera de pensar, la que tenía en su existencia material. Es inmortal y su forma de conducirse le acompaña. El «Cojo» era como era en vida, tal y como él mismo se encargó de aclararlo. Tras su fallecimiento, lo único que hizo fue mostrarnos su verdadera cara, aquella que no puede disimularse una vez que te hallas en el otro plano. Por eso se dice que las almas se nos muestran desnudas, es decir, tal y como son, porque en la otra dimensión no se precisan ropas ni capas para protegerse o fingir algo que no eres. La única vestimenta que los habitantes del más allá pueden exhibir es su «periespíritu» y ten por seguro que este responde como un calco al carácter de quien lo habita.

—Pero Alice, ese señor tan agobiado, tan deprimido, tan sufridor... cambiará algún día, espero...

—Por supuesto, amigo. Nada hay que permanezca inalterable por los siglos de los siglos. La vida está hecha de movimiento y el transcurso del tiempo llevará a ese hombre a recibir numerosas lecciones, a enfrentarse a retos en los que irá esculpiendo su personalidad y puliendo sus defectos. Dispondrá de nuevas existencias, plantará cara a diversas coyunturas que por un lado le harán sufrir pero que por otro, le ayudarán a reconocer la luz del verdadero camino, ese que anunció el carpintero de Galilea, el del amor, tanto a Dios como a nuestro prójimo.

—Estás refiriéndote claramente al fenómeno de la reencarnación...

—Desde luego, Philippe. De no ser así, el «Cojo» se vería condenado a continuar acechado por sus terribles recuerdos hasta la eternidad. Dentro de un tiempo y cuando se considere oportuno, él renacerá cerca o lejos de aquí, en un cuerpo femenino o masculino, en un ambiente de pobreza o de riqueza, o tal vez pertenezca a la burguesía, recto de salud o con notables deficiencias en su cuerpo, pero al fin y al cabo, su espíritu se vinculará con una nueva forma física con la que tendrá que desenvolverse para progresar, pues esa constituye la finalidad principal de la vida: avanzar y crecer como criaturas destinadas a la evolución.

—Alice, entonces, esas sesiones de trabajo que realizáis y en las que yo he participado por primera vez, serían como oportunidades que se les ofrece a esos espíritus que por una u otra razón se hallan en dificultades para tomar conciencia de su estado actual, de lo que les está ocurriendo...

—En efecto, Philippe, lo has expresado bien. Nuestra función como grupo espiritista es aclarar, ayudar desde la humildad de nuestros limitados conocimientos. Sabemos algo sobre el más allá tanto por lo expuesto en «Le Livre des Esprits» como por el testimonio directo de aquellas almas que nos hablan desde el otro lado, pero no somos infalibles. Por eso es fundamental trabajar desde la modestia y siempre bajo la supervisión y las indicaciones ofrecidas por los buenos espíritus. Tratamos en definitiva de esclarecer a esos seres, muchos de ellos torturados por sus recuerdos y otros, simplemente ignorantes de su actual coyuntura. Ellos, habitualmente afectados por la angustia o el dolor, tan solo esperan una señal para alterar un equivocado rumbo que les había hecho perderse en un inmenso océano de incertidumbres. En esa coyuntura confusa y a veces hasta tenebrosa, nosotros podemos constituirnos en la luz del faro que les aproxime a la costa...

—Y una pregunta curiosa... ¿Acaban siempre de forma feliz los encuentros con esas almas?

—No, siempre no. Lo que sucede es que se suele llevar a cabo una labor previa de filtro. Laurent, como ya sabes, así como otro grupo de espíritus en el que está incluido Cédric, acuden a ampararnos. Lo que pretendo decir es que ellos llevan a cabo primero una selección entre todos aquellos espíritus susceptibles de ser orientados. Parece claro que no todos pueden presentarse por aquí como si nuestro piso en «La Cité» fuera su misma casa, probablemente porque no se hallan por el momento en las condiciones idóneas para mantener una conversación instructiva o inteligible con nosotros, que estamos en la otra parte de la realidad. Te aseguro que hay algunos espíritus tan embravecidos, tan salvajes, que tendríamos múltiples dificultades en reconducirles y desde luego, no contaríamos con ninguna posibilidad de aclararles su situación. No creo ni que nos escucharan y la verdad, eso constituiría una pérdida de tiempo tanto para nosotros como para ellos. A Dios gracias, como te he comentado, los nobles espíritus ejercen esa tarea de «colador», lo que nos permite contactar con una serie de almas que de alguna manera ya se hallan más receptivas para escuchar nuestros mensajes y ser correctamente atendi-

das. Ayer y como constataste, no es que los diálogos resultaran sencillos, pero al menos sí pudo estructurarse un cierto intercambio de impresiones, el suficiente como para que esas entidades recibieran algún tipo de iluminación sobre sus respectivas tesituras. Y aun así, ya viste cómo hay que extremar la prudencia con el lenguaje, cómo hay que saber capear el temporal, aguantar la prueba que implica tener que aceptar ciertas expresiones que salen de sus «bocas».

—Desde luego, Alice. Ya me di cuenta ayer cuando ese señor te llamó «vieja pecosa» y otros improperios por el estilo en un tono bastante despectivo.

—Bah, eso no es nada. He vivido casos peores. Ellos nos conocen bastante bien. El hecho de haberse desprendido de sus envoltorios orgánicos les permite a algunos bucear en nuestro pasado, evaluar nuestra personalidad, incidir en nuestras faltas. Es como si fuéramos un libro abierto para sus ojos. Este aspecto lo usan de forma inteligente y ello les basta para asaltarnos frontalmente. Ya te anticipo que esos ataques pueden ser mucho peores que los que pudieran efectuarse a través de los golpes o los puñetazos. Como saben de nuestras debilidades, nos embisten por la vía más rápida y más eficaz para ellos: la del pensamiento. Yo ya estoy muy entrenada en estos asuntos, amigo, pero te garantizo que al principio, por muy inateriales que sean, su influjo puede acabar con la paciencia de cualquiera. Por tanto, si saben que eres orgulloso, se ensañarán contigo en la cuestión de la soberbia. Y si se dan cuenta de que pretendes «moralizarlos» con tus palabras pero resulta que eres un asiduo bebedor, no albergues la menor duda. Se introducirán a través de esa rendija y te acusarán de falsedad, de incoherencia, por pretender darles ejemplo de algo cuando eres tú precisamente el primero en dejarte arrastrar por los vicios. No sé si has captado la esencia de todo esto, porque es importante que tengas claro que el trabajo que llevamos a efecto no es un juego de niños ni un mero pasatiempo para llenar nuestra curiosidad, sino que se trata de un compromiso serio que requiere de una gran concentración y disciplina y de una actitud de sacrificio y comprensión para llegar a entender la situación de esas almas...

—Caramba, me parece un asunto muy delicado... ¡Qué astucia más páfida pueden mostrar algunos espíritus!

—Así es, querido amigo. Es que hay algunos que son muy inteligentes y claro, utilizan ese rasgo para evitar que podamos ejercer alguna labor

de reconducción sobre ellos. Es su forma de «cubrirse» las espaldas o de defenderse a través del ataque, golpeando con picardía en tus puntos más frágiles y que son los de tu personalidad. Ni que decir tiene de la importancia que tiene el que el médium o los asistentes a la sesión resulten personas íntegras. De no ser así y aunque nadie es perfecto, no dudes de que se cebarán sobre tus carencias más acusadas. Ya ves que cualquiera no sirve para sentarse en torno a una mesa y escuchar a los espíritus. Se trata de una tarea complicada, no de un entretenimiento como algunos creen en París, y que exige mantenerse alerta y en lucha por mejorar tu propia moral...

—Uf, pues es cierto. Y entonces ¿qué se puede hacer en esos casos?

—Philippe, aunque te cueste creerlo, son pruebas para nuestra paciencia, son formas de desarrollar nuestro temple y también de mantener a raya nuestro orgullo. No son solo esos espíritus los que precisan ser reconducidos. El aprendizaje siempre discurre en una doble dirección. Piensa una cosa. ¿Acaso el profesor no puede aprender de sus alumnos? ¿No te ha sucedido a ti alguna vez?

—Pues sí, Alice. Lo confieso. En mi caso, los niños, con su sinceridad y su candidez, a veces se constituyen en verdaderos maestros en el arte de la vida.

—Por otro lado, existe un aspecto importante. El desarrollo de la inteligencia no siempre viene acompañado de un desarrollo moral. Con tan solo repasar los anales de la historia, hallarás multitud de individuos que han dirigido su agudeza y su instrucción hacia fines malvados. Por ese motivo, muchas de las almas que se nos presentan en estas sesiones son muy listas y perspicaces, pero su nivel de ética resulta más que deficiente. Como habrás comprobado, pueden utilizar su ingenio incluso para confundirnos, para que caigamos en duda con respecto a cuál debe ser nuestra misión, para hacer que nos planteemos si realmente estamos tan instruidos y poseemos la fuerza moral suficiente como para aconsejarles y ejercer como sus guías.

—Es increíble, pero me parece que existe una gran sabiduría detrás de todo esto que me comentas.

—Sí, mi buen amigo. Todo en la vida va acompasado porque la inteligencia repele al concepto del azar. Estas reuniones que realizamos suponen una magnífica oportunidad para aprender, para reflexionar acerca de nuestro papel y desde luego, implica una fuente de esclareci-

miento para determinar si realmente estamos caminando en la dirección correcta. Cuando un espíritu es crítico contigo y tú, al escucharle, sabes en el fondo que tiene razón, eso te obliga a meditar, a reflexionar con profundidad sobre el modo en el que te estás conduciendo, especialmente si estás haciendo lo posible por marchar por el verdadero sendero de la evolución. Ya ves que la enseñanza se completa en un doble sentido, con lo cual, ambas partes, la encarnada y la «desencarnada» cuentan con la oportunidad de proseguir con su aprendizaje.

—Quería plantearte un último aspecto sobre el caso del «Cojo».

—Tú dirás, Philippe.

—¿No crees que ese médico que surgió del otro plano embaucó a Alphonse cuando le invitó a acompañarle para intervenirle con el objeto de que recuperara la pierna perdida?

—Ah, mi joven profesor. Has llegado a esa conclusión por una razón muy simple. Piensas que ese doctor estaba hablando de una pierna real compuesta de sangre, carne y huesos. Mira, como has estudiado en «Le Livre des Esprits», la forma «periespiritual» es manipulable y por tanto, el «periespíritu» puede alterarse según las circunstancias. La cirugía que pueda llevar a cabo ese sabio galeno es hasta cierto punto sencilla: manipulará su estructura energética y le hará creer a Alphonse que verdaderamente ha recobrado su pierna. Para ello, tan solo deberá utilizar una técnica mental que dominan los espíritus más desarrollados. También podría hacerle creer al «Cojo» que tiene un tercer brazo pero ya ves que esta contingencia carecería por completo de interés. En cuanto el doctor haya «operado» a nuestro amigo y este se halle convencido de haber recuperado su antiguo miembro, el «Cojo» se hallará mucho más receptivo para seguir las instrucciones que el bueno de ese médico le proponga. No te sorprendas. Si tú acudes a la consulta de un especialista por una complicación orgánica y su tratamiento te permite recobrar la salud, lo lógico, cuando observes de nuevo un problema de ese tipo, es que vuelvas a buscar el consejo del mismo experto. Ya ves, puro sentido común, que es algo que rezuma el Espiritismo por sus cuatro costados.

—Creo que empiezo a entender. Disculpa mi ignorancia, ya veo que aunque haya similitudes, no pueden aplicarse todos los principios del plano físico al espiritual.

—Desde luego, Philippe, existen similitudes pero también diferencias, la más evidente claro está, se halla en la ausencia del organismo. Voy a

decirte algo en lo que me ha insistido mucho Laurent. En muchas ocasiones, la mayoría de los espíritus adoptan una forma periespiritual de modo mecánico, inconsciente. No se paran a elegir, simplemente se identifican con la apariencia que habían conservado durante su última vida. De esta manera concreta y tras su óbito, se presentan ante familiares, amistades o médiums o bien acuden a nuestras reuniones espiritistas con ese aspecto que te he comentado.

—Evidentemente, eso explicaría la imagen con la que se mostró Alphonse en la sesión que realizamos.

—Sin duda. En su caso, su perfil, es decir, su habla, su forma de expresarse, sus gestos, sus posturas y hasta el lenguaje empleado, no eran más que el reflejo de su personalidad, de la asunción de una existencia desgraciada, de sus dotes como bebedor, como cliente asiduo de prostíbulos, como hábil tramposo en el juego de cartas y por último, un espejo donde se reflejaba el trauma de su grave trifulca con el otro truhan y de lo que constituyó su pobre supervivencia una vez que se movió entre hospicios y mendigando por las calles.

—Qué duro, Dios mío. No me hubiera gustado en absoluto pasar por todo ese tipo de circunstancias tan amargas...

—Es cierto, joven Bruné. Pero tú, como yo, que hemos vivido tanto y hemos ocupado tantos cuerpos en el pasado, es muy probable que hayamos transitado por coyunturas similares, porque es de ley que el ser humano se enfrente, en su inmortal camino de evolución, a infinidad de situaciones de todo tipo, entre las que cabría incluir aquellas referidas a esos ambientes de pobreza, de vagabundeo, de enfermedades, de necesidades de todo tipo e incluso de violencia, tan bien descritas por ese personaje llamado Alphonse.

—Pues sí, Alice, siguiendo las reglas de la lógica nada de eso que dices es descartable en nuestro dilatado ayer.

—Estoy convencida —prosiguió Alice—, de que si ese espíritu quiere y pone todo su empeño, su apariencia irá cambiando por otra mucho más agradable conforme vaya siguiendo los consejos provenientes del doctor Giraud. Frente a este tipo de almas tan torturadas o que no logran salir aún de su período de turbación, existen otras que tanto por su sabiduría como por su elevado nivel ético pueden construir o modelar su «periespíritu» a voluntad. Por ejemplo, no tiene nada que ver la forma en que percibes a Alphonse con la de Cédric. Como es obvio, existen diferen-

cias enormes. Probablemente una de las más destacadas, es el hecho de que las almas desarrolladas pueden ver a las menos adelantadas mientras que estas, en numerosos casos, no tienen capacidad para ver a las más avanzadas. Son cuestiones de «jerarquía espiritual», tan solo atribuibles al esfuerzo que cada criatura ha invertido en formarse, tanto a través del cultivo de su inteligencia como por el amor que ha sido capaz de entregar a los demás.

—Bien, ahora y con tu permiso, me gustaría adentrarme en el curioso caso de Anne, la jovencísima revolucionaria que murió de un disparo por la espalda.

—De acuerdo, vamos a estudiar el interesante testimonio del que ayer fuimos testigos. Al analizarlo, se producen algunas similitudes entre el «Cojo» y ella, aunque evidentemente la forma de expresarse y la dulzura de la chica en comparación al tono áspero del mendigo se sitúan en las antípodas. Cuando hablo de parecido, me refiero a cómo los dos, una vez «desencarnados», vivían su turbación, o en otras palabras, cómo habían fijado sus pensamientos a las coyunturas por las que habían pasado, cómo se sentían atrapados dentro de una realidad que como es lógico tan solo existía en sus adentros, aunque ese fenómeno fuera completamente real para ambos. Cualquiera diría que se trata de una burbuja en la que permanecen aislados, como si el tiempo se hubiera detenido justo en el momento en el que sus corazones dejaron de latir. Al hablar de Anne, su muerte violenta, casi sin darse cuenta, le sirve de estímulo para incorporarse de nuevo a la feroz lucha registrada entre las calles del viejo París, una vez que abandona en el suelo su cuerpo inerte. Joven Bruné, considera un aspecto muy importante en estos casos. Este fenómeno de inconsciencia o de pensar erróneamente que continúas vivo en un organismo, es mucho más frecuente cuando la vida te ha sido arrancada de manera repentina, sin tú esperarlo. Como no has tenido ni siquiera un mínimo tiempo para reflexionar sobre lo que te ha ocurrido, la probabilidad de continuar pensando en que tu existencia prosigue es hasta cierto punto elevada. La noticia de su defunción les coge a algunos tan de sorpresa que no pueden evaluar con claridad qué les ha sucedido. La verdad es que hay que poseer un apreciable nivel de desarrollo espiritual para tener conciencia de una circunstancia tan trascendente como es tu propia emigración de un plano a otro, tal y como le acaeció de modo súbito a esta adolescente.

—¿Y no hay manera de que estas almas se den cuenta de lo confuso de su situación?

—Sí, desde luego. Hay «síntomas» claros de que algo raro les está ocurriendo. Lo que sucede es que ellos reparan única y exclusivamente en aquellos aspectos que refuerzan la continuidad de su anterior situación en la dimensión de la carne, mientras que rechazan todos los datos que les hacen entrar en dudas sobre si lo que ven o escuchan está pasando realmente o es producto de su imaginación más obcecada.

—¿Puedes darme algún dato concreto en el caso de Anne?

—Sí. Parece claro que la búsqueda persistente de su novio así como su intenso deseo por recuperar su presencia, la mantenían atada al más vivo recuerdo de su período antes de morir. Fíjate en la riqueza de matices de su relato, en la intensidad descriptiva con la que ella narra el ambiente revolucionario de las calles y cuál era su papel en todo ese escenario tan emotivo. Incluso se permitió la ocasión de aconsejarnos para que huyéramos del «peligro» que nos acechaba. En cuanto a toda esa tensión que percibía a su alrededor, esos ruidos de lucha que escuchaba o la reseña a las barricadas en mitad del asfalto, todo eso provenía de su desbordante imaginación, de su aprisionamiento mental en unas circunstancias trágicas muy concretas. En este sentido, muchos espíritus poseen una alta capacidad para abstraerse de la realidad, o incluso para ignorarla. El impacto emocional que algunos sufren con su muerte es tal que se «distraen» en un escenario artificial que les lleva a pensar en que nada ha cambiado.

—¡Qué triste, la verdad! Siento mucha más misericordia por esta chica y por su afán revolucionario que por aquel truhan desvergonzado del «Cojo», que con su actitud y su conducta debió infligir un montón de daño entre sus semejantes.

—Philippe, desde el momento en que todos somos imperfectos, todos precisamos de compasión, sobre todo por parte de Dios, especialmente para que Él nos siga insuflando ánimos de cara a proseguir con nuestro periplo evolutivo. A cualquier observador le apenaría más la coyuntura experimentada por Anne que por Alphonse, pero esto solo significa que cada uno se halla situado en un nivel diferente. Hay que acudir a la sempiterna ley de causas y efectos para explicar todos estos casos. Por muy duro que pueda parecer, cada muerte posee su explicación y estos tránsitos que a cada día se producen a miles en todo el planeta, obedecen a motivos muy concretos pero que siempre responden a los códigos divinos. Mira,

Philippe, tenemos una visión sesgada de los acontecimientos. Contemplamos apariencias, aspectos superficiales de las cosas. Si pudiéramos sumergirnos en lo más profundo de cada coyuntura, nos asombraríamos por la exactitud con la que se mueven los hilos que no alcanzamos a entrever. Uno de ellos es precisamente el peso de un fenómeno como la muerte física y sus consecuencias para la vida espiritual.

—Si no deduzco mal, Alice, lo que me quieres indicar es que estos episodios que vivimos ayer en la sesión no dejan de ser más que piezas de un amplio rompecabezas en el que queda el resto por descubrir.

—Sí, eso es. Cada suceso que estudiamos posee sus antecedentes y sus resultados y estos escapan en buena parte al entendimiento humano. Siendo nuestra capacidad limitada, es imposible acceder a toda la información sobre un evento. Esto significa que cuando nosotros nos reunimos, el grupo trabaja con una parte de la información y por tanto, la realidad que se nos presenta solo podemos captarla de un modo parcial. Mas no debemos perder la perspectiva que nos corresponde, es decir, que lo que verdaderamente nos importa es la ayuda desinteresada al hermano, aunque en este caso el prójimo posea un rostro inmaterial. Esos espíritus se hallan en dificultades o atraviesan la fase más dura de su turbación. Constituye por tanto el instante idóneo para que ellos aclaren su situación y con nuestro aporte, desarrollen una diferente toma de conciencia, a fin de ayudarles en un salto que les permita mejorar su percepción de la nueva etapa en la que ahora se encuentran.

—Otra pregunta, Alice. Cuando Anne comprobó que la fecha de edición de «Le Livre des Esprits» era posterior a la de la época por la que ella creía pasar, sospeché que estuvo cerca de tomar conciencia de su fallo de percepción y por tanto, de rectificar en su insistencia de que seguía viviendo en los hechos revolucionarios de 1848.

—Sí, es cierto, aunque no suficiente. Mira, Philippe, la pérdida del cuerpo no interrumpe esa perpetua lucha interna que tenemos las personas entre la razón y la emoción, entre el peso de unos esquemas lógicos que aplicamos a nuestro discurrir y el arrastre que suelen tener nuestros sentimientos. ¿Qué factor puede más? Depende tanto de la voluntad mostrada por el sujeto como de las circunstancias que envuelven cada caso. Creo que si esta joven se hubiera dejado llevar por el sentido común, su mundo imaginativo perfectamente diseñado a su carácter, a la conmoción por la que estaba atravesando, se hubiera resquebrajado, lo

que habría supuesto un golpe muy duro para su integridad. En otras palabras, reconocer que estaba equivocada en su apreciación a pesar de las evidencias que le estábamos mostrando, le hubiera provocado un coste emocional que probablemente no se hallaba dispuesta a aceptar. Como ves, no cambiamos tanto nuestra personalidad una vez que abandonamos el envoltorio corporal. Si somos obcecados, la muerte no interrumpe ese rasgo de nuestro carácter y así ocurre con el resto de elementos que componen nuestra esencia. De todas formas, el tiempo pasa y las situaciones van variando, al igual que cuando vivimos en la dimensión material. Por tanto, nuestra personalidad no es un factor estático sino que se va moldeando con el paso de los años, ya que evolucionamos, aprendemos y vamos reparando nuestros errores del ayer, no sin esfuerzo, claro. Has de saber que existen muchas almas, incluidas las de numerosos encarnados, que depositan toda su esperanza, toda su seguridad, en que el mundo permanezca anclado a una determinada época o fase concreta.

—Pues sí, conozco a varias personas que responden a ese perfil tan determinado.

—¡Pero si nos vamos renovando a cada segundo que transcurre! Nadie puede detener esa ley ¡Ah, Dios mío, por más que uno se empeñe, la Tierra va a seguir girando! Lo único que van a conseguir esas criaturas con su obstinación es perder la noción del tiempo y desnortarse, desubicarse, en una realidad que les exige trabajar, asumir las propias responsabilidades y no adoptar una postura pasiva y de inútil estancamiento. Sin embargo, mi joven profesor, hasta para esos seres existe la esperanza. Los nobles espíritus que siempre nos acompañan circulan por todas las regiones del globo y allí donde encuentran a alguien que precisa de ayuda, allá ellos se desplazan con el más loable de los propósitos: ayudar al hermano. Créeme que resulta difícil prestar asistencia a quien se niega a escuchar incluso el eco de la voz de su conciencia o a quien se halla encerrado en un mundo de recuerdos que solo existe en su cabeza. Pero los códigos establecidos por Dios actúan por más que te empeñes en ignorarlos. Por eso, cuando se abate sobre ellos la desesperación producida por el anquilosamiento y se ven impelidos a pedir auxilio, es cuando entran en acción nuestros amigos del otro lado, los cuales se acercan y tienden sus brazos en señal de sincera amistad. No sabes la alegría que constituye para esos seres paralizados la aparición del «médico» que ha acudido a aliviarles

de los males que padecían y por los que sufrían. Ya ves, así funciona el mundo espiritual.

—Alice, el hecho de que en el caso de Anne tuviera que surgir al final la figura de su madre, fallecida hacía años, para rescatarla, resultó algo significativo...

—Por supuesto, esto viene a demostrar la complejidad de la coyuntura que se desplegaba ante nuestros ojos. Resultaba muy complicado convencer a esa joven a través de las meras palabras, a pesar de nuestras buenas intenciones intentando seguir los dictados de la lógica. Como te dije antes, la emoción y la razón son compañeras de camino en la existencia del ser humano pero la relación entre las dos es a menudo tormentosa, de modo que cuando una sube, la otra baja y viceversa. Un equilibrio entre ambas sería lo más adecuado pero esto, con ser lo ideal, no siempre es posible. Anne no podía atender a los requerimientos de la razón porque la pasión, los sentimientos tan arraigados por la fogosidad de las circunstancias de su muerte y por su incesante búsqueda de Jacques, su novio, le reducían al mínimo su capacidad para un análisis más sosegado, más racional. Los buenos espíritus son inteligentes y saben que cada situación requiere de un abordaje particular. Por eso, haber permitido la comparecencia de su madre era lo más adecuado, ya que su amorosa presencia iba a ejercer un efecto impactante sobre la chica, demoleedor para sus ideas, aspecto que nosotros nunca habríamos conseguido a través del lenguaje. Pienso con sinceridad que esta era la única vía para que nuestra «pequeña revolucionaria» tomara conciencia de verdad de que algo extraño le estaba sucediendo. ¡Qué mejor forma que escucharlo de labios de su propia madre, a la que tan ligada había permanecido durante sus primeros once años de existencia y que tanto había marcado a su niña con su afecto y cuidados!

—¡Caramba, Alice! ¡Qué hermoso y al mismo tiempo qué razonable es todo eso que has comentado!

—Philippe, una cosa importante antes de que se me olvide. ¿Recuerdas cómo la muchacha abrió «Le Livre des Esprits» que había sobre la mesa?

—Sí, desde luego, para mí resultó un hecho prodigioso.

—Curiosamente, ella se puso a leer la pregunta n° 163, es decir, aquella que hace referencia al período de turbación que sigue a la muerte del cuerpo.

—Es cierto, madame, pero por lo que he aprendido del Espiritismo hasta ahora, sé que ese tipo de cosas no sucede por casualidad.

—Buena apreciación, así es. Y ¿sabes quién provocó el que Anne se interesara por esa cuestión y no por otra de entre sus más de mil preguntas?

—Pues no tengo ni la menor idea. Bastante asombrado me encontraba yo en aquel momento como para preocuparme de ese aspecto.

—Pues fue Laurent. Él estaba allí junto a Anne y como buen observador, inspiró a la chica para que escogiera y leyera en voz alta el contenido de ese texto. Lo cierto es que fue un buen modo de facilitar la toma de conciencia en la muchacha, al empujarla a recitar un mensaje que ya ves que estaba en perfecta sintonía con la coyuntura por la que ella estaba atravesando.

—Claro, lo entiendo. Pero aun así, parece que la técnica no funcionó del todo.

—Ja, ja, ja... tienes razón muchacho, pero en las alturas siempre existe un plan alternativo por si falla el primero —expresó Alice con una gran carcajada.

—Ya, me doy cuenta. Otra pregunta interesante que se me plantea es... acerca del prodigio que mis ojos pudieron contemplar. Evidentemente, yo no veía a ningún espíritu, ni al del «Cojo» ni al de Anne, pero seguía muy bien los argumentos a través de la conversación. Veinticuatro horas después de aquello todavía no puedo entender por qué extraño mecanismo, aquella chiquilla que llevaba diez años «muerta», pudo tomar «Le Livre des Esprits» entre sus manos, hojearlo e incluso leerlo. Madame, te juro que no fue una alucinación, mi estado de conciencia era el normal, estaba despierto y en plenitud de facultades. Eso sí, confieso que estaba, no ya sorprendido, sino asustado. Además, todos fuimos testigos ¿verdad? Por favor, dime ¿hay explicación para esa especie de milagro? De veras, se trata del fenómeno más extraordinario que haya presenciado en toda mi vida.

—Verás, mi buen Philippe. Todo posee una explicación basada en el funcionamiento de unas leyes. Lo que ocurre es que cuando desconocemos la existencia y el funcionamiento de esas leyes, empezamos a imaginar «cosas extrañas» o pensamos que suceden sin aparente justificación. Lo que tú llamas prodigios no son tales, simplemente se trata de la aplicación de una «fuerza» sobre un punto determinado. ¿Acaso no has oído hablar de las mesas voladoras y de otro tipo de objetos como las sillas que quedan suspendidas en el aire en muchas reuniones que se efectúan en París?

—Pues ahora que lo pienso, es cierto. ¿Quién no ha oído hablar de eso? A veces, resulta hasta cansino. Está claro que ese tipo de cosas que comentas debe ser más difícil de mover porque son más pesadas y más grandes que las hojas de un papel.

—Te diré algo. Hace ya tiempo que Laurent me ofreció la explicación adecuada sobre este tipo de fenómenos tan extendidos por nuestra ciudad. Antes que nada, conviene aclarar que existen muchos tipos de médiums, desde el que solo posee capacidad para escuchar las voces del otro lado hasta el que ve pero tiene dificultades para oír a las almas y por supuesto, hay que mencionar un rango especial de médium que es el denominado de efectos físicos. En esta última categoría, el espíritu que acude al lugar de los hechos utiliza su propia energía y la combina con la del médium. Por sí solo, una entidad inmaterial no va a manipular un objeto, pero sí puede hacerlo bajo ciertas circunstancias y aprovechándose de ese intercambio de fluidos que se genera a través de los «periespíritus» de los implicados. Como ves, golpes, ruidos, levitaciones imposibles y otros manejos de cosas pueden efectuarse a través de este modo. Eso fue ni más ni menos lo que aconteció ayer. ¿A que ya no te resulta tan «milagroso» lo que pudiste observar con tus propios ojos? Anne se dedicaba a examinar las hojas de «Le Livre des Esprits» pero evidentemente se estaba valiendo de la energía proporcionada por Josephine, que era la médium a través de la cual ella se expresaba y tú podías escucharla.

—Caramba, qué complicado. Entonces, lo que quieres decirme es que la joven Josephine es una médium de efectos físicos.

—En efecto, Philippe. Si ella no le hubiera prestado su «fuerza» a Anne, difícilmente esta podría haber movido el libro. ¿Lo comprendes?

—Increíble. Jamás lo hubiera imaginado.

—Sí, increíble para los ojos físicos pero no para los del alma. Yo misma fui testigo de los hechos y comprobé con mi vista cómo se producía ese intercambio de fluidos que permitieron el movimiento de las páginas. Insisto, todo tiene su explicación, lo que ocurre es que el profano solo ve una silla en movimiento o desplazándose por el aire sin que nadie la impulse aparentemente y claro, se maravilla. Sucede lo mismo con esas respiraciones jadeantes que a veces se dejan oír o con otro tipo de sonidos. Ese tipo de hechos responde al mismo fenómeno que ya te he descrito. ¡Ah, una cosa importante! Debo advertirte que existen individuos que no son conscientes de su potencial como médiums y que por tanto,

ignoran su capacidad. Dicho con otras palabras, ellos son los que originan sin saberlo muchas manifestaciones que se interpretan como prodigiosas. No quiero ni contarte la cantidad de almas «traviesas» del otro plano que se aprovechan de esa cualidad para gastar bromas o asustar a través de esa fenomenología que impresiona a tantos. Mas no te dejes afectar, amigo, porque todo tiene sus causas, sin más.

—Bien, Alice. Otra duda más sutil que me asalta. ¿Cómo es posible que Anne se diera cuenta de que René era policía? Ya sé que tendrá su interpretación pero no me negarás que no deja de ser algo sorprendente. Es que no creo que esos dos seres hayan mantenido previamente una conversación donde él le hablara a la muchacha del trabajo al que se dedicaba.

—Ja, ja, ja... Has estado ocurrente. No obstante, creo que hemos tratado esta cuestión con anterioridad. Los espíritus tienen, entre otras características, la capacidad para entrever nuestros pensamientos y algunos para leerlos, como si les resultáramos transparentes. Mira, eres joven y aunque nos conocemos desde hace poco, te confesaré un secreto que harás de guardar con reserva. Te lo voy a contar porque confío en ti.

—Por supuesto, Alice, soy persona prudente. Te escucho.

—A pesar del tiempo transcurrido, René continúa manteniendo consigo mismo un conflicto muy fuerte. Cuando ocurrieron aquellos hechos revolucionarios tan graves hace más de diez años, él ya era inspector de policía. Has de saber que nuestro amigo compartía muchos de los ideales de los manifestantes.

—Caramba, qué curioso...

—Te aseguro que no fue el único. Muchos soldados se pasaron a las filas de la subversión, amargados sin duda por las directrices de un Antiguo Régimen que debía finalizar para dar paso a una época de más derechos y menos abusos. El mismo Antoine, mi marido, me lo reconoció poco después. Sin embargo, René, como muchos otros, tuvo que acatar rigurosamente las órdenes emanadas de la superioridad si no quería acabar bajo un pelotón de fusilamiento. Ya sabes, en situaciones de emergencia nacional, no hay piedad con los pusilánimes ni con los desertores, pues el poder lucha por su propia supervivencia. Todos se radicalizaron hasta extremos de violencia insospechados, aunque la verdad es que la coyuntura se veía venir...

—Creo que empiezo a ponerme en su papel, en la lucha interna de René...

—Te aseguro, querido amigo, que para él fue una situación angustiosa y que ello le provocó un debate íntimo enorme, si bien al final y dejándose llevar por la prudencia, se inclinó por permanecer, digamos, que del «lado oficial». Sin embargo, la culpabilidad que guarda en su interior por haber mandado tropas que participaron en la feroz represión durante aquellas fechas todavía le dura. Y mira que ya ha pasado más de un decenio desde aquello. Quién sabe, Philippe, no podría afirmarlo con rotundidad, pero creo que ese conflicto interno por el que pasó René tuvo bastante que ver con que finalmente abrazara la doctrina del Espiritismo en cuanto esta se dio a conocer gracias a la publicación de la obra de Monsieur Rivail.

—Curioso cuando menos... Nunca se sabe cómo se tejen los hilos de la ventura...

—Desde luego. Cuando Anne, en su sensible intervención en nuestra sesión de ayer, mencionó con todo lujo de detalles el ambiente que se respiraba en aquel histórico momento, a nuestro querido inspector se le aparecieron de golpe todos esos recuerdos que conservaba de aquella época, sus miedos, sus reflexiones sobre lo acontecido en aquellos terribles días de lucha. Al emocionarse tanto, sus pensamientos se expandieron, se hicieron muy «visibles» para la joven muchacha que rápidamente le reconoció como miembro de las fuerzas del orden. En otras palabras, cuando tus sentimientos se hallan a flor de piel, te vuelves aún más transparente para la mirada de los espíritus. Ahora entenderás por qué ella hizo esa alusión a la profesión de nuestro compañero con tanta naturalidad.

—Ahora sí que lo he captado, Alice. Y... ¿podrías hablarme de la relación que existe entre Josephine y sus tíos?

—Es un caso difícil. Mira, ella es una chica encantadora que tiene toda su vida por delante. Es tan inocente y tan noble que resulta prácticamente imposible que le caiga mal a alguien, salvo a algún individuo que no se halle en su sano juicio. Al principio, digamos que la coyuntura resultó complicada. Josephine desarrolló sus cualidades como médium casi de golpe, a raíz de entrar en la pubertad. No es que sus padres la condenaran por ello o le hicieran el vacío en casa, pero queda claro que este tipo de fenómenos no es ni entendido ni aceptado por todas las personas que saben de su existencia.

—Sí, ya me imagino la ocasión. Unas personas que desconocen de este asunto y para colmo, su propia hija desenvuelve unas capacidades relacionadas con algo que no es del todo comprensible.

—A Dios gracias, en cuanto llegaron a René las primeras noticias, este se apresuró a hablar con su sobrina y a darle total confianza para que se fiara plenamente de sus tíos. Entre otras cosas, Constance también era médium y eso le aportaría a la chica una mayor seguridad en sus posibilidades. Existía además otro factor positivo. Como hermano mayor que es, nuestro querido inspector habló con el padre de Josephine para explicarle que tuviera calma con su niña y que lo que le sucedía a su hija no era nada negativo o de lo que preocuparse. René impuso su fuerza moral y tras varias charlas consiguió que Josephine pudiera acudir a nuestras reuniones, al tiempo que la formaba como estudiosa avanzada del Espiritismo.

—¡Caramba, cómo me alegro por ella! La verdad es que resulta fascinante...

—Desde luego, Philippe. Ya comprobé ayer en nuestra reunión esa mirada cómplice que a menudo se lanzan entre los jóvenes.

—¡Madame, por Dios! Que todavía se halla muy reciente el luctuoso hecho de la muerte de mi Giulette. Jamás coquetearía con otra mujer. Eso sería faltarle el respeto debido a mi amada.

—Admito tu explicación, profesor. Tan solo me he limitado a describir lo que observé al presentaros, nada más.

—Es cierto que he recuperado parte de las ganas de vivir gracias a ti, a la doctrina espiritista y a cómo se han ido desarrollando los acontecimientos hasta ahora. Pero siendo sincero, en estos momentos no hay sitio en mi corazón para ninguna otra criatura. Nadie conoce el futuro, por supuesto, pero a fecha de hoy todavía me invade la tristeza cuando viene a mi memoria el rostro de Giulette. Y si encima me acuerdo de su rápida enfermedad y de cómo desapareció, casi se me saltan las lágrimas...

—Por supuesto, querido amigo. Respeto absolutamente lo que has dicho.

Tras aquella interesantísima charla, la cual me abrió nuevas perspectivas en mi mente, me despedí de mi mentora. ¡Quién me iba a decir aquella tarde que me iba a encontrar tan bien en su presencia, tras superar la inicial y siempre incómoda mirada de su jardinero! Y sin embargo, era real, estaba sucediendo de esa manera. Dando gracias a Dios en mis adentros por la oportunidad que el destino me había brindado, me despedí de madame Leclerc y quedé convocado a un nuevo encuentro espiritista en el piso de «La Cité», pero en este caso no para «reconducir» espíritus sino para instruirme a fondo sobre el contenido de esa maravillosa obra

que había cambiado por completo el rumbo de mis pasos: «Le Livre des Esprits».

9

SESIÓN DE ESTUDIO

En aquella ocasión, procuré ser de los primeros en llegar a la reunión. Cuando alcancé aquella vivienda de privilegiada situación en el corazón de París, me di cuenta de que le había tomado cariño no solo al piso sino incluso al trayecto que debía andar para dirigirme hasta allí, lo cual era claramente atribuible a la vinculación que había efectuado en mi mente con los hechos sucedidos una semana antes y que por supuesto, me habían conmovido. Al llamar a la puerta, comprobé que allí solo estaban Alice y Monsieur Guenon, el profesor de la Sorbonne. Resultó maravilloso intercambiar impresiones con aquel ilustre y afamado caballero, aunque evidentemente poseía una mayor preparación que yo sobre esos temas. Me aconsejó múltiples lecturas de carácter pedagógico para trabajar con los críos en mis clases, cuestión que le agradecí sobremanera.

No transcurrió mucho tiempo cuando el sonido de unos potentes nudillos en la madera, me indicaban que más personas se acercaban al inmueble. De este modo, la familia Badou se incorporó por completo al encuentro, incluyendo tanto a los tíos como a su sobrina, la adorable Josephine. Al ser mi primera reunión de estudio, Alice tuvo el detalle de comentar junto a los otros componentes del grupo, la necesidad de

instruirnos, de profundizar sin desmayo en el aprendizaje y la reflexión sobre lo contenido en «Le Livre des Esprits», pues ello constituiría la mejor fuente para alcanzar la excelencia intelectual y para poseer el mayor número de conocimientos sobre la vida espiritual. Al tiempo, con dicha tarea lograríamos adentrarnos en el entendimiento del carácter de los espíritus y en la delicada cuestión del destino del hombre, todo ello con el objetivo primordial de ayudar de la mejor forma posible a cuantas almas se nos aparecieran en sesiones posteriores.

A mí particularmente me encantaba cómo estaba estructurado aquel grupo de seis personas, cada una con sus particularidades, con sus defectos y virtudes, pero al fin y al cabo con una voluntad firme por avanzar en la búsqueda de la Verdad. Aquella tarde era el turno del estudio a través de la discusión sobre un texto de la doctrina espiritista. Durante cerca de dos horas, mantuvimos un encendido debate sobre dos preguntas que encabezaban el capítulo II de aquella magna obra en la que se constituía «Le Livre des Esprits». Las cuestiones en concreto hacían referencia a la encarnación de los espíritus. A los componentes más jóvenes del grupo, es decir, a Josephine y a mí, nos tocó leer en voz alta las preguntas nº 132 y nº 133. De este modo, empecé yo:

132. ¿Cuál es el objeto de la encarnación de los espíritus?

«Dios se la impone con el propósito de hacerlos alcanzar la perfección. Para unos constituye una expiación; para otros, una misión. Pero, para llegar a esa perfección deben sufrir todas las vicisitudes de la existencia corporal: en ello reside la expiación. La encarnación tiene asimismo otra finalidad, consiste en poner al espíritu en condiciones de afrontar la parte que le cabe en la obra de la Creación. Para cumplirla, toma en cada mundo un instrumento de acuerdo con la materia esencial de ese globo a fin de ejecutar, desde ese punto de vista, las órdenes de Dios. De modo que, cooperando a la obra general, progresa él mismo.

A Josephine le correspondió la lectura de la pregunta nº 133:

133. Los espíritus que desde el comienzo siguieron el camino del bien ¿tienen necesidad de la encarnación?

«Todos ellos son creados simples e ignorantes, y se instruyen en las luchas y tribulaciones de la vida corporal. Siendo justo, no podía Dios hacer dichosos a algunos sin penas ni trabajos y, por tanto, sin mérito».

a) Pero entonces ¿de qué vale a esos espíritus haber seguido la senda del bien, si ello no les exime de las penas de la existencia corporal?

«Llegan más pronto a la meta. Además, los pesares de la vida son muchas veces la consecuencia de la imperfección del espíritu. Cuantas menos imperfecciones tenga, tanto menores serán los tormentos que padezca. Aquel que no es envidioso ni celoso, avaro ni ambicioso, no sufrirá los suplicios que de esos defectos nacen».

Tras la lectura de ambos artículos, comenzó un interesante debate en el que cada uno expuso su punto de vista al respecto y efectuó su propia reflexión.

Abrió la charla el inspector René, al comentar que todos estábamos embarcados en la aventura de la vida cuyo puerto final era la perfección y que allí nos esperaba el mismísimo Creador con sus brazos abiertos para felicitarnos por haber cubierto con éxito nuestra larga singladura. También expresó que la dicha que habría de sentirse en tales circunstancias sería ilimitada y que no había palabras adecuadas en el diccionario para describirla adecuadamente.

Su esposa, Constance, en cambio, se fijó más en la idea de separar los conceptos «expiación» y «misión», aunque ambos se hallaran en estrecha relación. Según su criterio, la expiación se correspondía más con los errores que todo sujeto debía ir subsanando encarnación tras encarnación.

—«La madera debe estar bien pulida» —llegó a decir—, y a continuación añadió: «no es posible construir un buen mueble si la madera que se va a emplear no está bien tallada».

Para ella, lo que ocurría con nuestro espíritu resultaba un proceso similar. La expiación se correspondía con todas esas imperfecciones que el alma debía limar para estar en condiciones idóneas de acelerar su progreso. A la par, el espíritu iría desempeñando una serie de misiones a través de las cuales se iría depurando cada vez a más velocidad hasta completar ese largo viaje que su marido había mencionado antes.

El profesor Pierre Guenon, al hablar del objeto de la encarnación, puso su atención en el proceso por el que todo se encadena para concurrir a la evolución de los seres. El experto en literatura hizo hincapié en la ausencia de soledad en los espíritus, es decir, en la disposición divina por la que unos y otros habían de relacionarse necesariamente, pues el Creador había elaborado un sistema perfecto de conexiones en el que hasta el más sencillo de nuestros actos tenía un efecto sobre el prójimo y viceversa. Para él, lo más admirable era admitir la concatenación de causas y efectos, aspecto que el hombre no podía observar a simple vista, pero que

quedaba bajo la mirada afectuosa del Todopoderoso y de sus ejecutores, los nobles espíritus. Monsieur Guenon mostró también su interés por la diferencia de percepción que existía entre las personas y los espíritus más avanzados. Mientras que las primeras aplicaban una vista a ras de suelo con las limitaciones que ello implicaba, los segundos desarrollaban una visión mucho más amplia, como si se encontraran en una especie de colina desde la que divisaban los diferentes eventos de la existencia. Esto les suponía, merced a su trabajo interior, la posibilidad de distinguir las acciones humanas y sus efectos desde una perspectiva superior, mucho más clara. Por fin, Dios, desde un punto cenital imposible de imaginar para nuestra limitada mente, abarcaba todo el aspecto de interacciones que a cada instante se producía en todo el Universo.

Confieso que al escuchar a aquel hombre de la Sorbonne, asentí con mi cabeza por el buen uso que había realizado de aquella preciosa metáfora. Fue una forma inconsciente de reconocer la bella aportación de tan ilustre personaje a aquella asamblea en la que predominaban las ansias por aprender y reflexionar.

Alice tomó la palabra y resumió lo que iba a decir con dos términos: alegría y agradecimiento. Alegría porque Dios nos había creado sencillos e ignorantes pero al mismo tiempo, abriéndonos las puertas de ese anhelado ciclo por el que se nos permitía crecer y crecer bajo el gobierno del mejor timonel: nuestro libre albedrío. A continuación, mi mentora insistió en la satisfacción que le producía el hecho de que el Creador hubiera dispuesto la introducción de mecanismos correctores para aquellos que por una u otra razón se retrasaban en su camino o se estancaban. Era la forma divina de «espabilarnos» para que no nos durmiéramos y prosiguiéramos con nuestra andadura inmortal.

—«Jamás el que cae pierde la oportunidad de volver a levantarse» — declaró madame Leclerc con solemnidad.

Por otra parte, mi mentora expresó que ya no solo al despertarse y al acostarse, sino que en cualquier momento del día había que disponer de una actitud de agradecimiento hacia el Creador, como forma de reconocer su inteligencia y sus disposiciones providenciales. Insistió en que a la persona alegre por dentro le cambiaba el rostro, porque nuestra piel, nuestra mirada y hasta nuestra sonrisa, tan solo reflejaban el trabajo interior que nuestro espíritu había realizado. Por eso, fijarse en la forma en cómo el otro se manifestaba con sus ojos, con sus manos y con sus

palabras, constituía una buena señal para conocer al prójimo y saber así si precisaba de ayuda por nuestra parte o si éramos nosotros los que podíamos solicitarle un buen consejo.

De pronto, se hizo el silencio y hablando de esas miradas que había citado madame Leclerc, todos volvieron su vista hacia mí, como esperando que yo también comentara mi visión del texto leído de la pregunta 132.

Aunque al principio me quedé mudo y no supe ni cómo reaccionar ni qué decir, a los pocos segundos sentí en mi interior como un impulso arrebatador. Fue entonces cuando recordé la metáfora aportada por el profesor Guenon. Reiteré por ello la necesidad de no contemplar los acontecimientos de la vida como algo que solo nos afectaba a nosotros sino al resto de criaturas. También cité la necesidad de ampliar nuestras miras de modo que cuando nos sucediera algo perturbador, no nos centráramos solo en el hecho en sí como algo aislado del resto de aspectos del individuo, sino que tuviéramos la capacidad para elevar nuestra perspectiva unos metros. De este modo, podríamos atisbar un poco mejor la compleja red de causas y efectos que a todos nos afecta.

—C'est magnifique —comentó Alice con los ojos bien abiertos—. Mis bendiciones, joven Philippe. Para ser tu primera intervención, parece que ya has venido «enseñado».

Agaché mi cabeza con la señal del rubor en mis pómulos. Al reflexionar sobre lo que había sucedido, me di cuenta de que ese tipo de contestación tan rápida, tan improvisada, no resultaba habitual en mí. Algo extraño debió pasar para que yo respondiera de esa forma. Quién sabe, tal vez algún espíritu sabio se me acercara y me sugiriera esa respuesta cuando unos segundos antes me hallaba bloqueado por completo. Por supuesto que agradecí las palabras de aquella madame pecosa y de tan noble aspecto. Intuí que ella pretendía motivarme para que continuara con ese camino de esclarecimiento por el que me había adentrado con decisión. Me alegré sobremanera en mi interior, pues pensé que con su ayuda y su guía podría llegar lejos en ese trayecto de autoconocimiento y mejora personal que acababa de iniciar.

Restaba por conocer la opinión de la benjamina del grupo, esa chica que por sus características, no se sabía si vivía aquí o allá, si tenía los pies sobre el suelo o si volaba por la corteza terrenal mecida por dulces sueños espirituales. Así era Josephine, o al menos a mí me lo parecía, una criatura a la que solo le faltaban dos alas y que al contemplarla no sabías si respi-

raba el mismo aire que el resto. Fijarse en ella era entrever una misteriosa mente que vagaba por espacios desconocidos. Su aspecto lechoso, de un blanquecino casi transparente, irradiaba luz desde sus adentros y eso que su piel daba la impresión de no haber recibido nunca los rayos del sol para evitar quemarse. Con su mirada, a menudo perdida entre diversos puntos del espacio, yo no distinguía si realmente ella estaba allí sentada a mi lado atendiéndonos, o si su pensamiento era transportado por nuestros hermanos invisibles hacia zonas recónditas de la otra dimensión. ¿Y si nos estuviera escuchando pero a través del delicado oído de su alma?

—¡Eh, Josephine! —interrumpió mi breve cavilación Alice—. ¿Estás aquí con nosotros, chiquilla?

—Ah, sí, lo siento, deben disculparme —dijo la joven como si volviera a la realidad—. Estaba pensando en la única vez que he estado en la playa. Fue un verano en el que mis padres se acercaron a la Normandía. En esa ocasión, iba yo caminando sobre la orilla apoyada en mis piecitos de cría, me incliné sobre la tierra mojada y me entretuve tomando varios puñados de arena entre mis manos, dejando que aquellos infinitos granos se deslizaran por entre mis dedos hasta que mis palmas se quedaran vacías. Como me llamó mucho la atención aquello que estaba haciendo, continué varias veces con el mismo ritual hasta que mi papá me llamó con su fuerte voz para que siguiéramos con el paseo mientras que el agua fría del océano bañaba mis tobillos. Antes, cuando Philippe estaba leyendo acerca del hecho de concurrir a la armonía en general, sobre el episodio de que los espíritus progresen y a su vez hagan progresar a los demás, me puse a meditar sobre esa curiosa escena de mi infancia y en el efecto que se observaba al agarrar la arena y luego soltarla. ¿Ven? Resultaría imposible enumerar la cantidad de granos que puede contener una playa. ¿Quién podría contarlos? Pues así es el Universo, rebosante de almas y cada una de ellas embarcada en su propia misión. Cada grano es singular pero juntos, unidos los unos con los otros forman la arena y ese es el motivo por el que podemos andar por las playas de cualquier costa. Cada uno es particular pero todos forman un conjunto inseparable, tal y como Dios pretende que actúen sus hijos, o sea, conectados entre ellos. Ya he terminado.

—Hija mía, gracias por tu sugerente respuesta —intervino madame Leclerc—. Caramba ¿por qué tendré la impresión de que tú no eres de este mundo? Lo cierto es que no dejas de sorprenderme cada día que te

veo. Doy gracias al Creador por permitir que tus tíos pudieran traerte a este grupo de estudio. No cabe duda de que serás una luz permanente que alumbra los rincones de esta casa.

Quedaba aún el debate sobre la pregunta 133 de «Le Livre des Esprits», que había enunciado precisamente esa imponderable muchacha que se sentaba a mi diestra. Todavía asombrados por la declaración de aquella tierna mujer de tan solo dieciocho primaveras, fue la médium Constance, su tía, la que empezó en este caso la reflexión.

—De lo expuesto en esa pregunta —manifestó la médium—, me quedo con una gran idea que preside mi vida y que no es otra que la de la justicia divina. Si nos fijamos en el mundo que nos ha tocado vivir, yo que siempre me he considerado platónica, caemos en la decepción, porque en verdad, lo único que contemplamos son sombras, es decir, distorsiones de las verdaderas Ideas que residen en el plano espiritual. Siguiendo esta argumentación, para mí resulta absurdo limitarme a las formas corporales, a la alegría sin sentido o a la tristeza sin explicación. Todo se engarza con causas anteriores. Lo más bello es reconocer que toda criatura parte de cero por voluntad de Dios, que nadie inició su ruta con ventajas ni cuenta con ayudas especiales por ser uno u otro. No existen los favoritismos en el pensamiento divino sino tan solo la perfecta ecuanimidad, la justicia. Eso nos abre la puerta hacia el horizonte más intenso, que es saber que únicamente cada espíritu determina con sus actuaciones la velocidad de su crecimiento. Por eso, yo me siento muy agradecida y me abandono a la voluntad del Todopoderoso, a sabiendas de que aunque me equivoque, Él siempre sabrá regalarme otra oportunidad para rectificar y reemprender así mi camino.

A continuación, tomó la palabra su esposo, el inspector Badou:

—Esta lectura me ha recordado a un compañero de la policía al que en mi opinión, solo cabe compadecer, pues desea mantenerse sordo a cualquier consejo que pueda aliviar sus constantes tribulaciones. Veréis, no es un mal agente ni mucho menos, pero hablar con él un minuto es escuchar una queja detrás de otra. Se lamenta de su mujer porque no lleva los asuntos de la su casa como a él le gustaría, se queja de sus hijos porque precisan de muchos cuidados y se llevan buena parte de su sueldo, también gime contra sus vecinos por maleducados y ruidosos, incluso de sus propios padres por no haberle otorgado una mayor herencia al morir y haberla tenido que compartir con muchos hermanos y por último, protesta asi-

mismo de su trabajo, porque según su criterio cada vez proliferan más los delincuentes pero hay menos policías de servicio para combatirlos. Por quejarse, lo hace hasta de nuestra Revolución, pues este hombre suele comentar con aspecto enfadado que ese acontecimiento histórico debería haberse producido cien años antes, para que en la actualidad hubiera menos tiranía de los poderosos y más capacidad de decisión depositada en la gente sencilla, en el pueblo, al que él pertenece y con el que se identifica. Si sube el precio de la patata se pasa todo el día diciendo «¿dónde iremos a parar?» pero si baja, expresa igualmente su disgusto porque seguro que aquella es de peor calidad. Yo, a veces, tengo que hacer un esfuerzo por prestarle atención pues en cuanto le ven, el resto de compañeros huye despavorido para evitar su discurso catastrofista de cada día. Creo que su actitud es idéntica en casa, por lo que siento verdadera lástima por esa familia y por el calvario por el que estarán pasando tanto su esposa como sus hijos. Con todo esto pretendo decir que existen determinadas personas que caminan desnortadas por el sendero de la vida, pues tan solo emplean su tiempo para quejarse de todo. Seguro que si buscaran con ahínco algún aspecto positivo las cosas les irían mejor. Sin embargo, mi compañero solo posee ojos para lo adverso, se obsesiona con el pesimismo y es seguro que deja pasar ante su vista numerosas oportunidades de progreso. Para él, Dios es una especie de dictador que ha situado en este mundo a las criaturas para sufrir, desde que lloran en cuanto nacen hasta que se despiden de este «valle de lágrimas» entre estertores y jadeos. Hablarle a ese sujeto de la ley de merecimientos es como intentar explicársela a un muro de piedra. Si por él fuera, todo debería ser gratuito, nada debería obtenerse mediante el sacrificio y la existencia debería ser mucho más sencilla y llevadera de lo que resulta. Y sin embargo, queridos amigos, ya veis que no es así y lo cierto es que la realidad no funciona de esa manera. Parece evidente que habita en nosotros la facultad para acortar o alargar los pasos de nuestra evolución, pero para mí es diáfano que sin esfuerzo, es decir, sin acumular méritos... ¡cómo entonces podríamos alcanzar satisfacciones! Si nuestros problemas no existieran o si alguien se encargara de resolverlos por nosotros... ¿cómo haríamos para aprender, para avanzar? Sería absurdo. Por eso es preciso admitir la necesidad del trabajo y del afán de superación como únicas armas que nos van a servir en este campo de lucha que supone el subsistir en el día a día para acercarnos a cada jornada un poco más a los designios de Dios.

Recordando la triste figura de mi camarada y su empeño irracional por pretender alterar la realidad para acomodarla a sus deseos, me reafirmo en el pensamiento de que hay que desterrar las quejas a toda costa y reconocer que estamos aquí en misión. Nuestra dicha, tras la desaparición de este almacén orgánico destinado a convertirse en polvo, va a venir dada en función del tiempo aprovechado en este exilio de años que supone nuestro paso por la dimensión física.

—Qué bella reflexión, René —intervino Alice con una sonrisa en sus labios—. Es cierto, sin trabajo no hay méritos. Conuerdo plenamente con lo que has expresado. Yo me pregunto: ¿cuántos de nuestros males no son achacables en exclusiva a nuestra actuación pasada, a un ayer colmado de errores y de decisiones tormentosas? Las deudas no solo se contraen sino que hay que pagarlas a su debido plazo. No queda alternativa. La contabilidad divina al respecto es perfecta y no admite trampas ni demoras injustificadas. Demos gracias por todo lo que contemplamos, a pesar de las aparentes desigualdades. El sistema que regula nuestro progreso cuenta con el respaldo del Creador. Mi mayor tranquilidad se sitúa en que Él lleva actualizadas todas las cuentas de sus hijos, de lo que das y de lo que recibes, sin excepción. Solo cuando hayamos rasgado la cortina de nuestra ignorancia estaremos en disposición de observar la luz primigenia de la Verdad, esa por la que todos suspiramos pero que solo se puede vislumbrar a través del quehacer diario y por ende, de nuestra entrega al prójimo. Ya han transcurrido muchos siglos desde la llegada del Maestro de Nazaret y sin embargo, ninguno de sus preceptos ha sido superado o se ha visto alterado por el simple paso del tiempo. Su enseñanza fue tan actual en su momento como lo puede ser en la época en la que vivimos y abarca a todo el mundo, porque su mensaje no iba destinado a un pueblo sino a todos los habitantes de este planeta. La pervivencia de su doctrina demuestra que el Padre hablaba a través de él. Solo la Verdad permanece y esta nos dice que únicamente librándonos de nuestros defectos y puliendo nuestras más excelsas virtudes es como nos vamos a acercar poco a poco a la sublime presencia del Creador de todo lo visible e invisible.

—Al deliberar sobre esta cuestión —intervino el profesor Guenon—, siempre me viene a la mente el recuerdo de mis alumnos universitarios. Todos están ya en La Sorbonne, con lo que esta circunstancia conlleva, pero existen unos cuantos que no pierden la ocasión para tratar de influirme a la hora de anotar las calificaciones finales del curso. Algunos se

buscan una y mil excusas para alegar en su «defensa» que no han podido estudiar la biografía de un autor o revisar a fondo tal obra de un período literario determinado. Queridos amigos aquí presentes: soy el primero en advertir su contrariedad por la cara que debo ponerles pero dentro de mis atribuciones como evaluador, no puedo ejercer como árbitro injusto ni tampoco puedo valorar como igual al sujeto que se ha esforzado y al que ha ido a buen ritmo durante el curso académico, que a aquel otro que a última hora despliega su papel como «tramposo», es decir, alguien que trata de esquivar los obstáculos de la asignatura a través de las artimañas. Este razonamiento es de pleno sentido común. Como convendréis conmigo, no puede obtener el mismo premio el joven sacrificado, el fiel estudiante que ha asistido regularmente a clase y que ha dosificado su labor de aprendizaje, que aquel otro que ha dejado su tarea para los instantes finales, que se ha desentendido durante la temporada de seguir un orden en su preparación y que por último, aspira a recibir la misma recompensa por su dejadez cuando ha descuidado sus quehaceres a lo largo de toda la fase previa. ¿No fue acaso el mismo Jesús el que estableció que «a cada uno se le daría según sus obras»? ¿No es esa es la verdadera esencia de la justicia divina? El reflejo de ese mundo estudiantil está en la calle ya que los individuos que acuden a la universidad provienen de la sociedad y por tanto, presentan las mismas virtudes y defectos que observamos asimismo entre la población en general. Está en nuestra mano la capacidad para actuar con justicia hacia los demás y también hacia nosotros mismos, sabiendo de antemano que la perfecta equidad solo la alberga Dios y que Él, deslizándolo en nuestra conciencia mediante su dulce eco, nos dice que únicamente a través de la labor sacrificada veremos algún día brillar nuestra estrella entre los espíritus más adelantados. Valga el contenido de la pregunta 133 de «Le Livre des Esprits» para que tengamos pleno conocimiento de en qué escenario nos movemos y hacia qué fin deben dirigirse nuestros pasos.

—Gracias de todo corazón, Pierre —expuso madame Leclerc —, por tu maravilloso aporte. Ya veo que eres un magnífico profesor en todos los sentidos. Bueno, veamos, los dos nuevos, que siempre se rezagan en su intervención. Supongo que nadie os habrá comido la lengua.

—Tienes mucha razón, Alice —comenté—. Me suelo quedar de los últimos a la hora de participar en este interesante debate porque nunca estoy del todo seguro sobre si mi reflexión va a ser o no la adecuada.

Quizá por ello me lo piense mucho antes de contestar, pues me siento un poco avergonzado por dentro.

—Muchacho, no pienses así —respondió mi mentora envolviéndome con la calidez de su mirada al tiempo que abría sus manos en dirección a mi rostro—. En esta asamblea son bienvenidos todos los testimonios, con independencia de la edad o la experiencia de quienes emitan su parecer. Cualquier opinión resulta enriquecedora si procede de tu corazón, si es respetuosa y si contribuye a que todos medremos como personas. Adelante, queridos jóvenes, aguardamos con interés vuestros comentarios.

—Perfecto, Alice —alegré con decisión—. Creo de verdad que los miedos han de perderse entre amigos, en medio de una reunión donde impera un ambiente de comprensión y de apoyo mutuo entre sus miembros. Así lo digo porque así lo noto en mis adentros, al haberme sentido acogido aquí como un hermano más pese al escaso tiempo que llevo acudiendo a esta casa. Sabios mensajes se han expuesto sobre la mesa. ¿Qué más cabe añadir a lo que se ha dicho? Solo se me ocurre hacer mención al anuncio de esperanza que el Espiritismo nos enseña. Perdonad que me refiera a mi caso, pero yo era hace tan solo unas fechas un despojo de ser humano, me sentía como la pieza de una máquina estropeada que es preciso cambiar y que ya no sirve para nada al ser arrojada a una dependencia oscura donde se acumula como chatarra. Me contemplaba a mí mismo como alguien que había perdido la ilusión por seguir luchando, como si ya no tuviera más funciones que cumplir y al igual que esa pieza desgastada, careciera de total operatividad. Y sin embargo, gracias a los consejos de un amigo, fue conocer a madame Leclerc para que mi devenir cambiara. De pronto, ya no me percibí más como un objeto inservible. A pesar de la desgracia tremenda que para mí había supuesto la pérdida de mi joven esposa, la vida seguía teniendo muchos motivos para continuar viviéndola. Por eso estoy aquí, porque he asumido el reto de vencer a mi pasado y de no desmoronarme ante los embates del destino. ¡Qué gran verdad es que a veces los golpes de la fatalidad sirven para tomar rumbos antes inimaginables! Ese proceso de evolución exige lo mejor de la persona y mientras que uno lucha por superarse no hay ocasión para caer ni el desánimo ni en la desesperación. Se me ha invitado a salvar una gran prueba y aunque aún siento por dentro la pesada carga de la soledad, le pedí a Dios otra oportunidad para albergar esperanzas y Él me la concedió sin demora al permitir mi encuentro con Alice, con vosotros y con esa maravillosa doctrina que

hace ver a los ciegos y escuchar a los sordos. Bien sé que no es la vista de sus ojos la que se ha abierto ni sus oídos los que se han recuperado sino las facultades imperecederas de sus almas. Por eso muestro mi más sincera gratitud a los aquí presentes, pues me habéis aceptado como si fuera de vuestra familia y desde luego a los moradores del plano invisible, pues ellos velan por el cumplimiento de nuestras respectivas misiones. Desde mi interior y ya que no puedo verles, les pido que me proporcionen el apoyo suficiente para continuar firme en la dura lucha que supone el enfrentarse cada día a los retos que la misma vida te exige. Es tan sugestiva para el alma la recompensa que recibiremos si cumplimos con nuestros desafíos, que merece la pena levantar la vista y proseguir con el camino sin desfallecer. Por último, pido por el resto de componentes de esta noble reunión, a fin de que nos mantengamos confiados y unidos. Intuyo que nuestro vínculo será nuestra fortaleza.

Un silencio sepulcral se hizo en la habitación. La atmósfera resultaba tranquila pero por otra parte, existía expectación por escuchar a la menor del grupo, la dulce Josephine. De pronto, giré mi cabeza ligeramente hacia mi derecha y mi mirada captó un gesto extraño y a la vez familiar en el rostro de la muchacha. Los ojos de esa chica de dieciocho años se cerraron y fue el instante en el que tuve la seguridad de que algún espíritu se le estaba aproximando y hablaría a través de su garganta. Una voz potente, de tono grave y reconocible como la de Cédric se dejó oír, como si el eco que resuena en las montañas penetrara por nuestros oídos.

—Os envió un fuerte abrazo a todos, compañeros de ruta. Permitidme que haya utilizado los órganos de esta joven para ofreceros mi fraternal saludo y transmitir os un mensaje de esperanza. Escuchad: los tiempos reveladores que podéis percibir con vuestros sentidos y entender con vuestra razón ya han empezado, pero como sucede con todo lo nuevo, fuertes adversarios que se hallan aferrados al más puro materialismo se opondrán a ello y extraerán argumentos de la nada para desprestigiar las enseñanzas provenientes del más allá. Pese a todo, confiad en nuestro testimonio, porque aquellos que se sitúan por encima de nosotros son claros: quieren que la Tierra se transforme, pero aguardad con paciencia, porque esta ingente labor no será obra de un año, ni siquiera de un siglo. La roca del carácter humano es dura y hacen falta muchos embates del mar para que aquella se erosione y deje por fin traslucir, la parte espiritual que las criaturas llevan dentro. Vendrán tiempos difíciles para vosotros,

en los cuales os sentiréis atacados y vilipendiados, mas no os preocupéis, porque si perseveráis, triunfaréis. Al igual que sucedió con el cristianismo primitivo, a la nueva doctrina le costó un gran sacrificio imbricarse en la sociedad de la época, pero al final se reconoció la grandeza del hombre de Nazaret y de sus palabras. Esto, como comprenderéis, no guarda relación con lo acometido por las estructuras de poder que en diferentes momentos de la historia, han pretendido valerse de ese magisterio para objetivos que nada tienen que ver con lo enseñado por el hombre de Galilea. Por eso yo os digo que seáis siempre fieles a su mensaje y jamás os equivocaráis, porque en él está contenida la doctrina de Dios, aquella que transforma la oscuridad de las tinieblas en la luz más refulgente. Confiad en nosotros y seguid trabajando. Los resultados irán acordes al esfuerzo realizado. No hay atajos en este sentido y a la tarea bien hecha siempre le corresponden unos resultados visibles, aunque no siempre se puedan observar en el corto plazo de vuestras miras. Por último, os traigo una gran noticia que habrá de reforzar la labor de consolidación y divulgación del Espiritismo. En breve, una nueva obra de nuestro enviado, Monsieur Kardec, saldrá a la luz y contribuirá con ello a seguir difundiendo el mensaje de los habitantes del más allá y en especial, el cómo y el porqué de las comunicaciones con los espíritus. Respirad aliviados, hermanos: nosotros, ocupantes del otro plano, hemos sido los portadores por delegación de la voz del que todo lo ve y todo lo siente. Como fieles transmisores, nuestro esfuerzo se centra en divulgar la llegada de los nuevos tiempos entre aquellos que presten sus oídos a la alegría y la esperanza. Tened claro que el que escuche desde su corazón esta enseñanza, ganará en ilusión y ampliará como nunca su perspectiva sobre la vida. Me despido ya: sed ejemplos de virtud y que el noble trabajo que lleváis a cabo en esta casa se traduzca en buenas obras para con el prójimo. Solo así iréis en consonancia a la filosofía que se os anuncia y que regenerará al hombre desde su raíz. Os doy mucho ánimo. Sabed que contáis con nuestro apoyo. Adelante, pues.

Las palabras de Cédric traspasaron mi corazón. Una fuerte impresión se apoderó de todo mi ser. Me puse a sollozar casi en silencio, preso de la emoción, mientras contemplaba el inmaculado rostro de Josephine, la cual parecía no darse cuenta de lo que había pasado. No sé qué tiempo permanecimos callados, como si cada uno de los allí presentes estuviera analizando en su interior el significado del mensaje tan conmovedor lanzado por aquel espíritu. Después de aquella breve revelación, necesi-

tábamos digerir lo que se nos había expuesto. ¡Qué alegría me provocó saber que estábamos tutelados por aquel ser tan celestial! Intuí que su presencia implicaba un gran apoyo, una llamada que nos iluminaría con sus proclamas, un sostén para elevarnos el ánimo en los momentos más dificultosos y por último, un gran estímulo para mantenernos vivos en nuestro afán de superación.

Poco después, ya recuperados de la experiencia, pudimos bajar a la calle y tomar algo en un café próximo, lo que constituyó una magnífica oportunidad para intercambiar impresiones y estrechar nuestros lazos de amistad. Poco a poco, nos íbamos conociendo cada vez más, algo que reforzaría nuestro vínculo como amigos y como criaturas en pos de la evolución.

10

ENCUENTRO CON KARDEC

Transcurrió algo más de un mes y los acontecimientos se sucedieron. Bien es cierto que me encontraba mejor, pero cada vez que me acostaba solo o que paseaba junto al Sena sin poder llevar cogida de mi mano a mi añorada Juliette, era como un latigazo propinado en mis carnes abiertas. Mas tenía que sobreponerme y continuar mi camino aunque fuese en soledad. En aquella época, mi integración en aquel grupo de personas espiritistas y las charlas semanales que con absoluta puntualidad mantenía con madame Leclerc eran mi auténtico sustento para recobrar una confianza en mí mismo que había estado bajo mínimos.

Una tarde, tomando una reconstituyente taza de café en casa de mi mentora, esta me proporcionó una noticia que solo podía considerar como espléndida. En unos días, estaba convocada una conferencia nada más y nada menos que a cargo de Monsieur Rivail y que se celebraría en la Sociedad Espiritista de París. Aquella versaría sobre la separación del alma del cuerpo en el momento de la muerte física.

—«¡Interesante cuestión!» —me dije a mí mismo al conocer el título de la charla.

Estaba plenamente seguro de que lo que allí se dijera disiparía la tristeza y la incertidumbre de más de uno, como a mí me sucedería.

—Bueno, Philippe, llegó tu oportunidad —manifestó en tono enigmático aquella dama de noble aspecto mientras me sonreía tiernamente.

—Perdona, Alice. ¿Qué quieres decir exactamente con lo de «oportunidad»?

—Pues está claro, mi buen amigo. Lo que pretendo expresar es que me gustaría que me acompañaras a ese evento para disfrutar así de las palabras de Monsieur Rivail en tu grata compañía.

—¡Ay, Dios mío! —exterioricé sin poder disimular mi alborozo—. ¿Qué puedo decir? Es la mejor propuesta que me han realizado en años. Para mí constituirá un gran honor acudir contigo a esa charla y por supuesto, poder escuchar juntos a ese hombre que ha invertido tantos años de esfuerzo y dedicación al Espiritismo y que él mismo se encargó de difundir a través de «Le Livre des Esprits».

—Me alegro mucho por ti. No obstante, lo mejor de la noticia lo he dejado para el final.

—Y ¿qué mejor noticia podría haber que no fuera la de oír frente a frente el discurso de este gran pedagogo?

—Pues acomódate bien en el sillón y sujeta tu cuerpo. Cuando termine con su conferencia, Denizard ofrecerá en una dependencia aneja al salón de actos un pequeño refrigerio al que podremos asistir como invitados. Cuento desde luego con tu voluntad por prolongar tu estancia allí. En cuanto se ofrezca la ocasión, te lo presentaré, de modo que puedas cruzarte unas palabras con él y así conocerle. No te defraudará.

—¡Increíble! Esto es más de lo que aspiraría a conseguir como seguidor del Espiritismo.

—Mira, Philippe, siempre se ha dicho que la primera impresión suele marcar mucho la opinión que nos formamos de una persona en cuanto la conocemos. ¿Sabes por qué no te decepcionará este primer encuentro con alguien de la talla de Allan Kardec? Porque se trata de un ser tan normal que hasta eso mismo te sorprenderá agradablemente. Ten en cuenta que hay gente que cuando se le acerca para saludarle o conversar con él, piensa que se va a encontrar con alguien que no es de este mundo, como si Denizard no anduviera con sus pies pisando la tierra sino como si se deslizara por la misma cual criatura angelical.

—¿De veras que pueden existir tipos con tan poco sentido común?

—Tenlo por seguro y además, lo has expresado muy bien. En estos tiempos locos por los que pasamos, con tanta afición por parte de muchos a los efectos «fantásticos» de las mesas voladoras o a la simple curiosidad por comunicarse con los «muertos», algunos han elevado la figura de nuestro amigo a los altares distorsionando, cómo no, su verdadera imagen. Ya te adelanto que su personalidad no tiene absolutamente nada que ver con la fantasía desbordante de un buen número de personas que confunden en su interior el trabajo bien hecho con un curso de milagros sin explicación aparente. Ah, por cierto, también los hay que están convencidos de que Kardec va a abrir su boca solo para exponer máximas reveladoras o frases similares a las que proferiría un líder religioso o carismático. ¿Comprendes ahora el matiz de la cuestión, mi joven profesor?

—Sí, Alice, creo que empiezo a entender el sentido de lo que me has explicado. Ya me imagino la coyuntura. Tiene mucho que ver con las consecuencias del éxito derivado de la publicación de su libro. Esto me recuerda un fenómeno muy típico. Cuando esperas algo de alguien y no se produce, surge la decepción. Pero claro, la responsabilidad de ese desencanto hay que atribuirla a aquel individuo que por motivos subjetivos se había creado en su mente unas expectativas nada realistas sobre la persona que iba a conocer.

—Sí, así es. De todas formas, cuando llegue el momento, te preguntaré tu opinión y por la impresión que te ha causado Monsieur Rivail.

—¡Cómo no! Cuento ya las horas para asistir al evento y luego poder complimentarle.

—Caramba, no sabes lo que me alegro. Solo hay que mirar tu rostro para darse cuenta de la ilusión que esto te hace. Insisto, amigo: no esperes mucho de ese primer encuentro que sin duda y por el contexto en el que se va a producir, también será breve. Piensa una cosa. Los seres evolucionados no suelen ir acompañados del ruido ni practican prodigios. Tampoco sus palabras son huecas. Hablan lo justo, no malgastan su precioso tiempo y se muestran prudentes y humildes en sus expresiones, aunque te aseguro que sus miradas te atraviesan el corazón. Pero has de ser tú mismo el que experimentes tus propias sensaciones pues todos, por fortuna, somos criaturas diferentes aunque destinadas a un mismo fin.

—Gracias por tus amables consejos, Alice. Los guardaré en mis adentros bajo llave.

Y llegó el ansiado día. Monsieur Kardec subió al pequeño estrado y estuvo casi una hora hablando sobre lo que podríamos considerar el estado «post mórtem» de la persona o dicho de otra manera, qué sucedía de inmediato tras la muerte física del sujeto. El público permanecía silencioso, no se oía ni el zumbido de una mosca, tal era el interés que el discurso estaba despertando en el auditorio. Unos, quizá los más versados, se dedicaban a asentir con sus cabezas, como manifestando su completo acuerdo con el mensaje que escuchaban mientras que el resto de concurrentes, tal vez más inexpertos en la materia, ponían expresión de asombro al tiempo que procuraban no perder detalle de cuanto decía el profesor de Lyon.

Yo no sabía a qué grupo adscribirme pero lo cierto es que mantenía todos mis sentidos puestos en el discurso. Aunque la mayor parte de lo expuesto lo conocía porque había quedado escrito en «Le Livre des Esprits», no era lo mismo leerlo en unas páginas que escucharlo de viva voz y en aquel magnífico escenario que resultaba la Sociedad Espiritista de París. No olvidaría aquella disertación en mi vida, pues cada una de las frases de Kardec se repetía en mis adentros golpeando mi conciencia para que despertara al verdadero sentido de la existencia. Esa sí que era una buena motivación para asistir a una conferencia.

¡Qué espectáculo para nuestras mentes atribuladas, para esos cerebros tan aferrados al más acá y tan olvidadizos con el más allá! ¡Qué ilusión me produjo escuchar varias veces que estamos aquí de paso, que esta no es nuestra auténtica vida sino tan solo un campo de pruebas a través del cual evolucionamos! ¡Qué consuelo oír que tras el óbito, se nos evaluará en función de nuestros actos, nada de azares o casualidades, sino únicamente por lo realizado! Era como si la justicia del mismísimo Dios en forma de mensaje hablado hubiera penetrado por las ventanas de aquella estancia de la Sociedad Espiritista de París. Por el hecho de haber estudiado «Le Livre des Esprits» y de entender lo que aquellas palabras significaban, mi ser más íntimo se trasladó hacia planos más elevados.

Y así fue. Monsieur Kardec no se olvidó de mencionar lo importante que resultaba viajar con el concepto de justicia divina incorporado en el zurrón de nuestras creencias. Y es que no es lo mismo conocer que vas a trabajar en un lugar en el que sabes que se te va a retribuir conforme a lo que hayas hecho, ni más ni menos, que emplearte en un sitio donde crees que según como le caigas al patrón o dependiendo de la fortuna que tengas así resultará el trato dispensado y el salario recibido.

El maestro de Lyon fue muy exhaustivo en su análisis del regreso de la vida física a la espiritual. Reiteró cómo el espíritu, tras romper ese vínculo obligado y necesario con el vehículo corporal, retornaba a la dimensión que le resultaba propia. Insistió en cómo conservamos nuestra individualidad, por lo que nada cambia porque el organismo se convierta en un puñado de huesos. Por tanto, aquello que hemos aprendido, así como el conjunto de actuaciones acumuladas a lo largo de la existencia y por supuesto, nuestro carácter, nos acompañan tras el túmulo constituyéndose en nuestro documento más fidedigno de identidad, aquel por el que nos reconocerán los habitantes del mundo «invisible».

Asimismo, comentó cómo las almas recién incorporadas al otro lado, se vestían con el traje que les resultaba más adecuado para su nueva ubicación: para ello, manipulaban y modificaban la forma de sus periespíritus, ajustado no solo a la atmósfera en la que se desenvolvían sino también en consonancia al mayor o menor grado de adelanto intelectual y moral alcanzado durante su trayecto por la materia. A veces, ni siquiera poseían conciencia de ese proceso pero su nuevo atuendo concordaba a la perfección con la personalidad esculpida al son del cincel de los actos realizados.

También habló de una cuestión por algunos ignorada pero demostrada una y otra vez por el incesante testimonio de los que nos habían precedido en el tránsito: nada tangible se lleva el alma consigo tras exhalar el cuerpo su postrer aliento, salvo los recuerdos sobre cómo fueron sus acciones y las consecuencias que de estas se derivaron. Este matiz, difícil de asimilar para los que solo contemplan la evolución desde la percepción material, es desvelado por completo tras la muerte, cuando el sentido de la vista ya no depende del funcionamiento de una retina que reciba las impresiones luminosas, ni de un nervio óptico que las transmita y desde luego, de un cerebro que interprete esas señales. Ya no hay más ojos marrones, verdes o azules, tan solo el ojo del espíritu, aquel cualificado para entender el terreno en el que ahora se mueve y las cosas del otro plano que ahora es capaz de «ver».

¿Qué era pues la existencia humana salvo un brevísimo soplo de aire que debíamos aprovechar como enseñanza y como laboratorio para experimentar nuevos pasos por nuestro recorrido inmortal de progreso? ¿Acaso no percibe el hombre en su vejez un anticipo de lo que es su camino imperecedero al echar su vista atrás y caer en la cuenta de que su vida ha declinado mucho más rápido de lo que pensaba? Esa es la lógica de la

conocida expresión que alude a que la vida transcurre como un suspiro. Otra vez, el saber popular se imponía a los argumentos de los orgullosos, los cuales no deseaban reconocer que vivimos para continuar con el aprendizaje de un curso sempiterno en el que uno no deja de instruirse a través de la cadena bien anudada de acciones y reacciones.

El espíritu humano, en sus ansias por avanzar, en su motivación por perfeccionarse, había de dominar una serie de sucesivas lecciones que aumentaban en complejidad conforme iba educándose y alcanzando un conocimiento más exacto de la razón esencial por la que estaba aquí. ¿Por qué iba a resultar este fenómeno diferente al apreciado por el universitario a lo largo de las lecciones que debía asimilar hasta lograr su doctorado?

Entre los presentes a la excelsa conferencia, nadie podía ignorar que el alumno tan solo recibiría buenas calificaciones una vez que se hubiera formado y puesto en práctica los conocimientos memorizados. ¿Alguien iba a resultar tan ingenuo como para pensar que los exámenes de la vida se aprobarían mediante la ociosidad y la inactividad?

Mi admirado Denizard Rivail demostró con sus palabras cómo no había que dramatizar con la cuestión del tránsito, pues lejos de constituir la tragedia narrada por muchos, lo único que venía a implicar era la ruptura de ese lazo que había mantenido atado al espíritu a la dimensión de la carne. Esa salida se hallaba inevitablemente relacionada con lo realizado en los años vividos en la sustancia corporal. Quedaba meridianamente clara la estrecha vinculación entre cómo el sujeto se había desenvuelto durante su periplo terrenal y las primeras experiencias con las que se topaba nada más «desencarnar». Así se explicaba la conocida experiencia de las declaraciones efectuadas por los buenos espíritus que nada más abandonar este plano, se encontraban con antiguos familiares o amigos que corrían dichosos a expresarle su enhorabuena por las acciones emprendidas y por su feliz retorno a la patria de la que un día salieron con billete de vuelta.

Otra vez la ley de causas y efectos se hacía patente entre el auditorio, al manifestarse la justa correspondencia entre los méritos acumulados y la recepción que nos esperaba en el más allá. Para terminar, el insigne pedagogo desarrolló una brillante disertación sobre el tema de la turbación, ese período de desconcierto que acompaña al alma tras su adiós a esta hacienda y que resulta tan cambiante tanto en su intensidad como en su duración en función del grado de elevación del propio espíritu. Como era de lógica, el escaso adelanto moral e intelectual de la persona siempre

dificultaba el tránsito y por tanto, hacía más penoso y extenso el proceso de turbación.

Una de las reflexiones más claras de aquel fenomenal magisterio que mi mente extrajo fue que actuáramos en vida de la mejor forma posible, que aprovecháramos el maravilloso tiempo que se nos había regalado, que aceleráramos nuestro caminar a lo largo de esa amplia ruta de aprendizaje a la que estábamos sometidos, en definitiva, que cumpliéramos con la misión que cada uno tenía encomendada. Esa sería la mejor garantía para afrontar de la manera menos desconcertante el proceso de turbación subsecuente a la muerte física. ¡Qué mejor manera de asegurar un tránsito rápido y de adelantar la esplendorosa contemplación de la luz espiritual, que acometer nuestro destino como almas plenas de vitalidad! Definitivamente, éramos jinetes que debíamos tomar las riendas del caballo de nuestro destino para galopar con él de modo firme, conquistando a cada paso nuestros objetivos de evolución. En mi opinión, creo que los asistentes al evento sacaron una conclusión similar a la que yo había alcanzado.

Lo más edificante de aquella conferencia resultó que Monsieur Rivail no solo expuso un sólido conocimiento sobre el fenómeno del paso del óbito a la otra vida, sino que cada explicación venía acompañada por los testimonios de ultratumba aportados por los habitantes del otro plano y recogidos en diversas sesiones espiritistas. ¡Qué mejor método para asimilar esa trascendente información que la de escuchar las manifestaciones aportadas por los propios espíritus, testigos directos de cómo había sido su tránsito hacia el más allá!

Recuerdo a la perfección las últimas palabras pronunciadas por Kardec. Efectuando con sus ojos un recorrido visual por todo el público, quiso concluir su charla invitando a todos los presentes a trabajar por su propio mejoramiento como medio de obtener la mejor «muerte» posible.

—«Y ahora, queridos amigos, una vez terminada mi exposición, es hora de ponernos manos a la obra para que todo lo dicho no quede en un mero riachuelo que a la postre se seca porque no recibe nuevas aguas provenientes del manantial de nuestras buenas acciones. ¡Que los buenos espíritus nos acompañen en nuestro periplo por la existencia y que todos nos hagamos acreedores de ello!» —expresó con rotundidad aquel hombre, justo antes de bajar de la tarima acabando así con su discurso.

El aplauso resultó atronador. El conferenciante había triunfado, pues había conducido a su auditorio a un estado de absoluta concentración, pero sobre todo, de comprensión. Y es que no basta con poseer un amplio campo de conocimientos sobre una materia, sino que hay que saber transmitirlos, comunicarlos a un público expectante que espera de uno respuestas a los interrogantes más esenciales sobre la vida. La atmósfera que se respiraba había pasado de la expectación a la esperanza, lo que de por sí constituía una magnífica noticia. La muerte, ese fenómeno tan indiscutible como seguro hacia el que nos acercamos nada más nacer, había sido descrita como un proceso natural, alejado del dramatismo con el que muchos solían observarla. Esa cacareada palabra llamada «nada» y ese «vacío» aterrador tan propio de los materialistas, habían sido derrotados por la ilusión, por el anhelo razonado en que la vida proseguía aunque fuera en un escenario distinto. Se trataba tan solo de un paso, importante desde luego, pero uno más en nuestra infinita ruta de perfección. ¿Por qué temerla pues, si además de inevitable constituía una liberación para el alma de la pesada carga que la unía a la carne? De todo lo oído, ya no cabían dudas: al espíritu le resultaba mucho más penoso y sacrificado el tener que regresar a su vínculo con un organismo en la reencarnación que su escapada del mismo a través de la muerte. ¡Dios mío, qué tranquilidad para la conciencia saber de estos temas conociendo que la información había sido proporcionada por los mismos actores del proceso!

Reflexionando sobre el acto al que había asistido, la ponencia tuvo un aspecto más que curioso. Yo había oído que al público en general se le conquistaba a través de las grandes soflamas, en las que se incidía mucho en el aspecto emocional que todos poseemos, sobre todo cuando nos hallamos congregados en grupo. Lo particular de aquella reunión desarrollada a lo largo de una hora es que aquel hombre que había hablado tocó tanto las fibras de mi alma como las del resto de asistentes a través de la razón. ¿Constituía este fenómeno una contradicción? En absoluto. Todo lo que Kardec había dicho se refería a un instante supremo, aquel que nos anunciaba el porvenir de los convocados a la conferencia, pero poseía tanta racionalidad que no solo me resultaban válidos sus argumentos sino desde luego convincentes. A través de la voz de Monsieur Rivail, supe que los planes de Dios para con todos sus hijos se hallaban plenos de sabiduría y de la más resplandeciente justicia.

Tras unos minutos de espera en los que buena parte del auditorio se disolvió y salió a la calle, unas cuantas personas permanecimos allí dentro y fuimos invitados a pasar a una dependencia aneja. Tal y como me había adelantado Alice, se llevaría a cabo una reunión informal entre los más íntimos, reconfortados gratamente por la presencia de algunas bebidas y de unas ligeras viandas ya preparadas de antemano. Al poco, mi mentora, de la que no me separaba ni medio metro, se acercó a Allan Kardec para saludarle:

—¡Denizard! ¿Cómo estás?

—¡Ah, qué alegría, madame Leclerc! ¡Cuánto tiempo! Estoy bien, merci. Esta lucha me da fuerzas. Hay que continuar hacia delante, es mi sino. Ya lo sabes.

—¿Y Amélie? No la he visto esta tarde por aquí.

—Es cierto. Se quedó hoy en casa, Alice. Verás, tenía un poco de fiebre y amenazaba lluvia. A su edad tiene que cuidarse. No quería que se arriesgara a un empeoramiento.

—Entiendo. Dale efusivos recuerdos de mi parte. Por cierto, te voy a presentar a un joven que lleva poco tiempo con nosotros pero cuya labor promete. El Espiritismo necesita mentes brillantes como la suya, marcadas por el firme compromiso de la mejora. Él es maestro en «La Cité», junto al Sena. Su nombre es Philippe Bruné.

—¡Ah, encantado, Philippe! —expresó Rivail mientras me tendía amistosamente su mano—. Es un placer que gente tan joven como tú se interese por nuestra filosofía.

—El placer es mío, Monsieur Kardec —respondí mientras bajaba ligeramente mi cabeza en señal de respeto—. He oído hablar tanto de usted que no sé ni qué decir. Tenía unas ganas inmensas de conocerle. Le felicito por el éxito de su conferencia. Sus palabras y la forma en que ha expuesto su discurso me han conmovido el alma.

—¡Cómo me alegro por ti, amigo! Si te soy sincero, no soy persona de improvisaciones. Llevaba preparando el contenido de esta charla desde hacía fechas. Después, la motivación por hacerlo bien y la fuerza en tus creencias ayudan a que todo siga el guion previsto. Muchas gracias por tus ánimos. Nunca sobran. Por cierto, profesor, ya que te he visto por primera vez, te voy a hacer una pregunta. ¿Cómo fue que te inclinaste por estudiar este tipo de fenómenos? ¿Sabes? Cada uno de nosotros posee su particular versión de cómo se inició en la doctrina del Espiritismo. A mí

expresamente, me encanta saber el motivo específico que empuja a cada persona a abrazar unas ideas como las que definen nuestra filosofía.

—Uf, me ha dejado usted sin respuestas. Sería largo de contar aunque debo confesarle que no fue una razón alegre ni siquiera una excitación de la curiosidad. Madame Leclerc conoce muy bien mi historia al detalle porque se la relaté el primer día en que nos conocimos. Hasta yo mismo me sorprendí al haberme explayado con ella aquella tarde, cuando lo único que tenía de Alice eran referencias indirectas. Ella fue el pañuelo que enjugó mis lágrimas en aquellas jornadas tan dolorosas para mí. Procuraré ser breve.

—Te escucho, adelante.

—Al poco de casarme, mi esposa falleció de una enfermedad fulminante en mi propio hogar. Cuando ni siquiera había podido consolidar mi matrimonio, roto por la pérdida de la persona que más amaba en el mundo, aquello supuso una auténtica tragedia en mi vida, un golpe tan duro del que pensé que jamás me recuperaría. Era tanta mi pena que no sabía si podría levantarme por las mañanas o si podría caminar por la calle con mi cabeza erguida y no escondiéndome del fantasma de mi desgracia. Mi capacidad de lucha, de ilusión por continuar viviendo se vio muy mermada y algunas noches, soñé con la posibilidad de quedarme dormido para no despertar jamás. Por fortuna, un amigo íntimo me habló de Alice y de sus facultades. Debo admitir que antes de verla, mi principal motivación consistía en creer que ella me pondría en contacto con mi querida Juliette, pues ese era el nombre de mi mujer. Monsieur Kardec, tenía tantas cosas que decirle, me notaba tan angustiado, porque ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme de mi amada cuando exhaló su último suspiro. Estaba tan agotado de velar por su salud que me quedé dormido en una habitación contigua de mi casa. Me sentía tan culpable y tan desolado que una tarde, dándole vueltas al asunto, me arriesgué y me presenté sin avisar en ese magnífico sitio que constituye el domicilio de mi admirada Alice. A partir de ahí, entablamos una duradera amistad que se extiende hasta el día de hoy. Ese fue el momento exacto en el que ella empezó a hablarme de los espíritus y me ofreció la oportunidad de resurgir de mis cenizas al regalarme «Le Livre des Esprits» para que lo estudiara. En ello estoy. Por si fuera poco, mis lazos de amistad con madame Leclerc me han permitido conocerle. ¿Qué más puedo pedir?

—Puede parecer curioso, joven —expresó Rivail mientras llevaba su mano derecha a su barbilla—, pero el Creador tiene infinitas formas de llamar nuestra atención, eso sí, todas ellas bajo el gobierno de la ley de causas y efectos. Te adelanto que en mi caso fue el afán investigador el que «secuestró» por completo mi atención. Un amigo me comentó hace años el interés que le producía el fenómeno de las mesas voladoras, incluso cómo se podían establecer con ellas «conversaciones inteligentes». Ese fue el inicio de mi misión que alcanza hasta hoy y que sin duda y si Dios me lo permite, continuará mañana. Todos estamos llamados a un cometido en la vida. Todo se resume en mostrarse receptivo a los mensajes que la misma conciencia te va enviando desde tus adentros. Los buenos espíritus también participan de esa noble acción que constituye el hacer-nos descubrir en nuestro interior el objetivo primordial por el que hemos encarnado en la dimensión de la carne. Te digo que a veces, las razones por las que cada uno se acerca al Espiritismo pueden diferir tanto como el día de la noche, pero en estos casos lo verdaderamente importante no son tanto las formas como el fondo de la cuestión. Lamento lo que te ocurrió, pero si has meditado acerca de lo que se dice en «Le Livre des Esprits», ya te habrás dado cuenta de que la muerte es tan solo un paso en nuestra dilatada andadura por perfeccionarnos. Bien es cierto que a tu amada le sucedió a temprana edad, lo que puede producir una tremenda desazón entre sus más allegados, pero te aseguro que nuestras fechas de partida se hallan asimismo marcadas. Mientras llega ese instante del retorno a una dimensión que nos pertenece, hemos de continuar con esa lucha inmortal que constituye la evolución.

—Sí, es verdad, Monsieur Kardec. Dios tiene múltiples formas de reclamar nuestra atención. Reconozco que el dolor aún me invade, que la soledad puede convertirse en la peor de las torturas para un ser humano, pero he de admitir que le doy gracias, porque Él me ha abierto las puertas de la comprensión al presentarme a Alice, al permitir mi aproximación al Espiritismo y al concederme la oportunidad de conocerle a usted esta tarde.

—Bellas palabras, Philippe. Pido a nuestros amigos del otro lado, aquellos que permanecen prestos para auxiliarnos cuando observan nuestras tribulaciones o en cuanto les dirigimos una súplica desde el corazón, que te amparen y te infundan valor para superar las pruebas de tu camino. Recuerda siempre que ellos tienden su mano a aquellos que se ayudan a

sí mismos, a los que hacen todo lo posible por ponerse en disposición de ser asistidos. No guardes dudas, profesor Bruné, porque estaré pendiente de tu evolución. En el futuro, me informaré por boca de madame Leclerc acerca de cómo te van las cosas. Por cierto, Alice ¿cómo está el grupo?

—Muy bien. Recientemente hemos añadido dos miembros más. A uno ya le conoces porque le tienes justo enfrente de ti. La otra persona se llama Josephine y es la sobrina del inspector René Badou y de su esposa Constance. Por tanto, junto a Monsieur Guenon, ya somos seis.

—Ah, sí, algo me han comentado de ella. Creo que tiene dieciocho años y que posee unas dotes excepcionales como médium. ¿Es eso cierto?

—Lo es, Denizard, puedes estar seguro —contestó mi mentora con convicción—. Reconocería a una buena médium a varios metros de distancia. Es una chica muy joven y por tanto, de mucho recorrido. Posee un compromiso muy fuerte con el Espiritismo y fue descubierta por una persona de su propio entorno familiar, ya le conoces, su tío René. Sus padres no son muy partidarios de estas cuestiones pero al menos y gracias a la influencia de nuestro querido inspector, le permiten acudir a nuestras reuniones de grupo. Mi buen Laurent ya me ha avisado de que se trata de una muchacha con un potencial increíble de crecimiento y que nos proporcionará múltiples alegrías en el futuro, si ella así lo acepta, por supuesto. Yo, por mi parte, velaré por Josephine y por su avance, al igual que por Philippe. Como es preceptivo, trataré humildemente de guiar sus pasos pero respetando el libre albedrío de cada uno de mis jóvenes tutelados.

—Sin duda, Alice —respondió Kardec asintiendo con su cabeza—. Tengo absoluta confianza en tu labor. En fin, será cuestión de que me presentes a Josephine algún día. Si no me encontrara tan atareado en mis cosas, tendría más tiempo para hablar con más gente... A veces me gustaría desdoblarme para poder estar en varios sitios a la vez, pero mucho me temo que eso no es más que una vaga ilusión. De nuevo, habré de recurrir a lo que mejor se me da, es decir, la disciplina, la organización en mi trabajo, la constancia y una buena dosis de paciencia para saber que hay que ir avanzando paso a paso, poco a poco. Ese es el verdadero método que a mí me funciona, el de la perseverancia en la lucha. En fin, admirada Alice, tú ya no te sorprendes con mis reflexiones porque hace años que nos conocemos.

—Claro que sí, mi buen amigo. Hablas con toda la razón del mundo y con el sello de la inteligencia a tus espaldas. Es la enseñanza que te proporciona tu dilatada experiencia en estos asuntos del más allá y del más acá. Por cierto, Denizard, ahora que recuerdo, unos de nuestros mentores en el grupo, Cédric, nos adelantó el otro día que restaba poco tiempo para que saliese a la luz el nuevo libro. Dime, ¿son ciertas esas previsiones?

—Por completo, ese buen espíritu no se equivoca. ¡Caramba, cómo vuelan las noticias en París! Así es, en cuanto la editorial cumpla con su cometido, «Le Livre des médiums» saldrá a la venta para el público. Esperemos que el proceso no se demore. Hay muchas horas de trabajo invertidas en esa obra, Alice. Dios quiera que tenga el mismo recibimiento tan entusiasta que obtuvo «Le Livre des Esprits».

—Pues sí, ojalá que así sea. De este modo, la divulgación del mensaje de los espíritus podría proseguir con su veloz expansión. Me siento ansiosa por hojear sus primeras páginas.

—Todo a su tiempo, madame, ya sabes que ellos nos guían y marcan los ritmos más adecuados para todo este fenómeno...

—Por supuesto, Denizard.

—Y ahora y si me lo permitís, voy a atender a otros invitados. Ha sido un placer conocerte, Philippe. Y no sabes lo que me alegro de haberte visto de nuevo, mi querida amiga. Que Dios os bendiga a ambos. Esperemos un próximo contacto no muy lejano.

—Que así sea —agregué con toda la naturalidad del mundo —mientras apretaba la mano de Monsieur Kardec.

Así terminó mi encuentro con esa persona, un hecho que a mí me pareció extraordinario, no solo por la excepcional conferencia con la que había deleitado mis oídos, sino porque intuía que detrás de «Le Livre des Esprits» existía un largo y amplio trabajo metódico, disciplinado y perseverante, que solo podía responder a las características de un ser sacrificado como resultaba Allan Kardec. Todo ello respondía a una causa esencial cual era mostrar al orbe el testimonio de los espíritus y su enseñanza primordial, así como la llegada de los novedosos tiempos para la humanidad. De nuevo, como en 1789, aunque en esta ocasión por motivos muy diferentes, París se constituía en el centro del mundo.

AMOR INMORTAL

Y el tiempo, juez supremo e invisible que acompaña al hombre en el ritmo de su devenir, transcurrió. Avanzamos al siguiente año y por fin salió a la luz «Le Livre des médiums». Ahora, en nuestras sesiones espiritistas ya contábamos con otro material que añadir al debate y la reflexión. Qué dimensión tan hermosa y misteriosa nos volvió a abrir el maestro de Lyon, o mejor dicho, todo el conjunto de espíritus avanzados y médiums que trabajaban con él para dar forma a esa filosofía que apretaba tanto nuestros corazones hasta hacerlos vibrar de alegría: el Espiritismo, una doctrina que según comentábamos entre nosotros cambiaría por completo la concepción de la vida en nuestro planeta para una cantidad ilimitada de hombres.

Yo, que asistía regularmente a las sesiones organizadas durante la semana en mi grupo, también era de la misma opinión o al menos había desarrollado la concepción íntima de que así sería. Sin darme casi cuenta, estaba asistiendo al surgimiento de una nueva época espiritual para la raza humana. Nuestras reuniones, en las que participábamos seis personas, continuaron con su labor de estudio y con su trabajo de apoyar a todas aquellas almas que por una u otra razón, acudían agobiadas a aquel

antiguo piso de «La Cité». Con la mejor de las intenciones y nuestra capacidad de análisis tratábamos de reconducirlas, de explicarles su situación actual y de proporcionarles una línea de actuación acorde a su coyuntura particular.

La mayor parte de ellos eran espíritus conflictivos con auténticos problemas de orientación. En unos, la ignorancia reinaba por todos los rincones de su interior o quizá no les había abandonado desde su tránsito al más allá y ni siquiera tenían constancia de lo que les había sucedido, de su radical cambio de escenario. Otros, en cambio, habían desarrollado incluso un peor cariz, pues eran conscientes de lo que les había pasado, es decir, de su traslado desde el mundo de la carne al inmaterial y aun así, se habían rebelado ante este hecho y no lo admitían, por lo que su carga de agresividad y de negatividad resultaba todavía mayor.

Una jornada, ya por la tarde, tuve una experiencia en mi hogar que me hizo reflexionar mucho. Algo estaba cambiando en mi vida, sin duda, o al menos yo así lo presentía. Me estaba preparando para asistir a nuestra acostumbrada reunión semanal, aquella en la que contactábamos con los espíritus que precisaban de nuestra modesta ayuda. De pronto, inmerso en esos pensamientos acerca de qué tipo de almas acudirían en aquella ocasión al piso de «La Cité», algo vino a mi cabeza.

—Caramba —expresé en voz alta mientras dirigía mi vista hacia la luz que procedía de la ventana—. Mañana se cumplirá el primer aniversario del comienzo de mi nueva existencia, o sea, hará un año justo de mi encuentro con Alice Leclerc.

Me alarmé. No era posible lo que yo mismo había afirmado. Siempre llevaba mis cuentas con referencia a la desaparición de Giulette, fecha que se había convertido para mí en la auténtica línea que dividía mi vida: la compartida con ella y la posterior a su ausencia. Pero... ¿cómo era posible que yo hubiera alterado mi criterio? Hasta el día anterior contaba las jornadas comentando...

—«Llevo tantos amaneceres o anoheceres sin Giulette a mi lado».

Esa era la verdadera vara de medir mi tiempo y precisamente en ese momento de reflexión, caí en la cuenta de que había realizado una operación mental ajena a la fecha de despedida de mi antigua esposa.

Tras mirarme reflejado en el gran espejo que Giulette había hecho colocar en nuestra habitación, sufrí una sensación de agudo dolor en la cabeza, como si unas punzadas tremendas me apretaran el cráneo desde

dentro hacia fuera y entonces... recordé. ¡Claro! Ahora estaba seguro de que la noche anterior había soñado con ella y hasta que se produjo la asociación en mi pensamiento con uno de los objetos preferidos que más apreciaba mi mujer, no pude entender que había coincidido junto a Juliette en sueños.

Para un espiritista como yo, ese fenómeno resultaba importantísimo, pues constituía una prueba evidente de que por alguna razón desconocida, ella se me había aparecido o bien había pretendido proporcionarme algún tipo de mensaje. Mi corazón se aceleró, empecé a sudar y noté debilidad en mis piernas. Para recuperarme, no tuve más remedio que sentarme sobre la cama, donde dormía en soledad desde hacía unos trece meses. Por más que apreté mis dedos sobre las sienes, por más que traté de escudriñar ese pasaje concreto del sueño, nada pude hallar, tan solo la reconfortante presencia de su figura en mi imaginación, lo cual significaba mucho para mí. Una impresión agrisada se apoderó de mi alma. Con la confusión instalada en mi mente, di gracias por haber vislumbrado el rostro siempre dulce de mi amada, pero por otro lado, me consumía el hecho de no poder desentrañar qué tipo de comunicación habría traído Juliette consigo.

¡Dios mío! ¿Qué significaba aquello? Si ese fenómeno resultaba tan valioso para mí ¿por qué no podía traer a mi memoria ningún dato acerca del encuentro mantenido? Pero... ¿y si solo nos hubiéramos abrazado sin intercambiar palabra alguna? Quién sabe, tal vez únicamente nos miramos para reconfortarnos...

Con tanto soliloquio se me hizo tarde, tragué saliva, me incorporé y salí a la calle a paso ligero, a fin de llegar con puntualidad al lugar donde se celebraba nuestra reunión. Durante el trecho, opté por lo más práctico: dejé de darle vueltas a ese asunto en mi cabeza para evitar que esta me doliera y decidí quedarme con la gratísima sensación que la contemplación de mi enamorada me había supuesto, como si todos los poros de mi piel hubieran sido atravesados por la radiante luz que su figura despedía. Tal era el arrebato de emociones que su recuerdo aún despertaba en mí.

Cuando llegué a la casa donde los otros compañeros me esperaban, me costaba trabajo disimular mi estado. No me encontraba mal, simplemente para un viudo joven como yo, era difícil de esconder un sentimiento tan profundo como el que había ocupado mi mente desde hacía un buen rato.

—Philippe —comentó madame Leclerc buscándome con su mirada—. ¿Te encuentras bien? Te noto como un poco ido. ¿Debo preocuparme por ti? ¿Te ha ocurrido algo significativo en la jornada?

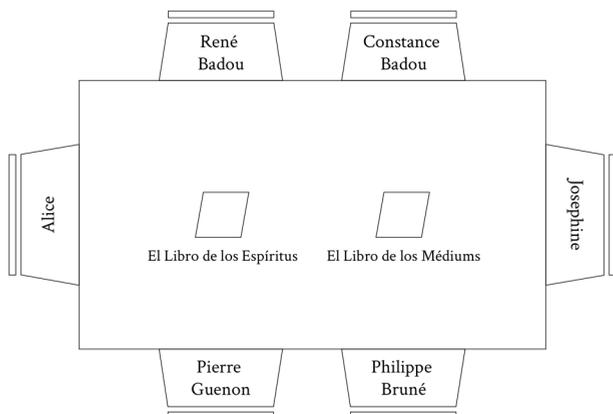
—No, no, Alice, gracias por tu interés —respondí en tono dubitativo—. Debes disculparme, quizá me halle un poco cansado. Lo siento, de veras, pero creo que podré mantenerme atento sin dificultades.

—Si de verdad no te encuentras en condiciones —expuso mi mentora—, eres libre de marcharte. No siempre es posible permanecer en un estado de perfecta lucidez. Estas reuniones, ya lo sabes, exigen lo mejor de nosotros mismos en cuanto a capacidad de atención. Todos entenderíamos que hoy no tuvieras un buen día. Eh, un momento... ¿ese rostro de preocupación tiene algo que ver con que mañana se cumple un año desde que nos conocimos? Es un argumento que se me acaba de aparecer en la mente...

—Creo que sí, Alice, estás en todo. Quizá sea eso, no estoy seguro, pero puede que haya algo más. Pero venga, no me voy a distraer más con ese asunto. No más elucubraciones, me sentaré y trataré de concentrarme.

—Muy bien, mi buen amigo. Entonces, todos dispuestos para empezar. Adelante con la sesión de hoy.

Hasta cuatro espíritus acudieron a nosotros durante un período cercano a las dos horas de duración. Gracias a Dios, no resultaron casos excesivamente complicados y hasta cierto punto, aquellas almas se mostraron colaboradoras y muy receptivas a la hora de escuchar nuestros consejos para orientarlas. Hubo explicaciones de todo tipo para aquellas criaturas del más allá y por supuesto, oraciones de apoyo para que pudieran continuar con su camino. Confieso que me costó concentrarme en aquella bendita actividad, aunque poco a poco y conforme avanzaba la tarde, parece que me recuperé. Fue entonces cuando la voz melodiosa de mi mentora se dejó oír desde el extremo de la mesa más cercano a la puerta de la habitación. Ella siempre se colocaba allí y el resto de miembros manteníamos habitualmente la misma distribución en torno a la robusta mesa de madera.



—Entonces —concluyó madame Leclerc—, queridos amigos de una y otra dimensión, si no hay más trabajo que atender, damos las gracias por su apoyo a los buenos espíritus, a nuestros sabios mentores y al Creador de todas las cosas. Quedamos pues emplazados para la próxima reunión que se celebrará el...

—«Un momento, por favor» —se oyó con claridad en la habitación donde nos encontrábamos—. «No se disuelva aún este noble grupo de personas aquí congregado. Aún no, es mi turno».

Escuché perfectamente una voz femenina, dulce, acogedora, aunque algo temblorosa. Procedía justo de mi parte derecha. No pude evitar mi siguiente movimiento; a pesar de mi concentración, mi sorpresa me empujó a abrir los ojos girando mi cabeza en dirección a ese sonido. Algo me desgarró el alma por dentro.

—¡Dios mío! —me dije en voz baja—. No es posible, no puede ser. Si esa voz es la de mi Juliette...

Cuando mi corazón empezaba a palpar cada vez con más aceleración, la joven Josephine, justo a mi lado, elevó lentamente su brazo izquierdo y con su mano comenzó a tocarme el hombro y luego pasó a acariciar con suavidad el contorno de mi cara, palpando con absoluta calma mis labios, mis ojos, mis mejillas, mi frente y hasta mi cuero cabelludo. Tras unos segundos de gran expectación, como si sus dedos hubieran pretendido recorrer todos los surcos de mi rostro y por ende, de mi atribulada alma, su mano se retiró y Josephine, con sus ojos cerrados y como si estuviera allí pero sin estar allí, volvió a su postura original sentada a mi diestra.

—Querida hermana —expuso Alice mientras miraba hacia el frente—, seáis quien seáis y vengáis de donde vengáis, nos gustaría saber vuestro nombre y escuchar con atención el testimonio que deseéis aportarnos.

—Me siento muy agradecida por vuestra acogida, así como por todo lo que habéis hecho por mi buen Philippe. También quiero corresponder a los buenos espíritus por la atención que me han prestado y por el privilegio que para mí supone, dadas mis circunstancias, el poder hablar ante esta noble asamblea. Mi nombre es Giulette y hace unas cuantas semanas se cumplió un año desde que abandoné vuestra esfera material. Creo que no hace falta decir mucho más de mí porque ya me conocéis, pues yo fui la persona que estuvo casada con mi amor, alguien como Philippe, aquí presente, que se ha integrado bien con vosotros y que participa en el estudio del más allá, aspecto por el que me siento muy feliz.

No sabía dónde meterme. Los nervios me atenuaron el estómago hasta el punto de notar náuseas. Hubiera querido salir corriendo de allí pero estaba claro que una fuerza mucho más poderosa me mantenía agarrado a aquella silla. Tuve tal impresión al distinguir el inconfundible timbre de la voz de mi amada, que numerosas lágrimas empezaron a verterse por mis pupilas. Decididamente, aquella aparición imprevista de mi Giulette en medio de ese escenario, era lo más importante que me había sucedido desde que me dio su adiós. El Creador se había apiadado de mí y ahora, con toda mi atención despierta, tan solo podía permanecer concentrado en el mensaje que ella me ofreciera.

—Mi buen amor —prosiguió el espíritu de Giulette—, me han concedido esta oportunidad para permanecer a tu lado toda una jornada y no sabes la emoción tan intensa que arde en mi interior, mucho más profunda que la que experimentaba cuando podía tocarte con mis manos. La pasada madrugada acudí a tu encuentro, mas no era la ocasión de hablar sino de contemplar cómo dormías en el lecho y poder así abrazarte. Imagina la ilusión que me produjo recordar tantas cosas, tantos recuerdos que nos unían, recorrer cada rincón de nuestro hogar, tantas experiencias vividas en tu grata compañía. Philippe, no llores, por favor... Desde el primer instante en que despejé mi mente, me envolvió por doquier una constante evocación de tu nombre, de tu persona. Lo que ocurre es que conforme el tiempo pasa, los espíritus comenzamos a desarrollar otra visión de los acontecimientos y vamos entendiendo poco a poco la conexión que existe entre los distintos sucesos de nuestro peregrinaje.

Debes comprenderlo, cariño, y más aún con el buen trabajo que estás llevando a cabo con estas buenas personas que te acompañan. Tú sigues con tu cuerpo y con tus ocupaciones, es ley de vida. Y sin embargo, yo penetré en una dimensión en la que todo cambió para mí, donde la desaparición del organismo en el que me alojaba me aportó otra perspectiva. De pronto, surgieron ante mí nuevos retos e inquietudes. Al principio me resultó difícil, lo confieso. Para mí fue extremadamente duro tener que abandonar mi hogar, renunciar a un proyecto de existencia junto a ti, ese que compartíamos, esa maravillosa estancia donde hoy te reflejabas en el espejo que yo encargué hacer... ¿Lo recuerdas, mi amor? Tú lo eras todo para mí y yo tan solo deseaba estar cerca de ti. Fue una época angustiosa para mis adentros pues te buscaba y no te hallaba y cada vez que intentaba acercarme a nuestro barrio, a nuestra casa, una barrera invisible parecía interponerse entre nosotros. Ese muro infranqueable constituía un obstáculo compacto que mermaba mis ilusiones, que me hacía desistir de lo que más amaba con pasión. Ansiaba acercarme aunque solo fuera a tu sombra pues sabía que junto a ella estarías tú. Sufrí mucho, porque aunque no podía verte ni acariciarte, a veces, escuchaba en mi interior el eco de tu cálida voz, como si pretendieras dirigirte a mí y yo no pudiera responderte. Tus pensamientos resonaban en mi conciencia y me decían entre susurros lo mucho que me extrañabas. Dagas afiladas traspasaban mi corazón hasta quebrar mi escaso ánimo. Jamás experimenté en vida física tal tortura, la que suponía para mis castigados oídos el reconocer que me echabas de menos, tanto como yo a ti y sin embargo, una extraña fuerza me impedía besarte, rozar tu piel, tentarte los cabellos... Desesperada, confusa e impotente, una tarde me senté junto al Sena, deseando apaciguar el suplicio de las llamas que me devoraban desde dentro. Pretender verte y no poder alcanzarte, me estaba atormentando. No había luz ni sosiego para un alma como la mía, consumida como un leño seco que se arroja al fuego más crepitante. Cuando más triste me notaba, al no saber qué hacer, algo llamó mi curiosidad. Me fijé en un señor de aspecto maduro, bastante mayor que yo y al que había observado en otras ocasiones transportando personas por el río, pero con el que no había intercambiado palabra alguna. Clavé mis ojos en el perfil de su barca. La silueta de la nave resultaba majestuosa, de un delicado tono de color de madera envejecida, pero lo más asombroso era que surcaba por el río sin emitir ruido alguno, ni siquiera el del chapoteo del agua producido por la

figura del barquero. Salvo a ese hombre de noble aspecto, no podía ver a ningún remero más que dirigiera el rumbo de aquella embarcación. Ya te adelanto, mi amor, que todo sucedió en una porción de segundos. Aquel señor que conducía su barca se dirigió de pronto hacia mí y alcanzándome, me miró fijamente. Ante mi sorpresa, pronunció mi nombre:

—¿Giulette? ¿Sois vos por casualidad la muchacha que se mudó de casa recientemente por unas fiebres y que ahora deambula perdida por las calles del viejo París?

—Confieso que estuve a punto de no responder a aquel entrometido. Me molestó que supiera ese dato acerca de mí, sin ni siquiera haber intercambiado una sola palabra con él. Consideré su acto como una intromisión en mi ser más íntimo. Sin embargo, la inseguridad y la desolación gobernaban mi espíritu, por lo que me vi empujada por mi ansiedad a manifestarle que sí, que en efecto, yo era esa persona que él había mencionado.

—Y vos, ¿quién sois y qué queréis de mí? —pregunté con convicción.

—Joven signora, con todos los respetos, me presentaré. Mi nombre es Giuseppe, de profesión gondolero y me dedico a trasladar a las personas que lo precisan. Así pues, estáis invitada a embarcaros... si queréis, claro...

—¿Cómo decís? Tenía entendido que los gondoleros y las góndolas eran propios de una región de Italia llamada Venecia.

—¡Ah, mi joven amiga! En este mundo existen muchas «Venecias» y muchos canales que cruzar.

—Pero vos no lleváis góndola, signora, se trata simplemente de una barcaza para transportar viajeros.

—Esos son vuestros ojos, signora. Estáis tan confusa que en vez de fijaros en la belleza y en los detalles de mi nave, tan solo contempláis las formas sencillas y vulgares de una barcaza, pero no importa. Cada ser es libre de percibir e interpretar lo que llega a su pensamiento.

—¿Acaso me estáis invitando a realizar un paseo por el río y a bordo de esa nave? Debo aclararos que aunque me veáis joven, soy madame Bruné.

—Poco importan aquí tales distinciones, tan típicas en la dimensión terrenal. Vuestro verdadero valor reside en vuestro interior y no en esas etiquetas que tan solo cumplen con una función social. Sabed que es el compendio de vuestras virtudes el que os proporciona vuestra verdadera filiación. Os puedo asegurar que conozco bien la identidad de todos mis

pasajeros. Es mi obligación y se trata de un trabajo que desarrollo con mucho gusto. Así pues, ¿qué respondéis a mi ofrecimiento?

—Os lo agradezco, *signore Giuseppe*. Sois muy amable, pero no puedo confiar en la cordialidad de alguien a quien acabo de conocer. Por muy educado que os mostréis, para mí no sois más que un extraño. Os pido disculpas. Ahora y si me lo permitís, debo marcharme.

—Acepto vuestra disposición, *Giulette*. He de aclararos que no era mi intención ofenderos sino tan solo ayudaros en este período de turbada soledad por el que estáis atravesando. En cualquier caso, yo cruzo estas aguas todas las tardes. Ya sabéis, si cambiáis de opinión, os reitero mi propuesta. Es fácil que me encontréis por aquí a la hora habitual. Si alguna vez os mostráis interesada, permaneced junto a esta zona del río, que yo os recogeré y os conduciré a un lugar donde os sentiréis mejor.

—Muy agradecida, *signore*. Lo tendré en consideración.

—*Grazie, signora*. Arrivederci.

—Aquel hombre de fuertes brazos y de unos cincuenta años de edad —continuó con su relato *Giulette*—, se despidió de mí inclinando su silueta hacia delante en forma de reverencia, se montó en su barca, dio media vuelta y desapareció en el horizonte. Me quedé muy pensativa. Su ofrecimiento parecía interesante, sobre todo por la gran convicción que exteriorizó con su mirada cuando me planteó la cuestión de mejorar mi estado. Con muchas dudas pero algo más optimista, me levanté del suelo y continué mi camino por entre las calles de *La Cité*. Sin embargo, a esas horas, mi querido *Philippe*, yo aún me hallaba más empecinada en encontrarme contigo, en verte, en abrazarte y charlar de nuestros proyectos, que en ese intrépido viaje que aquel extraño caballero me había sugerido que hiciese. A la jornada siguiente, volví junto al Sena. Me sentía abatida. A pesar de mis esfuerzos por hallar tu rastro, no conseguía localizarte. Definitivamente, todas mis esperanzas por reunirme contigo parecían haberse disipado. Esta vez, en lugar de sentarme al lado del río, me dediqué a pasear cerca de sus aguas. Transcurrido un buen trecho de tiempo, divisé a lo lejos el contorno de la figura de *Giuseppe*, el cual se aproximaba poco a poco al sitio donde me encontraba. El hombre movió su brazo en tono amistoso, a modo de saludo. Yo, por mi parte, levanté ligeramente mi mano para corresponderle. De pronto, comprobé a unos metros de distancia cómo una anciana de paso lento y cansino se preparaba a subir en la nave ayudada por el remero. Entonces, sentí miedo en mis

adentros y me retiré apresurada hacia el interior de la ciudad. Después, una complicada discusión se instaló en mi interior. Múltiples preguntas acudieron a mi cabeza. ¿Quién era aquel individuo? ¿Sería de confianza? ¿Y qué pasaría si accedía a su sugerencia? Tal vez, tras llevarme a un lugar escondido se aprovecharía de mí y yo jamás me perdonaría mi irresponsabilidad ante un desconocido. ¡Dios mío, cuántas dudas cabían en mi pensamiento! Debía tomar una decisión y cuanto antes, sobre todo para no continuar con un debate interno que parecía consumir mis escasas energías. Evalué la coyuntura con detenimiento y por fin alcancé una conclusión: esa noche debía ser la definitiva. Me moví por La Cité y al llegar a una esquina, me detuve justo donde comenzaba la calle donde se emplazaba nuestro hogar. Philippe, te juro que me armé de valor, concentré mis escasas fuerzas y tras tomar impulso, corrí aceleradamente para traspasar esa invisible barrera que en el resto de las ocasiones me había impedido acceder a nuestro hogar a fin de verte. Cerré con fuerza mis ojos y conté hasta tres, tomé aliento y ¡zas!... ¡Qué gran decepción! El mismo efecto negativo de siempre, choque, rebote y vuelta al punto de origen. Resultaba imposible por más que lo intentaba. Me di cuenta de que por mucho que insistiera, jamás podría cruzar aquel muro invisible. Me exasperé, la rabia se apoderó de mí, probé una y otra vez... Por fin, quedé tumbada sobre el suelo, agotada sobre los fríos adoquines de la oscura «rue». Entre sollozos apagados, la indignación fue penetrando a toda velocidad por los resquicios de mi mente, invadiendo mi pensamiento hasta que... tuve una chispa de luz en mi entendimiento y entonces, tomé una decisión firme. Al día siguiente, cuando aquel navegante estuviera presto a volver por el río, llamaría su atención, me dirigiría a su presencia y esta vez, aceptaría su enigmática invitación a dar un paseo por el Sena... Pasadas las horas, ya por la tarde, mi determinación se mantenía tan fuerte como la noche anterior. Mi querido Philippe, escucha bien, me notaba tan exhausta, había realizado tantos intentos infructuosos por dar contigo, por abrazarte, por sentirte cerca... Amor mío, esos extraños ecos de tu voz golpeando las sienes de mi cabeza y yo, desesperada, impotente, sin poder corresponder a los sonos de tus palabras... Acumulé tanta frustración en mis adentros que incluso superé la sensación de miedo a lo desconocido, a lo que pudiera ocurrir tras esa travesía en barca con aquel signore. Y así sucedió. Tan pronto como la figura de Giuseppe se dejó ver en el horizonte, realicé un buen número de señales con mis brazos para

atraer su atención. En efecto, a los pocos segundos aquel hombre percibió mi gesto y dirigió la proa de su barca hacia el lugar donde me encontraba. La emoción me embargaba por dentro. Dios mío, estaba tomando una decisión de gran riesgo ¿qué pasaría?

—¡Signora Giulette, enchanté! ¡Qué agradable sorpresa! Mirando vuestro rostro, cualquiera diría que finalmente os habéis inclinado por admitir mi humilde invitación.

—Oui, signore Giuseppe. Pero quiero que sepáis que no lo hago por placer sino por necesidad, porque el cansancio que llevo acumulado me empuja a ello. Que quede claro.

—Muy bien. Se suele decir que las mejores resoluciones son aquellas que se toman por propia voluntad y no forzado por el peso de las circunstancias. Pero a veces, no hay más remedio que actuar así. Hemos de renunciar a nuestros antiguos hábitos para alcanzar una nueva visión. En cualquier caso, signora, os aseguro que no os vais a arrepentir, os lo garantizo.

—Un momento, signore, tengo una pregunta que realizaros. ¿Viajaré yo sola en esta embarcación?

—Desde luego. Como podéis observar, tampoco cuento con excesivo espacio a bordo.

—No me lo puedo creer, es un honor para mí ir alojada aquí de una forma tan agradable pero creo que calculáis mal las proporciones, Giuseppe. En vuestra barca cabrían al menos diez personas o incluso alguna más, aunque apretadas.

—Ay, signora Giulette. Había olvidado las distorsiones de vuestra vista debido a la turbación. Creedme si os digo que vuestros ojos os engañan, pero no será por mucho más tiempo.

—Y así fue, Philippe —prosiguió Giulette—, como motivada por el cambio pero también por dejar atrás mi fallida lucha por encontrarte, como me embarqué en la nave, ayudada por la mano de aquel amable caballero. Tan pronto como pisé el suelo de la embarcación, se produjo un extraño prodigio. Lo que antes era una vulgar barca se transformó en una elegante góndola, idéntica a las que había visto en las pinturas, en los grabados o en los dibujos de algunos libros que había leído.

—Adelante, signora —añadió el gondolero—. Tened la bondad de acomodaros.

—Pero ¿cómo es esto posible? ¿Sois acaso un ilusionista, un maestro en el arte de la magia? Esta imagen parece salir de un cuento de hadas...

—No, signora. Permitidme que os diga que han sido vuestros pensamientos los que se han visto modificados. Vos habéis sido la auténtica maga. Mirad, en cuanto habéis tomado la firme decisión de subir a bordo, vuestra mente ha operado el cambio. Era la más pura desconfianza la que transformaba a vuestros ojos mi preciosa nave en una vulgar barcaza, mas ahora que ya os notáis más segura y convencida de vuestra determinación, la góndola se os refleja tal y como es.

—Merci, signore. Vos sois el experto. Supongo que llevaréis razón en cuanto a lo que habéis explicado. Si os soy sincera, parece que ahora me hallo más cómoda en vuestra presencia aunque algo inquieta, pues desconozco el lugar adonde voy a ser transportada. Giuseppe, ¿sería mucho pedir conocer la identidad de mi destino?

—No os preocupéis en este momento por tal cuestión. Será mejor que disfrutéis del agradable paseo por estas aguas. No obstante, os confirmo algo: donde vais, os sentiréis mucho mejor que deambulando por entre las calles del viejo París.

—Confío en vos y en vuestras formas. Parecéis una persona cultivada pese al carácter del oficio que desempeñáis. Esto lo afirmo por vuestras expresiones y por el trato recibido. Cualquiera dama se sentiría tan halagada como yo con la dignidad que exhibís en vuestros modales. Perdonad mi curiosidad, pero he recordado que para gobernar vuestra nave jamás os vi remar ni antes ni ahora. ¿Cómo es eso, signore?

—Sois muy observadora, Giulette. Pero preferiría que la respuesta a tan interesante pregunta os la dieseis vos misma...

—Ni siquiera perdí un segundo en plantearme una contestación porque tan pronto como iniciamos el desplazamiento, el carácter cristalino de las aguas y el sorprendente paisaje que se abrió ante mis ojos centraron por completo mi atención. Desconozco el tiempo que permanecemos navegando. Supuse que habíamos remontado el río unos cuantos kilómetros, pero la verdad es que llegué a perder la noción de las distancias. Habiendo dejado bien atrás la silueta de París, nos fuimos adentrando en un hermoso escenario en el que a uno y otro lado de las aguas, una vegetación frondosa acompañada de esbeltos árboles y de plantas de todo tipo, le daban a aquella estampa un color verde intenso, cual si fuera una selva de las descritas en los libros de geografía. Me notaba tan abstraída

por la singularidad y la belleza del paisaje que no crucé ni una palabra más con Giuseppe, el cual, imperturbable en su gesto y mirada en lontananza, continuaba dirigiendo el rumbo de la nave, yo diría que con la fuerza de su pensamiento. No mucho después, la imagen brumosa de una especie de mansión construida toda entera de piedra, se fue afianzando en mis pupilas conforme nos acercábamos a ese nuevo lugar. Ya nos hallábamos a corta distancia de la orilla, por lo que intuí con fuerza que alcanzar aquella majestuosa edificación había sido el objeto de mi viaje. La góndola arribó a un pequeño embarcadero. Una mujer joven de aspecto agradable me estaba esperando, ofreciéndome su mano para ayudarme a salir de la nave.

—Madame Giulette, bienvenida, ha sido un verdadero placer aguardar vuestra llegada a esta residencia. Espero que el trayecto haya sido de vuestro gusto.

—Oh, merci por vuestra gentil acogida, madeimoselle.

—Signora —intervino de repente Giuseppe—, no nos despedimos porque dentro de un tiempo volveremos a vernos. Tan solo os deseo lo mejor durante vuestra estancia en esta noble casa que ahora conoceréis. Ha sido para mí un honor conducirlos hasta aquí. Hasta pronto, Giulette. Ahora debo proseguir con mi carta de navegación. Mis respetos.

—Arrivederci, Giuseppe. Gracias por su amabilidad y por tan bella excursión. No tengo palabras para describir su caballerosidad.

—Muy bien, querida amiga —expresó la joven anfitriona—. No os preocupéis por vuestro desconocimiento del lugar. Yo os guiaré por aquí y realizaré las presentaciones. Pero como va a anochecer pronto, hoy solo tendremos tiempo para acomodaros en vuestra habitación y ofreceros algo de beber que os reconforte. Tenéis aspecto de poca energía, mas no alberguéis dudas: aquí os recobraréis. Seguidme pues, si sois tan amable. Mi nombre es Gracielle y durante vuestro alojamiento aquí, estaré a vuestra disposición. Para cualquier duda o lo que preciséis, tan solo tenéis que llamarme.

—Noté en efecto, cómo el radiante cielo azul que me había acompañado durante el paseo por el río iba desapareciendo y se difuminaba hasta anunciar el próximo crepúsculo. Me apresuré a seguir los pasos de la bella muchacha, la cual me pareció simpática, educada y de distinguido porte. Tenía la curiosa sensación de que me iba a instalar en una especie de hotel, tal y como si fuera una simple viajera, aunque ignoraba por completo

la identidad tanto de sus moradores como de sus empleados. Recuerdo perfectamente el impecable uniforme celeste de la chica, una vestimenta que también llevaban en el interior de la mansión otras personas, con independencia de su aspecto masculino o femenino. Gracielle me condujo a la primera planta, donde me indicó cuál era la estancia que debía ocupar y en la que descansaría aquella noche. Al poco, me trajo en un cuenco blanco un líquido que me indicó que bebiera.

—Con esto dormiréis muy bien y al despertar, os notaréis perfectamente recuperada. Los viajes cansan, madame. Por eso es recomendable que restauréis vuestras fuerzas.

—Desde luego, Gracielle. No puedo estar más de acuerdo con vos. Ahora mismo tomaré esta bebida.

—Bonne nuit, madame.

—Tras despedirse la joven de mí, me quedé sola y me senté en el único lecho que existía en el aposento. No tuve apenas tiempo de reflexionar sobre los tremendos sucesos que me habían acaecido durante las últimas horas y que tanto habían alterado mi rutina habitual de paseos por las viejas calles de La Cité. Tras conocer al enigmático gondolero, aquel gentil señor que se me había aparecido con cierta dosis de misterio a la orilla del Sena, parecía haberse producido un antes y un después en mi camino. No tenía ni la menor idea sobre lo que aquel importante hecho supondría para mi devenir. Quise leer un viejo libro sobre flores que hallé sobre una mesa pero en un instante, vencida por el agotamiento, ese nutrido desfile de imágenes coloridas desapareció de mi mente, mis ojos se me cerraron, por lo que opté por tumbarme sobre la cama y dormir profundamente. Al alba, me desperté como nueva. Guardaba la sensación de haber estado descansando no ya horas sino días completos, aunque bien es cierto que en aquellas peculiares circunstancias la medición del tiempo había pasado a constituir una cuestión secundaria en el orden de mis intereses. Como si la joven Gracielle hubiera intuido el preciso instante en el que iba a abrir mis ojos, al poco llamó a la puerta y se personó allí. Tras darme a beber algo parecido a lo que nosotros identificaríamos como un zumo de melocotón pero de un sabor infinitamente más fresco, más intenso, la muchacha me comentó la actividad que tenía programada para el resto de la jornada.

—Giulette, vais a pasar la mañana en compañía de uno de los dirigentes de esta casa. Se trata de Monsieur Doyle, el encargado de recibir a los

nuevos invitados. Él os indicará los asuntos a tratar y las actividades a desarrollar. No temáis. A pesar de vuestra cara de sorpresa, ya os adelanto que os sentiréis muy bien en su presencia.

—Ah, siendo así, estoy de acuerdo. Muy agradecida. Ahora que lo pienso, necesito ejercer algún tipo de ocupación. Las horas muertas constituirían una insoportable tortura para mí. No me gusta permanecer ociosa, eso me incomodaría. De veras, Gracielle, me noto como ilusionada por la oportunidad de hablar con alguien, de mantener algo así como una entrevista de contacto. Si vos supierais... tengo tantas preguntas rondando mi cabeza que no sabría ni por dónde empezar.

—Perfecto, se trata de algo muy habitual en los recién llegados a esta mansión. La bienvenida de los nuevos inquilinos transcurre primero por un período de reposo que varía según las condiciones del afectado. Después, sirve para aclarar un sinfín de interrogantes, lo que hace que las personas restablezcan su equilibrio mental. No os preocupéis, madame, he visto a mucha gente discurrir por este lugar y os aseguro que vuestra condición no es para nada lamentable si la comparo con otros casos que he observado. Con un poco que pongáis de voluntad, seguro que mejoraréis a corto plazo. Disculpad mi osadía, esto es solo una impresión que intuyo, mas para eso están los expertos, como Monsieur Doyle. Él es el que verdaderamente debe evaluar vuestro estado actual. Pero no nos demoremos más. Ya os están esperando en una de las salas de la planta de abajo. Tened la bondad de acompañarme, Giuette.

—Aquel hombre de mediana altura y rasgos equilibrados, tenía aspecto de profesor. Me saludó cordialmente ofreciéndome su mano, al tiempo que esgrimía una cálida sonrisa, lo que me hizo sentirme más tranquila ante su presencia, aunque no podía negar que me hallaba un poco nerviosa. Me invitó a sentarme y sin mayor dilación, aquella inicial toma de contacto entre «desconocidos» comenzó.

—¡Cómo me alegro de recibirlos temporalmente en esta casa, Giuette! Soy Monsieur Doyle. ¿Sabéis ya por qué estáis aquí?

—En primer lugar, merci por vuestra amable acogida. Contestando a vuestra pregunta, la verdad es que lo ignoro.

—De acuerdo. Hace ya un tiempo que cambiasteis vuestro estado. ¿Sois consciente de ello?

—Bueno, Monsieur Doyle, lo cierto es que me noto un poco confusa. A veces, por más que intento recordar algunas cosas, no puedo. Hay

algo irracional en mí o en las circunstancias, de eso no cabe duda. Verá, últimamente me he visto inmersa en circunstancias cuando menos extrañas...

—Por favor, madame, no os azoréis... proseguid con vuestro relato...

—Como os decía, la más reciente me sucedió cuando hace poco un señor al que no había visto nunca con anterioridad me invitó a subir a su barca, quiero decir a su góndola. Al principio, como mujer prudente, rehusé su ofrecimiento. Pese a su gentileza y a su actitud bien intencionada, tenía muchas dudas. He de exponer que la coyuntura tan incoherente a la que estaba sometida me provocaba una mayor desconfianza hacia las personas, tanto más hacia un extraño, el cual, sin embargo, me hablaba con una singular familiaridad, coincidencia que me sorprendía. Pero pasado un tiempo, era tanta mi desesperanza... ¡Dios mío, qué mal me sentía y qué atada me observaba a un escenario en el que cada vez entendía menos cosas de las que me estaban ocurriendo! Habiéndose apoderado de mí el desconcierto, al final lo medité y arrastrada por la ansiedad de no saber cuánto tiempo se prolongaría mi tortura, me decidí por acudir a aquel enigmático barquero en búsqueda de ayuda. ¿Conocéis por casualidad al signore Giuseppe? Él también me comentó ese mensaje nada más verme... es decir... que yo había cambiado...

—Ah, por supuesto que le conozco. Él lleva mucho tiempo desempeñando su magnífico trabajo con nosotros. Veréis, si pretendemos que nuevas personas puedan reposar aquí en este lugar sereno y de paz, es preciso que alguien se encargue de conducirlos hasta nuestra mansión. Mirad, para vuestra tranquilidad os diré que ese conjunto de fenómenos extraños que contáis que os han sucedido son completamente normales en los sujetos que han variado de estado.

—Disculpad por mi curiosidad, caballero, pero ¿en qué estado se supone que estoy yo en estos momentos?

—Desde luego, Juliette. Ahora os halláis en una situación mucho mejor que la de hace unas fechas. Escuchadme bien y prestad suma atención: hace unos meses, unas fiebres muy altas producidas por una severa infección se apoderaron de vuestro organismo. A pesar de vuestra juventud, pues contabais tan solo con veinte años de edad, el mal resultó tan terrible que acabó por consumir el cuerpo que portabais en vuestra existencia física.

—Ay, que Dios me perdone por mis terribles dudas, por mi negativa a asumir mi cruel realidad. Monsieur, ¿podéis creerme si os confieso que ya lo sospechaba? Una cosa es intuir una noticia que ha pasado y otra bien distinta, negarse reiteradamente a admitirla por cobardía, o por miedo, o por incertidumbre al futuro, qué se yo... Debo ser franca con vos. He sido lenta en mi discurrir pero no hasta el punto de alcanzar la estupidez. Siendo sincera, guardaba la impresión de que mi cuerpo ya no era mi cuerpo. Tantos días sin comer, sin beber, sin realizar todo ese conjunto de actividades tan propias de la estancia en la carne, me hicieron sospechar que había comenzado una nueva y esencial etapa en mi vida, pero como me movía y podía pensar y pensar... por eso tenía la falsa ilusión de continuar casi como siempre...

—Perdonad, madame, es que vos estáis viva, aunque ahora residáis por un tiempo en la dimensión espiritual.

—Señor de los cielos... ¡Qué decís! Entonces... ¡es cierto! Soy inmortal, pues, como vos, como los demás... Todo sigue, aunque los gusanos nos devoren hasta las entrañas...

—Así es, mi buena Giuette. Todos continuamos con nuestra ruta, en uno u otro plano, con la carne o sin ella, pero vivos al fin y al cabo.

—Monsieur, me habéis confirmado la mejor noticia que podría haber escuchado en todos estos años.

—Me alegro mucho por vos. Os resultará curioso, pero eso que tanto aprecia la gente al otro lado de donde nos hallamos, no es más que un compuesto de sangre, músculos y huesos destinado a la destrucción, un traje con el que os vestís cuando habitáis en el plano físico, pero solo eso. Por tanto, no conviene darle demasiada importancia a algo que desde que nace ya tiene fecha de caducidad. Vuestro espíritu, en cambio, como habéis podido comprobar en esta última fase de vuestro trayecto, continúa «funcionando» y os permite sentir y pensar, dos virtudes muy apreciadas y muy «humanas», por cierto.

—Tenéis toda la razón, Monsieur. Sin embargo, hay algo más que no puedo dejar de reconocer abiertamente, aunque ello me turbe muchísimo.

—Contadme, madame.

—Me apenan demasiado mis recuerdos, me atormentan... Echo de menos tanto mi estancia junto a mi amado esposo Philippe... que no puedo dejar de tenerle en mi memoria. Pudimos disfrutar tan poco de

nuestra vida juntos en el otro plano... guardábamos tantos proyectos e ilusiones, toda una existencia por delante, el porvenir de formar una dichosa familia...

—Os entiendo a la perfección. Es absolutamente natural que se produzca todo ese cúmulo de recuerdos incesantes que arriban a vuestra cabeza y que os conmueven, potenciados por el hecho de que llevabais unidos tan poco tiempo y por la edad a la que escapasteis de vuestro cuerpo...

—Ay, Monsieur Doyle, si al menos pudiera comunicarme con él y manifestarle que pese a lo sucedido sigo viva, que me encuentro ya mejor y con fuerzas para seguir luchando. Dios mío, daría lo que fuera por poder abrazarle y hacerle llegar todo lo que siento por él. Perdonad mi osadía, pero es que no soporto más esta tristeza que embarga mi corazón hasta hacerme llorar lágrimas de sangre... ¿Sería posible que yo accediera a lo que le he pedido al Todopoderoso desde el fondo de mi alma? Por favor, dadme la más mínima esperanza de que algún día eso que os he dicho pueda acontecer...

—Claro que sí, mi querida Giulette. No obstante, todo este proceso de esclarecimiento debe cumplir unos plazos que no podemos saltarnos. En estos momentos, ni él ni vos estáis preparados para enfrentar ese maravilloso encuentro. Os quedaríais aún más preocupados y tal efecto no sería bueno para vuestra recuperación. Dejad ese delicado asunto en nuestras manos porque el personal que trabaja aquí, además de ser experto en esas cuestiones, tiene como objetivo primordial velar por la salud de todos aquellos que ingresan en esta casa de reposo. Conviene esperar el instante más adecuado, madame. Por ahora, deberéis aprender a desarrollar la paciencia. Os aseguro que cuando estéis lista, yo seré el primero y el más feliz en indicároslo. No tengáis la menor duda.

—Merci, merci beaucoup, jamás olvidaré vuestras palabras. Han apaciguado mi inquieto espíritu y me han elevado el ánimo como no podéis imaginar. Vuestro esperanzador mensaje ha comenzado a eliminar esa impotencia, esa frustración que experimentaba en mis adentros. Ardo en deseos de trabajar en lo que me mandéis y por supuesto, deseo realizar las tareas que sean precisas para acumular méritos y como vos decís, hallarme en disposición de contactar con mi amado Philippe.

—Tranquila, amiga. Estáis aún demasiado aferrada al amor y a su recuerdo tal y como se experimenta en la etapa orgánica. Os contaré un gran secreto que tarde o temprano descubriréis por vos misma: la expre-

sión del amor en este plano en el que habitamos es infinitamente mayor, más aguda y desde luego más plena que en la dimensión física, pero claro, todavía es pronto para que lo notéis. Poco a poco, iréis superando esa percepción limitada y os familiarizaréis con otra visión diferente de la ocurrida, que es la que ahora mismo habéis desarrollado por la cercanía en el tiempo con vuestro desprendimiento de la carne. Es preciso trabajar con muchos aspectos de vuestra personalidad.

—Oui, Monsieur. Quedo a vuestra disposición.

—Muy bien. Alabo vuestra actitud. En primer lugar y si os parece oportuno, podríamos remontarnos a las causas. Siempre resulta positivo conocer los orígenes de las tesisuras por las que hemos atravesado, o en otras palabras, cómo hemos llegado a una situación dada. Debo suponer que la primera pregunta que os haríais al respecto sería obvia... ¿no es así?

—Desde luego, parecéis leer mi pensamiento, me hallo asombrada ante vuestra capacidad para anticiparos a mis deseos. Lo más importante para mí, Monsieur Doyle, es conocer los motivos por los que mi vida se extinguió en plena juventud, con tantas ilusiones y proyectos por delante... Esa es la idea que me consume como si fuera un fuego al que no dejan de alimentar con leña seca. ¿Por qué me arrebataron la felicidad de existir junto a mi marido, con tan solo un año como casados? ¿Por qué hube de renunciar a hacerle dichoso en mi compañía? Yo pretendía crear una familia y envejecer hasta que la muerte nos separara, pero no una edad tan temprana, como es lógico.

—Ya veo, Giulette, que la curiosidad os domina y es normal que así sea. Si conserváis la serenidad, yo procuraré responder a todos vuestros interrogantes con ayuda de todo ese conjunto de datos que obran en mi poder acerca de vos. Estoy convencido de que mis explicaciones aliviarán vuestra tremenda ansiedad.

—Y ahora —expresó Giulette hablando al grupo—, nobles miembros de esta asamblea y tú también, mi amado esposo, debéis disculparme. Mirad, antes de acercarme a esta bendita casa, hice la firme promesa de no revelar lo que seguimos hablando Monsieur Doyle y yo durante las siguientes jornadas que permanecí en aquella mansión. Resulta patente que no voy a faltar a mi compromiso. Creedme si os digo que mi estado actual no tiene nada que ver con el de aquellos días interminables de sucesivos paseos por entre las calles del viejo París que a menudo terminaban en una frustración inmensa, cuando se evidenciaba ante mis ojos

la imposibilidad de contactar con mi amor, de abrazarle, de revelarle mi existencia. Ahora he entendido tantas cosas, he descubierto tantas cortinas de mi pasado que tengo mucho más clara mi misión. Antes de acudir a esta vivienda, me concedieron un regalo insuperable: la posibilidad de gozar de una jornada completa para acercarme a mi esposo, ya sin obstáculos de movimiento, pero con entera responsabilidad por mi parte. En unas horas deberé retornar al Sena donde seré recogida de nuevo por ese caballero tan amable al cual ya conocéis: en efecto, Giuseppe volverá por mí y me conducirá de nuevo a aquella digna casa donde aún me alojo. Ignoro todavía por cuánto tiempo más deberé continuar en aquellas estancias. Sin embargo, Monsieur Doyle ya me ha comentado en otras ocasiones que si persisto en mi actual ritmo de trabajo, en breve seré destinada a otro lugar donde se me encomendarán otro tipo de tareas. Como comprenderéis, me siento muy ilusionada. Una vez que asimilé los motivos por los que había salido tan temprano de este plano en el cual moráis ahora, mi dicha se transformó en inconmensurable y una agradable sensación de paz se instaló en mi interior. Todas las piezas del rompecabezas que constituía mi historia encajaron y no tuve más remedio que admitir que mi sufrimiento me había llegado en buena parte por mi falta de perspectiva. Con ello quiero transmitirlos que los hechos no pueden evaluarse solo a ras del suelo sino que conviene elevarse hacia una colina cercana, para articular y descifrar todo ese conjunto de porqués que en su momento, no encontraban respuesta en mis limitados razonamientos de antes. Mis queridos amigos: sabed que en cuanto alcéis vuestra vista, las causas se enlazarán con unos efectos y los efectos podrán inferirse de sus causas. Será la ocasión en la que la luz purificadora de la Verdad os envolverá para renacer así a un nuevo ciclo de existencia. Creedme si os comento que la satisfacción que siento ahora me resulta plena, aunque bien es cierto que ello me ha costado largas jornadas de meditaciones y de estudio. Doy por bien aprovechado el trabajo realizado y os hago partícipe a todos vosotros, como futuros habitantes del plano espiritual, de la dicha que experimento.

—¡Ay, Dios mío! —exclamé entre sollozos—. Lo siento tanto, Giulette, no haberme podido despedir de ti... No puedo quitarme ese dolor de mi conciencia y es una espada que atraviesa mi corazón cada vez que veo tu cara reflejada en el espejo de mi alma. Estaba tan agotado, que cuando mi

madre me despertó en mitad de aquella pesadilla que constituía tu agonía, ya te habías ido de mi lado, de nuestra casa.

—No temas, Philippe. Jamás te he olvidado, pues ni un solo segundo te hallaste ausente en mis pensamientos, pero he decirte algo: cambia tu discurso, mi amor. No quiero observar cómo sufres más por una mera ilusión, por esa absurda calumnia del materialismo que invade la mente del hombre y que le hace creer que todo desaparece en cuanto no puede contemplarlo con su vista ni palparlo con sus manos. Escúchame, te lo ruego, aunque sea a través de la garganta de esta maravillosa joven que responde al nombre de Josephine: no me he ido y jamás me fui, aunque ahora deba hablarte desde otras circunstancias. Así ha de ser. Philippe, no guardes de mí el antiguo recuerdo de la carne, porque sufrirás más. Y yo, lo que pretendo, es que seas dichoso al saber que me encuentro bien y lista para continuar con mi labor en este lugar en el que ahora habito. Solo te pido que me comprendas, que amplíes las miras de tus ojos. La vida se erige en forma de misterio, pero te aseguro que todas esas dudas y preguntas que te han martirizado durante este último año, las entenderás y las superarás con el tiempo. Todo te será aclarado en cuanto mudes de estado, mi amor, pero mientras eso llega puedes empezar con tu propia transformación a asimilar unos hechos que ocurrieron porque así estaban escritos, para tu bien y para el mío. Oye mi ternura latir a través de mis palabras; fluye hacia ti como las aguas de un río tienden hacia el mar. Mi afecto es infinito y no tengas dudas, porque en alguna fecha del mañana volveremos a coincidir, aquí o allá, donde quiera que sea... Te juro por lo más sagrado que entonces recibirás de mí el abrazo más dichoso que tu mente pueda imaginar, al igual que esta pasada noche te estreché entre tus sueños. Atiende con cuidado mi súplica, Philippe. Y entiende bien lo que voy a decirte porque es muy importante: te libero del peso de tus recuerdos. A partir de este momento, quíereme como lo que soy: un espíritu que te adora por lo que fuiste y por lo que significarás para mí siempre. No podré entregarme a ti en cuerpo físico porque carezco de él, pero me resta el alma, esa es la lección que debes aprender. No lamentes mi pérdida porque fui encontrada. Por favor, vive de nuevo y abre tus ojos hacia el futuro. Vales mucho, cariño, y la única manera que tiene el mundo de conocer tu valía es que te abras por completo al mismo, tal y como has hecho con los miembros de esta asamblea. Te contaré algo muy íntimo que mora en mí y que te ilusionará. Al serme relatada tu evolución tras

abandonarte desde la carne, admiré la inmensa «suerte» con la que habías contado al conocer a Alice y al pertenecer a este grupo. Ojalá hubiera tenido yo en vida esa posibilidad, la de acudir a estas sesiones, a estas clases de estudio que tan bien realizáis. Te aseguro que mi tránsito y desde luego mi turbación, hubieran resultado mucho más livianos y mi carga menos pesada. Mas ahora que he comprendido, supe que era necesario que ocurriera de esa manera. Philippe, aprovecha la ocasión y la enseñanza que esta reunión de personas puede aportarte, continúa sin descanso con tu trabajo de dedicación a los niños porque las nuevas generaciones llorarán de alegría al contemplar tus esfuerzos por educar a los más pequeños, ellos que constituyen el futuro de nuestra nación. En cuanto a esta nueva doctrina que está naciendo pero que siempre nos ha pertenecido porque estaba inscrita en nuestra conciencia, el Espiritismo, mi mensaje es diáfano para ti. Abre tu mente y tu corazón hacia él porque solo te traerá progreso y añadirá luz a tu camino. No te llesves a error por lo que voy a decir pero mi mayor alegría consistirá en que abras tu corazón hacia otros seres, ya que tu amor es tan grande y tu nobleza tan indiscutible que bien mereces ser correspondido. Será la única manera de que cicatrices las heridas que te causaron mi pérdida y constituirá también la única vía para que otra criatura pueda ser feliz disfrutando de las mieles de tu compañía. Philippe, créeme, no hay marcha atrás para ti ni te conviene tampoco permanecer inmóvil o parado ante el discurrir del río de la vida. Ahora ya lo sabes. Que no llore tu alma por lo que te he expuesto. Te he hablado con toda franqueza, por lo que fuiste y por lo que representas para mí. Estás aprendiendo a caminar recto, hastiado de tanta curva que retrasaba la velocidad de tu progreso. Por favor, no hagas tu trayecto más sinuoso. Esto te lo comento por el amor que te profeso. Es preciso que mires al frente. Recuerda que siempre vivirás en mi memoria. Adiós, cariño, rogaré por ti a Dios para que te guíe y a mis hermanos espirituales para que velen por tu buen andar. Y a vosotros, queridos hermanos, os digo: mi agradecimiento infinito por haberme permitido manifestarme aquí en esta tarde, por haber escuchado mi testimonio. Ahora, debo proseguir con mi ruta. Cada uno ha de atender a su misión. Vosotros, continuad con la vuestra, pues grande será la recompensa que obtengáis, cuando esos quebradizos lazos que os unen a un cuerpo se rompan. La mayor certeza de los hombres desde que nacen ha de ser también su mayor estímulo para luchar por mejorar. Dad de mi parte las gracias a esta excelente

joven que me ha servido de soporte, pues es tanta mi afinidad con ella que no podía haber elegido a una mejor médium para mostrarme. Desde que me hablaron de su carácter, confieso mi predilección por sus dones y mi admiración hacia su figura, pero ahora mismo ni siquiera es consciente de lo que he pronunciado por su boca. Recordad que su alma es tan clara como las aguas por las que surca la góndola del bueno de Giuseppe. Que Dios os bendiga a todos y un último ruego: cuidad de mi Philippe. Él os necesita tanto a vosotros como vosotros precisáis de la compañía de los nobles espíritus. Adiós cariño, considera que el amor carece de límites. Esa es su esencia, precisamente. No debes guardarlo en un cofre como si fuera una joya de preciado valor que alguien puede robarte. Piensa en ello. Ahora, debo dejaros. Mi tiempo aquí se acaba. Antes de embarcar de nuevo, os transmito mis mejores anhelos de mejora. Jamás olvidaré esta ocasión, merci, merci, merci...

Justo antes de que concluyera aquel impresionante testimonio, la delicada mano de Josephine se levantó de nuevo y rozó mis cabellos con la dulzura propia de un ser que como mi Juliette, ahora pertenecía al otro mundo. Y así fue como mi esposa se despidió de mí, utilizando para ello el tacto de la joven médium para acariciarme, al tiempo que me impregnaba de la esencia de su amor infinito.

—Gracias inmensas a ti, Juliette —intervino la buena de Alice—. No sabes la dicha que nos has transmitido con tus revelaciones. Feliz viaje y que Dios te ampare, allá donde estés. Au revoir, noble mujer.

Me sentía tan conmovido que mi rostro descansaba desencajado y humedecido por las lágrimas que lo bañaban sobre la recia mesa de madera, aquella que había contemplado tantas y tantas sesiones espiritistas, la llegada y la despedida de tantas y tantas almas que por los motivos que fueran, acudían prestas a aquella habitación del viejo piso de La Cité en el mismísimo corazón de París. Curiosamente, había tenido que ser la criatura más importante, la más significativa de mi vida, la que me diera la guía más valiosa para conducirme en el futuro que me esperaba. Ella, con sus sabias palabras acompañadas del más cálido afecto que desde el otro lado se puede transferir a un ser humano, me había indicado cuál debía ser la mejor dirección que tenía que tomar desde ese trascendental instante. A pesar de mi confusión, estaba claro que su declaración era algo más que un discurso bien elaborado y que necesariamente contenía

una serie de claves inteligentes por descubrir que habrían de marcar mi rumbo en fechas posteriores.

Josephine, la cual salió del trance al poco, se preocupó mucho al contemplarme tan abatido. Como movida por un impulso repentino, se puso de pie y tocó mis hombros hasta que tras un recorrido con sus dedos, alcanzó la base de mi cuello.

—Pero Philippe —manifestó ella con tono de afectación—, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás en esa postura? Recupera tus fuerzas, no me asustes. Cualquiera diría que te han robado toda tu vitalidad.

—Gracias, gracias por tu interés —acerté a balbucear en un tono casi inaudible—, mientras erguía mi cabeza con lentitud y mis ojos inflamados en carmesí se fijaban en los de madame Leclerc.

—Por favor, Alice, te lo imploro. Dime si la has visto. Cuéntame la verdad. ¿Qué aspecto tenía mi Juliette? ¿Qué ropa vestía?

—Lo siento, hijo mío, pero has de creerme si te digo que no la he visto. No todos los médiums pueden contemplar a todos los espíritus ni todos los espíritus pueden ser reconocidos por todos los médiums. Ellos portan sus propios trajes. En ocasiones, se nos manifiestan de forma diáfana para que les veamos con absoluta nitidez, pero existen coyunturas en las que solo podemos escuchar el testimonio que desean traernos, como creo que ha sido el caso. Mas no guardes la menor duda. Sé que te hallas muy afectado, mi buen Philippe, pero después de un año conociéndote, no me perdonaría contarte una mentira piadosa para aliviar tu gran desazón. Eso iría en contra de mis principios y de los valores de un médium con un mínimo de moral. Ni te voy a engañar ni me voy a engañar a mí misma. Eso constituiría un acto ridículo y cruel. Lo siento. Espero que me entiendas.

—Y tú, Constance —expuse dirigiendo mis ojos llorosos hacia la mujer del inspector Badou—, eres una médium visual de renombrado prestigio. Todo París sabe de tus cualidades. ¿Tampoco has logrado verla?

—No, Philippe. Lamento decepcionarte. Yo tampoco la percibí. Pero sí he conseguido escuchar su corazón cuando se manifestaba, que no es poco. A veces, esa sensación es aún más definitiva que el observarla. Déjame decirte que su historia, que forma parte de la tuya, nos ha estremecido a todos hasta la médula. Sinceramente, incluso me alegro de no haberla visto. Así me he podido concentrar absolutamente en lo que nos comunicaba y en el modo en el que nos lo decía, que era tanto o más im-

portante. ¿Qué puedo manifestar? Me he quedado sin palabras, hijo. Para mí, ha resultado toda una lección de aprendizaje para los que aún portamos el traje de la carne en esta dimensión hasta cierto punto ilusoria, si la comparo con el verdadero mundo que es el espiritual. La intensidad de su declaración ha sido del máximo interés, porque a diferencia de otros espíritus, en este caso, sabíamos de antemano de los detalles de su salida del plano terrestre, quién era y cuál era la naturaleza que unía a Giulette contigo.

—Está bien. Y tú, Josephine, ya sé que pierdes la conciencia cuando algún espíritu se vale de ti para mostrarse. Pero, te pregunto, ¿ni siquiera has podido examinarla aunque fuera cuando se despidió de todos nosotros?

—Lo siento en mi alma, Philippe. He de decirte que en mi humilde opinión las señales son más que claras. Si estas dos señoras, con su experiencia y con su valía, no han podido contemplarla, es que no era el momento ni la ocasión. Sin embargo, esa mujer me ha dejado por dentro una sensación extraordinaria acerca de lo que es el amor. Jamás había notado algo parecido y por supuesto, no creo que pueda olvidar en la vida esta comunicación, esa percepción de lo que esa alma sentía por ti y pretendía transmitirme, Philippe. Y aun así, estoy segura de que lo que conservo por dentro no es más que una minúscula muestra de lo que realmente la unía a ti. Tengo sensaciones extrañas, quizá complementarias. Por un lado, guardo el recuerdo de ese tremendo afecto hacia tu persona, pero por otra parte, no puedo olvidar sus vibraciones limpias, su fragancia a flores como jamás había olido antes. Creo que su aroma constituye el resumen perfecto de la nueva situación en la que ahora ella se desenvuelve. Por concluir, ha sido como un haz de poderosísima luz que me ha atravesado y que todavía retengo en mis adentros. No tengo palabras, de veras.

A continuación y envueltos entre la silenciosa penumbra de las varias velas que permanecían encendidas, Josephine se inclinó hacia mí y me besó en mi mejilla derecha con tanta ternura que me sentí renacer.

—Debes disculparme por mi atrevimiento, Philippe, pero lo que he hecho no he podido evitarlo. Ha sido una fuerza misteriosa la que me ha empujado a hacerlo. Te pido perdón, pero de alguna forma, necesitaba compartir contigo el amor que esa noble dama ha depositado en mí. Que Dios te bendiga.

—Venga, amigos —expuso con decisión madame Leclerc—, sintámonos los unos a los otros desde el corazón y cojámonos de las manos. Estamos en esto juntos. Somos hermanos y si estamos hoy aquí reunidos, se debe a una poderosa razón. Ahora, cerremos nuestros ojos y encomendémonos a la voluntad del Creador. Él conoce nuestros sentimientos más profundos, los anhelos que residen en nuestras almas. Démosle gracias y roguemos para que nos siga amparando con su manto protector, ese que nos alcanza con su misericordia y nos reconforta en los momentos difíciles. Hoy pedimos especialmente a sus mensajeros, nuestros queridos amigos del otro lado, por nuestro buen Philippe, para que le acompañen y le iluminen en su camino. Que así sea.

En aquella ocasión no pude tomar nada en el café con mis compañeros, como de costumbre hacíamos tras finalizar nuestras reuniones en el piso. Estaba aturdido, envuelto por un cúmulo de recuerdos y sensaciones que me impedían centrarme en el aquí y ahora. Intuí que necesitaba tomar el aire, andar un trecho por entre las calles húmedas de La Cité, poner orden en mis pensamientos y aligerar mi cabeza, la cual se sentía como embotada por las tremendas emociones vividas durante la tarde. Desde el instante en que pisé los primeros adoquines y noté el frescor de la noche caer sobre mi compungido rostro, experimenté una fuerte intuición: mi vida comenzaba de nuevo. Era como si el destino me hubiera brindado una segunda oportunidad para recomponerla.

12

EL DÍA DESPUÉS

Llegué a mi casa y exhausto, intenté dormir. Nada me entró por la boca y nada pude ingerir salvo un poco de agua, pues mi estómago se había contraído de tal forma que sentía incluso náuseas. Aquella noche la bauticé con un apelativo que hacía honor a su carácter: la noche del insomnio. Entre vuelta y vuelta, con las sábanas cada vez más enredadas sobre mi cuerpo, de pronto me sentí transportado hacia atrás, como si hubieran jalado de mi silueta en el tiempo algo así como un año, cuando las madrugadas inmediatamente posteriores a la desaparición de Giulette me resultaban insoportables, tan arrasadoras para mi ánimo que descansar una hora sin interrupciones, sin despertarme sobresaltado, era toda una proeza.

Di un brinco sobre la cama, asustado, ansioso, boca arriba, boca abajo. Imposible reposar, era como si el recuerdo tan reciente de lo ocurrido me estuviera zarandeando el cuerpo, como si pudiera ver esa escena en el techo blanco de la habitación, en las paredes, en el gran espejo de enfrente... Incluso apretando mis ojos, tampoco podía dejar de contemplar todo aquel acontecimiento que para mí había supuesto el contacto con la mujer con la que había compartido la mejor parte de mi existencia. De-

seaba abrazar el silencio, apagar mi pensamiento como cuando soplas una vela, separarme de mi historia, reconciliarme con mi propio ayer, hacer las paces con mi pasado... pero era tanta mi excitabilidad que cansado de tanto luchar contra imágenes y sombras, me levanté del lecho y me preparé una bebida.

A esas horas intempestivas, tuve que calentar agua y machacar las hojas de una planta cuyo nombre no recordaba, pero que meses atrás, tras fallecer Giulette, el médico me había recomendado como remedio efectivo para conciliar el sueño. No pude recordar más, solo que volví a tumbarme y debí adormilarme durante un corto espacio de tiempo. Además, a la mañana siguiente debía levantarme temprano para acudir al colegio e impartir las clases a mis críos. Con el cansancio auestas, mientras me aseaba y me vestía, mi mente voló y se puso a pensar en cómo me apetecía pasar aquel día dando un largo paseo por el río y desahogarme contándole todas mis penas al bueno de aquel gondolero de nombre italiano, ese que gentilmente había acompañado a Giulette.

Sin embargo, no todo iba a resultar negativo en aquella jornada que había empezado con mal pie debido a mi agotamiento. Ya por la tarde, porque Dios siempre ayuda al que se lo pide de corazón, un sonido me alegró el día. El pesado picaporte con rostro de león que adornaba la puerta de mi casa, se dejó oír repetidamente. Pero ¿quién podría ser? No solía recibir visitas y la verdad es que en esos momentos no me apetecía hablar con nadie. Tampoco cuando vivía allí con mi mujer yo era una persona especialmente sociable, pero desde que ella desapareció, lo cierto es que me había recluso en mí mismo y salvo excepciones con mi familia, me había refugiado en la falsa seguridad de aquellos muros. Por ello, me sorprendí al oír el potente e insistente ruido de aquel objeto de hierro. Al abrir, mi gesto cansado se tornó en alegre y una imposible sonrisa se me formó entre mis labios.

—Pero, pero... Alice, si sois vos. ¡Qué agradable sorpresa! La blancura de vuestra piel y el azul de vuestros ojos me han deslumbrado y me han hecho recomponerme. Si no os conociera, hubiera afirmado que un mismísimo ángel celestial se habría personado en mi hogar, enviado por Dios para aliviarme de mis desdichas. Por favor, pasad cuanto antes.

—Caramba, amigo, con tanto elogio da gusto venir a visitarte. Empezamos con buen pie y ya doy por bien empleado mi trayecto hacia el viejo

París, pero te agradecería que me tuteases, como siempre hemos hecho... ¡Ah! Esta zona me trae tantos recuerdos...

—Tienes toda la razón. Te prepararé una buena taza de café ahora mismo. Debes disculpar mi falta de reflejos pero si te contara la noche que he pasado... un auténtico desastre que me ha hecho tener hoy un día de agobios debido a la fatiga acumulada. Creo que hasta discurro con lentitud, ya te puedes imaginar lo que es dar mil vueltas solo en la cama. Supongo que poco a poco iré mejorando y recuperaré la normalidad.

—Ya, me imagino; lo sucedido ayer resultó muy importante. Incluso a mí me sorprendió, por lo que supongo que para un joven como tú de veinticinco años, aún sería más imponente. Ese es el motivo de que me haya desplazado hasta tu domicilio, Philippe. Supuse que te encontrarías muy activado o muy sobrecogido por la experiencia, o ambas cosas a la vez. Si mi presencia aquí y charlar un rato contigo contribuye a que te relajes, a que te sientas más cómodo, yo me marcharé de tu casa como una mujer feliz.

—Te expreso desde este instante mi más sincero agradecimiento, Alice. Tu visita ha sido sin duda lo mejor que me podía pasar en una jornada tan agitada. Y ahora, por favor, sentémonos y tomemos algo mientras hablamos.

—Mi buen amigo, aunque te resulte extraño lo que te voy a decir, creo de veras que me hallo en mejor disposición de comprender lo ocurrido en la sesión de ayer que tú mismo.

—No entiendo, madame. Soy la persona más directamente afectada. ¿Por qué afirmas eso, entonces?

—Pues por eso mismo que tú has apuntado. El relato de ayer fue muy desgarrador, incluso te traspasó con las emociones que despertó en ti. Ahora mismo te hallas envuelto en un torbellino de sentimientos. Esto provoca que te resulte más que complicado el realizar una adecuada interpretación de lo sucedido.

—De acuerdo, Alice. Creo que capto el significado de tu argumentación. Reconozco que aún me noto impresionado. No sé cómo explicarme pero es como si hubiera sobre mi cabeza un tremendo peso que me impide reflexionar con normalidad. Por eso, pienso que te voy a agradecer muchísimo el que me des tu opinión sobre el testimonio de Gilette. Probablemente, el análisis de una persona experta como tú me ayude a abrir

las puertas del conocimiento en este delicado asunto. Por cierto y ahora que me he acordado... ¿ha venido contigo tu inseparable Laurent?

—Ja, ja... vaya pregunta. Si yo te contara, Philippe... A él le encanta subirse en un coche de caballos y cruzar conmigo las amplias avenidas de este nuevo París que está edificando el barón Haussmann.

—Ah, pues mejor. Así seremos más. Seis ojos verán más que cuatro.

—Desde luego, joven. Además, piensa que los suyos no son como los nuestros y que pueden alcanzar «distancias» más lejanas o divisar una mejor perspectiva.

—Ja, ja... es cierto. Se me había olvidado, Alice. Al menos, tu chanza me está animando por momentos...

—Bueno, iré al grano, señor profesor. Aparte de la bella enseñanza recogida en la declaración de nuestra hermana, creo que su aparición y su testimonio marcan un antes y un después para ti. Se trata de una clara línea que delimita, siempre que tú quieras, la frontera entre un ayer que debes ir superando y un mañana de esperanzas que está deseando recibirte con sus brazos abiertos.

—Hmmm... es curioso, pero esa misma sensación tuve yo en cuanto salí de nuestra reunión y comencé a andar por entre las calles. No obstante, no puedo disimular que me llama mucho la atención el que te expreses de una forma tan rotunda.

—Por favor, ya sé que hoy no es tu mejor jornada, pero intenta poner un poco de lucidez en tu entendimiento, mi buen amigo. Mira, aunque te cueste, has de separar el contenido del mensaje transmitido por Giulette desde la otra dimensión de tus sentimientos respecto a ella. Ya sé que para ti ambos están conectados, pero te pido que la razón no se te nuble en este momento tan esencial de tu camino. Tus capacidades de evaluación no han de verse afectadas por el recuerdo aún vívido de tus experiencias junto a ella. El ruido de las emociones puede ser muy válido y hasta comprensible durante una época determinada, pero una vez traspasada esa fase puede perjudicarte más que beneficiarte. No sé si me estoy explicando, pero te voy a hacer una pregunta para que me contestes con toda la lógica de la que seas capaz a esta hora de la tarde. ¿Es lo mismo querer a alguien a quien puedes abrazar, besar, con quien puedes comer, pasear, charlar o dormir todos los días que pensar en esa misma persona pero con la que ya no vas a poder hacer todo ese conjunto de cosas que he citado?

—Yo, yo, yo... Alice... Ya sé que no pretendes ser dura conmigo sino aportarme algo positivo, pero... evidentemente que no. Si he de ser razonable, en el primer caso uno se está moviendo en condiciones de igualdad con el otro ser mientras que en la segunda coyuntura, la otra persona se halla en un plano distinto.

—Muy bien, Philippe, me ha gustado mucho eso último que has expresado. Escúchame bien, ayer fue la mismísima Giulette la que con sus mejores intenciones te aclaró este asunto del que estamos hablando. Considera la de años que llevo contactando con espíritus, con almas torturadas pero también con criaturas de una inteligencia sublime... Pues ya te digo que hacía mucho tiempo que no encontraba tanta lucidez en una declaración como la suya, al tiempo que expresada con el mayor de los afectos hacia tu persona, porque en definitiva siempre te ha querido y te ha respetado, aunque ahora desde una perspectiva diferente. Está claro que el aprendizaje que ha debido estar recibiendo en esa mansión le ha venido de maravilla para equilibrar su ánimo y ampliar su capacidad de análisis. Esto es muy importante, Philippe, ya que refuerza la potencia y la veracidad de su mensaje hasta límites increíbles.

—Eso es cierto. La madurez con la que se expresó mi mujer no era propia de su edad ni de su experiencia humana... ¡Pero si ella tendrá ahora unos veintiún años...!

—Ya, pero en este tema sucede algo que has de tener muy en cuenta. No puedes equiparar la edad de la otra dimensión con la que contamos aquí. Las escalas de tiempo son diferentes. No puedes juzgar a un espíritu por la edad de su cuerpo porque su cuerpo ya no es una combinación de carne y sangre sino que posee su propia estructura alejada de los indicadores orgánicos tal y como aquí los entendemos. Las almas empiezan a cambiar en cuanto rompen con sus lazos terrenales y tal vez haya muchas de ellas que avancen en escaso tiempo lo que a nosotros nos costaría muchísimo más. Aunque es cierto que las hay que se estancan, es muy probable que ese profesor Doyle le haya enseñado muchos aspectos de su pasado, de sus otras vidas y que esto haya empujado a Giulette a efectuar un portentoso salto en cuanto a su nivel de conocimientos. Sabiendo que ella habrá puesto mucho de su parte... la historia cada vez encaja más. Philippe, ella ya ha podido descorrer en parte la cortina de la ignorancia, esa que tanto nos limita y aturde en cuanto penetramos en la esfera material. Por tanto, habrá empezado a comprender múltiples aspectos que para nosotros y

por ahora, se hallan velados hasta que nos llegue la ocasión de que se nos muestren. En otras palabras, ese es el motivo primordial por el que ella, con tono dulce pero firme, te habló desde la razón advirtiéndote de que las cosas se perciben y se valoran de forma diferente antes y después de la muerte física. Veamos... ¿captas el hilo de mi argumentación?

—Pero, madame... ¿qué tratas de transmitirme? ¿Acaso pretendes que me olvide de mi esposa y ponga un punto y aparte en mis recuerdos?

—No, Philippe, no hagas del radicalismo tu herramienta de pensamiento. La razón se distingue por su medida y por la lógica de sus planteamientos. Giulette va a estar siempre ahí porque forma parte de un pasado que escribisteis juntos y puede que en el futuro, quién sabe, os volváis a encontrar. Pero mientras tanto, lo que no puedes permitir es que el presente se te escurra entre las manos. Bien es cierto que el hombre moderado es a la vez previsor con su mañana y respetuoso con su ayer, pero es consciente de que debe vivir el momento actual pues a fin de cuentas, es lo único en lo que puede intervenir y con lo que debe trabajar.

—Es duro lo que me pides, Alice... ella significó tanto para mí que olvidarla sería como un crimen para mi memoria...

—Amigo, nadie habla de que la olvides. Solo se trata de reubicarla en tu historia, dándole su auténtico valor, justo el que ella se merece. Sin embargo y a partir de ahora, he de decirte algo importante: el mundo, la gente que te rodea te necesita más que ella a ti. No quiero ser excesivamente severa contigo, mi joven profesor, pero te confesaré algo que me ha ocurrido. Durante este último año, justo desde que te conocí, he aprendido a quererte como si fueras uno más de mis hijos. Mi buen Philippe, he gozado de tiempo para ir conociéndote, para leer tus pensamientos, para saber aspectos de tu carácter... Si no rompes con tus recuerdos sufrirás mucho y peor aún, experimentaré tanta rabia por dentro que me decepcionaré contigo...

—¿Cómo? Eso no lo permitiría nunca, Alice...pero ¿por qué has dicho eso último?

—Mira, por mi edad, alcanzo a ver cosas a las que tú no llegas debido a tu juventud. Lo que pretendo expresar es que si continúas envuelto en la tragedia que supuso la pérdida de Giulette, eso siempre te va a servir de excusa para no tener que actuar sobre la realidad, sobre tu presente. Un buen espiritista se distingue por su capacidad de transformación, porque no se abandona ante los reveses de la existencia sino que los acepta y

procura extraer la mejor enseñanza de los mismos. Hemos de absorber y evaluar el significado de los acontecimientos a los que nos enfrentamos y a partir de ahí, aprender y progresar, seguir con nuestro camino de eterno aprendizaje. Tenemos «prohibido» sumirnos en la parálisis. Los espíritus con ansias de crecimiento, de desarrollo, no retroceden ante los obstáculos sino que los contemplan como magníficas oportunidades para poner a prueba sus propios recursos. Puedo parecer estricta, incluso dura, pero solo a través de la férrea disciplina y cultivando tu voluntad lograrás verdaderos avances en esta lucha por la evolución que es la vida. Perdona por lo que te dije antes, pero me sentiría realmente muy triste si te viera abatido, abandonado al estancamiento. Como mentora tuya, he venido hasta tu casa, me he sentado en tu salón y he hecho uso de mi ascendencia sobre ti para expresarte cosas que probablemente nadie más estaría dispuesto a decirte...

—Entiendo, Alice, lo que has comentado ha sido muy valiente por tu parte porque sé que te duele hablarme de ese modo. Todo eso es muy profundo y me ha llegado hasta el alma... Debes comprenderme, pero necesito tiempo para reflexionar. Tienes el don de combinar la rigurosidad con la sensibilidad sin perder la perspectiva sobre la realidad. Debo admitir que en estos meses te he tomado un gran aprecio y que has ejercido sobre mí una influencia mayor incluso que una madre sobre un hijo...

—No te avergüences por llorar, Philippe. Que esas lágrimas que ahora derramas sean el verdadero símbolo de tu renacer. Solo así alcanzarás a entender en su auténtica dimensión el mensaje que te fue lanzado ayer. Considérate un «privilegiado». No creas que todas las criaturas de este mundo gozan de la oportunidad que tú tuviste la pasada tarde. Una vez ocurrido, te ruego que llegues a las conclusiones más clarificadoras para ti. Piensa en que Giulette te liberó y si lo hizo como espíritu que vive ahora en el otro lado, fue porque en su amor, ella comprendió que tu ligazón a su recuerdo te iba a perjudicar más que producir un bien. Te pido por favor que reacciones, que des un golpe en la mesa de tu destino y que te levantes. Ha transcurrido un año y los seres humanos no podemos permanecer atados a un vínculo cuya oportunidad ya pasó. Ahora ya lo sabes con certeza. Ella está bien, sin ninguna duda, y ahora es tu turno. Su camino sigue y el tuyo, en vez de cerrarse, debe abrirse de par en par.

—Sí, gracias, me hago cargo... no sé cómo devolverte el favor por tus atinados consejos...

—No tienes por qué devolverme nada. ¿Acaso has olvidado los valores contenidos en la enseñanza que los nobles espíritus plasmaron en «Le Livre des Esprits»? Mi mejor recompensa sería verte recuperado. Eso sí que constituiría un verdadero regalo de incalculable valía. ¿Qué te parece?

—Bien, Alice, he de pensar... Lo que me has dicho no es para tomarlo a la ligera.

—Ah, desde luego, joven. Que conste que nadie ha colgado de tu cuello un cartel con la palabra «prisa». Tómate tu tiempo, lo necesitas... Por cierto, antes de irme, una última cosa...

—Te escucho con toda mi atención.

—¿Sabías que Laurent estuvo ayer en la sesión en la que Giulette y todos los otros participamos?

—Ya, me imagino. Ese «caballero» parece estar en todas partes. Dale mi más cordial saludo.

—Desde luego. Quiero que sepas que me ha comentado que él se halla plenamente de acuerdo con el mensaje que te lanzó tu esposa y es más, me dijo también que Giulette sería la primera persona en entristecerse si te veía sin avanzar, sumido en la parálisis.

—¿De veras? Eso es extraordinario. Caramba, aquí parece que os habéis asociado todos para reconducirme.

—Ya, pues considera todo lo que te he dicho, Philippe. Entre nosotros debemos apoyarnos en lo que podamos. Resulta implícito a esa maravillosa filosofía en la que creemos. Por favor, que las palabras de Giulette caigan como buenas semillas sobre tierra fértil y que la planta de tu evolución crezca firme en tu interior. Nada me alegraría más. Ahora, me marcho. Queda en grata compañía espiritual. Ya hablaremos dentro de unos días.

—Te acompaño hasta la calle, Alice. ¿Puedo darte un beso como muestra de agradecimiento?

—Desde luego, será un honor.

—Por cierto, ¿podría pedirte una última ayuda antes de que te vayas?

—Sí, claro, lo que sea.

—Mira, te juro que no lo tenía preparado sino que se me ha ocurrido sobre la marcha, mientras que escuchaba tus sabios razonamientos.

—Caramba, por el brillo de tus ojos debe tratarse de una cuestión de peso.

—Pues sí, la verdad. ¿Serías tan amable de concertarme un encuentro con Josephine? Necesito consultarle algunas cosas a solas. Es que me gustaría hacerle unas preguntas que pienso solo ella puede responder. Eh, una aclaración... no es lo que imaginas...

—¡Eh, muchacho, que yo no imagino nada! ¿O es que ahora te dedicas al arte de leer las mentes ajenas?

—Verás, es que no hallo la ocasión de quedar con ella sin que eso sea malinterpretado.

—Philippe, las «interpretaciones» como tú las denominas son responsabilidad de aquellos que las hacen, no de ti. Preocúpate más bien por las tuyas y no tanto por las ajenas. Espero que la timidez no te haya comido la lengua, a ti, todo un profesor en La Cité, experto en educación y en comunicarse con sus alumnos.

—Venga, anoto de nuevo tu recomendación pero no te burles de mí. Solo deseo que me concedas ese pequeño favor.

—Está bien, amigo. Haré lo que me dices. Hablaré con René, su tío. Déjalo en mis manos. Pronto recibirás novedades.

—Que Dios te bendiga, Alice, especialmente hoy, por haber venido hasta aquí para apoyarme con tus nobles indicaciones.

—Hmmm... después de lo sucedido en la sesión, era bueno comentar este asunto. Las señales del más allá hay que tomarlas muy en cuenta. Si sabemos apreciarlas en su justa medida, nos pueden venir muy bien. Nuestra reunión ha sido un buen colofón al encuentro de ayer. Me siento contenta.

—Y que lo digas, «madame Leclerc» —afirmé con gran emoción mientras revivía por dentro la estampa de mi primera conversación con ella en su preciosa casa, allá por el nuevo ensanche de París.

Había transcurrido un año desde entonces.

EL VERDADERO ROSTRO DE JOSEPHINE

Unas fechas después, aprovechando la cita semanal que dentro de mis estudios espiritistas me correspondía hacer en el hogar de mi mentora, me di cuenta de lo buena organizadora que podía ser. Al respecto de Josephine, existía un serio problema. Ella apenas si salía de su domicilio. La mayor parte de las horas del día las pasaba o bien ayudando a su madre en las labores del hogar o cuando terminaba, concentrada en su gran afición: la lectura de novelas. Su padre era muy celoso de la joven, ya que su otro hijo, bastante mayor que ella, se había emancipado hacía tiempo y se había marchado a vivir a Brest donde había encontrado un buen empleo. Eso quería decir que para Monsieur Badou, Josephine, su única hija de diecinueve años era lo único que le quedaba y salvo en sus horas de trabajo, siempre estaba muy pendiente de ella.

Con sus mejores intenciones pero también con inteligencia, madame Leclerc habló con René, el cual le dijo que invitaría el domingo a merendar a su casa a la joven médium. Su esposa Constance conocía de antemano que aquella tarde sus cuñados tenían otro compromiso en otro lugar de París. La planificación parecía exitosa para mis intereses. De este modo, Josephine no se quedaría sola en su domicilio y pasaría aquella

tarde de ocio con sus tíos. Ese sería el momento adecuado para que yo pudiera mantener un encuentro adecuado en solitario con ella. Dada mi confianza con René, yo ya sabía que él no me pondría ningún impedimento para que charlara un rato con su querida sobrina. Al respecto, quiero dejar bien claro que no hubo engaño ni nada similar en la organización de nuestra cita, pues la chica fue informada por René previamente de mis deseos, los cuales aceptó sin demora y con total libertad.

Ese domingo procuré vestirme con elegancia. No solo deseaba complimentar al matrimonio Badou, al que le había tomado cariño por nuestras reuniones semanales en el piso de La Cité, sino sobre todo por deferencia a su bella sobrina, la cual supuse que se alegraría de verme arreglado de una manera más formal que cuando nos veíamos en una jornada laborable.

Ya en casa del inspector, merendamos en el salón los cuatro y anduvimos conversando sobre generalidades como la situación del emperador, el estado de las obras en la parte nueva de la ciudad o el efecto sobre la población de las últimas cosechas de trigo. Hasta yo hablé de mis alumnos y de mi labor como docente, mientras que Constance confesaba su miedo al trabajo de su marido, el cual y como policía, debía asumir inevitablemente un porcentaje notable de riesgo en sus encargos. Mientras tanto, Josephine, como de costumbre, escuchaba mucho y hablaba poco. La verdad es que mientras apuraba mis últimos sorbos de café y picaba alguna que otra pasta, tuve mis dudas acerca de si aquella joven de piel tan blanca y tan radiante, abriría algo más su boca para comunicarse una vez a solas conmigo. ¡Qué equivocado estaba!

—Y ahora, mis queridos jóvenes, hablad cuanto queráis —comentó René con una gran sonrisa en su rostro mientras pasábamos a una salita anexa y preciosa con bellas cortinas y delicadas pinturas de paisajes franceses, sobre todo del Loire.

Tras cerrar su tío las puertas correderas que daban acceso a la estancia, Josephine y yo nos sentamos en dos cómodos butacones dispuestos en un ángulo de noventa grados, ideales para mantener una interesante charla.

—Uf, la verdad es que me siento un poco nervioso, Josephine. Aunque ya nos hemos visto en anteriores ocasiones, lo cierto es que esta es la primera vez en la que estamos solos, frente a frente. Para mí es un agradable e intenso momento, sobre todo por tener la posibilidad de hablar contigo en intimidad.

—Gracias, Philippe. No te preocupes. Mira, si te sientes mejor, te diré que yo me hallo muy tranquila en tu presencia. ¿Ves? Seguro que ya te has relajado un poco... Antes que nada, quería decirte que yo no tengo un control completo ni plena conciencia sobre mis fenómenos de «mediumidad». Mi querida Alice me ha informado al detalle de lo sucedido el otro día en la sesión que mantuvimos, en concreto, sobre el encuentro que se produjo con el espíritu de Giulette.

—Caramba, esto es sorprendente. Parece que leyeras mi pensamiento, porque justo de eso quería hablarte. Verás, la otra tarde mi buena mentora me sorprendió agradablemente cuando tras lo acontecido se presentó en mi casa y permanecimos un buen rato comentando esa materia, intentando extraer las mejores conclusiones tras aquella emotiva comunicación. Yo, la verdad, me notaba como un poco confuso con tanta información. Por fortuna, madame Leclerc intentó aclarar conceptos y exponerme con rigurosidad su opinión al respecto. Lo que me dijo me caló y me dejó muy pensativo. Ella tiene una capacidad muy especial para penetrar en mi mente y para provocar en mí un debate interno sobre el tema que se trate.

—Y ¿a qué asunto en concreto te estás refiriendo, Philippe?

—Sí, no pretendo extenderme. Me quedé con la idea de que debía de alguna forma romper con mi pasado, no de un modo traumático, sino reconduciendo mi memoria hacia un punto de equilibrio y abriéndome a la realidad del aquí y ahora, la que vivo en estos instantes, tú sabes, un joven maestro de veinticinco años, viudo, o desde una visión más optimista, un hombre soltero que tiene toda la vida por delante. He pensado mucho en esta cuestión. Aunque no te lo creas, justo antes de acabar aquella charla con Alice se me vino a la cabeza la idea de que debía hablar contigo sobre ello.

—Pues claro que me lo creo, amigo. Las almas están conectadas por el pensamiento. Esto explica que muchas veces, pese a no estar en el mismo lugar, podamos de una forma inconsciente transmitirnos mensajes de todo tipo, insisto, aunque no estemos viéndonos en ese momento. Hmmm... es muy interesante todo eso que cuentas. Perdona que vuelva a la pregunta de antes pero ¿puedo conocer el motivo principal de tu pretensión por hablar conmigo?

—¿Eh? Bueno, tan solo deseaba que me dieras alguna información más que me sirviera de ayuda.

—¿Información? ¿Y qué datos podría ofrecerte yo a ti, querido amigo?

—Pues verás, es sencillo. Giulette estuvo contigo acompañándote todo ese tiempo. Tal vez solo conserves vagos recuerdos en tu mente, pero me gustaría saber la impresión que te llevaste de tu encuentro con mi antigua esposa, qué sentiste o si ella te reveló algo que yo desconozca. Debes perdonar mi tremenda curiosidad pero es que preciso despejar ciertas dudas que han surgido en mi interior a partir de la conversación que mantuve con Alice.

—Ya, empiezo a entender por dónde vas. ¿Quieres mi opinión sincera sobre este tema tan trascendente para ti?

—¿Cómo? Me asombras un poco, Josephine. La verdad es que me tienes un poco desconcertado.

—¿Acaso estás sorprendido por el tono de mi voz o por mis respuestas?

—Sí, lo admito. Siempre te he contemplado tan metida dentro de ti misma, como ensimismada en tus pensamientos que...

—Ja, ja... una cosa es dar una impresión de cara a los demás y otra bien distinta que no tenga vida interior propia. Lo que sucede es que no puedo mostrar mi alma a cualquiera que se cruce conmigo. Contigo es diferente, porque siempre hemos mantenido una estrecha cordialidad que con otras personas es imposible que aparezca. En cualquier caso, Philippe, no quiero ser contigo dulce sino justa, es decir, no pretendo adornar tus oídos sino expresarte lo que siento de veras... si me lo permites, claro.

—Sí, por supuesto. Me tienes ansioso. Adelante con lo que tengas que decir...

—De acuerdo. ¿Te sorprenderías si te dijera que concuerdo plenamente con lo que Alice ha interpretado sobre el sentido de la comunicación establecida con Giulette?

—No sé, no estoy seguro de adónde quieres llegar. Solo te llevo seis años de edad pero tienes que tratar de comprender mi encrucijada. Mi problema surge porque estoy navegando en un mar en el que se cruzan dos corrientes poderosas. Una de ellas circula en dirección a lo que pudo ser y no fue, a un proyecto frustrado que pudo resultar bellísimo pero que por razones del destino o de fuerzas cuyo origen desconozco se quedó en la nada. La otra corriente, en cambio, es brutal, arrebatadora, pero circula justamente en sentido contrario, o sea, me pide que ordene lo sucedido, que lo guarde en un lugar adecuado, al tiempo que me empuja a girar mi

cabeza y a contemplar el horizonte del futuro, aquel que me espera por delante en una nueva fase para mi existencia.

—Hmmm... has estado brillante, Philippe. Me parece muy apropiada tu explicación. Si te soy franca, como capitana de mi propio barco, yo lo tendría muy claro. Es tal y como lo hemos leído muchas veces en «Le Livre des Esprits», cuando efectuamos nuestra reunión de estudio semanal. ¿Lo recuerdas? La razón debe ser nuestra guía. Mira, ella tiene sus propios argumentos y cuando tú has expuesto tu brillante argumentación, ha sido justamente la razón la que te ha conducido a esa conclusión. Eres un hombre construido sobre una historia, sobre un pasado que siempre va a permanecer en tu recuerdo, pero desde luego te constituyes en una persona que debe centrarse en el presente, elaborando cómo no, un proyecto de futuro.

—Caramba, Josephine, qué poco te conozco, lo admito. Perdona pero... ¿eres tú la que hablas verdaderamente o te están inspirando nuestros queridos hermanos invisibles?

—¡Eh, un momento, señor profesor! No seas tan ingenuo. Quiero aclarar una cosa contigo. Es cierto que esta es la primera conversación que tú y yo tenemos en privacidad. Hemos sido seres cercanos en la distancia pero con dificultades para lograr un mayor conocimiento de nuestro carácter por las circunstancias que nos han envuelto. No teníamos otra opción. Amigo, si fuera otra voz la que hablara por mí te habrías dado cuenta al instante. Ya me has visto cómo procedo en las sesiones en las que has estado a un metro de mí. No podría engañarte ni simular contigo. Lo notarías incluso en las facciones de mi rostro, en la forma de expresarme. Conviene no mezclar las cosas. En otras palabras, puedo pensar por mí misma y poseer mi propio criterio, aunque es verdad que casi siempre me has contemplado dejando mis órganos para que los espíritus puedan comunicarse a través de mí.

—Lo siento en el alma, Josephine. No pretendía herirte con mi desafortunado comentario. Lo lamento y te pido disculpas.

—En absoluto. No te lo reproches. Cuando las personas no se conocen lo suficiente, es normal que sucedan este tipo de cosas. Hay que recorrer ese camino de acercamiento que nos permite disfrutar de una mayor confianza. Esta tarde tan solo hemos empezado a andar juntos ese trayecto que puede ser más o menos largo, dependiendo de nuestras voluntades y de nuestros intereses. Venga, no abras la boca como un bobo ni pongas

ese gesto de asombro. Tengo diecinueve años, es cierto que a los dieciséis dejé de estudiar para permanecer en mi casa ayudando a mi madre. Fue cuando mi hermano mayor tuvo que irse lejos, a Brest, al contar con una oferta de empleo que no iba a poder encontrar aquí en París. La respuesta de mi padre resultó fulminante. Fue así como pensó: «He perdido de vista por razones laborales a mi primogénito, por tanto, situaré lo más cerca posible al otro ser que me queda: a mi hija pequeña». ¿Te das cuenta, Philippe? No dudo que lo hiciera con su mejor intención pero cortó en mí cualquier posibilidad de seguir con mis estudios, de progresar en mi formación. Te juro que al principio lloré y lloré en el silencio de mi habitación, pues no quería que nadie se percatara de mi decepción, de mi sufrimiento por la oportunidad perdida. Tardé varios meses en aceptarlo y hasta maldije la «suerte» de mi hermano porque indirectamente había provocado el que yo tuviera que quedarme en casa. Después he ido cambiando, madurando y tras una reflexión continuada, larga y profunda, creo que ya lo he asumido. Estoy conforme, ese es mi sino por ahora y no lanzaré más quejas al cielo por ello. Y debo sentirme bien porque gracias a la ascendencia que mi tío René tiene sobre mi padre, al menos me han dejado acudir a las sesiones en el piso de La Cité, lo que ya es algo. Sin embargo, esto no durará para siempre. Algún día, espero que no muy lejano, abandonaré la falsa seguridad de mi hogar y podré conocer otra forma de vivir completamente ajena a la actual.

—Dios mío, ahora sí que me dejas con la boca abierta de verdad. No sabía nada de esos proyectos que tan bien escondidos guardabas en tu pensamiento. Ignoraba todo ese fuego interior invertido en hacer volar tu imaginación.

—Mira, es cierto que no puedo continuar mis estudios en una universidad pero ello no me va a privar de poder investigar por mi cuenta. Ya ves que la lectura me apasiona, me permite invertir mi tiempo en algo provechoso. Aunque mi madre se extrañe y piense que esa afición de lunática se me pasará, lo cierto es que el estudio de tantos y tantos libros mantiene mi mente abierta a nuevos rumbos y me permite conservar viva la llama de mis sueños.

—¿Puedo preguntarte si son sueños de libertad?

—Sí, a ellos aspiramos todos los seres humanos sin distinción ni de sexo ni de clase social. ¿No crees? Yo así lo noto en la sangre que corre por mis venas. Pero no soy una ilusa. Sé que mi oportunidad llegará. Philippe,

la cuestión no es solo leer novelas. No me siento tan limitada; se trata de aquello que reside tras el acto transformador de leer, de impregnarme de la esencia literaria de los más grandes autores de la humanidad, de la serena y persistente reflexión sobre el mensaje recogido en tantos y tantos libros que han pasado por mis manos. Te diré un secreto. Aunque no haya podido continuar mis estudios, he disfrutado de muchas horas en soledad en casa y no las he desaprovechado. Las he invertido en analizar más y más obras de filosofía y de historia. También me interesan la política y las ciencias sociales. No me atraen ni la física ni las matemáticas porque estas materias no coinciden con mis inquietudes intelectuales. Es cierto que no me dejaron continuar con mi aprendizaje pero ya ves que no he renunciado a ello. Por tanto, seguiré por mi cuenta con mi propia instrucción. Intuyo que será fundamental para mi futuro. Soy consciente de que lo que a mí me sucede no es muy normal ni muy frecuente en las jóvenes de mi edad. Pero ¿qué puede importarme eso a mí? Resumiendo, mi buen amigo, con mis esfuerzos en cultivarme intento suplir la falta de oportunidades que la vida por una u otra razón me ha negado desde los dieciséis años, pero que coincide con la marcha de mi hermano mayor y de haberme constituido en el único soporte afectivo que les resta a mis padres, al menos en su hogar.

—¡Dios mío, qué grata sorpresa me has causado, Josephine! Me he quedado asombrado. ¡Qué ignorancia la mía, desconocer todo ese caudal de inquietudes y proyectos que guardabas en tu interior! Escuchar de ti misma el empeño que pones en adquirir conocimientos a pesar de las dificultades que te impone el medio en el que vives y aun así, qué férrea voluntad... Todo esto es un gran descubrimiento y a mí me parece tan esperanzador...

—¿Has dicho esperanzador? ¿En qué sentido, Philippe?

—Sí, lo que pretendía decir, en otras palabras, es que tu esfuerzo y tu constancia me resultaban admirables. No sé, es como si llevaras una doble vida; una rutinaria, asociada a la «normalidad» y otra bien distinta que mantienes oculta, la referida a tus intereses particulares, los más íntimos.

—Así ha de ser, Philippe. Hay que guardar las formas. ¿Qué puedo decirte? ¿Sabes lo que supondría mostrarle a mis padres abiertamente mis proyectos, enseñarle a corazón abierto mi necesidad de aprendizaje? No guardes ni la más remota duda: tan pronto como pudieran me agarrarían de la mano y me llevaría a algún doctor de esos especializados en las en-

fermedades de la mente que hay en París. Como comprenderás, no tengo ningún deseo de enfrentarme a esa vicisitud. Y ya no quiero ni pensar en otras medidas más drásticas como aislarme en alguna casa de reposo en el campo hasta que se me quitaran esas «tonterías» de la cabeza.

—Cierto, Josephine, conviene ser previsora. Tu intuición es grande y no creo que vayas desencaminada en cuanto a tus temores.

—¿Puedo contarte un par de secretos más?

—Por supuesto. He de admitir que me has cautivado con el relato de tu vida interior y desde luego, mi interés por conocerte ha crecido. Quizá te haya «ignorado» a pesar de sentarme a tu lado o de verte todas las semanas porque te contemplaba simplemente como lo que eras, es decir, una chica de dieciocho años o mejor dicho, de diecinueve, que ya los has cumplido. Y sin embargo, por dentro eres mucho más madura de lo que correspondería a tu edad. Para mí, lo que has dicho sobre ti misma resulta arrebatador. La verdad, no me lo esperaba. Mi impresión es de lo más positiva, en fin, que puedes contarme lo que quieras.

—En primer lugar, la necesidad apremia. Mira, siempre he mantenido una exquisita relación con las monjas que me educaron en el mismo colegio desde que era una cría. Hay una hermana joven con la que guardo una amistad desde hace mucho tiempo. De vez en cuando me acerco por allí a saludarla y ella me consigue libros de todo tipo de los que yo previamente le he pedido. Esas hermanas tienen un catálogo amplísimo en su biblioteca. Después de todo es lógico, ya que se dedican a la educación. Por otra parte, a veces me siento como desubicada. Te digo esto porque a pesar de mis ganas, todavía no me he decidido a entrar en la Biblioteca Nacional para curiosear libros y estudiar en aquel ambiente, un sitio donde todos clavarían sus ojos en mí como si fuera una especie de «bicho raro». Además, si mi padre se enterara, me confinaría en la soledad de mi habitación y solo saldría de allí cuando le acompañara a dar algún paseo por las calles de la ciudad.

—Ya, me imagino la escena. Muy bien. Y... ¿el otro secreto?

—Ah, sí. Como entenderás, este tipo de inquietudes las llevo bien guardadas pero el mismo hecho de mantenerlas ocultas me consume por dentro como un fuego que me devorase. Por eso, aparte de ti, existe otra persona que conoce mi secreto. Es alguien de la máxima confianza, como te imaginarás. ¿Quieres saber quién es el otro ser que conoce mis proyectos más recónditos?

—Desde luego, ahora mismo estoy con la mente en blanco. No tengo ni la menor idea sobre quién puede ser ese privilegiado individuo. Aunque ahora que lo pienso... ¿no será esa monja a la que le solicitas libros en préstamo?

—No, desde luego que no. Ella y yo somos buenas amigas pero nunca he llegado al punto de revelarle mis intenciones más íntimas. Venga, no te haré sufrir más con el misterio. No te lo mereces. Se trata de mi tío René, el hermano de mi padre, en cuya casa estamos ahora mismo. La verdad es que siempre hemos tenido una conexión especial. Por eso, cuando el año pasado me comentó acerca de la posibilidad de acudir a las reuniones espiritistas que se hacían en La Cité, no me lo pensé ni un segundo. Para mí, supuso una liberación, una forma maravillosa de escapar a mi enclaustramiento. Su propuesta me encantó y gracias a él puedo compartir con vosotros todo ese conjunto de conocimientos tan excelsos que al tiempo me han dado la oportunidad de investigar el sentido de la vida y para qué estamos aquí.

—Caramba, no sabía que existiera un vínculo tan estrecho entre el «señor inspector» y su sobrina.

—En efecto. Merced a los desvelos de ese señor inspector, como tú dices, pude conocer el Espiritismo. Esa filosofía me apasiona porque responde con exactitud a los intereses de esa llama que me arde por dentro pero que debía esconder hacia el exterior por los motivos que ya te he expuesto. Philippe, soy una mujer que me considero prudente. De ahí mis silencios o mi aparente distracción. Ya sé que te he dado en muchas ocasiones la impresión de estar como ensimismada en mis pensamientos, en mis fantasías, como si continuara en una especie de adolescencia perpetua que no acaba de convertirse en adultez. Si te fijas, se trata tan solo de esa cautela a través de la que me defiendo y con la que intento que nadie me haga preguntas incómodas. He de mantener mi intimidad a salvo para que nadie perturbe mis sueños. ¿Lo comprendes ahora?

—Claro, ahora empiezo a encajar muchas piezas de ese rompecabezas al que no prestaba excesiva atención.

—Eso es. Por ese motivo no puedo mostrarme tal y como soy. Mi turno llegará y si Dios quiere y me ha asignado algún cometido de importancia, no debo preocuparme porque las señales irán apareciendo conforme yo precise de ellas. Sabré esperar el tiempo oportuno para romper mi cascarón. ¡Ah, a veces tengo la extraña sensación de haberme adelantado

a mi época, como si hubiera nacido unos años antes de lo que me correspondería por mi carácter! Pero no me voy a enterrar en vida ni voy a renunciar a mis ideales. Venga, no te asustes, mi querido amigo. Reconozco que soy un poco rara, pero nada más. Conforme me vayas conociendo te darás cuenta de que soy una chica joven con grandes ideales pero que como, duermo y habito en la realidad, al igual que todos. Tranquilo, por ser médium a veces parezco que nado entre dos mundos, pero lo cierto es que tengo los pies bien asentados en el suelo.

—Ya, ya me estoy acostumbrando, Josephine; es solo cuestión de minutos que procese toda esa información tan genial que me has proporcionado.

—Convéncete, Philippe: la persona que tienes delante de tus ojos es una mujer adulta de apariencia frágil, pero esa aparente debilidad sirve al único fin de protegerse a sí misma y cuenta por dentro con un mar embravecido que la agita de un lado a otro. Je, je, hasta yo misma me asusto a veces con mis expresiones. Leer tanto está claro que altera el pensamiento de los individuos. ¿Sabes lo que es levantarse cada mañana y no poder enseñarle al mundo lo que eres ni a lo que aspiras? En fin, ahora ya me conoces algo mejor aunque esto solo sea el principio. Discúlpame por mi absoluta franqueza, pero me siento segura en tu presencia y me he visto en condiciones de confesarte quién era en realidad. Necesitaba usar mi sinceridad para expresarme a solas contigo y para que te formaras una imagen de mí mucho más ajustada a la realidad. Aprecio también tu prudencia y cuento con que sabrás mantener a salvo mis secretos, al igual que mi tío lo hace. Por eso le tengo en tanta estima. Él me entiende desde el silencio. Piensa en que ese fue el motivo por el que no puso ningún impedimento a que nos encontráramos aquí, en su casa. Su actitud de facilitar nuestra conversación resultó evidente en cuanto Alice se lo comentó. Oye, ¿estás ahí, Philippe? Ahora eres tú el que se ha perdido o el que ha viajado a dimensiones desconocidas... Creo que es tiempo de que me des tu opinión acerca de lo que te revelado sobre mí.

—¿Cómo dices?

—¡Atento a cómo se han desarrollado los acontecimientos! Recuerda que viniste aquí a merendar, para charlar luego conmigo y para consultarme sobre la comunicación con Giulette. Eso no era más que incidir de nuevo en tu herida, esa que aún no ha cicatrizado del todo porque no haces más que meter el dedo una y otra vez en tu llaga. Sin embargo, al final

hemos hablado más bien de mí y de mis circunstancias. ¿No te parece un fenómeno curioso?

—Sí, discúlpame, es que me he quedado tan sorprendido con tu testimonio que trataba de recopilar toda esa información para que se almacenara en mi memoria. Claro que no se trata solo de guardarla sino también de interpretarla. Ah, y por supuesto que puedes confiar en mí. Soy hombre de palabra. Seré una tumba y desde luego, podrás seguir contándome más cosas en el futuro. La verdad es que hoy es un día importante. Nuestro encuentro ha superado mis mejores expectativas. He descubierto un nuevo sol en ti, si te parece bien la comparativa que se me acaba de ocurrir.

—Ja, ja... yo no pretendo alumbrar a nadie. Ya bastante tengo con intentar darme a mí misma un poco de luz.

—Impresionantes palabras, muy acordes al misterio que llevas guardado en tu interior. Perdóname, Josephine, pero tengo una pregunta que hacerte.

—Adelante, señor profesor...

—Esta ha sido nuestra primera conversación seria, donde hemos tenido la oportunidad de hablar con franqueza, con libertad acerca de nosotros mismos y de nuestras inquietudes. ¿Cómo es posible entonces que me hayas desvelado todo ese número de confidencias tan esenciales? ¿Cómo es posible que le hayas descubierto a casi un desconocido tantos y tantos aspectos íntimos de tu personalidad?

—Mira, Philippe, escúchame con atención. No pretendo vanagloriarme de nada, Dios me libre de semejante defecto, pero tengo que admitir que soy muy buena a la hora de «calar» a las personas. Esto no es nuevo, siempre me ha ocurrido y la verdad es que suelo acertar con bastante frecuencia. No necesito mucho tiempo para conocer a quien tengo enfrente ni tampoco preciso hablar por un período extenso de horas. En este sentido, cuento con la ayuda inestimable de mis amigos los nobles espíritus, aunque ellos se limitan tan solo a decirme si las otras personas me convienen o no, si me van a hacer daño o si me van a beneficiar de alguna manera. En cualquier caso, ya sabes que la última palabra está en nosotros, en nuestra capacidad de decisión, en ese libre albedrío del que todos gozamos.

—Hmmm... qué interesante. Y... permíteme otra cuestión, pero ¿podría saber si has llegado a algún tipo de conclusión sobre mí?

—Desde luego. Con respecto a ti y después de un «análisis minucioso» de tu carácter, puedes permanecer tranquilo. Jamás he albergado la menor duda sobre tu comportamiento. Siempre, desde que me crucé contigo el año pasado, me pareciste un caballero, una persona honesta y trabajadora, alguien dispuesto a entregarse al prójimo, de una gran riqueza interior, aunque atenazado por unas circunstancias tan brutales como las que te sucedieron. Tengo claro que más de uno se hubiera tirado al Sena si hubiera perdido a su esposa, a la criatura a la que más quería con solo veinte años, en plenitud de la vida y con tantos proyectos por delante. Esto ha alterado por un tiempo el desempeño de tus grandes capacidades pero a la vez te ha forjado y te ha hecho aún más grande como ser humano.

—Caramba, Josephine, me abrumas con tantos elogios, estoy perplejo...

—No, aleja la confusión de tu mente. La filosofía griega me encanta. Citaré alguna de las enseñanzas del gran Aristóteles para resumir mi opinión sobre tu persona. Todo lo que estaba en acto en ti dio un paso atrás por los hechos acaecidos y por los que sufriste tanto. Tus cualidades volvieron a un estado de potencia. Una vez que aumentes la confianza en ti mismo, todo eso que se halla en tu interior a la espera de una oportunidad, volverá a transformarse en acto. Como verás, comparto el mismo criterio que Alice, la cual tiene puesta en ti unas expectativas enormes.

—Uf, con todo eso que me has dicho, no sé si debo asustarme o alegrarme... Parece que tengo por delante importantes desafíos...

—Venga, Philippe, eres libre y adulto. Piensa lo que quieras de mí pero no veo que lo que te he comentado sea para asustarse sino todo lo contrario, para albergar todo tipo de esperanzas. Por otro lado, no creo que te convenga aterrorizarte ante los retos que te vayan a llegar y en los que te impliqués, y menos a esta altura de tu existencia. Mas es tu juicio, amigo. Eres el máximo responsable del curso que le quieras dar a tu vida. A mí solo me cabe respetar el criterio que quieras aplicar a la hora de proseguir con tu camino. Por las enseñanzas que hemos recibido todos estos meses atrás, recuerda que como espíritus encarnados que somos, estamos destinados a avanzar, aunque cada uno lo haga a su manera, y que el estancamiento o la fijación en las páginas del pasado tan solo nos va a causar un sufrimiento innecesario. Es tu turno, Philippe.

—Josephine, guardo una gran curiosidad sobre tu labor cuando hacemos los encuentros con los espíritus. Al parecer y por lo que yo sé, creo que no recuerdas nada del acercamiento de esas criaturas sobre ti, una vez que todo ha terminado.

—No es así exactamente. Una cosa es que no pueda recordar ciertas cosas con precisión y otra bien distinta que no me quede con la impresión general que cada alma me aporta con su comparecencia. También he de aclararte otro aspecto importante que te ayudará a comprender mejor mi trabajo como médium. Cuando me hallo en medio de las reuniones, al entrar en ese trance por el que los espíritus se manifiestan a través de mí, se produce una entrega parcial a su influencia, es como prestarles mis órganos para facilitar la reproducción de sus mensajes. No sé si me estoy explicando bien...

—Sí, perfectamente. Continúa...

—Sin embargo, en condiciones normales como en la que estamos ahora mismo, sí que puedo sentir con perfecta conciencia la presencia de los espíritus. En esa coyuntura yo no hablaría de abandono hacia ellos como ocurre en una sesión, sino simplemente de intercambio de datos, de una comunicación mucho más parecida a la que estamos manteniendo nosotros que a otra cosa.

—Ya, entiendo bien la diferencia entre prepararse para una reunión como las que hacemos en La Cité y la espontaneidad típica que tú puedes notar al interactuar con ellos que sería como algo más natural, más improvisado.

—Claro, eso es. Ja, ja... parece que has avanzado más en conocerme en esta última hora que en todo un año. Está muy bien, Philippe, tenemos una buena sintonía, sin duda. ¿Quieres despejar otra incógnita sobre ti y que nos afecta directamente?

—Desde luego, ya veo que hoy es el día de las «revelaciones» de Josephine. Venga, suelta lo que deseas...

—¡Qué ocurrente! Mira, jamás he oído nada negativo de ti que me llegara por «vía espiritual». Sé que eres una persona que lucha por ordenar su camino, con un pasado tortuoso atribuible a unas circunstancias muy concretas, pero también tengo la impresión de que te estás preparando para realizar un gran salto adelante, algo que te haga afrontar la realidad desde una perspectiva mucho más constructiva... Todo esto, de alguna forma, ya te fue adelantado en la comunicación del otro día y es que el

contacto entre el mundo espiritual y el físico es permanente. Cuando las almas que nos hablan son las de los seres que nos aprecian, ya te habrás dado cuenta de que solo desean lo mejor para nosotros, para nuestra evolución.

—Pues sí que me conoces bien, amiga. Me dejas de nuevo asombrado. Estoy pensando que la distancia que nos separaba era solo el reflejo de nuestros silencios o dicho de otra forma, en el momento en el que hemos podido recorrer ese velo que nos impedía comunicarnos a las claras, de pronto hemos llegado a reconocernos como personas mucho más cercanas. ¿No te parece?

—Sí, Philippe, pero en este caso, habla por ti. Tengo el convencimiento de que esa lejanía que has citado estaba más en ti que en mí. Yo nunca me he sentido distante contigo, te lo aseguro. Tus dramáticas circunstancias construyeron una especie de círculo de aislamiento alrededor de ti, tu ánimo estaba como volcado hacia tu interior dándole una y mil vueltas a lo que te había ocurrido. Yo, en cambio, aun reconociendo la dificultad de mi situación en casa, no traía en mi cabeza el disgusto tan tremendo que tú cargabas sobre tus espaldas. Está claro, al menos desde mi punto de vista, que yo he podido observar mejor cómo eres y fijarme más en tus reacciones de lo que tú hayas podido aprender sobre mí. Ese es el motivo por el que esta tarde estás bastante sorprendido por todo lo que te he dicho; sencillamente estás absorbiendo de golpe una serie de datos sobre mí que podrías haber ido conociendo poco a poco.

—Además de intuitiva, eres inteligente. Espero que en nuestra próxima charla ya no haya tantas sorpresas sino una conversación entre personas que luchan por superar obstáculos y seguir con su evolución...

—Estoy de acuerdo. Así es mi vida, Philippe, la de una mujer joven con muchos planes en su mente pero que no puede compartir sus ilusiones casi con nadie y tampoco realizarlas, por el momento. ¡Qué le voy a hacer! Solo me cabe conformarme y ser paciente con unos tiempos que a veces me ahogan. Sin embargo, soy consciente de que mis energías han de canalizarse necesariamente hacia el optimismo. Dios no me puede haber permitido nacer en esta gran ciudad y en este ambiente sino para ponerme en las mejores condiciones para que yo pueda continuar con mi progreso, para que pueda alcanzar mis objetivos. Resulta elemental que acorde a nuestros merecimientos nos sitúan en el escenario idóneo. Tan solo nos resta despejar la mente y desarrollar nuestra voluntad. Así

tomaremos conciencia de adónde nos lleva el camino para luego comenzar a andar a buen ritmo. Ya sabes, todas las semanas nos afanamos en aprender este tipo de cosas al estudiar «Le Livre des Esprits».

—En efecto, tienes toda la razón. No puedo alegar nada en contra de tu excelente planteamiento. Te admiro por tu desparpajo y por la claridad con la que te expresas. Ahora me doy cuenta de que en los últimos meses la barca de mis pensamientos se ha visto zarandeada continuamente en un mar de confusiones.

—Puede ser, pero... ¿te has hundido?

—No, qué va. Aquí sigo después de la tormenta, vivo y con una gran motivación para, como tú dices, efectuar ese salto que me lleve a otro campo nuevo de acción. Esta conversación ha sido maravillosa. Ahora, cuando nos despedamos, deberé hacer un esfuerzo por asimilar toda esa sabiduría que me has transmitido. Desde lo más profundo de mi corazón, Josephine, te muestro mi agradecimiento. Me hallo en deuda contigo.

—¿Deuda? ¿Estás acaso hablando de dinero, préstamos o bancos? Ven-ga, joven profesor, ya sabes que solo existen causas y efectos...

—¡Genial, Josephine! Has sido muy didáctica al traer a colación una de las leyes más importantes que regulan nuestra existencia. Quién lo diría, pero contigo tan solo he podido recibir lecciones en esta instructiva tarde. Una enseñanza que sin ninguna duda me hará meditar, estoy seguro. La verdad es que no sé ni lo que ha pasado. Venía a desahogarme contigo, a que me oyeras, y resulta que al final, he sido yo el que te ha escuchado y tú la que te has dado a conocer. Me alegro de veras de que te hayas abierto conmigo. Es una buena señal de que confías en mí. De esta conversación, me llevo la imagen de estar delante de un gran espíritu con rostro de mujer. ¡Dios mío, lo que guardas en tu interior! Doy gracias de nuevo por este encuentro. En fin, avisaré a tu tío. ¡Ojalá que todos tus proyectos puedan cumplirse algún día no muy lejano, mi buena amiga!

—Gracias por tu actitud, Philippe. Estaré pendiente de ti para lo que necesites. Cuenta conmigo. Ahora ya no tienes excusas, ja, ja... porque ya sabes quién soy y a lo que aspiro.

En unos segundos y tras llamarle, se aproximó a nosotros René, el cual había permanecido en otra estancia de la casa leyendo unos informes policiales relativos a su trabajo.

—¿Qué tal los jóvenes? —manifestó el inspector—. ¿Ha resultado positiva vuestra entrevista? Si es así, me alegraría mucho por vosotros.

—Más de lo que se imagina, Monsieur —manifesté con tono de convicción—. La vida nos depara sorpresas. Solo hay que abrir bien los ojos. Tengo que reiterarle nuevamente mi agradecimiento por la confianza que ha depositado en mí al permitirme esta larga conversación con su sobrina. Estoy en deuda con usted.

—En absoluto, mi querido amigo. Todo esto se lo debes a Alice, que fue la que me mostró la bondad de organizar vuestra charla. Además, no olvides los objetivos que nos mueven. Si mañana yo precisara de tu ayuda, estoy seguro de que me la prestarías.

—¡Cómo no, por descontado!

A los pocos minutos, me despedí amablemente del matrimonio Badou y por supuesto de Josephine. Por nuestros vínculos y por el compromiso de estudio de la Doctrina, no tardaríamos en coincidir de nuevo. Eso es lo que más entusiasmo me producía en aquellos momentos. Me fui caminando a casa y tuve un pensamiento muy claro. Frente a la incertidumbre de la noche en la que Giulette se presentó en la sesión, ahora parecía que rebosaba optimismo por todas partes. No sabía exactamente lo que había cambiado en mis circunstancias o tal vez era yo mismo el que estaba empezando a transformarme al romper con mis antiguos esquemas mentales. Fuera lo que fuese, desbordaba satisfacción por todos los poros de mi piel. Esa mueca de felicidad en mi rostro me hacía pensar en que yo era uno con el cosmos y en que el cosmos era uno conmigo. Si la felicidad se manifestaba en un instante, ese era el mío. De pronto, un horizonte de esperanza se me abrió ante mi vista. ¿Lo aprovecharía?

SUEÑO REVELADOR

Cuando miré las agujas del reloj, estas no me engañaron. Eran las cuatro menos veinte de la madrugada. ¿Otra terrible noche de insomnio? No, mucho mejor. Jamás lo olvidaría.

En efecto, tuve un sueño espectacular. Por fortuna, pude despertarme en cuanto terminó y lo recordé con todo detalle. Aquello constituía una escena destinada a girar el rumbo de mi nave. Ya no daría más vueltas en torno a un punto muerto, atrapado en un círculo sin sentido en mitad del océano. A partir de esa noche, tracé en la carta de navegación la ruta exacta de mi nueva singladura. Debía levar anclas y empezar a surcar por un nuevo mar, lo contrario habría supuesto una parálisis que hubiera llenado de suciedad la bodega de mi barco hasta arrastrarme a las profundidades del abismo.

Sí, es completamente cierto. Me sentí liviano y escapando... de mí mismo. Cuando me di cuenta, me situé junto al techo de mi habitación. Pude así contemplar la silueta de mi cuerpo tumbado en la cama, reposando como hacía tiempo que no descansaba. De repente, mi atención se centró en un aspecto distinto. Percibí la necesidad de salir de aquel edificio en el que vivía. Al principio tuve dudas, pero al rato pudo más

mi voluntad que mi incertidumbre. Me concentré y reuniendo todas mis energías atravesé el techo de la casa con mi «cuerpo» hasta lograr salir al exterior.

Lo que pensaba que me iba a asustar o a infligir un daño brutal, resultó totalmente inocuo, cosa de la que me alegré. No podía creerlo pero estaba viajando por todo París desde el aire. No había pánico en mí, ni sensación de mareos o vértigo, en absoluto. ¡Qué impresión tan maravillosa! Era de día, brillaba un sol hermoso y era consciente a la perfección de la infinita gama de colores que a mi vista se ofrecía, desde el sólido azul del cielo hasta el verde profundo de los árboles. ¡Cómo me recreé al pasar a toda velocidad junto a las figuras siniestras representadas por esas gárgolas de Notre Dame! Hasta el negro de los coches de caballos me parecía espectacular, moviéndose por entre las nuevas avenidas de la «ciudad de la luz» al tiempo que desplazaban de un lugar a otro a sus pasajeros.

De pronto, recordé que me había situado justo por encima de la casa de Alice. Descendí ligeramente y pude saludarla moviendo con gracia mi mano. Ella estaba cortando algunas rosas rojas, blancas y amarillas de su jardín, con las que luego solía adornar sus floreros para darle una armonía incomparable a la atmósfera de su salón. Al percatarse de mi presencia, me devolvió el gesto de forma afectuosa y con una sonrisa celestial. Tras lanzarle un beso por entre mis dedos, proseguí con mi «excursión» por el espacio.

Curiosamente, ya no se trataba de reparar en tales sensaciones ante mis sorprendidos ojos sino de mirar hacia dentro para comprobar qué tipos de emociones estaba apreciando desde mi corazón. Nunca antes había advertido tal percepción de libertad. Incluso pensé si lo que estaba viviendo no sería un anticipo de cómo sería el mundo venidero, es decir, aquel al que las almas viajan tras la muerte del cuerpo físico.

Aunque desconocía hacia dónde me dirigía, lo cierto es que me sentía muy a gusto. Tras abandonar la ciudad, me introduje en un extenso bosque que atravesé a gran velocidad para desembocar en una pradera que estaba constituida por campos hermosos con círculos agrupados de flores multicolores que dejaban mi vista asombrada de tanta belleza. De repente, me fijé en un punto concreto que había junto a un río. Al acercarme, comprobé que se trataba de una edificación toda ella construida de piedra. No sabía lo que estaba pasando pero era como si una fuerza irresistible me estuviera conduciendo hacia aquel sitio...

Fui atraído hasta abajo, hasta alcanzar la superficie del suelo y entonces moví mis piernas hacia una puerta de entrada que comprobé que existía en uno de los laterales de aquella gran casa. Mi movimiento no obedecía a algún fin concreto sino que más bien me desplazaba por golpes de intuición. Quizás fue la potente luz que vi que salía a través de aquella entrada lo que me empujó a ir hacia allá. Conforme me fui acercando, la puerta que se encontraba entreabierta se fue despejando del todo hasta descubrir un paso franco que me permitiría ingresar en la construcción. El haz de luz blanca que había se intensificó. Caminé unos pasos hacia dentro hasta que me fui acostumbrando a la deslumbrante claridad de la estancia.

Unos metros más adelante, noté cómo me había situado en el centro geométrico de una amplia habitación, justo debajo de una cúpula enorme de cristal por la que penetraban unos rayos luminosos muy brillantes. Sin esperarlo, me llevé un gran susto. Y es que alguien tocó mi espalda levemente. Algo atemorizado por la inesperada impresión, giré mi silueta hacia atrás y mis ojos no pudieron dar crédito a lo que contemplé. ¡Pero sin era mi dulce Juliette! Sin embargo, algo había cambiado en su expresión. Al mirarla con todo detalle, me pareció que su rostro tenía una expresión diferente a cuando yo la conocía. Era como si para mi antigua esposa hubieran pasado varios años. Alguna que otra arruga asomaba ya por su piel y tuve la impresión de estar ante una mujer cercana a los cuarenta de edad. Sin embargo, ello no le restaba ni un ápice de su magnética belleza que conservaba como si la acabara de conocer cuando empezamos a ser novios.

Me llamó poderosamente la atención la luz que salía del contorno de su cara, como si estuviera a un metro de distancia de una especie de hada madrina de los cuentos que se narran para los niños. También brillaba mucho el vestido impecable de un azul celeste que portaba. Al mirar la absorbente belleza de su ropa, me vinieron a la memoria las imágenes de las hermosas pinturas medievales de las mujeres de aquella época y que los artistas románticos se empeñaban en reflejar en sus lienzos.

Numerosas lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Estaba tan afectado que sin pensarlo me arrodillé ante su figura. Ella depositó su blanca mano en mi hombro derecho y me ayudó a incorporarme. No necesitamos cruzarnos palabra alguna ya que nos entendíamos mucho mejor con la corriente de nuestros pensamientos. Su sonrisa cálida cons-

tituyó el bálsamo perfecto para sentirme pleno de alborozo. Al poco, embargado aún por aquella maravillosa sensación de regocijo, me invitó con un gesto a mirar hacia mi izquierda, donde comprobé la existencia de otra entrada luminosa procedente de otra estancia. Ella me invitó a concentrar allí toda mi atención y al poco, una mujer de aspecto celestial fue tomando forma hasta que se dirigió hacia el sitio donde Giulette y yo nos encontrábamos.

Cuando ya estaba a un solo metro de distancia de aquella criatura, pude fijarme con exactitud en el color de sus ojos y en la tersura de su piel. Fue el instante justo en el que mi corazón dio un vuelco, como si mis emociones intentaran volar y salir de mis adentros. Pero... ¡si era Josephine! La misma, aquella con la que había mantenido una intensa y larga conversación la pasada tarde. De pronto recordé el alivio que me había causado, dada mi incertidumbre, mi charla con ese ser que se había mostrado tal y como era, una mujer llena de sueños y proyectos por realizar, cargada de ilusiones por completar en su vida. En medio de mi gran asombro por su presencia y todavía no recuperado por la sorpresa, me sonrió con dulzura hasta que me derretí de felicidad por dentro.

Seguidamente, Giulette realizó un movimiento que proporcionó un sentido profundo a esa «aventura» que estaba experimentando fuera de mi envoltura corporal. Cogió con delicadeza la mano izquierda de la joven médium al tiempo que tomaba mi mano derecha situando la mía justo sobre la de Josephine en un punto intermedio del espacio que nos separaba a los tres. Después de ser testigo de aquella escena, elevé mis ojos y estos se cruzaron con los de mi esposa. Un gesto lento pero afirmativo de su cabeza me rasgó el alma por dentro. A continuación, sin pensarlo, dirigí mi mirada al encuentro de la de Josephine, la cual me contemplaba sonriente evocando en mí con su actitud un futuro repleto de esperanzas y de nobles sentimientos.

Tras aquella escena, como extraída directamente de una leyenda romántica, Giulette alzó su brazo derecho para indicarnos que atravesáramos la primera puerta luminosa por la que yo había podido acceder a aquella enigmática construcción. Así lo hicimos, andando de forma acompasada, como si todo aquel ritual se estuviera desarrollando a un ritmo perfecto y preparado de antemano.

—¡Dios mío, qué estaba ocurriendo! —me dije a mí mismo mientras caminaba por aquel suelo impoluto.

Giulette se quedó justo en el umbral de la puerta y se despidió de nosotros moviendo su cabeza de arriba abajo. Al mirar hacia atrás, le dije adiós con mis labios y le expresé mi más profundo agradecimiento desde lo más recóndito de mi ser. Curiosamente, Josephine hizo lo mismo. A los pocos segundos, sentí cómo esta me jalaba del brazo y los dos, elevándonos del suelo a la vez, encaminamos nuestro vuelo hacia un contorno difuso que se vislumbraba en el horizonte y que no era otra cosa que la silueta del viejo París. Muy cerca de Notre-Dame nos separamos y nos despedimos apretando con ternura nuestras manos. Supe que ella retornaba a su hogar y yo al mío. Cuando me di cuenta estaba de vuelta en mi habitación, las pulsaciones aceleraron mi corazón y no pude evitar fijarme en la esfera del reloj que colgaba sobre la pared. Marcaba las cuatro menos veinte de la madrugada de aquella inolvidable fecha.

Aturdido, pero con capacidad para hilar los argumentos de lo que había sucedido, caí en la cuenta de que estaba ante una oportunidad única de reescribir el libro de mi historia. Hice un esfuerzo supremo por despejar mi mente, encendí la vela que tenía sobre la mesita de noche y sentándome en la cama tomé un viejo cuaderno que guardaba en un cajón. Intuí que no podía dejar de anotar sobre esas páginas el relato de lo que me acababa de ocurrir fuera de mi cuerpo. En medio de la noche, conservé las suficientes luces en mi pensamiento como para ir apuntando con todo detalle el escenario vivido y las sensaciones que afluían desde mi interior. No quería olvidar nada. Hasta tuve la incómoda sensación de que mi mano no era lo suficientemente rápida como para escribir a la velocidad adecuada todos mis recuerdos. ¿Tendría suficiente papel?

Una vez hube terminado la narración de lo acontecido, me puse a repasarlo por si acaso había que hacer alguna corrección. Nada en absoluto. Dada mi fuerte voluntad por recordar todo, había conseguido reflejar a la perfección el orden de los hechos paso a paso, sin olvidar ni el más diminuto fragmento de mi sueño. Alivié mi tensión con un largo suspiro al comprobar que todo estaba conforme a la verdad. Me relajé por la alegría del deber cumplido, soplé sobre la llama y me eché de nuevo sobre la cama para intentar retomar mi descanso. Antes de volver a cerrar mis ojos me di a mí mismo una orden estricta: debía encontrar cuanto antes la ocasión para leerle a Alice el contenido de mi aventura. Necesitaba su explicación, como si aquello que interpretara me fuera a resultar decisivo para mi futuro a corto plazo. Tenía claro que, por su fuerza moral y por

su ejemplo, la ascendencia que aquella mujer entrada en edad ejercía sobre mí era poderosísima.

Por fin, llegó el momento de mi reunión semanal en casa de madame Leclerc. Ya le había avisado con anterioridad, al comparecer en el piso de La Cité, que tenía un asunto muy importante por el que consultarle.

—Mi querida Alice, cómo deseaba que llegara esta ocasión desde que me pasó lo que vas a escuchar ahora mismo tras la programada reunión con Josephine en casa de su tío. ¿Estás preparada?

—Claro, siempre estoy atenta a tus preguntas, mi buen amigo.

—Por cierto, ya sé que puedo ser un poco pesado pero... ¿está por aquí Laurent?

—Pues mira, por una vez has hecho bien en preguntar sobre su presencia. Precisamente, hoy no se halla aquí porque ha acudido a una reunión.

—Caramba, estos seres espirituales no dejan de sorprenderme. A veces parecen más humanos que nosotros con nuestras preocupaciones y asuntos por resolver.

—Di más bien que nosotros nos parecemos a ellos. No inviertas el orden de los términos, Philippe. Recuerda que la vida espiritual es la original, la más importante para el individuo, la definitiva. El plano material en el que por ahora nos desenvolvemos no deja de ser una consecuencia, un mero efecto de la organización de la parte espiritual. Por eso te digo que a menudo, los espíritus realizan también sus propias reuniones, expresan sus puntos de vista y desde luego, repasan con otras almas superiores el desempeño de sus misiones. ¿Crees acaso que no tiene sentido lo que te he comentado?

—Sí, sí, por supuesto. Todo lo que sale por tu boca tiene sentido, sin duda.

—Hmmm... ya veo que llevas en tus manos un cuaderno que agarras con cierto nerviosismo. Te sugeriría que no lo sobaras tanto porque lo vas a desgastar. Mira que si en su interior se hallara desvelado el misterio de la creación del Universo...

—Ah, ja, ja... Ya veo que hoy te encuentras de muy buen humor. Pues espero que te pongas aún más contenta cuando te cuente lo que tuve que escribir el otro día de madrugada y a toda prisa, pero con toda mi intención.

—Sí, cierto, ya me lo dijiste ayer. Por tu mirada, ya se intuye que el asunto debe ser relevante... Te escucho, hijo...

Tras unos minutos de atenta lectura en voz alta de aquel improvisado diario, con el que intenté reflejar fielmente no solo la descripción de lo sucedido sino las emociones implícitas...

—¡Oh, es impresionante, Philippe! Te aseguro que este tipo de sueños deja huella en quien los experimenta, incluso en quien los escucha como es mi caso. Por supuesto que me alegro de haberte saludado esa noche antes de tu primordial encuentro con esas dos mujeres. Me ha parecido que era casi una invitación por mi parte para que afrontaras esos hechos con mis bendiciones, ja, ja... Bien, veamos, los sueños cumplen justamente esa función que en otras ocasiones hemos estudiado. Durante esas horas de reposo, el espíritu se libera de esas cadenas que lo mantienen junto al cuerpo en estado de conciencia, afloja esos lazos y desde luego, entra en la dimensión que le es propia, es decir, la espiritual.

—Ciertamente, Alice. Este tema lo hemos comentado con anterioridad y es de lo más interesante, ya que todas las noches precisamos descansar y enfrentarnos a ese tipo de experiencias.

—En efecto, Dios no deja nada al azar. La necesidad del sueño parece obedecer a una razón: además de la lógica pausa para que el organismo recupere fuerzas, es como si todas las jornadas tuviéramos que traer a la memoria que a pesar de que vivimos en un almacén orgánico, el espíritu está ahí, se mueve de distinta forma y experimenta otro tipo de sensaciones. El sueño, sin duda, nos ayuda a tomar nota de que la existencia no es solo lo que tocamos con nuestras manos o lo que penetra por nuestra vista. Hay algo más... y al hombre se le recuerda constantemente.

—Estoy de acuerdo, Alice. Con respecto a esta experiencia en concreto, guardo una duda que me tiene en vilo. ¿Cómo distinguir si se trata de una mera elucubración de mi mente o si realmente tuve un aviso muy especial sobre las circunstancias que me van a sobrevenir en el futuro? Por favor, me urge escuchar tu opinión sobre ese fenómeno tan impactante que viví en primera persona... Te lo ruego...

—Hmmm... hay muchos detalles por analizar en tu relato. Este hecho, además de facilitar su examen, le aporta una mayor credibilidad a tu sueño. Algunas veces, la mente imagina cosas, eso es cierto. Algún experto podría decir que tu fantasía, alentada por el emotivo encuentro con Josephine, estimuló tu imaginación hasta el punto de componer

una historia a la que solo le faltó la iglesia, la boda y un coro de niños correteando alrededor de los novios. Sin embargo, mi intuición me dice que esa escena hubiera sido demasiado empírica, quiero decir, demasiado aproximada a lo que ocurre en realidad. Esto lo digo porque tu experiencia fuera del cuerpo contiene buenas referencias simbólicas que son precisamente aquellas en las que nos debemos centrar. Vayamos por partes. Primero, tenemos la salida de tu habitación. Es muy frecuente en los espíritus la circunstancia de pretender volar, sobre todo cuando tienen que cubrir una cierta distancia, aunque esto no resulte imprescindible. En segundo lugar, si te fijas bien, esa casa o edificio en el que penetraste me recuerda mucho a la mansión que mencionó Giulette en la sesión donde se ella se comunicó con nosotros. ¿No te resulta curiosa la coincidencia? Tercero: presta atención a su aspecto, ese que has mencionado al contarme el encuentro que tuviste con tu antigua esposa. Ella se te muestra como si tuviera unos veinte años más que cuando se retiró del plano material. Ya sabes que los espíritus adoptan formas «periespirituales» o «trajes» diferentes acorde a las circunstancias por las que viven o simplemente para lanzar un mensaje a la persona con la que se comunican. Esto me plantea algunas dudas, pero se podría interpretar siguiendo dos argumentaciones. Por un lado, la edad suele asociarse a la madurez, es como si ella en el tiempo que lleva en esa casa hubiera avanzado en su estudio, en su preparación, y esto se reflejara en su rostro, un semblante que ante tus ojos era como el de una persona próxima a los cuarenta años de edad. Y desde otro punto de vista, yo añadiría que ese aspecto de madurez en las facciones de Giulette podría asociarse a un estado de mayor serenidad. Piensa por un instante; tu antigua mujer ya no te proporciona esa comunicación como una joven veinteañera sino como alguien que ha contemplado tu evolución, que a su vez ha «envejecido» y que ahora te propone otra forma de encarar la realidad pero alejada de los recuerdos que tú poseías con ella en vuestra juventud. Por último, contamos con la secuencia en la que como si fuera una especie de intermediadora, ella bendice vuestra unión al juntar tus manos con las de Josephine en una ceremonia con todo su simbolismo, rica en pormenores también por la gran cantidad de emociones que eso hizo surgir en ti, tal y como me has comentado. Te diré algo que se me acaba de ocurrir: veamos, el hecho de estrechar vuestras manos es algo muy evidente. Además de dar a entender que Giulette consagra vuestra unión, considera que ese gesto simbo-

liza asimismo el intercambio de energías entre los seres, la cohesión que implica para dos criaturas el situar sus manos justo una encima de la otra. Si hubiera alguna duda entre Josephine y tú acerca de vuestra relación, la autoridad moral de tu antigua cónyuge, para la que además han pasado los años, ratifica de alguna manera la bondad de ese movimiento de aproximación. Y encima, el sueño se produce horas después de que nuestra amiga médium y mi querido profesor hayan compartido una interesante y esperanzadora conversación. Mira, Philippe, te seré sincera, a veces la información aportada por los sueños hay que contemplarla tal y como aparece, sin tampoco darle excesivas vueltas al asunto. Yo, fiel admiradora del «principio de la navaja» de Guillermo de Ockham, aplicaré su criterio en esta ocasión: ¿por qué intentar explicar un suceso de una forma complicada cuando se puede explicar de una forma sencilla? O, expresado de otra manera... «en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la correcta».

—Pero, Alice ¿no está todo demasiado claro? No sé, es como si la mismísima Giulette me estuviera lanzando a los brazos de Josephine. ¿Crees que esta interpretación es la correcta?

—Lo siento, pero no puedo decirte nada seguro al respecto. No obstante, resulta significativo cómo acaba el sueño. Los dos regresáis a París cogidos de la mano pero después os separáis y cada uno vuelve a su propio domicilio, señal de que el sueño se ajusta también al contexto actual, el cual refleja esa misma situación de independencia.

—Entonces, mi buena mentora... ¿conclusiones?

—Ah, te he dicho lo que pensaba, mi querido amigo. A partir de todo lo que hemos hablado ¿no querrás que tome yo las decisiones por ti? Además de ser absurdo, resultaría un insulto a tu inteligencia y a tu libre albedrío. En fin ¿quién conoce el futuro, salvo Dios? Pero un momento, no me has contado casi nada de cómo te fue el encuentro con nuestra joven médium. Estoy intrigadísima y René tampoco me ha dicho nada porque como es obvio, os dejó a solas para que pudierais charlar de vuestros asuntos con tranquilidad.

—Si te digo la verdad, además de constituir una gran sorpresa para mí, fue una experiencia fascinante, arrolladora. Ni en la mejor de mis fantasías habría imaginado un encuentro tan maravilloso. ¡Vaya par de sucesos acontecidos en el intervalo de tan solo unas horas! Tengo la sensación de que mi vida va ahora mucho más rápida que hace unas fechas. Te lo juro.

Parece como si me estuvieran empujando a resolver mi situación personal de una forma acelerada, como si debiera realizar ese giro en mi dirección que ha de conducirme a un adelanto en todos los sentidos. Quién sabe, Alice. Tal vez, a corto plazo, me surjan nuevas oportunidades. Yo, por mi parte, procuraré permanecer atento a las señales, por lo que pueda pasar.

—Desde luego, Philippe. Cuando pedimos ayuda a los buenos espíritus, en muchos casos y si el ruego es sincero y parte del corazón, nobles consejos se derraman sobre nuestras cabezas en forma de cascada. Es así, como si de pronto pareciera que numerosas ideas acuden a nuestro pensamiento. En fin, es su bendita forma de actuar. Veremos cómo proceden contigo. Y desde luego, haces bien en estar receptivo a su influencia. Eso facilitará las cosas, sin duda.

Tras relatarle pormenorizadamente mi charla con Josephine a mi buena mentora, madame Leclerc realizó un gesto significativo con su mano que indicaba que pretendía hacerme una importante pregunta:

—Y yo te digo, joven Bruné. ¿Acaso no observas una misma dirección en todo esto que te ha sucedido?

—Sí, desde luego. Visto así, existe una lógica en lo acontecido. La charla de esa tarde, la gran cantidad de información que intercambiamos para ser nuestra primera conversación formal, la enorme sorpresa que me llevé al percibir el verdadero rostro de su personalidad, su actitud receptiva y colaboradora, la forma que tuvo de desahogarse conmigo como si me conociera de toda la vida, su gran confianza en mí para alguien a quien solo había visto en algunos encuentros en el piso de La Cité... y para concluir la intensa jornada... esa providencial experiencia onírica en la que la mismísima Juliette se muestra como principal valedora de nuestro primer contacto más serio... Es cierto, Alice, toda esta historia posee una argumentación que encaja muy bien con un sentido simbólico, pero a la vez tan real, tan palpable...

—Exacto, muy oportuna tu reflexión.

—Puedes estar segura, Alice. En estas últimas horas tan frenéticas me he hecho esta misma pregunta cientos de veces. En casa, caminando hacia la escuela, viniendo hacia tu hogar, por todas partes. Hay como un fuego que bulle por dentro de mí, cada vez con más intensidad. Quizá sea yo el que esté alimentando sus llamas con mis cavilaciones acerca de la aparición de la figura de Josephine en mi existencia, cuando hasta hace poco

era tan solo una chica joven con unas potentes cualidades como médium, nada más.

—Tal vez todo vaya tan «rápido» porque hay aspectos de la realidad que por más que nos empeñemos en apartarlos de nuestra vista, no admiten más demora en su resolución, especialmente sabiendo que eres un profesor de veinticinco años de edad, que te hallas en la flor de la vida y que ya ha transcurrido más de una año desde la despedida de tu antigua mujer...

—Te seré claro, Alice. Como tú dices, veo un sentido a lo que me ha pasado. En eso estoy plenamente de acuerdo con tu apreciación. Como me noto aún inseguro, me gustaría distinguir hasta qué punto todo esto no es más que una mera invención de mi mente o si de verdad todo este fenómeno responde a algún tipo de indicación efectuada por los planos superiores.

—Je, je... Ya sé adónde quieres llegar. Me temo que no entraré en ese juego de preguntas sin respuestas. No, no voy a participar de ese dilema que ronda por tu cabeza. Mi querido Philippe, pretendes las cosas mas-cadas y nuestros amigos invisibles desean que nosotros participemos del proceso de toma de decisiones. Escucha, es tu vida y tu evolución. Los espíritus y los sueños nos ayudan, pero no te obligan. Un buen consejero jamás te forzaría a adoptar una actitud o a emprender una ruta concreta. Hay una diferencia grande entre pensar y actuar, aunque desde luego lo recomendable es siempre pensar antes que actuar. Parece un juego de palabras pero no lo es. Aplica este principio a tu realidad y ponlo en práctica. En mi opinión, has recibido últimamente suficiente información, alguna tan clara como un puñetazo en pleno rostro, pero la decisión final es tuya. Llegó la hora para ti, querido amigo. Ponte en paz contigo mismo, busca la serenidad y procede a escuchar la voz de tu conciencia. Será lo adecuado. Pase lo que pase, solo deseo que contribuya a tu bien, a tu evolución.

—Gracias infinitas, Alice. ¿Qué haría yo sin tu influencia, sin tus enseñanzas?

—Tranquilo, eso mismo me he preguntado yo en innumerables ocasiones... pensando también en tu influjo sobre mí.

UN NUEVO HORIZONTE

Qué habilidad tenía el bueno de René. Debía ser por su pertenencia al cuerpo policial o sencillamente porque era un buen organizador de encuentros entre personas. En este sentido, debo reconocer que pronto, mi vida cambió para mejor. Durante los siguientes meses, el tío de Josephine, con la colaboración de Constance y cómo no, de mi mentora, se las arregló para concertar citas entre la que habría de ser mi futura esposa y yo. Todavía recuerdo el instante justo cuando le conté a aquella maravillosa y joven médium el sueño que había tenido y en el que ella había tenido una importante participación. Se rio durante un buen rato y luego añadió:

—Caramba, Philippe, es cierto que puedo ver y hablar con los espíritus, pero te aseguro que jamás me han puesto las cosas tan fáciles como a ti. Querido amigo, eso es jugar con ventaja.

—Ja, ja... pero Josephine, considera que yo no pedí pasar por esa fantástica experiencia. Llegó sola.

—¿Seguro que no pediste ningún tipo de ayuda al otro plano? Hmmm... Bueno, nada surge por azar. Está claro que alguien que te quiere bien te situó en un escenario de cuento de hadas, digno de la más bella de las novelas que yo suelo leer. Te felicito de todo corazón; ya me hubiera

gustado a mí haber accedido a una experiencia tan gratificante como la tuya. Je, je... me siento encantada por haber formado parte de tu sueño. No quiero añadir mucho más pero si después de haberte enfrentado a esa vivencia onírica tan particular, de haberlo hablado con la sabia de Alice y de haberle dado una y mil vueltas a ese asunto en tu cabeza, no haces lo posible por verme, alguien podría pensar en darte unos cuantos azotes para que despertaras a la realidad. No sé si me he explicado lo suficientemente claro...

—Sí, cierto, has dicho una gran verdad. ¿Qué quieres que te diga? No puedo dejar de cavilar sobre la evidencia de que hace tan solo unas fechas, cuando te veía durante la semana en nuestras reuniones en La Cité, tan solo pensaba en ti como una chica atrapada por sus propias fantasías en un mundo interior muy rico en imaginación pero solo abordable para ti... ¡Qué sorpresa y qué inmenso placer haber descubierto en tu interior a otra persona diferente a la que yo me figuraba!

—¡Pues qué pensabas, Philippe! Esto ya lo hablamos. Ya te he comentado que una mujer como yo y en mi situación no puede mostrarse tal y como es, ni tampoco puede desvelar los «secretos» que guarda en su interior a cualquiera con quien se cruce. Solo podría enseñar mis adentros a quien se hallase dispuesto a escucharme pero también a quien deseara comprender y aceptar mis proyectos e ilusiones. Así es, «Monsieur Bruné». Ahora que ya te conozco más, te confieso que tú eres una de esas escasas personas en las que puedo confiar plenamente. Con el corazón en mi mano, no sabes la alegría que siento por compartir contigo mis esperanzas y mis sueños, en definitiva, mi ser.

Pasó el tiempo. Tras hablarlo con René, este, como hermano mayor del padre de Josephine, me indicó lo que debería decir y cómo expresarlo. También me ayudó con las preguntas difíciles que pudiera realizarme el progenitor de la mujer con la que deseaba desarrollar mi nueva vida. Gracias a la ayuda que me proporcionó el inspector, el cual no cesó de aconsejarme en esa maravillosa época, me noté mucho más tranquilo y seguro cuando llegó la ocasión de hacer público algo que no deseaba esconder por más tiempo: mi amor por la joven médium Josephine, un sentimiento que era fielmente correspondido por ella.

Ansiaba formalizar nuestro compromiso porque así lo sentía por dentro. Mi existencia había experimentado un salto cualitativo de dimensiones colosales. Ahora, ya no solo tenía como acompañante de viaje a

una Doctrina imperecedera que había dado respuestas a mis numerosos interrogantes, sino que además contaba con una nueva compañera de ruta con la que caminar junto a mí. ¿Qué más podía pedir? Cómo recordaba con verdadera pasión aquella expresión de la Biblia proferida por el admirable Isaías cuando se refería a que «los caminos del Señor son inescrutables». En mí, desde luego, esa famosa sentencia se había cumplido en toda su extensión.

Tras el mazazo brutal que me había supuesto la pérdida de Giuette, ahora, bajo la tutela de esa ley de causas y efectos que gobierna el discurrir de los hombres, había llegado a mi hogar una etapa de gran felicidad que evidentemente iba a suponer para mí vivir en unas condiciones de mayor equilibrio. Sin duda, debía aprovechar aquella dichosa coyuntura para continuar profundizando en el estudio del Espiritismo pero sobre todo, para poner en práctica aquella sublime enseñanza con el prójimo. Mi dulce y amada Josephine sería el puntal en el que apoyarme durante años.

¡Qué inmenso agradecimiento sentía por dentro con Dios, en definitiva, ese Ser que vigila hasta el último detalle de la evolución de sus hijos! Aquella tarde de sábado, tras cerrar suavemente la puerta de la casa de Monsieur Badou, me sentía reconfortado, espléndido. La esperada entrevista con mi futuro suegro había ido bien, se había ajustado al guion que yo precisaba y por supuesto, él me había concedido el consentimiento necesario, la aprobación oficial para contraer matrimonio tras los pertinentes preparativos con ese ser angelical y delicado que era su hija. Finalmente, y en ello influyó mucho la ascendencia moral de René, aquel señor de aspecto serio e introvertido dio su brazo a torcer y comprendió que su hogar se iba a vaciar con la marcha de su niña pero que esta debía volar hacia nuevos horizontes en compañía de su nuevo esposo. Entendió por puro sentido común que echaría de menos a su hija pero que ese fenómeno, aun pesándole, no podía compararse a la dicha que ella tendría con el inicio de una nueva etapa en su existencia.

¡Qué sensación más sublime experimenté al pasear por París con ella, como criaturas que han decidido recorrer la senda de sus pruebas cogidas de la mano! Ya no precisaría de los favores de su tío para poder charlar con ella en la intimidad, para poder compartir nuestras palabras más confidenciales. No obstante, siempre guardaría en mi intimidad la memoria más bella de aquella estancia, de aquella salita adornada con varios cuadros de paisajes del Loire, donde una tarde pude contemplar el rostro

de la «verdadera» Josephine, que ya lo era, pero que yo no había podido descubrir por mis ataduras a un desgarrador y reciente pasado.

Tras la alegre novedad de mis próximas nupcias, me observé tan radiante que decidí acercarme al Sena y dar un paseo a lo largo de su cauce. Al cabo de los minutos y mientras que mi mente asimilaba la noticia, decidí sentarme por allí en unas piedras que daban justo a las aguas. Mientras mis ojos extasiados contemplaban el discurrir del río, mi espíritu se hizo una pregunta enigmática: ¿qué ocurriría si en aquel crucial instante viera venir hacia mí a Giuseppe navegando con su góndola?

Asombrado por aquella curiosa idea surgida desde lo invisible, realicé con mis hombros un gesto de incredulidad y me eché a reír... ¡Ah, París, la ciudad de la luz, jamás te olvidaré...! ¿Qué resta de tus avenidas, de tus esquinas, de tus monumentos, de tu cielo en mi interior? Todo. Los adoquines de tus calles resistieron las pisadas y conservaron las huellas de gente inmortal...

REGRESO A LA CONSULTA

—Bien, doctor, estoy preparado. Veamos hacia dónde viajamos hoy.

—Muy bien, Jaime. Como siempre, tan colaborador. Ya quisiera yo que todos mis pacientes fueran tan cooperadores con su terapeuta. Esta historia, la de tu pasado, tan solo terminará cuando tú quieras que acabe. No obstante, te haré una observación... Poco antes de finalizar la sesión del otro día y por el tono que adoptaste en tus expresiones, tuve la impresión de que restaba muy poco para arribar a un punto conclusivo. Ten en cuenta que todos los relatos, incluso los más extensos, llegan a un momento en el que ya no siguen. Es ese el preciso momento en el que el sujeto empieza a describir su propia historia pero viviéndola ya en el presente, como cuando ves algo en televisión que está siendo retransmitido en directo. Es como si hubieras alcanzado el lugar en el que has acabado de ver todo el pasaje que se hallaba contenido en tu grabación, en las capas más profundas de tu inconsciente. Hecha esta aclaración técnica, sigamos adelante... Venga, tumbate en el diván y comienza con el proceso de relajación. Hemos completado ya tantas veces este mecanismo que cada vez tardas menos en introducirte en ti mismo y en conectar con tu ayer remoto...

—Cierto, doctor, tienes toda la razón. En fin, de todo se aprende...

Tras ejecutar el ritual acostumbrado de relajación profunda, dentro del proceso psicológico que algunos autores identifican como un auténtico «descenso a las profundidades»...

—Bien, Philippe, lo último que tengo anotado de tu historia es una escena al lado del río Sena, que se produce justo después de haber pedido la mano de Josephine a su padre. Tenías una sensación de euforia por lo acontecido ya que la entrevista con Monsieur Badou había sido todo un éxito. Veamos, ¿dónde te encuentras ahora? ¿En qué rincón de París te ves en este momento?

—Estoy aquí, doctor. Esta es su consulta. Me hallo tumbado en su diván y estoy profundamente en paz conmigo mismo y con mi pasado. Siento por dentro una serenidad increíble...

—De acuerdo, entonces, siendo preciso, digamos que te encuentras en el presente, es decir, en el aquí y ahora, pero observándote a ti mismo. Muy bien, por tanto, conserva esa sensación agradable de bienestar y permanece con tus ojos cerrados. Dime por favor qué es lo que percibes...

—Sí, eso es, hoy es jueves por la tarde. Pero un momento, no estamos solos. Hay alguien más en la estancia. Me incorporaré un instante. Tengo una gran curiosidad por saber quién es esa persona que sin duda nos acompaña. Veamos...Hmmm... tiene aspecto femenino, no puedo observarla con nitidez, ah, sí, qué pelo largo más bonito le cae sobre sus hombros. Es que está de espalda, pero justo detrás de usted. Voy a acercarme a ella... espere unos segundos...

—Sí, cómo no. Ahora me cuentas si la reconoces... a esa mujer enigmática que según me dices se halla junto a mí.

—¡Eh, mujer, perdóname! Me llamo Jaime. ¿Podrías indicarme tu nombre? Quisiera saber quién eres. Pero, pero, pero... Dios mío, esto es muy grande, si eres mi Giulette. No entiendo... en pleno siglo XXI... vienes aquí a esta ciudad y te presentas como si tal cosa... ¿Cómo es posible? Estás perfecta a pesar de los años transcurridos. Conservas esa entereza en tu expresión y la luminosidad en tu rostro desde nuestro último encuentro en aquella mansión. Por favor, déjame abrazarte antes de que me eche a llorar como un crío...

—Por supuesto, mi amor. Abrázame cuanto quieras. Piensa que tan solo ha transcurrido siglo y medio desde nuestra última reunión, en la que te ofrecí mi bendición para que te acercaras a Josephine y prosiguieras tu vida en su dichosa compañía.

—Esto es maravilloso... no tengo palabras...

—Sí, mi amor... todo encaja y todo tiene su explicación. Era justo que después del terrible drama que sufriste con mi pérdida, recuperaras tu estima y tu felicidad junto a aquella joven que tanto afecto te mostraba. Erais espíritus tan complementarios que vuestra unión resultaba algo previsible y fascinante.

—Pero, Giulette, no comprendo del todo. ¿Por qué has venido a mí en este momento y en esta casa que no es la tuya?

—Mi amor, los espíritus no tenemos casa, ni puertas, ni barreras que cerquen nuestro paso. Yo solo tengo ganas de hacer el bien y para eso no existen fronteras. Además, tú mismo lo has podido experimentar viajando desde este hogar y visitando otros escenarios pertenecientes a la que es tu existencia inmortal.

—Es cierto. Tienes toda la razón, Giulette.

—No obstante, satisfaré tu lógica curiosidad. Aguarda un instante...

—¡No...! ¡No es posible! ¿Es esto un sueño, un engaño, una ilusión de mi mente?

—¿Todavía guardas dudas, hombre de poca fe? Después de lo que has vivido, de lo que has sentido, todo esto debería resultar para ti familiar.

—Perdóname, mi Clara, perdóname, no pensaba verte tan pronto. Te he echado tanto de menos en este año...

—Lo comprendo, mi amor. Mas no olvides que nuestro vínculo es imperecedero. Recuérdalo siempre. Cambiamos de traje pero el alma pervive a lo largo de su camino de evolución. Ahora, después de mi despedida de ti tras el accidente en el coche, quiero regalarte el mismo mensaje que te proporcioné en aquella ocasión en esa casa junto al río, hace ahora más de ciento cincuenta años...

—Dios mío, estoy tan emocionado que me cuesta trabajo hasta respirar...

—Tranquilo, Jaime, o mejor dicho, mi buen Philippe. Los siglos transcurren pero el amor permanece. Te quise como Giulette y te amé con todo mi corazón como Clara. ¿Qué importan los nombres? Importa el espíritu que mora en tu interior. Eso jamás se perderá. Siento muchísimo todo lo que sucedió, sobre todo porque aún se halla muy cercano en tus recuerdos. Para mí, créeme, no ha sido agradable contemplar al espíritu que has querido por el discurrir de la historia deambulando por las calles con semblante triste, solitario y cabizbajo. Pero te aseguro que resultaba

necesario. Tenías que reajustar tus débitos pendientes del pasado conmigo y a través de mí. Yo misma me ofrecí en dos ocasiones a «morir» joven ante tus ojos, pero ese ciclo ineludible por la acumulación de causas y efectos ya se cumplió. Ya te puedo confirmar que la próxima vez que nos veamos no habrá más separaciones prematuras a causa de accidentes, enfermedades u otro tipo de tragedias. Si así lo deseas y volvemos a elegirnos el uno al otro porque nuestra conciencia nos lo susurre en nuestros oídos, caminaremos juntos durante un largo trecho, en otro de los numerosos pasos que nos corresponde por esta tierra de luchas y pruebas. Como te anticipé, he venido para lanzarte un mensaje de esperanza. No desfallezcas, ten calma y un poco más de paciencia. Nuevas oportunidades se acercan que te permitirán seguir avanzando. Mi querido Jaime, procura escuchar la voz de tus adentros y sigue sus sabios consejos. Deja paso a tu intuición, que ella te compensará con los dones que habrán de alcanzarte. Al igual que te comenté en la mansión, en esta ocasión, tu Clara te libera del peso de tus recuerdos. Y no te preocupes, que yo seguiré velando por ti desde la distancia, ya sabes, esa distancia que puede existir entre los dos planos que nos contemplan y que puede ser tan lejana como tan cercana acorde al vínculo que nos una. En nuestro caso, mi amor, no hay duda alguna. ¿Qué son las épocas comparadas al afecto que nos sustenta? Me perdiste a la forma corporal hace ahora un año, pero me ganaste para siempre y de eso hace ya mucho, mucho tiempo. Mi fidelidad como espíritu y mi lealtad a tu figura estarán presentes hasta el fin de los días. En estos momentos de encrucijada para ti, te pido que eleves tu rostro al cielo con alegría y que una dulce sonrisa se deje ver entre tus labios...

—Mi amor, mi Clara, tú deseas liberarme pero yo quisiera seguir preso de ti...

—No, Jaime, no es así. Las palabras encontradas en estados emocionales intensos, como es tu caso, pueden no adaptarse a tus necesidades reales. Has de hacer un esfuerzo por vivir en el presente. Las oportunidades no tardarán en acercarse a tu silueta. Al desaparecer yo tan joven de tu lado, abonaste el último débito pendiente de satisfacer. En estos meses tu dolor ha sido intenso pero he pedido tanto a mis amigos de aquí para que dulcificaran tu vacío... que mis súplicas han obtenido resultado. De aquí en adelante, si Dios lo quiere y volvemos a coincidir, estaremos de igual a igual. Prometo caminar contigo durante muchos años para que

cada mañana, cuando me contemples, te entregues a esa causa común que tanto nos une: crecer y elevarnos.

—Pero, pero, entonces ¿no volveré a verte hasta otra vida? ¿Tanto tendré que esperar, Clara?

—¿Qué es una existencia en comparación a nuestros lazos eternos? Nada, solo un suspiro, un instante que se desvanece. Ya sé que te resulta difícil entender el significado de la palabra «tiempo» inmerso en la dimensión material, pero al menos, trata de intuir lo que deseo transmitirte.

—Te adoro tanto que me cuesta horrores tener que volver a separarme de ti.

—Te comprendo, cariño, pero es la realidad en la que ahora nos desenvolvemos. No podemos alterar las leyes que nos gobiernan pero sí podemos extender nuestro amor hasta el infinito, hasta donde alcanzan las estrellas. Venga, levanta tus ojos y da gracias a Dios por habernos permitido este nuevo encuentro. Tu consuelo es llevarme por dentro, saber que estoy cerca de ti y el mío, contemplarte fuerte y con ganas de seguir luchando, de seguir viviendo. Ahora debo marcharme. Debes continuar con tu trayecto y yo con el mío. Y recuerda, volveremos a coincidir aunque sea en otras circunstancias, mas no temas: nos reconoceremos. Hay cosas que no se olvidan ni en las noches de la historia. Esa ilusión traspasa mi espíritu y me llena de dicha. Ven, Jaime, dame otro abrazo y despedámonos por ahora... hasta nueva ocasión. ¿Recuerdas aquel concierto al que íbamos a asistir juntos antes de mi accidente?

—¡Cómo no! He revivido tantas veces la melodía de esa música que íbamos a escuchar que se me partía el alma al sentirla en mi pensamiento.

—¿Sabes? Pedí tanto por ti a las alturas, que un día, con esos acordes en mis oídos, me anunciaron que podría acercarme a ti. Fue impresionante. Dios siempre atiende el ruego de sus hijos, esas súplicas puras que provienen directas del corazón. Adiós, mi amor...

—Adiós, Clara, nunca te olvidaré...

—No podrías, Jaime, no podrías. Que el Padre te bendiga...

—Oh, no, doctor, su imagen se está difuminando poco a poco, pero aun así ella me sonrío...

—Por favor, Jaime —añadí con voz calmada—. Respira tranquilamente y vuelve a tu sitio original, tumbate en el diván y conserva la calma...

—Sí, doctor. Me siento tan confuso, no sé ni qué pensar... guardo una tremenda nostalgia de mi pasado... como si me hubieran arrancado un pedazo de mi ser...

—No, no es así. Tu ayer siempre va a permanecer ahí, lo que cambia es tu forma de mirarlo. Como te ocurrió hace siglo y medio, llegó para ti la hora de la verdad. Está claro que no has podido recibir señales más claras. Es tu turno, el turno de la vida, el de mirar hacia delante para retomar ese camino que ha de llevarnos a la perfección. Confía en ti y en la ayuda que te prestan. Y ahora, mi querido amigo, cuando despiertes y vuelvas a la realidad presente, conservarás el grato recuerdo de lo experimentado pero la ilusión por tu presente renacerá cual ave fénix... Mi buen Jaime, te deseo toda la felicidad del mundo. Por tu parte, haz todo lo posible y actúa para hacerte merecedor de la misma. Te ofrezco todo mi apoyo.

Nunca más volví a ver a Jaime. Mas por circunstancias del entorno, uno a veces conoce datos que de otra forma no habrían llegado a mis oídos. Por una amistad común, supe que al año siguiente, mi cliente había pedido un nuevo destino dentro de su labor como funcionario. Al final, había ido a parar al norte de España, cerca de los límites con Francia. También me contaron que había rehecho su vida afectiva en compañía de una tal Elena, nieta de una pareja francesa que cruzó la frontera escapando de la ocupación alemana en los años 40 y se afincó por allí para siempre. Esta mujer con la que iba a compartir existencia era una colega de su trabajo que vivía en aquella localidad tan lejana a mi consulta. Jaime continuaba escribiendo el inmortal guion de su propia historia...

FIN

ÍNDICE

Prefacio	9
1. Señales en el teléfono	13
2. Comienza el drama	17
3. Viaje a París	30
4. Tragedia de juventud	38
5. Laurent, el espíritu	47
6. Un libro muy especial	58
7. Sesión espiritista	90
8. Nuevas enseñanzas	125
9. Sesión de estudio	145
10. Encuentro con Kardec	159
11. Amor inmortal	172
12. El día después	198
13. El verdadero rostro de Josephine	207
14. Sueño revelador	223
15. Un nuevo horizonte	234
16. Regreso a la consulta	238

